

Charles Sylvain

**Hermann Cohen,
apóstol de la Eucaristía**

Introducción

La inesperada conversión y profesión religiosa del famoso «pianista Hermann» causó en la Europa de mediados del siglo XIX un notable revuelo, que dio lugar, todavía en vida del propio Hermann, a algunas publicaciones sobre el tema.

Unos años después de su muerte, apareció la que ha sido, prácticamente hasta nuestros días, la biografía más extensa y completa del fundador de la Adoración Nocturna, la obra del canónigo **Charles Sylvain**, *Vie du R. P. Hermann, en religion Augustin-Marie du Très-Saint-Sacrement* (Oudin, Poitiers 1881, 354 págs.), de la que se hicieron numerosas reediciones hasta 1925.

Esta obra, terminada en 1880, fue escrita partiendo de fuentes seguras y numerosas: el *Diario* redactado por Hermann desde el día de su bautizo; la carta que al día siguiente de su bautismo dirige al padre Alfonso María Ratisbonne; el relato de su vida mundana, escrito por obediencia; sus manuscritos de discursos y sermones; varios centenares de cartas; así como los testimonios de familiares suyos y de varios de sus hermanos en religión.

Ya a principios de nuestro siglo se publicó en español un resumen de este libro, aunque sin dar el nombre de su autor: *Vida del R.P. Hermann* (Monte Carmelo, Burgos 1905, 139 págs.). Y algunos años más tarde vio la luz una traducción completa de la quinta edición francesa, realizada por el padre Jaime de la V. de Misericordia, C. D.: *El apóstol de la Eucaristía. Vida del P. Agustín María del Santísimo Sacramento, C. D.* (Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1935, 454 págs.). Pronto se dio a la imprenta una segunda edición (Centro de Propaganda de Santa Teresa del Niño Jesús, Barcelona 1944, 434 págs.).

Más reciente es la biografía escrita por **Dom Jean Marie Beaurin**, *Flèche de feu; le Père Augustin-Marie du Très Saint Sacrement, Hermann Cohen (1821-1871)* (Éditions France-Empire, París 1981 y Éditions du Parvis, Hauteville, Suiza, 1988, 397 págs.). En esta obra se emplean documentos que Sylvain no conoció. Dom Beaurin, benedictino de Fontgombault, en Francia, es nieto de Georges Raunheim, un sobrino del padre Hermann.

Ya en el prefacio de su obra, Dom Beaurin destaca la santidad del padre Hermann, acerca del cual el padre carmelita Marie-Amand, Vice-Postulador de las Causas del Carmelo, en 1936, le confesaba:

«Todos los Carmelos que han conocido al padre Hermann, superiores y hermanos, han pensado y testimoniado que era un santo, un verdadero santo».

Pues bien, con motivo de celebrarse en 1998 los *ciento cincuenta años de la primera vigilia de la Adoración Nocturna*, fundada en París por Hermann Cohen el 6 de

diciembre de 1848, la Adoración Nocturna Española y la Fundación GRATIS DATE ofrecen el presente libro a los lectores de habla española y especialmente a los adoradores.

Se trata de una *versión abreviada* de la primera edición española de la obra de Sylvain (1935). He resumido o eliminado muchos comentarios del autor, pero en cambio he conservado todos los datos sobre Hermann Cohen y los textos personales suyos, como las citas de su Diario, cartas, etc. Me he visto en la necesidad de modificar considerablemente la traducción, ajustándola al español actual. Y he introducido también en el texto los subtítulos.

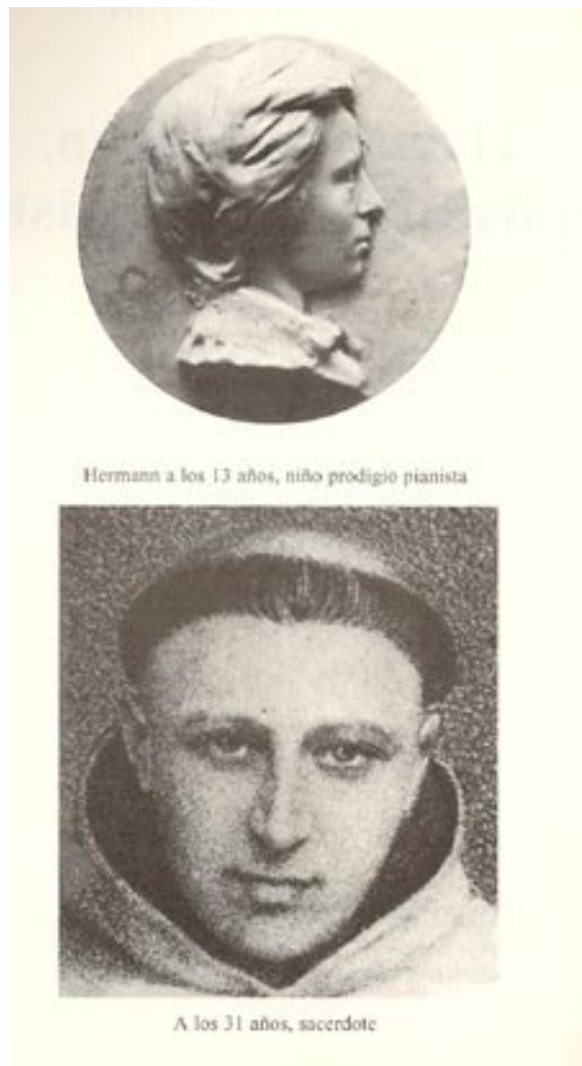
Entre corchetes [de este modo] he añadido algunos datos que hoy no pueden darse por sabidos. Al final de la obra ofrezco una *Cronología de Hermann Cohen*, así como las fechas principales del *Marco histórico* de su vida.

Sea el Señor glorificado por la admirable obra de gracia y santidad que realizó en el padre Hermann.

Y que este libro, por obra del Espíritu Santo, encienda en los lectores aquel fuego de amor inmenso que ardió en el corazón de Hermann Cohen hacia Cristo, realmente presente en la sagrada Eucaristía.

José María Iraburu

Consiliario diocesano de la
Adoración Nocturna Española
Pamplona



Nacimiento e infancia de Hermann

Los Cohen

Hermann Cohen nació el 10 de noviembre de 1820, hijo de David-Abraham Cohen y de Rosalía Benjamín. El lugar de su nacimiento fue Hamburgo, ciudad libre de Alemania, situada en la orilla derecha del Elba, no lejos de su desembocadura en el mar del Norte.

Entre las numerosas familias judías, que desde hace siglos habitan en la ciudad, célebre por la actividad de su comercio, los Cohen ocupaban un lugar preeminente por su fortuna, así como por su inteligencia en los negocios. Descendían de la antigua tribu consagrada al servicio del templo de Jerusalén. El nombre de Cohen, cuenta Hermann mismo en sus *Confesiones*, significa sacerdote en hebreo, y los que llevan este nombre son los descendientes del gran sacerdote Aarón, de la tribu de Leví. Cuando los *Cohennim* se encuentran en la sinagoga, ejercen como un simulacro de sacerdocio; suben las gradas del santuario, extienden las manos y bendicen al pueblo.

«Recuerdo, decía más tarde Hermann, haber visto a mi padre y a sus hermanos dar esta bendición».

El neojudaísmo

El culto judío, sin embargo, había seguido en Hamburgo los progresos y usos de nuestra civilización moderna. Los que se decían más ilustrados, entre los descendientes de Abraham, forjaron una especie de reforma, y crearon un neojudaísmo. La misma lengua hebrea fue descuidada: se predicaba en alemán, se había dejado de leer el *Talmud*, y otras varias innovaciones habían hecho desaparecer poco a poco los viejos vestigios del antiguo rito de la sinagoga. Los Cohen se habían colocado del lado de los reformadores, y acudían con sus hijos a las asambleas de éstos.

Primeras vivencias religiosas

El pequeño Hermann experimentaba cierta repugnancia instintiva por tales novedades, y sentía mayor interés por las ceremonias antiguas que se habían conservado.

«Cuando veía, dice, al rabino subir las gradas del santuario, descender la cortina y abrir una puerta, me hallaba en solemne espera».

Su alma sentía ya como el presentimiento y la necesidad del infinito que había de llenarla un día. Estas ceremonias, a pesar de lo que tenían de majestuoso e imponente, dejaban siempre, sin embargo, un gran vacío en su corazón.

«Mi expectación no era nunca satisfecha cuando veía a los levitas sacar con mucha solemnidad un gran rollo de pergamino sembrado de letras hebraicas y rematado por una corona real, envuelto en una bolsa de magnífico paño. Llevaban entonces y ponían con gran ceremonia el rollo en un atril; quitaban el envoltorio y la corona; lo desenrollaban y leían las santas Escrituras, impresas en hebreo. Estaba yo lleno de ansiedad durante toda la ceremonia».

Buscaba ya explicarse el sentido de la ceremonia, y hubiera querido penetrar sus misteriosas significaciones; pero sus dudas quedaban sin resolver, y sus investigaciones sin respuesta. Como no entendía el hebreo, las palabras de la Escritura nada le decían. Esta afición a las ceremonias religiosas, estas aspiraciones misteriosas de su alma, ¿no eran como una primera llamada de la gracia divina? Puede suponerse esto sin dificultad, tanto más cuanto que Hermann afirma que a estas primeras aspiraciones de su infancia «se juntaba una gran inclinación a la oración».

Algunas veces, por la mañana, invitaba a su hermanita a unirsele, y ambos entonaban cánticos en lengua alemana, cantaban salmos y recitaban oraciones. Y ya entonces estos dos corazones infantiles experimentaban «emociones» y «enternecimientos» al invocar al Dios de Israel. Era como el preludio de las emociones y alegrías, muy diferentes en profundidad y sublimidad, que debían experimentar un día en presencia del Tabernáculo, que encierra al autor mismo de la ley y al verdadero pan de vida. Estas impresiones pasaron, sin duda, pero dejaron huellas profundas en el alma del niño, ya que después de más de treinta años no las había olvidado aún.

Sus padres le hicieron aprender el hebreo; pero las lecciones consistieron sobre todo en escribir el alemán con caracteres hebraicos, según costumbre entre los judíos, a fin de conservar entre ellos el secreto de su correspondencia.

En el colegio

David Cohen era un opulento negociante, y quiso dar a sus hijos esmerada educación, en consonancia con su fortuna. Hermann y su hermano mayor, Alberto, fueron mandados al colegio más renombrado de la ciudad, dirigido por un protestante. En él tuvieron que sufrir bastante de parte de sus condiscípulos, en su mayoría protestantes. A causa de la religión que profesaban, fueron objeto de burlas despectivas y de dichos groseros; pero soportaron estas pruebas con la calma y la tenacidad judías, sabiendo que la tempestad no duraría, y que un día u otro encontrarían la ocasión de un desquite cierto y ventajoso, desde el punto de vista de los intereses materiales.

Este desquite Hermann intentó tomárselo en seguida, procurando con sus éxitos escolares que se acallasen los prejuicios, y eclipsando por su saber a todos los condiscípulos de su edad. Su inteligencia le permitió alcanzar fácilmente tal resultado, y maniobró con tanta habilidad y fortuna que pronto obtuvo la estima de sus maestros y el afecto de los demás colegiales.

Si el éxito coronó sus esfuerzos, también le desarrolló desmesuradamente el germen de la vanidad, que más tarde lo arrastró a grandes y dolorosos descarríos. Lejos de atajar el mal, sus padres habían favorecido en más de una ocasión el defecto, colmándolo de caricias y condescendiendo a todos los caprichos del pequeño ídolo. Esta preferencia parecía justificada por las raras disposiciones del niño para el estudio.

La música

A los cuatro años y medio, viendo que su hermano aprendía el piano, instó a su familia para obtener el mismo favor. Su madre, que nada sabía rehusarle, accedió a tal deseo. Pronto se dieron cuenta de las extraordinarias disposiciones del niño para la música: adelantó a su hermano en poco tiempo, y a los seis años tocaba ya al piano todos los aires de las óperas en boga, y más de una vez se entregó a improvisaciones que sorprendían a las personas más capacitadas para juzgarlas.

Estudiante

Parecía que había de ser superior en todo.

«En lengua francesa, dice, en latín y demás ciencias que nos hacían aprender, en todo era lo mismo: cual otro Jacob, arrebatada el derecho de primogenitura a mi hermano, atraía hacia mí las recompensas y los elogios, y de tal modo sabía hacer resaltar mi superioridad, que mi pobre hermano ha debido de sufrir mucho por culpa mía».

Orgullosa de su Hermann, la señora de Cohen había soñado con hacer cursar a su hijo las clases de la Universidad, y lo alentó a que correspondiera a tales deseos. Los adelantos del chico en latín y griego fueron tan rápidos que a los nueve años estaba en disposición de poder seguir los cursos de tercero en el Instituto.

Entonces se presentó una dificultad: los alumnos que frecuentaban dicha clase no tenían menos de catorce años, y se veía más de un inconveniente en que entrara en sus filas un niño tan pequeño. ¿No serían de temer los celos y los malos tratos de los mayores? Además, los médicos declararon que esta misma precocidad podría ser funesta a la salud del niño, cuyo cerebro tenía necesidad de reposo, y se decidió que se quedaría aún un año en casa.

Deja el colegio

Este año debía ejercer penosa influencia en el corazón del sensible niño. En el colegio no le habían enseñado ningún principio serio de religión. Referente a ella, toda la instrucción consistía en un curso de historia bíblica. La vivísima imaginación de Hermann se había impresionado e inflamado, sin duda, con el relato de las aventuras de José vendido por sus hermanos, de Moisés milagrosamente salvado de las aguas. El paso del mar Rojo, los relámpagos y truenos del Sinaí alternativamente habían hecho germinar en su mente la idea de la grandeza y del poderío del Dios de Israel; pero su corazón no había recibido ninguna dirección, y su alma, entregada a sí misma, se hallaba expuesta a todas las seducciones de la vida.

Las primeras impresiones religiosas, de las que hemos hablado, parecen haber desaparecido por completo a la edad en que salió del colegio. En su familia, a su alrededor, en todas partes no veía sino gente ocupada en cuestiones materiales, cuya mirada sólo alcanzaba los intereses personales, que se limitaban a los placeres, al disfrute y a los honores del tiempo.

«Nuestra casa, dice, era como un hormiguero en que se iba y venía: mercancias por todas partes, por todas partes gente que contaba dinero, y la sola diferencia que yo veía entre estas gentes atareadas no estaba indicada más que por la cuantía de la fortuna, a la cual se rendían todos los honores».

Precoz pianista

Con tales ejemplos a la vista, desprovisto de práctica religiosa, lo pusieron en manos de un profesor encargado de perfeccionarle en el arte musical. Cómo era el tal profesor, él mismo lo cuenta. Tenía reputación de hombre genial, y esto bastaba para justificar a los ojos del vulgo todos sus caprichos y extravagancias. Impune podía contraer deudas, vestirse de manera extraña, tener las más locas y escabrosas aventuras; su pretendido genio lo cubría todo con su gloria, y no había nadie en Hamburgo lo bastante osado para vituperar sus desórdenes y cerrarle la puerta.

«Como lo veía admirado de todos, dice Hermann, quise pronto imitarle, y empecé a seguir su conducta fantástica. Le gustaba la caza, y yo pasaba el día entero con él, los pies en el agua; le gustaba el juego, y demasiado pronto, desgraciadamente, me aficioné a él. Le gustaban los caballos, todos los placeres, y como hallaba la

bolsa de sus admiradores siempre abierta para satisfacerle todas las fantasías, empecé a meterme en la cabeza que no había existencia más feliz en la tierra que la de un artista. Mi maestro decía a menudo a mi madre: “Hermann tiene genio”. Esto me alentaba aún más».

Niño prodigio

Pronto se presentó una circunstancia que puso de relieve la energía y el talento del niño. El mismo artista había compuesto una pieza para piano extremadamente difícil y que ejecutó con gran éxito en un concierto público. Celoso de este éxito, Hermann resolvió aprender a escondidas el papel, y en cuanto se creyó en disposición de poderlo tocar de manera satisfactoria, rogó al profesor tuviera la bondad de hacérselo estudiar. Profundamente ofendido por la jactancia de su alumno, le respondió con una bofetada. Mas Hermann replicó llorando: «pruébelo usted a lo menos, y verá si no lo consigo». La madre, que estaba presente, apoyó la petición del chico, y el profesor, de bastante mal humor, mandó a su alumno que se sentara al piano; pero pronto desarrugó el ceño, y maravillado de la manera como la pieza es tocada por los deditos del niño, no halla mejor modo de demostrar su gozo que llevándoselo consigo «a la taberna y a casa de los amigos, para mostrarles el pequeño prodigio».

Este éxito parece haber decidido de una manera definitiva la vocación de Hermann. Su madre consiente en que siga la carrera de artista. El señor Cohen presentó a tales proyectos más de una objeción; pero habiéndole hecho perder toda su fortuna desgraciadas operaciones de comercio, que se juntaron a las consecuencias de la revolución de 1830, dejó de oponerse a la realización de los deseos del hijo y de la madre.

No intentaremos siquiera describir el gozo del niño, que veía abrirsele un seductor porvenir:

«Éxitos, dice, honores, la celebridad, los placeres en que los artistas pasan parte de su tiempo, los viajes, las aventuras, todo ello se pintaba con colores rosados en mi imaginación, extraordinariamente desarrollada para mi edad».

Los teatros

El padre Hermann ha descrito varias veces, en sus sermones y en las *Confesiones*, los estragos que hizo entonces en su alma la frecuentación de los teatros, donde lo conducían bajo el pretexto de que oyera buena música. Y dice cómo, jovencito aún, su imaginación sobreexcitada se complacía en tomar en serio el papel de los héroes de teatro. No soñaba más que con aventuras novelescas, citas misteriosas, conquistas brillantes y fantásticos proyectos.

«Ardía en deseos de llegar a la edad en la cual podría realizar todos estos sueños».

Primer viaje

¿Qué era del corazón del muchacho en medio de vida semejante? Un rasgo de egoísmo, por él mismo contado, nos muestra a lo vivo lo que el orgullo y las lecciones del teatro habían hecho del corazón de un niño de *once años*, de ordinario tan sensible al cariño y tan sensible a los dolores de la separación.

Debiendo su maestro ir a Francfort, había propuesto a la familia Cohen que le dejaran llevarse consigo de viaje a Hermann. Fue una gran fiesta para el niño-artista: parte de sus sueños iban a realizarse, y estaba impaciente de ver las novedades cuyas maravillas se imaginaba.

El viaje era largo. Se trataba de la primera separación, y la familia, entristecida, quiso acompañar al pequeño viajero. Para prolongar la dulzura de la compañía, atravesó el Elba. Hermann se mostró insensible a esta demos-

tración de ternura, y mientras su madre le cubría de caricias y de lágrimas, dirigiéndole las recomendaciones más afectuosas y previsoras, él se mostraba impaciente y sólo aspiraba a la hora de la libertad y del adiós.

Este viaje de algunas semanas le encantó, desarrolló aún más el poder de su imaginación, y volvió a Hamburgo con el propósito todavía más firme, si cabe, de ser un gran artista. Se arrojó, pues, con ardor por esta nueva vía.

«El latín, el griego y el hebreo se habían olvidado; pero, en cambio, añade, a los doce años aprendí muchas otras cosas cuyo conocimiento fue funesto para mi alma».

Primeros triunfos

Los adelantos que hizo fueron tan rápidos y maravillosos que se juzgó había llegado la hora de presentarlo al público. Su maestro debía dar un concierto en Altona, con el concurso de otros dos de sus alumnos de mucha más edad, profesores ya, y honró a Hermann admitiéndole a figurar en la solemne reunión. El niño fue aplaudidísimo.

Entonces se decidieron a presentarlo en un teatro de más importancia, ante un público más difícil y entendido, en Hamburgo mismo, su ciudad natal. El éxito excedió al de los días precedentes. Todo lo que la ciudad contaba de distinguido y de ilustre se había dado cita para oír al pequeño prodigio; la sala estaba atestada, y al día siguiente la ciudad entera no hablaba sino del talento extraordinario de Hermann.

Se comprende que tales éxitos embriagarán su infantil imaginación, y la madre, aún más feliz acaso que su hijo, ya no veía obstáculo alguno a la realización de los sueños que su amor materno acariciaba desde hacía mucho tiempo en favor de su idolatrado Hermann. Como todas las madres dignas de tal nombre, se resolvió a todos los sacrificios para hacer de su hijo un verdadero artista. Lo condujo primeramente a la corte del Gran Duque de Mecklemburgo-Strelitz, luego a su vecino el príncipe heredero, el Gran Duque de Schwering. Y habiendo enterado la señora de Cohen a los príncipes de su deseo de llevar a su hijo a París, las Altezas le ofrecieron cartas de recomendación para sus ministros plenipotenciarios cerca del Rey de Francia. Luego colmaron de caricias y regalos al joven Hermann.

«Regresamos, dice, triunfantes a Hamburgo».

Pequeño accidente

A pesar de los éxitos y satisfacciones de la vanidad, Hermann continuaba siendo todavía un niño, y estuvo a punto de comprometer todo su porvenir por seguir el deseo de golosinas.

Le gustaba mucho el dulce, y un día fue secretamente y en silencio hasta la despensa, y con prontitud introdujo la mano en el tarro de confitura. Desgraciadamente, el tarro de cristal estaba roto, y con la avidez precipitada que puso Hermann en cometer el inocente latrocinio, se cortó en la mano de manera tan grave, que el índice estuvo casi desprendido por una ancha y sangrienta herida. Imagínese el dolor de la madre y la desesperación del chico.

Sin embargo, el mal no fue tan grande como se temió en un principio. Hermann curó bastante pronto; pero su madre ya no hablaba más de ir a París. Sin embargo, nuestro joven ambicioso no había olvidado la promesa materna, y con sutileza y oportunidad, le recordó el compromiso contraído de llevarlo a París.

¿Qué dirían, en efecto, en Mecklemburgo si no se servía de las cartas de recomendación que le habían facilitado tan amablemente? Además, ¿qué podía hacer desde

entonces en Hamburgo? ¿No le había enseñado su maestro todo lo que sabía? ¿Por qué detenerse de este modo en el camino de la celebridad y romper un porvenir que con tan brillantes aspectos se presentaba?

Por su parte, la madre no quería más que dejarse vencer.

El señor Cohen trabajaba penosamente para reconstituir los elementos de su fortuna, y, ante los grandes gravámenes que sobre él pesaban, no opuso ninguna dificultad a la partida de su mujer y de sus hijos.

Primera composición musical

Mientras se hacían los preparativos, Hermann compuso una cantata en honor de su madre para solemnizar el día de su fiesta. Esta primera composición musical, a pesar de la juventud de su autor, estaba ya marcada por el profundo sentimiento religioso que encontramos casi siempre en las diferentes obras de este artista en la misma época de sus mayores triunfos en sociedad y de sus más graves desórdenes.

Se consideró que la cantata era digna de la imprenta, y sus amigos, con el maestro al frente, se dedicaron a realzar, en los diarios de la localidad, los méritos de la obra. Hermann acogió los elogios con entusiasmo, se hinchó de orgullo, y, creyéndose ya un hombre de genio, partió sin caberle duda alguna de su triunfo definitivo.

París

Su suficiencia es tan grande que ni siquiera juzga necesario prepararse y estudiar antes de comparecer ante el público. Su madre le hace inútilmente amables reproches; pero, según él confiesa,

«había ya perdido todo respeto, desobedecía abiertamente y me creía independiente».

Los éxitos que obtuvo en las diferentes ciudades en que pararon, en la corte de Hannover, en Cassel, en Francfort, etc., los elogios que le prodigaban los artistas más reputados justificaban a sus propios ojos su jactancia, y eran otros tantos argumentos irrefutables que oponía a las sensatas y prudentes observaciones de su madre.

Metz fue la última etapa de los viajeros, y como sin duda no habían tomado las oportunas medidas, se vieron amenazados de quedarse en dicha ciudad más tiempo del que hubiesen deseado. En la diligencia pública no quedaban más que sitios incómodos que ofrecerles. Como esto pasaba en el mes de julio y el calor era considerable, la señora de Cohen vacilaba en ponerse en camino, más en interés de sus hijos que la acompañaban que por ella misma. Pero Hermann estaba impaciente por llegar a París; y de tal modo insistió para partir inmediatamente, que su madre dejó de poner dificultades. Para Hermann, París era el *non plus ultra* de la felicidad y de la gloria, y su emoción crecía a medida que se iban acercando a la capital.

Cuenta después que poco antes de llegar a París, molestaba a los que le rodeaban preguntándoles a cada instante,

«¿Se ve ya París? ¿Se divisa alguna torre? ¿Alguna cúpula?»

A cada respuesta negativa volvía a caer anhelante sobre la banqueta. Por fin, el conductor gritó: Ahí está París.

«Experimenté a estas palabras una verdadera conmoción eléctrica y no supe cómo manifestar mi gozo».

El pobre pequeño ignoraba lo que le esperaba en la gran ciudad. Después de tantos años pasados en febril

agitación, demasiado a menudo culpable, debía hallar una gloria y una felicidad bien diferentes de las que él buscaba, y cuya imperiosa necesidad sentía su noble corazón.

2

El artista

Franz Liszt

A pesar de las cartas de recomendación que nuestros viajeros llevaban, las cosas no marcharon al principio por sí solas a pedir de boca. Se trataba de dar un maestro al niño, y las opiniones pronto estuvieron divididas. Unos se inclinaban por el melancólico Chopin, otros preferían el clásico Zimmermann, los terceros al fogoso Liszt.

Se decidió ante todo que seguiría los cursos del Conservatorio de música para aprender composición. Pero para el piano la cuestión parecía difícil de resolver. Después de haber tomado una lección de Chopin y otra de Zimmermann, se le condujo a casa de Liszt. Éste, sin embargo, estaba tan ocupado que empezó rehusando encargarse de un nuevo alumno. Ante las insistencias de la persona que lo había presentado, el artista acabó consintiendo en oír a Hermann.

La primera audición bastó para modificar la resolución de Liszt. A partir de entonces adoptó al jovencito como a su alumno preferido, y pronto no pudo estar sin él. Liszt tenía entonces veintidós años. La fama decía de este artista que era piadoso, humilde y casto. Estaba dotado de genio verdaderamente superior, de nobles impulsos de generosidad, y poseía un ascendiente realmente fascinador [cf. carta de Hermann al padre Alfonso María Ratisbonne].

Éxitos mundanos

Desde la mañana, Hermann iba a casa del maestro, que a menudo lo retenía todo el día, lo conducía en sociedad, lo presentaba a las grandes damas del arrabal de San Germán, lo hacía sentar al piano y él mismo daba la primera señal de los aplausos.

Cuando acababa de tocar el instrumento, que bajo sus pequeños dedos producía armonías incomparables, todos y cada uno querían ver de cerca al pequeño genio. Lo rodeaban, lo acariciaban, lo tomaban en brazos, lo besaban; se trataba de un niño de *doce años*, y todas las grandes señoras se consideraban felices prodigándole las manifestaciones de su admiración.

Esta admiración pronto franqueó los umbrales de los salones, los periódicos lo llenaron de elogios, y los escritores, y los pintores se disputaban el honor de retratarle. Además, era tan hermoso el niño con su larga cabellera que le caía con descuido sobre los hombros, la cara franca y cándida, los ojos vivos y brillantes. Sus éxitos fueron tales que el mundo se disputaba el honor de tenerlo en casa y las invitaciones eran tan numerosas

que, para corresponder a todas, era necesario repartir las veladas entre cinco o seis casas, haciendo sólo una corta aparición en cada una de ellas.

Pronto no hubo grandes cenas ni grandes saraos sin su presencia. Hallaba un gusto inmoderado en todas estas fiestas, y olvidaba en medio de los homenajes de que era objeto, en medio de todos los placeres de que gustaba saciar sus oídos y sus ojos, que su madre le esperaba en casa sufriendo preocupaciones mortales, temiendo siempre que ocurriera alguna desgracia a su Hermann, quien volvía a veces a hora muy avanzada de la noche.

El tirano de la familia

Pero las angustias maternas le impresionaban poco, y se había convertido, como él mismo dice, en «el tirano de la familia». Al día siguiente de estas prolongadas veladas, no se debía hacer el menor ruido en la casa, «porque Hermann dormía», a menudo hasta mediodía. Dejémosle hablar a él mismo y revelarnos sus exigencias:

«Si estudiaba el piano, se debía andar de puntillas, porque Hermann estudiaba. Cuando componía música, el cuidado había de ser aún mayor: Hermann componía... Si se trataba de vestirme para ir en sociedad, mi tiranía entonces llegaba al colmo. Mi madre y mi hermanita estaban ocupadas a mi alrededor, y mi hermano menor debía, con frecuencia bajo la lluvia, atravesar la calle para ir a buscarme un coche. Una sola de mis salidas costaba más que la comida de toda la familia para el día entero. Mi madre desde su infancia había vivido en la opulencia, y si bien en esta época aún tenía rentas bastantes para ella, se veía sin embargo obligada a imponerse duros sacrificios para criarnos y educarnos; lo hacía con gusto, pero yo parecía no comprenderlo ni quererlo comprender. Los halagos de que me rodeaba la buena sociedad me persuadieron de que yo era un ser excepcional, y que el talento, el genio que poseía, la situación que ocupaba exigían vida brillante. Los míos también se hallaban un poco en tal ilusión, y nadie se extrañaba cuando mi madre me servía los mejores bocados, y cuando en todo hacía gran diferencia entre mi hermana, mis hermanos y yo».

En la vanguardia progresista

La sociedad, en la cual había sido introducido, debía desarrollarle aún más estos malos instintos, corromperle el corazón naturalmente bueno, y torcerle la inteligencia recta y elevada. Desde principios del invierno de 1834 [teniendo, pues, Hermann *catorce años*], su maestro, el cual no podía prescindir de su joven discípulo, reunía en su casa las principales lumbreras literarias, artísticas y políticas del día. La reunión constaba sólo de hombres, a excepción de George Sand. Se veía allí a Lamennais*, a un jefe del saint-simonismo y a varios adeptos del furierismo.

*[Félicité de Lamennais (1782-1854), sacerdote, político, escritor francés, propugna un *catolicismo liberal* y democrático, por el que la Iglesia ha de conciliarse con el mundo moderno. Su doctrina fue condenada por la Iglesia en 1832 y 1834, y él apostató].

Liszt, al reunir a su alrededor una asamblea semejante, no llevaba otra intención sino la de hallarse en medio de personajes célebres, sin distinción alguna de méritos, de castas ni de opiniones. Casi todas las opiniones políticas, los sistemas sociales, las novedades filosóficas del día contaban con representantes en dichas reuniones. Hermann se hallaba, pues, entre los hombres célebres que entonces privaban, en numerosas tertulias, y por esta razón su maestro quiso que ocupase un lugar entre las lumbreras que acudían a su casa, y le invitó a sus veladas.

Puzzi

En ella conoció a George Sand*, a la cual Liszt lo presentó. Esta mujer se hallaba entonces en el apogeo de su

gloria literaria, y aunque Hermann no había leído aún ninguna de sus novelas, sin embargo, la había oído nombrar más de una vez con elogio, por lo que hizo todo lo posible para llamar su atención y obtener sus cumplidos. Como no le faltaban ingenio ni gentileza, logró satisfacer los caprichos de la célebre escritora. Ésta, durante toda la velada, no se interesó más que por el pequeño *Puzzi*, e insistió encarecidamente para que fuese a visitarla.

*[Escritora francesa (1804-1876), modelo romántico de *mujer liberada*. Casada, con dos hijos, abandonó a su familia y convivió sucesivamente con Mérimée, Musset y con algún otro; once años con Chopin].

Liszt, en la intimidad, solía poner sobrenombres cariñosos y característicos a sus amigos. De la palabra *puzzig*, que significa *lindo, gracioso*, había formado *Puzzi*, para designar a su alumno querido, que pronto fue sólo conocido bajo tal nombre en los salones y en los periódicos.

George Sand

La señora Sand había encontrado encantador el nombre de guerra del niño, y contribuyó no poco a propagarlo. Aquella noche Hermann volvió al lado de su madre orgulloso de su nueva amistad.

«No sabía exactamente, dice, en qué consistía mi celebridad; pero oía hablar de ella con la mayor admiración, como del ingenio contemporáneo más excelsa. Lo que más contribuyó a hacerme célebre, fue precisamente mi intimidad con la autora de *Lelia*. Me tenían celos, se me consideraba mil veces feliz por tener privanza con persona tan extraordinaria, que atraía poderosamente la atención de las gentes. Cuando la gente me veía, se agolpaba a mi alrededor, me preguntaban, me pedían la descripción del interior artístico de su casa compuesto ciertamente de extraños objetos; iban hasta el extremo de hallarme algún parecido con ella; como ella, yo tenía hermosos cabellos que me caían sobre los hombros; como ella, tez pálida... Pronto mi nombre fue ya inseparable del suyo, y al poco tiempo el público inventó mil cuentos fantásticos e inverosímiles sobre lo que sucedía en la guardilla de la señora Sand».

«En honor a la verdad, debo decir que siempre he debido enaltecer su bondad para conmigo. A veces me retenía días enteros junto a ella. Cuando escribía, le preparaba cigarrillos, de los que hacía gran consumo para excitar su cerebro. De vez en cuando me hacía poner al piano: yo tocaba y ella continuaba escribiendo. No había leído aún ninguno de sus libros; pero lo que había oído decir de ellos bastaba para imponerme silenciosa actitud, llena de respeto, mientras ella componía sus novelas, con tanta impaciencia esperadas por el librero y que con tanta avidez leía el público. ¡Quisiera Dios que siempre hubiese permanecido en la ignorancia de tales libros! ¡Hubiera debido limitarme al conocimiento de la autora! Al menos no habría perdido lo que de ideas sanas y morales aún me quedaba».

No seguiremos al joven Hermann en la descripción de los desórdenes morales que la lectura de las novelas de George Sand produjeron en su imaginación. No vivía más que de fantasmas y sueños que le perseguían noche y día, llegando a tal extremo que descuidaba por completo el estudio del piano. Su madre estaba muy lejos de compartir el entusiasmo del jovencito por la nueva amistad. El instinto materno no le había engañado respecto a las consecuencias que podían resultar de ella; pero Hermann ya no era un niño; el orgullo y el ambiente en que había vivido hasta entonces lo habían emancipado antes de sazón, y las súplicas de su madre fueron inútiles.

Entre republicanos

En casa de George Sand se hablaba mucho de política. La república contaba en ella numerosos partidarios; las palabras «libertad» e «independencia» estaban con frecuencia en los labios de todos aquellos hombres, pa-

labras que exaltaban la ardiente cabeza del pequeño *Puzzi*.

«Si una revolución hubiese estallado entonces, yo habría tomado en seguida un fusil, y hasta me sentía dispuesto a morir por una causa que ni siquiera conocía».

Lamennais

Entonces conoció más íntimamente a Félicité de Lamennais.

«Sucedió esto durante el famoso proceso de abril de 1835. Lamennais estaba entre los defensores y, si no me equivoco, entre los acusados. El entusiasmo de los republicanos por este infortunado sacerdote era grandísimo... A su casa me había conducido Liszt. Lamennais me sentó sobre sus rodillas y me puso la mano sobre la cabeza para bendecirme. Sacó luego un pequeño volumen de su mesa, lo abrió en la primera página y trazó estas palabras: “Recuerdo ofrecido a mi pequeño *Puzzi* querido, por F. de Lamennais”. Eran las *Palabras de un creyente*».*.

*[El papa Gregorio XVI, en la *Singulari nos*, de 1834, condenó esta obra y el catolicismo liberal de Lamennais. Éste apostató entonces, y en sus escritos posteriores fue derivando hacia actitudes panteístas, racionalistas y socialistas].

Hermann lee con avidez esas páginas que respiran rebeldía y odio. Devora los sofismas y mentiras que la exaltación mística y la palabra de fuego, que en ellas arden, hacen penetrar de manera tan profunda en las mentes y corazones inocentes e inexpertos.

«No soñaba, dice, más que con batallas, prisiones, libertad, igualdad».

Cartas de un viajero

Lamennais era para él un oráculo, de cuyos labios gustaba quedar suspenso y cuyas lecciones recogía con fruición. «¿Se acuerda usted de *Puzzi*, sentado a los pies del santo de Bretaña, el cual le contaba cosas tan bellas con bondad y sencillez de apóstol?», escribía más tarde George Sand a Liszt.

Estos tres ingenios parecían encarnizarse en el jovencito para corromperle la inteligencia y transmitirle el orgullo excesivo de que estaban poseídos. Por la misma época, en efecto, Liszt dio un concierto. Lo más distinguido del mundo elegante y aristocrático se había dado cita en la sala. Parecía que Hermann no tenía que representar ningún papel en tal concierto; pero su maestro no quiso separarse de él, quiso que permaneciera a su lado, y George Sand, al dirigir entonces una de sus *Cartas de un viajero* a la *Revista de Ambos Mundos* (*Revue des Deux-Mondes*), hizo un seductor retrato de *Puzzi*, aunque, según él mismo cuenta, «no hice en este concierto sino volver las páginas a mi maestro».

George Sand escribe un día a Liszt: «A la luz de las bujías, a través de la aureola de admiración que os corona y os envuelve, quiero, mientras vuestros dedos siembran de nuevas maravillas las maravillas de Weber, encontrar vuestra mirada afectuosa que baja hacia mí y parece decirme: “¿me comprendes, hermano? A tu alma es a la que hablo”. Sí, mi joven amigo; sí, artista inspirado; comprendo esta lengua divina y no puedo hablarla. ¿Por qué, al menos, no seré pintor para fijar en vuestras facciones las claridades celestes que las encienden e iluminan, cuando Dios baja sobre vos, cuando una llama azulada corre sobre vuestros cabellos, y la más casta de las musas se inclina hacia vos para sonreiros?»

«Mas si pintara ese cuadro no quisiera olvidar al encantador personaje de *Puzzi*, vuestro amado alumno. Rafael y Tebaldo, su joven amigo, no comparecieron jamás con mayor gracia ante Dios y ante los hombres que vosotros dos, queridos hijos míos, cuando os vi una noche, a través de la orquesta de cien voces cuando todo callaba para escuchar vuestra improvisación, y el niño,

de pie detrás de vos, pálido, emocionado, inmóvil como una estatua de mármol, y, sin embargo, tembloroso como una flor a punto de deshojarse, parecía aspirar la armonía por todos sus poros y entreabrir los puros labios para beber la miel que le derramabais. Se dice que las artes han perdido su poesía; en verdad, no me apercibo de ello. Los días más hermosos de Italia, ¿han producido nunca más santa y piadosa vida de artista que la vuestra, Franz? Y, para no hablar de otros varios que todos conocemos, y a quienes tenemos obligación de reverenciar, ¿formó el cielo alma más bella, inteligencia más exquisita, figura más interesante que la de nuestro Hermann, o mejor dicho, de nuestro Puzzi? Pues es menester que siga llevando aún por mucho tiempo este lindo nombre de guerra que habéis santificado desde vuestra infancia, y que os ha traído la felicidad» [*Cartas de un viajero*].

Elogios parecidos eran a propósito para hacer perder la cabeza a un chico de catorce años. Él mismo nos informa que, en sus numerosos viajes, princesas rusas y polacas, personas de distinción y de saber, le preguntaban si no era el Puzzi de que hablaba George Sand.

«Era como un pasaporte que me daba derecho de entrada en todos los salones de Europa».

Éxito musical y melancolía

Al día siguiente del concierto, Liszt dijo a su alumno: «ahora Puzzi ha de tener también su concierto». Se pusieron en seguida al trabajo, y grandes carteles anunciaron pronto a todo París que el joven Hermann de Hamburgo, de doce años de edad –tenía entonces catorce cumplidos, dice en sus *Confesiones*–, alumno de Liszt, daría un concierto. Las damas de la corte, de la diplomacia y de la nobleza concurren todas a dicho concierto, y el éxito del «melancólico Puzzi» no tuvo límites.

Sin embargo, en medio de tales triunfos, de tantos elogios exagerados, de estas fiestas embriagadoras, Hermann no era feliz. Su amor propio parecía satisfecho, se creía dispensado de continuar los estudios; pero una tristeza indefinible, un vacío inmenso le habían invadido el alma y extendían en toda su persona un tinte melancólico que no escapaba en manera alguna a la perspicacia de sus adoradoras; parecía hasta añadir un atractivo más a los encantos de su persona. Las mujeres lo llamaban «el melancólico Puzzi»; pero él buscaba en vano corresponder a los deseos de su alma con nuevos gozos y éxitos más brillantes. Sentía ya sin duda la necesidad insaciable del infinito, que sólo el Dios de la Eucaristía puede satisfacer en este mundo. Pero la hora de la luz no había llegado aún, y todavía había de beber largo tiempo en la copa de todos los placeres humanos y de las ambiciones todas de la tierra, a fin de que comprendiera mejor la vanidad de los mismos.

Liszt en Ginebra

De pronto una triste noticia vino a afligir el corazón del joven: Liszt anuncia a sus alumnos que ha decidido dejar París por algunos años. Hermann quería a su maestro, tenía para su persona y genio una especie de culto, y el anuncio de su partida fue para él como la caída de un rayo. Le parecía perdido su porvenir. Habíase compenetrado con el estilo, había adoptado el método, compartido los gustos del maestro y, en cierto modo, se había identificado con él. ¿Qué iba a ser de él ahora? ¿Quién podría jamás reemplazar a Liszt cerca de él?

Su sentimiento era tanto más vivo cuanto que se echaba en cara no haber aprovechado, como hubiera debido, las lecciones recibidas y haberse dejado distraer del estudio serio por los éxitos de salón. Fue a encontrar a

Liszt, arrasado en lágrimas, y se echó a sus pies, suplicándole que se lo llevara consigo.

«A dondequiera que vaya usted, le diré, le seguiré. Aunque haya de ir al cabo del mundo, aunque deba viajar a pie mendigando el pan, estoy dispuesto a acompañarle a todas partes».

Pero Liszt parecía permanecer insensible a las súplicas y a las lágrimas. La profunda adhesión de su alumno sin duda le enternecía, pero no era libre para dar el consentimiento, y dejó para más tarde dar una respuesta que no podía decidir por sí solo. Cada día Hermann renovaba sus instancias, y no sabíamos expresar con qué gozo oyó por fin caer de los labios de Liszt: «bueno, consiento en ello, vendrás a juntarte conmigo en Ginebra dentro de tres meses».

Ido su maestro, París parecía no tener ya ningún encanto para él, y no frecuentaba ya la sociedad sino con indiferencia y casi con desdén.

«Sólo estaba a mi gusto, dice, en casa de la señora Sand, cuya presencia me recordaba a mi maestro. En aquel entonces, Sand fundó el periódico *El Mundo*, en compañía de Lamennais, al cual Liszt al partir me había recomendado que fuera a ver. A mi modo de ver, las producciones de ambos ingenios parecían destinadas a ser el origen de una nueva era para la humanidad doliente, y a traer un siglo de oro sin fin, una felicidad sin nubes, la felicidad en fin que yo estaba buscando incesantemente con tanto ahínco».

Sand le dio esperanza de que se encontrarían en Ginebra, y cuando sonó la hora de partir, dejó París sin añoranza alguna.

Profesor en Ginebra con Liszt

La señora de Cohen no vaciló en seguirle a Ginebra, temiendo con razón los peligros que su hijo no dejaría de encontrar en su camino, llevado de su exaltada imaginación y ardiente corazón. Quería estar junto a él a fin de apartarle de tales peligros, o a lo menos para ayudarle a que triunfara de ellos. Dejó al menor de sus hijos en un colegio, vendió lo que tenía en París, y partió con Hermann y su hija, de once años de edad tan sólo.

Liszt esperaba a su querido Puzzi, y éste se puso seriamente al estudio; pero se presentó casi en seguida una circunstancia inesperada que vino a dificultar el curso del mismo. La ciudad de Ginebra quería fundar un Conservatorio de música, y propuso a Liszt que se sirviera encargarse de las lecciones de piano. El gran maestro halló indigno de su fama encargarse indistintamente de todos los cursos. Consintió en tomar para sí a los alumnos más hábiles, y propuso para los demás y para los principiantes a uno de sus alumnos ginebrinos, el señor Schäd, y al pequeño Puzzi.

No se aceptó a éste último sin dificultad a causa de su poca edad; pero acabaron por rendirse ante los deseos de Liszt y el talento verdaderamente extraordinario de este niño de *trece años*. Hermann, como ya hemos dicho, solía atribuirse dos años menos, lo que no perjudicaba en nada, antes al contrario, la reputación de pequeño prodigio de que gozaba. Hermann fue, pues, aceptado, y a consecuencia de la partida de su compañero, pronto se quedó como único profesor del Conservatorio. Fue invitado a tocar en un concierto dado por la Sociedad Filarmónica de la ciudad, y pronto tuvo un número considerable de alumnos, además de los del Conservatorio. Ganó mucho dinero, y como pudo disponer casi libremente del mismo, comenzó ya esa vida de despilfarro loco y de lujo en la que más tarde buscará emociones y la felicidad.

Rousseau y Voltaire

La estancia de Hermann en Ginebra culmina la obra de

su propia desmoralización intelectual y moral, ya bastante avanzada en París. El recuerdo de Jean-Jacques Rousseau* está vivo en dicha ciudad, baluarte principal del calvinismo. Y el de Voltaire**, que habitó sólo a algunas leguas de la ciudad, no es menos considerable. Deslumbrado por la celebridad de ambas figuras, grandes modelos de impiedad y de corrupción, Hermann quiere conocerlos más a fondo: a menudo va a admirar la estatua del primero, situada en una graciosa y encantadora isleta del lago.

*[Filósofo nacido en Ginebra (1712-1778), propugna una vuelta a la naturaleza, y tiene enorme influjo en ambientes ilustrados, especialmente por sus teorías políticas y pedagógicas].

**[Escritor, historiador y filósofo francés (1694-1778), patriarca de la Ilustración francesa, racionalista violentamente anticristiano, de gran influjo en su época. Desde 1758 vivió en el castillo francés de Ferney].

Se complacía en la lectura de sus *Confesiones*, y lo que aún le quedaba de noble y elevado en el alma, desapareció pronto, poco a poco. Constantemente oía elogiar a Voltaire, veía instaladas, sobre las mesas de los salones de las casas que frecuentaba, sus obras magníficamente encuadernadas. Quiso ir en peregrinación a Ferney, y pronto no conoció nada más grande que los dos temibles filósofos del siglo XVIII.

«Es imposible, exclamaba más tarde, decir cuánto se depravaron entonces mis opiniones».

Lo que leía en los libros infames de estos autores, lo veía poner en práctica ante sus ojos.

«Las circunstancias me llevaron, a la sazón, añade, a frecuentar la intimidad de una familia ilegítima. Una dama de la alta sociedad vivía casi abiertamente con un artista, y vi en la realidad lo que todavía no había visto más que en las novelas».

Claro está que oía censurar por la sociedad más sana esta conducta; pero como nadie se apartaba de su trato, y como perseverasen en la vida culpable, a pesar de las críticas de que eran objeto, concluía que las pasiones son invencibles, y que es inútil intentar resistir a su impetuosidad. Entonces los compadecía y casi los admiraba.

Hallaba «sublime, dice, el ánimo de esta mujer que todo lo había dejado, casa, madre, hijo», para seguir su loca pasión. Tal estado le parecía lleno de «poesía», y anhelaba ya que llegase el día en que podría aspirar a pasión capaz de arrollar tantos obstáculos y aceptar tantos sacrificios.

Agnosticismo ilustrado

En dicho salón, como en tantos otros reputados por honestos y cristianos, veía figurar sobre la mesa o en la biblioteca la *Imitación [de Cristo]*, ricamente encuadernada, al lado de las obras de Rabelais; Bossuet al lado de Lamennais; la santa Biblia al lado de Molière, y así aprendía a colocar al mismo nivel todas las religiones y todas las creencias. En compañía de los pintores, poetas y músicos, que diariamente asistían a la tertulia, oía insultar las convicciones, envilecer la virtud, mofarse de la honradez, profesar las más descabelladas doctrinas y las ideas más falsas.

Atraído por el cristianismo

A estos ejemplos y tentaciones estaba expuesto este niño de quince años, cuyo orgullo se veía halagado por todas las seducciones. En tal ambiente, con todas esas ideas, ocurría por entonces en el alma de Hermann algo inexplicable. A veces experimentaba aspiraciones hacia el cristianismo.

Su maestro, Lamennais, le invitaba a que ilustrase su inteligencia con la lectura de algunas obras filosóficas, y

un día le regaló una Biblia en la que él había escrito estas palabras del Salvador, que parecían la noble confesión y la patética añoranza de un corazón lleno de virtuosos deseos, pero demasiado débil para seguirlos: «Bienaventurados los que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios». Hermann se conmovió mucho al recibir el regalo, y confesó inocentemente que tenía el deseo de convertirse al cristianismo, añadiendo, sin embargo, que ignoraba si debía abrazar la religión católica o la protestante, no sabiendo cuál de las dos era preferible.

Esta veleidad pasó pronto, y además sabemos que el maestro nada hizo para animarlo en el propósito. No tenía el corazón cerrado a todo noble sentimiento. Amaba sobre todo a Liszt, y nos cuenta con qué ardor tomó su partido, cuando el famoso Thalberg amenazaba eclipsarlo en París con la ostentación de su talento y con su genio al tocar. Pero la pasión intervino aquí también para desfigurar la nobleza del agradecimiento. Y para exaltar y vengar a su maestro, llegó a la denigración y hasta la calumnia. Prohibía a sus alumnos que estudiaran las composiciones de Thalberg y consideraba, por su parte, como un honor ignorarlas y no querer tocarlas.

Primera tentación del juego

La sociedad de Ginebra era brillante. Polonia y la Francia legitimista contaban en ella los más nobles e ilustres representantes. Había afición a la música, y se dio un concierto en el cual Hermann acompañó a un príncipe ilustre, que aceptó cantar con su hermosa voz en beneficio de los pobres.

Después del concierto el príncipe obsequió a todos los artistas, que en él habían tomado parte, con una espléndida cena, la cual se prolongó hasta muy avanzada la noche, y varios invitados, de madrugada, organizaron un juego de azar.

«Creo que fue la primera vez que veía esta clase de juegos, cuenta Hermann. Seguí con avidez todas las fases de la fortuna de los jugadores: fuertes sumas en plata y oro fueron perdidas y ganadas. Pedí permiso de que se me dejara arriesgar a mi vez algún dinerillo. Fue el principio de una pasión que ha hundido los años más hermosos de mi juventud en un abismo de torturas y de faltas, sin dejarme un momento de reposo».

Excursión a Chamonix

Hubo, sin embargo, un pequeño intervalo en la vida de fiebre y de trabajo. Sand había prometido ir a Ginebra, y juntos debían recorrer parte de Suiza y visitar el valle de Chamonix. Como tardase en llegar, la pequeña colonia ginebrina tomó la delantera. El viaje había de contribuir a aumentar la celebridad del pequeño Puzzi.

Todo fue singular y extravagante en la excursión: trajes, conversaciones, bromas, motes y nombres supuestos. Se puso en obra todo lo que la imaginación fantástica de aquellos artistas pudo inventar de más extravagante y más raro para llamar la atención del público. Hermann llevaba una preciosa túnica de la edad media, color café, ribeteada de terciopelo, y un pantalón de casimir blanco. La cabeza, con la cabellera muy lozana y rizada, tocada con un elegante gorro. Parecía un pajequito.

George Sand, que encontró a los viajeros en Chamonix, escribe en la *Revista de Ambos Mundos*: «Lo primero con que tropiezo es con lo que el fondista llama la *joven-cita*: Puzzi, a horcajadas sobre el saco de noche, y tan cambiado, tan crecido, la cabeza cargada de tan largos cabellos oscuros, el talle cogido en una blusa de tal modo femenina, que, a fe mía, estoy por completo desorientada, y sin reconocer al pequeño Hermann, le quito el sombrero diciéndole: Hermoso pajequito, indícame dónde está Lara».

«Del fondo de una capota inglesa sale, a estas palabras, la cabeza rubia de Arabella; mientras me abalanzo hacia ella, Franz me salta al cuello, Puzzi lanza un grito de sorpresa; se forma una confusión inefable de besos y abrazos» [*Cartas de un viajero*]. Y de este modo el nombre de Puzzi, debido a la pluma de la autora de moda, dio de nuevo la vuelta al mundo.

El órgano de Friburgo

En Friburgo, Liszt tocó el órgano célebre de Mooser. Interpretó un fragmento de su *Dies iræ*. El instrumento retumbaba como la voz del Dios fuerte, dice Sand, y la inspiración de nuestro gran músico hacía revolotear el infierno y el purgatorio enteros de Dante bajo las estrechas bóvedas de molduras pintadas de rosa y gris perla. Escuchemos a Puzzi dar cuenta de sus impresiones:

«Liszt toca el gran órgano, colosal arpa de David, cuyos sonos majestuosos dan una vaga idea de vuestra grandeza, ¡oh Dios mío! ¿No estuve entonces penetrado de una impresión de santidad? ¿No hicisteis vibrar en mi alma un presentimiento religioso? ¿Cuál era, pues, la emoción profunda que experimentaba cada vez que, en mi infancia, tocaba u oía tocar el órgano, emoción tan viva que estuvo a punto de comprometerme la salud y que me fue severamente prohibida?... ¡Oh Jesús bien amado! ¡Estabais a la puerta de mi corazón, y yo no abría!».

Regreso a París

Entre tanto, Liszt, deseoso de reconquistar el terreno que había perdido a causa de su ausencia y de los éxitos de Thalberg, dejó Suiza y regresó a París. Hermann quiso seguirle. Había logrado en Ginebra una posición muy lucrativa, el número de sus lecciones no había cesado de aumentar. Su madre, temiendo para él la vida de París y necesitando ella misma una vida reposada y tranquila, le rogaba que se quedase. Liszt mismo unía sus consejos a los de la pobre madre; pero nada, ni las lágrimas de su madre, ni la perspectiva de un brillante y asegurado porvenir, ni siquiera los esfuerzos de su maestro, pudieron vencer la resolución que había tomado. Quería partir, y fue preciso que, después de quince meses de residencia en Ginebra, su madre tomara de nuevo el camino de la gran ciudad, al precio de más de un sacrificio.

Liszt sólo tuvo que aparecer para triunfar. Su talento se había formado aún más por el estudio y, por otra parte, su presencia había bastado para despertar la admiración de que siempre había sido objeto.

Camino de perdición

Los presentimientos, los temores de la señora de Cohen no eran vanos. Hasta entonces, al parecer, al menos, la virtud de su hijo había resistido a más de una seducción. Pero en París se fue completamente a pique. Se separó de su madre, alquiló piso aparte; y, como dice, quedó libre de hacer todo el mal que quisiera.

«Las lecciones de música, añade, me proporcionaban dinero, y el dinero me facilitaba placeres. Mi vida fue entonces el abandono completo a todos los caprichos y a todas las fantasías. ¿Era más feliz? No, Dios mío. La sed de felicidad que me abrasaba no se saciaba con esto».

Nos describe luego la vida de los artistas con los que solía vivir y entregarse a toda clase de desórdenes. Pronto llegó a perder hasta los modales distinguidos y cortes que había contraído en su trato con la nobleza. Se entregó al juego con una pasión que no conoció tregua ni fin, jugando a todo evento, sin medida ni prudencia, buscando sólo las emociones que las grandes variaciones imprevistas del azar ocasionan. Tenía un piano en casa, pero permanecía mudo. Después de la noche pasada en el juego o en toda clase de desórdenes, pasaba parte del día en un sueño pesado y poco reparador.

Tal género de vida no podía durar. Pronto se cansó de los amigos vulgares y groseros, y no tardó en experimentar profundo disgusto por esta vida vergonzosa. Entonces se halló solo en su cuarto, y la soledad le pesó.

«Empecé, dice, a sufrir de la enfermedad que roe la turba de los ociosos: penetra hasta en los mismos sitios en que se van a buscar las distracciones, se enseñoorea de casi todos los corazones».

Las tertulias, bailes, teatros no le ofrecían ya aliciente alguno. Iba a ellos, sin embargo, esperando ahogar el aburrimiento; pero continuaba sintiéndose solo, seguía aburiéndose. Y al recordar el vacío y aislamiento en que se hallaba su corazón, exclamará más tarde en la feliz soledad del Carmen:

«Ahora también estoy solo, pero ¡qué diferencia! Mi soledad está habitada por ti, ¡oh Jesús mío! Estás conmigo todos los días de mi vida, y tú me rodeas, me llenas el alma. Antes, un vacío espantoso me entristecía cuando estaba solo, y buscaba la distracción en malos libros o en el trato de mis semejantes... Ahora, todo lo contrario. Quisiera siempre estar solo contigo, ¡oh Dios mío! ¡Qué grata es esta soledad a dos! *En el Carmen, Dios solo y yo* [inscripción de las paredes de los Carmelos]. ¡Qué verdad es! Dios solo y yo, y los días pasan volando deliciosamente!»

Vuelve con su madre

Hermann se acordó entonces del hogar materno. Recordó las lágrimas y lamentos de su madre para volverlo al mismo, el día siguiente de su huida. Se reprochó la insensibilidad que demostró entonces, y un poco por egoísmo, otro poco por amor filial, resolvió reintegrarse a casa de su madre y vivir en familia. En ella fue recibido con tanto amor como lo fuera el hijo pródigo.

La princesa de Belgiojoso

Una nueva amistad vino pronto a cambiar el curso de sus ideas y a modificar sus costumbres. Fue presentado a la sazón en casa de la princesa de Belgiojoso, riquísima y muy a la moda. Acogido con complacencia, se convirtió en el huésped solícito de la gran dama, feliz en dispensar su alta protección al joven y brillante artista. Lo recibía a cualquier hora del día, y le dejaba el cuidado de preparar los festejos; en una palabra, Hermann se había convertido en el hombre indispensable de las reuniones y conciertos en casa de la princesa. Entró así en relación con todas las celebridades políticas que frecuentaban los salones de su protectora. Los diplomáticos y grandes señores tenían por Hermann toda clase de atenciones.

Tal sociedad era muy diferente de la que había visto en casa de George Sand y en la de Liszt, y las ideas republicanas que había adquirido se hallaban cohibidas en ese ambiente por completo aristocrático y autoritario. Hermann no se halló embarazado por ello, y de buen grado realizó una metamorfosis tan completa como rápida. Hasta hizo gastos considerables para vestir con lujo; pero el sastre, a quien no pagaba, sin duda por un resto de sus ideas democráticas del pasado, se mostró exigente, y hasta amenazador. Como había descuidado las lecciones, se hallaba sin dinero.

¿Qué hacer? Pensó en dar un concierto. El orgullo y la pereza le habían impedido estudiar, incluso había descuidado las relaciones de todos aquellos que le hubieran podido servir ahora. ¡Encontraba tan fácil y cómodo presumir en los salones de la princesa! El concierto no tuvo éxito. Excepto la princesa y sus amigos, no había casi nadie. Sintió profundamente este fracaso en su amor propio. El pariente de la princesa, que lo había introducido en casa de la misma, quiso disminuir su amargura, y se informó del objeto con que había dado tal concierto; no atreviéndose a confesar la verdad, Hermann pretextó que había destinado el producto del mismo a sufragar

los gastos de un viaje a Hamburgo. N**** le dijo entonces que partiera, que le prestaría la suma necesaria hasta que mejores tiempos le permitiesen reembolsarla.

Enamorado idealista

He aquí, pues, a Hermann, verdadero judío errante, de camino para regresar a Hamburgo. Allí permanece sólo el tiempo necesario para enamorarse de una pianista de París, cuya celebridad le había seducido. Tiene tal entusiasmo por ella que se le ofrece a vengar los ultrajes que la misma había recibido en París, y se propone nada menos que exterminar a todos los enemigos de esta mujer. La edad de la artista parecía, sin embargo, ponerla al abrigo de toda aventura, y era a lo menos bastante para enfriar la ardiente imaginación de aquel joven perdonavidas.

Pero Hermann no respiraba desde hacía tiempo sino un aire novelesco e ideal; su cabeza y su corazón no aspiraban más que a hechos deslumbrantes, sólo soñaban con historias extraordinarias y caballerescas, y estaba lejos de darse cuenta del ridículo de que se cubría. Su edad, su inexperiencia de la vida, la celebridad precoz y tan singular de que disfrutaba, bastaban para disculparlo a los ojos del público.

En París con Mario

Volvió a París, donde trabó amistad con el célebre Mario. Este joven italiano, desterrado de su país por circunstancias trágicas, a pesar de la nobleza de origen, se vio obligado para vivir a aceptar las ofertas del director de la Opera. Su voz era de amplitud extraordinaria, de sonoridad llena de expresión simpática. Desgraciadamente no sabía aún dirigirla, no había hecho ningún estudio musical, y cantaba sin arte.

Hermann se encargó de acompañarle al piano, y pronto se hicieron tan buenos amigos que fueron inseparables. Mario estaba entonces de moda: no se hablaba más que de él en la sociedad de París, era la lumbrera del día, el tema de todas las conversaciones, el héroe de todas las tertulias. Como Hermann era amigo suyo, compartió esta popularidad, como antes Liszt lo había asociado a la suya. Es verdaderamente curioso, observa él mismo, que casi siempre se hubiese hallado en la intimidad de los artistas en el preciso momento en que éstos llamaban toda la atención del público.

Así se hallaba él mismo puesto de relieve, veía crecer su propia reputación, y el nombre de Hermann era para siempre inseparable del de Mario, convertido casi en alumno suyo, como el de Puzzi estaba unido a los de Liszt y George Sand. Dios, que lo preparaba a otra celebridad y le destinaba otro teatro, lo había sin duda decidido así para que luego su apostolado fuese más fecundo y su misión más fácil.

Hermann estaba, además, separado de sus antiguos amigos. Sand estaba en provincias, y Liszt, después de haber vivido durante algún tiempo con esta mujer tan extraordinaria, había partido para Italia. Por eso Hermann, sin perder nada del afecto que había profesado a su antiguo maestro, se entregó a Mario y a su fama con el mismo celo que había desplegado para la gloria de Liszt.

Hemos llegado al año 1837, y aquí acaban las *Confesiones* que el padre Agustín María del Santísimo Sacramento [Hermann] escribió en la pequeña celda del Carmen. Empezadas con la intención de publicar las misericordias del Señor, tenía sin duda la esperanza de terminirlas. Pero, convertido en religioso y predicador, Hermann ya no se pertenecía: nuevos deberes absorbie-

ron su vida, y no pudo dejarnos el testimonio completo de su humildad y de su amor, purificado por las lágrimas del arrepentimiento. Por eso ahora, durante los diez años que nos separan del grande acontecimiento que cambiará el curso de su existencia, nos será difícil seguirle en los más íntimos detalles, según lo hemos hecho hasta aquí.

Diversos viajes

Dos pasiones le dominaron durante estos últimos años: el juego y los viajes. Acabamos de verlo con Mario en París. Al principio del invierno sigue a su nuevo amigo a Londres, donde ambos obtienen los mismos triunfos que en París. Hermann da lecciones de piano, y no puede dar abasto a las demandas que la aristocracia le dirige. Termina la temporada con un brillante concierto y, rico ahora, parte para un viaje por Italia, en donde encontrará a su querido maestro.

Su estancia en la tierra clásica de las artes y de la poesía ejerció saludable influencia en su alma de artista. Las mejores impresiones de su infancia salieron del letargo en que se hallaban sumidas y volvió a componer suaves y melancólicas armonías.

Hermann vivía a lo grande, y sus economías se agotaron demasiado aprisa a su modo de ver. Con dolor se arrancó del hermoso cielo, de la vida embriagadora y de grandezas, para tomar de nuevo el camino de Londres. Le sostenía una esperanza, la de rellenar el bolsillo y volver pronto a beber nuevas y dulces inspiraciones en la fuente de lo bello. En efecto, la primavera próxima lo veía llegar a Milán, lleno de generosos deseos y de ardientes resoluciones.

Sus óperas

Se puso a la obra, y compuso dos óperas, una de las cuales fue representada más tarde en Verona. Estos intentos no le reportaron ningún provecho; gastó mucho para ponerlas en escena, y, hay que confesarlo, el éxito estuvo lejos de responder a la tentativa.

Sin embargo, estas obras musicales no carecen de valor. La juventud del autor puede explicar el poco éxito que tuvieron. Quizás podría también encontrarse la razón en el atractivo religioso y melancólico que constituía como el fondo de todas sus composiciones. Algunas melodías de dichas óperas estaban tan impregnadas de este sentimiento, que más tarde no vaciló en tomarlas para algunos de sus cánticos y de sus himnos religiosos.

La señora de Cohen no abandonaba a su hijo, seguía con ternura y solicitud sin igual todos sus trabajos, y le ayudaba enviándole sus economías. En 1842, se decidió a ir a reunirse con él en Venecia, con la esperanza de que la vida sería más fácil compartida en familia. Hermann recibió a su madre y a su hermana con verdadero gozo; no las había visto desde hacía largo tiempo, y desde entonces su corazón había experimentado una honda pena.

Por otra parte, en 1841 una «trama de las más infernalmente urdidas» había logrado separarlo de Liszt, y originar una violenta enemistad entre aquellos dos hombres que hasta entonces habían permanecido tan fielmente unidos entre sí.

Esta violenta ruptura y el punzante dolor que le había ocasionado lo empujaron, dice, hacía la sima del más espantoso escepticismo [*Carta al padre Alfonso María Ratisbonne*]. Pero su corazón, naturalmente amante y apasionado, no era idóneo en absoluto para persistir en él por mucho tiempo. Y la presencia de su madre y de su hermana contribuyó poderosamente, no lo dudamos, a

cicatrizan la herida que durante mucho tiempo estuvo sangrando.

Hermann era ya conocido y acogido en Venecia por numerosas e ilustres familias que en ella se encontraban entonces. La temporada fue brillantísima. Nuestro joven artista compuso numerosas piezas para piano, llevó vida más tranquila, y su madre, completamente dichosa, se alegraba de haber encontrado de nuevo a su querido hijo. Por aquel entonces, trabó Hermann íntima amistad con Adalberto de Beaumont, hombre de gran mundo, artista y dibujante, en compañía del cual lo encontraremos en París.

Viajes incesantes

La temporada pasó rápida y feliz para la madre y el hijo. Pero, en el mes de marzo, Hermann manifestó el deseo de volver a París. La primavera no estaba aún avanzada, y el viaje no se presentaba sin peligros ni fatiga. Sin embargo, cuando Hermann quería algo, su madre no sabía negarse a ello. Así pues, partieron. El 15 de marzo los viajeros atravesaron el San Gotardo y llegaron felizmente sanos y salvos a París, después de haberse librado de los peligros de los primeros aludes desprendidos de las montañas por los rayos del sol.

Pero Hermann, apenas ha tocado el suelo de la gran urbe, en seguida parte para Londres, en donde empieza de nuevo las lecciones, da conciertos, y a fines de junio está de nuevo en Venecia.

En ella lo dejaremos, y no vamos a seguirle ya en estos viajes incesantes, cuya frecuencia difícilmente se podría imaginar si él mismo no hubiese mencionado en sus notas los países y ciudades que recorrió hasta el mes de octubre de 1846, en el que lo hallaremos de nuevo en París, en la misma casa de su amigo, Adalberto de Beaumont, en la cual se instaló a la vuelta de un largo viaje por Alemania.

El golpe de la gracia

El arte de la vida mundana

Establecido en París en casa de su amigo, Hermann continuó su vida de artista, poniendo en práctica los consejos recibidos de un hombre que ejerció grande influencia en los destinos de su juventud. La ciencia de la felicidad, le había dicho, consiste por entero en el arte de inspirar buena opinión de sí mismo a las personas de quienes se tiene necesidad, por un buen comportamiento muy prudente y por un trabajo serio. Todo esto, le repetía a menudo, basta para crearse una posición desahogada y puede con ventaja reemplazar al nacimiento y a la fortuna. Según tales criterios se dirigió,

«no pareciendo peor que las tres cuartas partes de las gentes que me rodeaban, dice [Hermann en carta al padre Ratisbonne], permitiéndome a mí mismo toda licencia, haciendo a veces algún favor, si la ocasión de ello se presentaba por sí misma, y devolviendo sin escrúpulo alguno mal por mal, si

se me provocaba a ello de cualquier manera. Y dígame, ¿no es ésta la vida de casi todos los jóvenes de la buena sociedad, de las tertulias elegantes y del mundo artístico? No exagero, lo aseguro, todos los jóvenes que he conocido vivían como yo, buscando el placer dondequiera que se ofreciere, deseando la riqueza con ardor, a fin de poder seguir todas sus inclinaciones, y satisfacer cualquier capricho. En cuanto al pensamiento de Dios, no se les presentaba jamás a la mente, limitando todas sus preocupaciones y deseos a las cosas y placeres de la tierra, no teniendo de la moral sino aquel respeto exterior y prudente, que permite no tener altercado alguno con la justicia humana».

Hastío

Hemos dicho que la pasión del juego se había apoderado de todas las facultades de Hermann; le dominaba y en él perdió considerables sumas. Pero en vano buscaba la felicidad en las embriagueces del juego. Dios le había envenenado la copa de todos los gozos humanos, y sus labios ávidos no encontraban más que una amargura inagotable y siempre creciente. Dios quería atraerlo hacia sí por el hastío del mundo. Tenía el corazón bastante noble y la mente bastante elevada para amarlo y servirlo en cuanto lo hubiere conocido.

El mes de María en santa Valeria

Esta hora estaba próxima. El feliz convertido ha contado él mismo al padre Alfonso María Ratisbonne las operaciones de la gracia divina en su alma*.

*[Alfonso-María Ratisbonne (1814-1884) nace en Estrasburgo, de una familia israelita muy distinguida. A los quince años, sufre mucho cuando su hermano Teodoro se convierte al catolicismo y se hace sacerdote. A los veintiocho años, estando en Roma, a punto de casarse y siendo celoso del judaísmo, por desafío, le acepta a un católico llevar la *medalla milagrosa* y rezar cada día el *Acordáos* a la Virgen María. Días más tarde, entra en la iglesia de San Andrea delle Fratte, y se dice: «qué iglesia tan fea». Cae después de rodillas junto al altar de San Miguel, ante una visión de la Virgen María, «tal como aparece en mi medalla». La conversión fue instantánea y total. Como su hermano Teodoro, él fue también un sacerdote ejemplar. Cf. T. de Bussières, *Conversión de María Alfonso Ratisbonne*, Balmes, Barcelona 1951].

Un viernes de mayo de 1847 [cuando Hermann tenía *veintiséis años*], el príncipe de la Moscowa le rogó se sirviera reemplazarle en la dirección de un coro de aficionados en la iglesia de santa Valeria, sita en la calle de Borgoña. Hermann vivía en la vecindad y allí fue con gusto. En el acto de la bendición [con el Santísimo Sacramento], experimentó

«una extraña emoción, como remordimientos de tomar parte en la bendición, en la cual carecía absolutamente de derechos para estar comprendido». Sin embargo, la emoción era grata y fuerte, y sentía «un alivio desconocido».

Volvió a la iglesia los viernes siguientes, y siempre en el acto en que el sacerdote bendecía con la custodia a los fieles arrodillados, experimentaba la misma impresión. Sentía un escalofrío involuntario, y habría derramado abundantes lágrimas si el respeto humano no lo hubiera retenido. No sabía cómo explicar estas emociones desconocidas, extraordinarias, poderosas, que se apoderaban de él siempre en las mismas circunstancias. El mes de mayo pasó, y con él las solemnidades musicales en honor de María. Pero Hermann, sin darse cuenta exacta del fuerte instinto que lo dominaba, cada domingo volvía a santa Valeria para asistir a misa.

Deseos de instrucción católica

Vivía entonces Hermann con Adalberto de Beaumont, de cuya biblioteca cogió un viejo devocionario, en extremo polvoriento, el cual había servido en otros tiempos a la madre de su amigo, y que no había sido abierto desde quién sabe cuánto tiempo. Mil pensamientos venían a su

cabeza, y le consumían el corazón aspiraciones ardientes, enardecidas hacia un ideal desconocido.

En los primeros días de julio, manifestó a la Duquesa de Rauzán el estado inexplicable de su alma, y acabó al fin rogándole que lo pusiera en relación con un sacerdote católico. Experimentaba el vivo deseo de instruirse en los dogmas de una religión hacia la cual se sentía arrastrado de una forma irresistible. Pero el demonio trabajaba también, por su parte, y varias circunstancias, una indisposición de la Duquesa, unos conciertos, una alegre excursión al campo, vinieron a oponerse a la pronta realización de sus proyectos.

El sacerdote Legrand

Finalmente,

«después de varios otros retrasos y franqueados algunos obstáculos, conocí al sacerdote Legrand, promotor fiscal del arzobispo de París, y le conté lo que me había pasado. Me escuchó con interés, y luego me exhortó a la calma, a la perseverancia en mis disposiciones presentes, y a la confianza absoluta en las vías que la divina Providencia no dejaría de indicarme. Me entregó luego el *Compendio de la doctrina cristiana* de Lhomond.

«La benévola y amable acogida del eclesiástico me impresionó vivamente e hizo caer de un golpe uno de los prejuicios más sólidamente arraigados en mi mente. ¡Tenía miedo de los sacerdotes!... Desgraciadamente no los conocía más que por la lectura de las novelas que nos los representan como hombres intolerantes, que sin cesar tienen en los labios las amenazas de la excomunión y las llamas del infierno. ¡Y me encontré en presencia de un hombre instruido, modesto, bueno, franco, que lo esperaba todo de Dios y nada de sí mismo! En tales disposiciones partí para Ems, ciudad de Alemania, para dar un concierto...

En la parroquia alemana de Ems

«Apenas hube llegado a dicha ciudad, visité al párroco de la pequeña iglesia católica, para quien el sacerdote Legrand me había dado una carta de recomendación. El segundo día después de mi llegada, era un domingo, el 8 de agosto, y, sin respeto humano, a pesar de la presencia de mis amigos, fui a oír misa.

«Allí, poco a poco, los cánticos, las oraciones, la presencia – invisible, y sin embargo sentida por mí – de un poder sobrehumano, empezaron a agitarme, a turbarme, a hacerme temblar. En una palabra, *la gracia divina se complacía en derramarse sobre mí con toda su fuerza*. En el acto de la elevación, a través de mis párpados, sentí de pronto brotar un diluvio de lágrimas que no cesaban de correr con grata abundancia a lo largo de mis mejillas... ¡Oh momento por siempre jamás memorable para la salud de mi alma! Te tengo ahí, presente en la mente, con todas las sensaciones celestiales que me trajiste de lo Alto... Invoco con ardor al Dios todopoderoso y misericordiosísimo, a fin de que el dulce recuerdo de tu belleza quede eternamente grabado en mi corazón, con los estigmas imborrables de una fe a toda prueba y de un agradecimiento a la medida del inmenso favor de que se ha dignado colmarme.

«Experimenté entonces lo que sin duda san Agustín debió de sentir en su jardín de Casiciaco al oír el famoso *Tolle, lege...* [toma y lee]; lo que usted, mi querido Padre, debió experimentar en la iglesia de San Andrés de Roma, el 20 de enero de 1843, cuando la Santísima Virgen se dignó aparecersele...

«Recuerdo haber llorado algunas veces en mi infancia; pero jamás, jamás había conocido lágrimas parecidas. Mientras me anegaban, sentía surgir de lo más profundo de mi pecho herido por mi conciencia, los remordimientos más dolorosos por toda mi vida pasada.

«De pronto, y espontáneamente, como por intuición, empecé a manifestar a Dios una confesión general interior y rápida de todas las enormes faltas cometidas desde mi infancia. Las estaba viendo allí, puestas ante mí por millares, horribles, repugnantes, asquerosas, que merecían toda la cólera del juez soberano... Y al mismo tiempo sentía también, por una calma desconocida que pronto vino a extenderse sobre mi alma como bálsamo consolador, que el Dios de misericordia me las perdonaría, desviaría de mis crímenes su mirada, que tendría piedad de mi sincera contrición y de mi amargo dolor... Sí, sentí que me concedía su gracia, y que al perdonarme, aceptaba en expiación la firme resolución que hacía de amarlo sobre todas las cosas y desde entonces convertirme a Él.

«Al salir de esta iglesia de Ems, era ya cristiano. Sí, tan cristiano como es posible serlo cuando no se ha recibido aún el santo bautismo...»

Devoción a la Virgen María

Al salir de la iglesia, Hermann encontró a la esposa del embajador de una de las más antiguas cortes de Europa ante el gobierno francés. La buena señora pronto comprendió que a Hermann le había pasado algo extraordinario en vista de su emoción y de sus palabras exaltadas. Le interrogó, y, embriagado por la felicidad, éste le contó los beneficios de que la gracia divina le había colmado.

«La señora me dijo, añade Hermann, que debía atribuir todas las grandes gracias que sobre mí se habían derramado a la intercesión de la Virgen María, a la que debía consagrar un culto especial. Luego me dio una estampa del misterio de su gloriosa Asunción».

[Como en seguida veremos, el 28 de agosto fue bautizado. Y unos días después escribía:]

«Cada paso que desde este día he tenido la dicha de dar en el camino de Cristo –y aunque me quedan muchísimos que dar, sin embargo, los que he dado son enormes, si miro hacia atrás–, oh felicidad, todos los pasos, todos los adelantos, los debo de manera bien evidente a nuestra madre común, a la buena y santa Virgen, refugio de pecadores, que cada día he implorado con fervor para que rogara por mí a su adorable Hijo, Nuestro Señor y Salvador».

Fervor en París

El día siguiente de este día bendito, impaciente por contar las emociones del mismo al sacerdote Legrand, Hermann deja Ems y regresa a París. A su llegada está desconocido, verdaderamente transformado por la gracia, que de manera tan profunda lo ha conmovido. Se encierra en su cuarto, estudia la doctrina del cristianismo, pero le ha descendido ya de Arriba la fe, cuyas prácticas observa como si estuviese ya bautizado.

«Las oraciones de la mañana y de la noche, la meditación, la misa, las vísperas y funciones de la Iglesia, las abstinencias, la castidad, todo lo observaba con facilidad y diligencia», dice.

Cuando asistía a misa, experimentaba profundo dolor y un sentimiento inmenso al ver que los fieles se acercaban a la mesa eucarística. Derramaba entonces lágrimas ardientes de deseo y de amor.

“Y hoy, por no haber tenido aún el gozo de haber hecho la primera comunión, no me es dado asistir a este instante supremo sin llorar por la privación que me hace morir”.

Catequesis con el padre Legrand

El sacerdote Legrand le recibía cada anochecer, le preparaba la inteligencia mediante una sólida instrucción, luminosa, llena de vida y calor, y le disponía el corazón enseñándole el arte de orar y vencerse. El 15 de agosto, el sacerdote Teodoro Ratisbonne* debía administrar el bautismo, en su capilla de la calle de Regard, a cuatro israelitas convertidos.

*[Teodoro Ratisbonne (1802-1884), judío converso, sacerdote, fundador de la Congregación de Nuestra Señora de Sión (1842)].

Bautismo de cuatro judíos

El sacerdote Legrand persuadió al joven catecúmeno para que asistiera a dicha ceremonia. La emoción que experimentó fue tan viva que tuvo necesidad de violentarse en gran manera para no dejar su sitio y correr a arrojarse a los pies del sacerdote, para suplicarle que le concediera también el santo bautismo.

Todo venía a propósito para conmovirlo. El sacerdote mismo era un hijo de Israel, y, a su alrededor, un coro de jovencitas, dirigidas por religiosas, «todas ellas también convertidas del tallo de Jessé, todas ellas oriundas de Abrahán, como yo», repetían el canto más sublime, de-

cían la oración que más capaz era de conmover el corazón de un hijo de la tribu de Leví:

«¡Jesús de Nazaret, rey de los judíos, ten piedad de los hijos de Israel!

«¡Jesús, divino Mesías esperado por los judíos, ten piedad de los hijos de Israel!

«¡Jesús, el deseado de las naciones, Jesús de la tribu de Judá, Jesús que curaste a los sordos, a los mudos y a los ciegos», repitiendo ellas siempre ¡ten piedad de los hijos de Israel!

«¡Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, perdónalos, porque no saben lo que hacen!»

Capilla de Nuestra Señora de Sión

Estas admirables letanías, compuestas por el padre Ratisbonne, se recitaban cada día en la capilla de Nuestra Señora de Sión. Y las jóvenes huérfanas que las repetían han sido ellas mismas objeto de la piedad misericordiosa de Jesús, que invocaban para sus hermanos, sumidos aún en las tinieblas.

Esta solemnidad determinó su resolución de recibir el bautismo en la misma capilla en que todo le recordaba la bondad de Aquél que había sido enviado para salvar a las ovejas perdidas de Israel. Se había pensado primeramente en la iglesia de los Carmelitas, en la que el sacerdote Legrand celebraba misa cada día. Y el sitio, al principio, le había seducido por haber sido santificado con el martirio de tantos sacerdotes en la época de la Revolución; y en él había venerado conmovido los restos de sangre de los héroes de Cristo, de que están salpicadas aún las paredes del antiguo convento.

Pero en cuanto hubo conocido la capilla de la calle de Regard, edificada en recuerdo de la conversión milagrosa de su hermano en judaísmo, el padre [Alfonso] María Ratisbonne, abandonó toda vacilación, y le pareció que la Providencia se la destinaba para ser la cuna de su nueva vida.

El nuevo nombre: Agustín

El día del bautizo fue fijado para el 28 de agosto, día en que la Iglesia celebra la fiesta de san Agustín, el ilustre convertido de la gracia divina. La elección del día y del nombre que se dio a Hermann en el santo bautismo, parecen no haber sido el resultado de una coincidencia fortuita.

En efecto, ya antes de saberse el día escogido por el sacerdote Legrand para la administración del sacramento, la señora Duquesa de Rauzán le había destinado el nombre de Agustín. El recuerdo y el ejemplo del gran doctor parecen seguirle por todas partes. La primera vez que estuvo en Nuestra Señora de las Victorias, el venerable sacerdote Degenettes predicó sobre la vida de san Agustín. Incitaba a los fieles a que se preparasen a la fiesta del santo, y aseguraba que ésta había sido siempre ocasión de las conversiones más inesperadas y milagrosas.

Sin saberlo y por una casualidad rara a lo menos, Hermann ocupaba un asiento frente al altar dedicado a san Agustín. Su compañero, el padre Teodoro Ratisbonne, después del sermón, le hizo observar tal circunstancia. Varios de los libros que sus amigos le enviaron como regalo trataban también del gran Obispo de Hipona o de algunos de sus admirables escritos.

Última preparación y últimos combates

El gran día se acercaba y su catequista le preparaba al mismo por una novena de oraciones, escogidas todas alternativamente del oficio de la Santísima Virgen y del oficio de difuntos. Durante estos nueve días Hermann se recluyó en la más absoluta soledad. Sólo salía de su

casa para ir a escuchar la palabra del padre Teodoro Ratisbonne o la del sacerdote Legrand.

Hermann estaba gozoso, viendo que se acercaba el día de su rescate. Pero el demonio debía hacer un último esfuerzo para arrancar esta alma a Jesucristo, o a lo menos para turbarla en la hora suprema. La noche que precedió al bautismo, el espíritu malo

«le envió un sueño lleno de representaciones seductoras y le renovó vivas imágenes que creía para siempre desterradas de su memoria».

Pudo apropiarse al pie de la letra las palabras de san Agustín: «Cada futilidad de futilidades, cada vanidad de vanidades, antiguas amigas mías, procuraban retenerme, me asían por mi vestido de carne y me murmuraban: “¿Nos abandonas?”... ¡Que tu misericordia, Dios mío, aleje del alma de tu servidor lo que me sugerían!» [*Confesiones* VIII,11,26].

Oprimido por estas visiones horribles,

«jadeante, me echo fuera de la cama, me arrojo a los pies del crucifijo, y allí, los ojos llenos de lágrimas, suplico el socorro misericordioso del Todopoderoso, la asistencia de la santísima y purísima Virgen María. Y en seguida la tentación huye».

Se levanta, fuerte y atrevido, como un gigante, para recorrer la gran carrera que el Señor ha colocado ante él. Esta primera victoria será como el presagio de otros muchos triunfos.

El bautismo: 28 de agosto de 1847

El mismo Hermann lo describe [en carta al padre Alfonso María Ratisbonne]:

«El sábado, 28 de agosto, a las tres de la tarde, la capilla de Nuestra Señora de Sión brillaba con un resplandor rara vez visto. Las más bellas y frescas flores adornaban el altar resplandeciente con mil luces; la campana del convento dejaba oír su más alegre repique; una piadosa muchedumbre llenaba la nave; un coro de jovencitas, cubiertas con largos velos blancos, arrodilladas a los lados de la nave, cantaban las letanías por la conversión de los judíos; el órgano mezclaba sus acordes a estos cantos armoniosos. El sacerdote Legrand, asistido del padre Teodoro Ratisbonne, hizo entonces su entrada en la iglesia y se adelantó hacia el altar.

«Yo seguía, tembloroso y sin embargo firme, llevando a mi derecha a mi padrino el doctor Gouraud, más insigne aún por sus virtudes que por su nacimiento, y a mi izquierda, a mi madrina, la señora Duquesa de Rauzán, más ilustre si cabe por su piedad que por su nacimiento, y cuyos méritos se perpetúan en sus hijas. A dondequiera que volviese la mirada, hallaba, pues, apoyos sólidos e inquebrantables, y jamás vino criatura al mundo más buenamente rodeada por sus hermanas y hermanos, que lo fuera yo, simple catecúmeno, al acercarme al altar. ¡Dios sea para siempre bendito por ello!»

No seguiremos al joven neófito cuando describe con entusiasmo todas las ceremonias que preceden y acompañan al santo bautismo. El asombro, la admiración, el agradecimiento y el amor que experimentaba no conocían límites. Cuando sintió correr el agua que se derramaba sobre su frente y que el nombre de Hermann fue cambiado por los de Agustín-María y Enrique,

«de pronto, dice, mi cuerpo se estremeció, y sentí una conmoción tan viva, tan fuerte, que no sabría compararla mejor que al choque de una máquina eléctrica. Los ojos de mi cuerpo se cerraron al mismo tiempo que los del alma se abrían a una luz sobrenatural y divina. Me encontré como sumido en un éxtasis de amor, y, como a mi santo patrón, me pareció participar, en un impulso del corazón, de los gozos del Paraíso y beber el torrente de delicias con las que el Señor inunda a sus elegidos en la tierra de los vivos...

«Estaba tan emocionado, que aún hoy no recuerdo sino muy imperfectamente las ceremonias que siguieron. Recuerdo, sin embargo, que me vistieron con el hábito blanco de la inocencia y que me pusieron en las manos el cirio encendido, símbolo de la verdad que acababa de aparecer a mis ojos, y en mi corazón hice el juramento de vivir y morir para conservarla y defenderla.

«La patética paráfrasis de un pasaje de la epístola a los Romanos, aplicada a la ceremonia por el sacerdote Legrand, resuena todavía en mis oídos. El apóstol enumera todas las razones que tiene para esperar la salvación de los verdaderos hijos de Abrahán. Y yo soy también uno de ellos, y bendigo al Dios que me ha sacado de la esclavitud de Egipto para colocarme en el número de sus hijos».

El neófito

Puesto a prueba por el mundo

Hermann, el joven y orgulloso artista, ya no existía. La gracia del santo bautismo lo había cambiado y convertido, lo había derribado, como a Saulo en el camino de Damasco. Claro está que hallaremos aún en él la misma naturaleza fogosa, apasionada y enérgica, pero ya no obrará sino bajo la acción de la gracia, y dará verdaderamente pasos de gigante en la vía de la perfección.

Él hubiese querido dar inmediatamente un adiós eterno al mundo, «ir a pedir asilo al grato y pacífico retiro de un convento, para consagrarse exclusivamente al servicio del Señor»; pero las deudas contraídas en el juego eran grandes; y había que pagarlas. Estas «obligaciones de conciencia y de honradez lo retuvieron aún en el mundo», con el cual tuvo que continuar sus relaciones.

Seguramente en ello había un inmenso peligro para esta alma completamente nueva en la vida cristiana. Condenado a ver casi cada día los lugares y las personas en medio de las cuales había transcurrido su agitada juventud, obligado a seguir viviendo la misma vida, a continuar los mismos usos, a encontrar a cada paso recuerdos peligrosos y ocasiones terribles. Blanco de las burlas, sarcasmos, y menosprecio de los que fueron sus antiguos compañeros de placeres, fue preciso que Hermann tuviera una fuerza de carácter poco común para someterse absolutamente a la acción de la gracia.

Una gracia extraordinaria

La voluntad del joven converso y la gracia divina se unieron de forma tan completa, que en lo sucesivo nada pudo jamás desunirlas.

Convertido de la Eucaristía, como se complacerá en llamarse en lo sucesivo, Hermann tenía verdaderamente hambre y sed del banquete divino. Su corazón ansiaba de tal modo la comunión, que, según él mismo nos dice, Dios le recompensó dándole a gustar anticipadamente y por dos veces, después de su bautismo, los gozos eucarísticos, haciéndole experimentar de una manera sensible en su corazón la presencia real de Jesucristo, en los momentos en que los demás fieles comulgaban.

Este favor fue tan extraordinario y le dejó impresiones tan profundas, que a menudo aludirá a él en el resto de su vida, en sus escritos y en sus sermones.

«Jesús adorado, exclama en el prefacio de sus cánticos al Santísimo Sacramento, debo mezclar mis cánticos a los himnos de París. Pues en la gran ciudad, oculto bajo los velos eucarísticos, fue donde

me descubriste las verdades eternas; y el primer misterio que me revelaste al corazón fue tu presencia en el Santísimo Sacramento. ¿Cómo no querría arrojarme hacia la santa mesa, siendo aún judío, para llevarte a mi corazón, loco de amor por ti? Y si con tanta insistencia pedí el bautismo, ¿no fue sobre todo para unirme a ti?... Lo que hiciste entonces para consolarme de una dolorosa espera, no puedo divulgarlo aquí: *Secretum meum mihi*» [mi secreto es para mí: Is 24,16 *Vulgata*].

A menudo repetía estas últimas palabras, no queriendo revelar este secreto hasta su muerte. Lo hemos encontrado expuesto en términos vagos y misteriosos en su diario cotidiano, con fecha 3 de septiembre de 1847:

«Misa en Nuestra Señora de Sión: milagro del sabor de la Eucaristía, aún antes de mi primera comunión». Y algunas líneas más abajo: «A las 9: misa del Santísimo Sacramento en la Abadía de los Bosques (Abbaye-aux-Bois), repetición del milagro de la comunión, lágrimas, sabor, enternecimiento».

Celo de converso

Este diario en el cual Hermann relata, día por día y hora por hora, cada uno de sus pensamientos y acciones, nos ha sido de grandísima utilidad para conocer y comprender el trabajo de la gracia en su alma.

Fogoso por naturaleza, está encendido de un celo aún inexperto. No contento con defender la nueva fe, polemiza sobre ella y se irrita cuando se le contradice. Ocupaba entonces un cuarto en la casa habitada por su amigo, Adalberto de Beaumont y la prima de éste, la Baronesa de Saint-Vigor. Cada noche se reunían para cenar. Estas personas eran muy honestas según el mundo, pero no tenían la dicha de practicar la virtud cristiana. Hermann les tenía profundo afecto y quiso asociarlos a su propia felicidad, procurando volverlos a la fe. El diario relata día por día el resultado de sus esfuerzos, y confiesa con humildad las torpezas de su celo.

«Adalberto, dice, me amenaza con que me volveré loco y llama a mi conversión una calaverada».

Se acusa de la viveza y hasta de la cólera con que sostiene las discusiones religiosas, y nota inocentemente que el confesor, el padre Ratisbonne, le prohíbe discutir respecto a cuestiones religiosas, «porque es demasiado pronto, y porque soy demasiado ignorante».

La señora de Saint-Vigor le echa igualmente en cara la piedad de que hace gala. Halla que habla demasiado de religión; sin embargo, lo escucha con bastante complacencia. El 22 de octubre de 1847, habiendo asistido Hermann por primera vez a las *Conferencias de san Vicente de Paúl**, durante la cena le hace una reseña entusiasta de lo que ha visto y oído, y prolonga la explicación hasta las siete, sin darse cuenta del tiempo transcurrido.

*[Asociación caritativa fundada por Federico Ozanam (1813-1853), padre de familia, beatificado el 22-VIII-1997 en Notre-Dame de París].

Primera conversión que consigue

Este apostolado no fue inútil, ya que leemos en el día siguiente del diario:

«La señora de Saint-Vigor empieza a leer sin aburrimiento las oraciones. Me promete llevar la medalla* de la Santísima Virgen y recitar cada día el *Acordáos*. He permanecido con ella hasta las siete y media, sin maledicencias ni murmuraciones, conversación edificante. ¡Dios mío, ten piedad de ella!»

*[Santa Catalina Labouré (1806-1876), Hija de la Caridad, en 1830, en París, tiene una visión de la Virgen, de cuyas manos salen rayos de gracias. La cruz, una M grande y los Corazones de Jesús y María componen una figura, que la Virgen le manda hacer en medalla. Desde entonces, la devoción a la *medalla milagrosa* alcanza una gran difusión en todo el mundo cristiano].

Costó gran trabajo a Hermann llegar a desacostumbrarse completamente de este género de murmuraciones a que

la buena sociedad se muestra tan inclinada, y en las que parece ejercitar su malicia y su agudeza de ingenio. Tiene cuidado de anotar casi cada día las recaídas y también los adelantos que hace en la enmienda.

Las magníficas esperanzas fundadas en la vuelta de la Baronesa a la práctica de la religión parecen desvanecerse pronto:

«La señora de Saint-Vigor ha estado de mal humor durante la cena. Soy egoísta, dice, porque no quiero más a mis amigos que mi salvación. –Se cansa de mi devoción. Me arranca cabellos para consultar a una adivina. –Durante la cena, cólera de la Baronesa. Tal relación se vuelve peligrosa para la paz de mi alma»...

Hermann parece bastante desalentado. Carecía todavía de la experiencia de las almas. De otro modo, quizá, hubiera adivinado en los caprichos de su antigua amiga la turbación de la conciencia y los principios de la acción divina de la gracia. En efecto, Dios actuaba en esta alma, y el 22 de diciembre, al llegar Hermann a casa de la misma, encontró a su amigo el sacerdote de Girardin.

«Su trato le ha aprovechado grandemente, dice, usted la conducirá con la gracia de Dios. La Baronesa me habla de su repugnancia por una confesión general. ¡Qué dicha, por mi parte, que el bautismo me haya dispensado de ella! ¡Qué vergüenza y qué dolor hubiera experimentado! En la festividad de san Juan Evangelista, la querida Baronesa hace la confesión general en la iglesia de San Luis de Antín: ¡Milagro, gracia inmensa que Dios se digna conceder a nuestras fervientes e incesantes oraciones! ¡Gracia mucho más grande y extraordinaria que los dos matrimonios que he tenido la dicha de hacer celebrar!»

Socio de las conferencias de san Vicente de Paúl

Hermann alude con estas palabras al matrimonio de dos familias de obreros, en cuya bendición por la Iglesia puso todo el celo y la prudencia de un socio de las Conferencias de san Vicente de Paúl, ya veterano en el ejercicio de todas las buenas obras.

Él era, efectivamente, desde hacía algún tiempo, uno de los socios más constantes de las Conferencias de san Vicente de Paúl. En su diario da cuenta extensamente de su admisión en el seno de esta admirable sociedad, y más tarde, en una de sus instrucciones a los socios de esas Conferencias, dirá:

«Para mí, señores, se lo confieso, durante los dos años en que me vi obligado a esperar en el mundo la hora de mi partida para la soledad, es en las Conferencias donde hallé el antídoto al desabrimiento que el contacto cotidiano con el mundo produce en el alma del cristiano».

Empeño por la conversión de los judíos

Una obra de celo acuciaba especialmente a Hermann: resolvió hacer lo imposible para atraer a los judíos al catolicismo con su ejemplo. Para ello, aconsejado y dirigido por el padre Teodoro Ratisbonne, escribió en forma de carta dirigida al padre Alfonso María Ratisbonne, a la sazón en el convento de los jesuitas de Laval, la narración de su conversión. Exponía en ella los sentimientos y las emociones que había experimentado, y concluía con una invitación indirecta a todos los judíos para que compartieran su felicidad.

Esta carta la conocen ya en parte nuestros lectores, pues hemos entresacado de ella muchos datos. Tanto el confesor como el penitente se proponían publicarla, ya que esperaban de su publicación los más halagüeños resultados. Pero no fue tal la opinión de varias personas que sentían particular afecto por Hermann, en especial su madrina, la Duquesa de Rauzy y su padrino, el doctor Gouraud, los cuales se mostraron en extremo opuestos a la idea. No sin razón pensaban que haría mayor bien dando modestamente buen ejemplo, pues una exposición teatral podría causar reacciones negativas, e inclu-

so podría poner en ridículo «la sencilla conversión que había realizado».

Lleno de ardor y celo, Hermann no comprendía demasiado tales escrúpulos, y tuvo que sostener una lucha que le causó una grande y penosa turbación.

«He hecho voto, decía, de hacer *todo* lo humanamente posible para la conversión de los judíos».

Los consejos de su confesor le sostenían en la resolución, y el folleto incluso había sido llevado a la imprenta. No sin trabajo y pena se decidió, gracias a las instancias de su padrino, a retirar el manuscrito, quedándose, sin embargo, perplejo.

Monseñor de la Bouillerie

El sacerdote Perdrau [párroco de Santa Genoveva], que era cuñado de su padrino, le aconsejó que sometiera la cuestión a monseñor de la Bouillerie, vicario general de París. Algunos días antes, Hermann había entrado en relación con este eclesiástico. Fácilmente se apreciará la importancia de este encuentro por las últimas palabras del párrafo que transcribimos:

«10 de noviembre [1847], 27.º aniversario de mi nacimiento: ante el altar de la Santísima Virgen (en Santa Valeria) renuevo el voto de ordenarme y consagrarme al servicio del Señor tan pronto como mis deberes para con mis acreedores me dejen libre. –He ido a visitar a Mons. de la Bouillerie, gran vicario de la Capital –santo hombre–, quien me hará entrar en el Carmen cuando llegue la hora».

Hermann siguió, pues, el consejo de su amigo, y mandó al vicario general de París el manuscrito de la *carta* al padre Ratisbonne, rogándole que fallara sin apelación respecto a tal cuestión. Experimenta, sin embargo,

«grande y continua agitación, inquietud, temor de incomodar a mi confesor y de disgustar a mi padrino y amigos; en suma, incertidumbre. Me decido, en fin, a pedir a Dios en la oración que me dé a conocer su voluntad».

Después de haber examinado el manuscrito, Monseñor de la Bouillerie fue de la misma opinión que el señor Gouraud, y se encargó de arreglar las cosas con el padre Teodoro Ratisbonne. El folleto no se publicó; no es de extrañar que esta decisión introdujera cierto malestar entre confesor y penitente, y que Hermann pensara en buscar otro director espiritual. Sin que él se diera cuenta, la Providencia conducía los acontecimientos. Así es como pasó a ser dirigido por Monseñor de la Bouillerie. En seguida veremos el sentido y la importancia de este cambio a la luz de la gracia.

Cambios del joven artista

Hermann continuaba viviendo en sociedad. Daba lecciones y conciertos, y frecuentaba los salones de la más alta aristocracia. En efecto, en su diario hallamos los nombres más ilustres de la nobleza, de la política y de la diplomacia. El cambio que había experimentado no había pasado inadvertido, y no le ahorraban las burlas.

«Las damas, dice, sienten que me haya perdido para el mundo a causa de mi devoción». «He encontrado a Bakunine*, dice en otra parte, el cual se burla de mi *santidad*».

*[Noble ruso (1814-1876), anarquista revolucionario].

Ya no era el joven artista «de frac cortado a la moda, castor fino y zapatos de charol, cuenta el caballero Aznárez [cit. por J. B. Gergères, *Conversión del pianista Hermann*, 1861]; estaba pálido, y su mirada tenía un carácter evidente de modestia. Había cambiado sobre todo en el vestir: llevaba una larga levita, sombrero de fieltro de anchas alas y zapatos ordinarios».

Él mismo cuenta que, hallándose una noche en casa de la Señora de Appony, experimentó un sentimiento de vergüenza al pensar en su traje.

«Estaba manchado de barro y me encontraba en una gran reunión muy aristocrática. Por el falso amor propio de encontrarme fuera de mi esfera, experimenté turbación, malestar. El embajador y su esposa me acogieron con mucha amabilidad, pero me fui pronto, porque me sentía avergonzado (¡falsa vergüenza!) de estar allí».

Más de una vez sentirá estas vueltas del amor propio y de la pasión, pero jamás cederá a las mismas. El sacerdote Goeschler, judío converso, director del colegio de San Estanislao, lo había aceptado como profesor de piano. El 27 de octubre, dio un concierto a los alumnos solos, y sintió cierta complacencia al ver la atención de los jóvenes, «que no querían irse a acostar y le pedían más y más piezas». El padre Ratisbonne, al día siguiente, le negó la comunión hasta el domingo.

Él sintió «despecho, un mal sentimiento al principio», pero le volvió la calma y halló justa la decisión del confesor. «Hubiera hecho, dice, una mala comunión, ya que anoche experimenté un movimiento de vanidad, con ocasión del concierto».

Tiene la conciencia muy delicada y nada se perdona. Sin duda tenía razón, y Dios recompensó todos los esfuerzos heroicos de los primeros tiempos de su conversión, dándole un poder inmenso sobre sí mismo y la fecundidad de un apostolado coronado por el martirio de la caridad. Citemos otro ejemplo de sus escrúpulos:

«El sacerdote Goeschler juega conmigo al sacanete [juego de envite y azar, con varias barajas] a diez céntimos, escribe con fecha 22 de noviembre, y experimento las mismas horribles emociones que cuando jugaba desatinadamente: perplejidad, vejaciones, inquietudes y sentimiento de haber cedido a esta niñería la víspera de comulgar».

La oración

Esta delicadeza de conciencia y esta energía del alma las sacaba Hermann de la comunión y de la oración. En efecto, le vemos empezar ya, apenas convertido, la vida de oración que será el consuelo, la fuerza y hasta podríamos decir el estado perpetuo de su vida. Con la ayuda de su diario, podemos seguirle los pasos cuando atraviesa las calles de París: entre dos visitas o dos lecciones de piano, reza el rosario, medita sobre algún tema religioso, repasa en su mente los consejos dados por el confesor o lee un devocionario. Por la noche, después de un día muy activo, a menudo a medianoche, antes de buscar en el sueño el descanso necesario, hace sus oraciones, toma el rosario, lo ensarta en su brazo y no se duerme sin pronunciar los dulces nombres de Jesús y de María, pues su corazón vibra al recuerdo de sus beneficios y de su amor.

La Eucaristía

La Eucaristía era su vida. Comulgaba a menudo, cada día oía varias misas, visitaba varias veces el Santísimo Sacramento y nunca faltaba a ninguna de las solemnidades que en su honor se celebraban. Un día se le invitó en San Severino a que siguiera la procesión del Santísimo Sacramento con un cirio en la mano.

«Al paso de la sagrada Eucaristía me siento aterrado –confía la misma noche a su silencioso y mudo confidente–. Un torrente de lágrimas brota de mis ojos, experimento un sentimiento de respeto profundo y siento como la *evidencia* de la presencia real: indecible sensación. Mientras dura la procesión, cada vez que el Santísimo Sacramento se me aproxima, el terror respetuoso y mi humilde amor aumentan. Con dificultad me aparto de esta impresionante ceremonia. En la calle, al volver a casa, todavía lloraba recordando esta impresión».

La Confirmación

El 3 de diciembre de 1847, Monseñor Affre, arzobispo de París, le administró la confirmación en su oratorio particular. El doctor Gouraud acompañaba a su ahijado,

y después de la ceremonia, el prelado les habló con gran bondad.

Su familia

Hermann era católico: numerosos amigos suyos lo sabían, pero su madre ignoraba aún su conversión. Luis, su hermano menor, conocía también el cambio de religión; incluso una vez se había encomendado a sus oraciones, pero esta impresión fue fugitiva, y pronto le suplicaba que no fuera tan exaltado. ¿Debía anunciar personalmente el gran acontecimiento a su madre? Luis era de esta opinión, pero su hermana, igualmente enterada de la conversión, no era del mismo parecer; temía que su madre no pudiera soportar el anuncio de su bautismo, y deseaba que le ocultasen la noticia durante el mayor tiempo posible. No dejaba de estar inquieta, ya que alguien había escrito una carta anónima a su padre referente a esto.

Un artista de París se había apresurado a informar de la conversión al señor R***, diciéndole que su cuñado se había convertido al cristianismo para obtener la plaza de profesor en el colegio de San Estanislao. ¡Necia calumnia! ¡Mil ochocientos francos por año, dice Hermann entre admiraciones, como si esta mínima suma pudiera, en efecto, bastar para explicar un acto tan grave y de tal importancia! Pero el mundo, que no llega a comprender nunca nada de las cosas divinas, siente siempre la necesidad de empequeñecer las acciones que tienen por móvil los pensamientos sobrenaturales y de calumniar las intenciones más puras. En todo caso, su hermana, la señora R***, estaba muy emocionada.

«Hasta teme asistir a un bautizo, dice Hermann, porque no está segura de sí misma, y no quisiera hacer nada sin el consentimiento de su marido. Le respondí que dieciséis millones de almas ruegan por su conversión, así como por toda la familia».

En efecto, había encomendado todos los suyos a las oraciones de la Archicofradía del santísimo e inmaculado Corazón de María, establecida en Nuestra Señora de las Victorias por el venerable y santo párroco de esta parroquia, el sacerdote Desgenettes. Hubiera querido vivamente asociar a todos los miembros de la familia a su propia felicidad. No pudiendo aún invitarlos a ello directamente, oraba y hacía orar por ellos.

«He leído esta noche, escribe en su diario el 22 de octubre de 1847, que san Basilio, san Antonio, san Agustín y san Benito tuvieron hermanas santas. ¡Si Dios se dignara convertir a la mía! Esto me fortalecería aún más en mi decisión de servirle».

Cada semana visitaba a su madre, y a veces cenaba con todos los suyos. «Después de cenar, les he tocado el piano, y han bailado. Mi familia parecía contenta, se ha mostrado muy afectuosa conmigo».

Sin embargo, parecía que su madre tuviera algún presentimiento, y un día le preguntó: «¿Quizá te querrá convertir el señor Goeschler? –Nunca me ha hablado de ello, respondió Hermann». Era verdad, pues el sacerdote Goeschler sólo tenía íntima relación con él desde que ya se había convertido.

Finalmente, la señora Cohen se enteró de la conversión de su hijo por la baronesa de Saint-Vigor. Al principio la noticia no le impresionó mucho; consideró tal acto como una locura más en la vida de Hermann. No sospechando lo que había de serio en dicha conversión, no le dio mayor importancia.

La Adoración Nocturna

Hermann vivía aún en el mundo, pero ya no habitaba con su amigo Adalberto, el cual «le había vuelto las espaldas» después de la conversión de la baronesa de Saint-Vigor. Había alquilado un modesto cuarto en la calle de la

Universidad, número 102 –casa que ya no existe–, y que se puede considerar como la cuna de la Adoración Nocturna. Un amigo del padre Herman, el señor Dupont, y uno de sus primeros seguidores, refiere los datos de esta fundación:

«Habiendo entrado un día por la tarde en la capilla de las Carmelitas el piadoso convertido, que se complacía en visitar las iglesias en que se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento, se puso a adorar a Nuestro Señor manifiesto en la custodia, sin contar las horas y sin advertir que la noche se acercaba. Era en noviembre. Una Hermana tornera llega y da la señal de salir. Fue necesario un segundo aviso. Entonces Hermann dijo a la religiosa: “Saldré cuando lo hagan esas personas que se hallan al fondo de la capilla”. Y ella: “Pues no saldrán en toda la noche”. Semejante respuesta de la Hermana era más que suficiente, y dejaba una preciosa semilla en un corazón bien dispuesto, en el que no dejaría de fructificar. Hermann, a quien pronto se le llamará el ángel del sagrario, sale del oratorio y se dirige precipitadamente a casa de Monseñor de la Bouillierie: “Acaban de hacerme salir de una capilla, exclama, en la que unas mujeres estarán toda la noche ante el Santísimo Sacramento”... Monseñor de la Bouillierie responde: “Bien, encuéntrame hombres y les autorizo a imitar a esas buenas mujeres, cuya suerte ante Nuestro Señor envidia usted”. Pues bien, ya desde el día siguiente, con el favor de los ángeles buenos, Hermann hallaba la necesaria ayuda en varias almas» [Janvier, *Vida del señor Dupont* (+1876), Tours 1879].

Precedentes de la Adoración Nocturna

Monseñor de la Bouillierie había establecido ya anteriormente una pequeña asociación para la *Adoración nocturna en casa*, cuyos miembros, hombres o mujeres, se levantaban por turnos durante la noche una vez al mes, a hora fijada de antemano, para adorar a Nuestro Señor [La *Obra de la Exposición y de la Adoración Nocturna del Smo. Sacramento*, París 1877]. También había contribuido a la fundación de la Orden Tercera de mujeres, establecida por la señorita Debouché para la *Adoración nocturna del Santísimo Sacramento*, y que debía ser como el núcleo de las religiosas Reparadoras.

Monseñor de la Bouillierie era verdaderamente el hombre de las obras eucarísticas. Ya hemos visto antes en qué circunstancias la Providencia le había enviado, como penitente suyo, al convertido de la Eucaristía, al que debía ser el fundador de la Adoración Nocturna. Así, pues, debía acoger con suma complacencia los primeros pasos de su penitente.

Comienzos de la Adoración Nocturna

Hermann, feliz con la respuesta de su confesor, se puso inmediatamente en busca de hombres de fe, ávidos como él de agradecer a Jesús-Hostia todos sus beneficios, entregándole sacrificio por sacrificio.

Los primeros inscritos en la lista fueron el caballero Aznárez, antiguo diplomático español, el cual había enseñado el castellano a Hermann en los tiempos de su vida artística, y el conde Raimundo de Cuers, capitán de fragata, con quien siempre había conservado una íntima amistad, y del que tendremos más de una vez ocasión de hablar de nuevo.

Pronto se presentaron otros, y el 22 de noviembre de 1848, Hermann los reunía a todos en su cuartito de la calle de la Universidad. Sólo diecinueve miembros se hallaban presentes; cuatro inscritos no habían podido acudir. Monseñor de la Bouillierie presidía la pequeña reunión, cuyos miembros se habían juntado

«con la intención, dice el acta de esta primera sesión, de fundar una asociación que tendrá por objeto la Exposición y Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento, la reparación de los ultrajes de que es objeto, y para atraer sobre Francia las bendiciones de Dios y apartar de ella los males que la amenazan».

¡Qué programa tan grande para tan pequeño número de hombres, casi todos de la más humilde condición! Aparte el promotor de la reunión, conocido por su genio musical y por su ruidosa conversión; además del presidente [mons. de la Bouillierie], cuya dignidad en la sociedad y en la diócesis daba realce al pequeño rebaño; y aparte de dos oficiales de marina, que ocultaban su distinción bajo las apariencias más modestas y que, por amor de Dios, se hacían los más humildes, los asociados no eran casi más que empleados oscuros, obreros y criados.

He aquí los instrumentos de que Dios se sirvió para establecer la asociación de la Adoración Nocturna, que se ha convertido en una de las más importantes de la diócesis de París, y que existe en más de otras cincuenta diócesis, atrayendo en todas partes las más abundantes gracias. [Escribe esto Carlos Sylvain en 1880, la fecha en que fue escrito el presente libro].

Obra providencial para tiempos duros de la Iglesia

La noticia de que, ante la revolución triunfante en Roma, el papa Pío IX había tenido que abandonar la ciudad y refugiarse en Gaeta [puerto al sur de Roma], inspiró a los piadosos asociados la idea de poner en práctica inmediatamente su proyecto; y así la primera noche de Adoración se celebró el 6 de diciembre de 1848. La segunda y tercera noches se verificaron los días 20 y 21 del mismo mes, con ocasión de las rogativas de *Cuarenta Horas* ordenadas por el arzobispo de París a intención del Sumo Pontífice.

En Francia, pues, esta fundación se relaciona con una de las fases más dolorosas del papado, y coincide en ello con la misma obra de adoración fundada en Roma, en 1810, esta vez con motivo del cautiverio de Pío VII. Hermann y sus amigos estaban lejos de conocer entonces esta coincidencia providencial; no hacían más que seguir dócilmente los misteriosos impulsos de la gracia.

Comienza la Adoración Nocturna en Nuestra Señora de las Victorias

Las primeras vigiliass se efectuaron en el famoso santuario de Nuestra Señora de las Victorias, de acuerdo con la propuesta que hizo el venerable sacerdote Desgenettes. En esa iglesia, una lápida de mármol colocada en una de las pilastras del altar dedicado a san Agustín, perpetuará el recuerdo de esta fundación.

Los socios de la Adoración Nocturna y de las Conferencias de san Vicente de Paúl, que no habían interrumpido las santas vigiliass al pie del sagrario durante los horrores de la *Comuna* [de París: período revolucionario, muy violento, de marzo a mayo de 1871], quisieron con esta lápida dar testimonio de su agradecimiento:

A NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS,
NUESTRA PROTECTORA,
EN HOMENAJE DE GRATITUD Y DE AMOR
DE LAS CONFERENCIAS
DE SAN VICENTE DE PAÚL,
Y DE LA ASOCIACIÓN
DE LA ADORACIÓN NOCTURNA DE PARÍS
31 DE MAYO DE 1871

La asociación de la Exposición y Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento, en París, ha tenido su origen en esta iglesia, el 6 de diciembre de 1848, debido al celo del Rdo. padre Hermann y de Mons. Francisco de la Bouillierie, obispo de Carcasona, entonces vicario general de la diócesis de París.

Las vigiliass no se continuaron, sin embargo, en Nuestra Señora de las Victorias. Podían, en efecto, convertir-

se en un embarazo para el servicio parroquial. Y se escogió para lugar de reunión el oratorio de los Padres Maristas.

Hermann con los Maristas

Hermann tenía grandes deseos de dejar el mundo, pero tenía que pagar treinta mil francos de deudas y necesitó no menos de dos años para cumplir con su obligación.

Para alcanzar cuanto antes su objetivo, trabajó mucho, y se privó de todos los placeres de la vida. San José, a quien había confiado la protección de sus cuidados temporales, lo bendijo y le favoreció en todos sus esfuerzos.

No obstante, puesto que no podía todavía hacerse monje, quiso alejarse más cada día del ambiente ruidoso en que hasta entonces había vivido, y como el oratorio de los Padres Maristas se había convertido en sede de la Adoración Nocturna, pidió a esos religiosos que le concedieran un pequeño aposento en la gran casa que poseían en la calle de Montparnasse. Tomó de él posesión el 19 de febrero de 1849, en compañía del capitán de navío Cuers y de Don Carlos Fage, joven empleado del ministerio de la Guerra, quienes habían sido sus primeros auxiliares en la obra de la Adoración Nocturna. [Don Carlos Fage murió poco después de que Hermann entrara en el Carmelo].

La vida de estos austeros cristianos fue motivo de edificación para los buenos Padres Maristas que les habían dado hospitalidad. Un testigo de sus virtudes y piedad se expresa como sigue:

«No quisieron admitir a nadie a su servicio. Ellos mismos se preparaban las comidas. ¡Y qué comidas, gran Dios! Una indiscreción nos puso un día al corriente de lo que se preparaban para comer, y os aseguro que por mucho apetito que hubiese tenido, no hubiera podido acostumbrarme a tales alimentos.

«No podían ocultármolo todo, y su actitud en la capilla era motivo de grande edificación para todos nosotros. Nadie pudiera imaginárselo si antes no los hubiese visto. Su recogimiento era tal, que no veían ni oían nada de todo cuanto ocurría a su alrededor. Parecían estar siempre en contemplación y a veces en el arrobamiento del éxtasis. Por un sentimiento exagerado de devoción a la sagrada Eucaristía, se habían imaginado que era muy indecoroso volver la espalda al sagrario para salir de la iglesia. Y así, después de hecha la más profunda genuflexión ante el altar, se retiraban andando hacia atrás y, como el pasadizo de la capilla era bastante estrecho, iban tropezando y contusionándose a cada paso contra los bancos. Con frecuencia los testigos de tal escena no podían reprimir la risa; pero los dos cristianos estaban tan profundamente absortos en la presencia de Dios que nunca lo advirtieron».

Prepara un concierto

«Hermann se preparaba para dar un gran concierto en la sala de Santa Cecilia. Sólo Dios puede saber lo que le costó dicha preparación. Desde la mañana a la noche estaba tocando la escala y nada más que la escala. Le expresé el enorme aburrimiento que me causaba la monotonía de oír continuamente la escala. “Siento mucho, me dijo, causarle esta molestia, pero todo el secreto para llegar a ser un excelente y hábil pianista consiste en tocar la escala, la escala, nada más que la escala. Diga a sus amigos que pudieran creer que necesitan maestros para perfeccionarse, que toquen la escala y nada más. Es el mejor maestro, el más seguro y menos costoso. Pero, añado sonriendo, véalo usted, no pierdo el tiempo. Mi maestro es de lo más condescendiente. En cuanto me ha visto tocar una vez la escala, me deja continuar, y al mismo tiempo me permite leer tocando, y tocar leyendo”. Y diciendo esto, me mostraba abierto ante sí, sobre el pupitre, la *Perfección cristiana* del [padre Alonso] Rodríguez, con cuya lectura se recreaba».

Primeras composiciones religiosas

«Al mismo tiempo que preparaba el concierto, componía cánticos en honor de la Santísima Virgen, y llevaba la humildad hasta pedirme consejos y rogarme que le diera mi opinión sobre dichos

cánticos. Y como le hiciera ver mi insuficiencia, me respondió: “Tenga usted en cuenta que soy muy joven en religión, y que mis ideas se resienten aún de la influencia del mundo de donde vengo... Compongo con emoción, sí, pero tengo miedo, a pesar de que ruego a Dios y a su Madre que me inspiren, tengo miedo de tener e inspirar a las almas nada más que emociones de ópera. Me esfuerzo, estudio y, con la ayuda de la gracia, espero llegar a no inspirarme más que de las cosas del cielo y de la eternidad» [Carta del padre Reculon, marista].

Debemos decir ahora de qué manera Hermann fue inducido a «publicar las alabanzas a María Inmaculada y a hacer *acto público de fe* en su Inmaculada Concepción, cinco años antes de la definición dogmática» [Carta del padre Hermann a la Superiora de la Visitación en París, 8-XII-1863].

La hermana María-Paulina de Fougereais, religiosa de la Visitación de Santa María, tenía admirables disposiciones para la poesía, y con frecuencia, durante los ocios que le dejaba libres la Regla, componía cánticos, cuya profunda espiritualidad conducía las almas a la piedad y devoción. Durante una larga temporada que se vio obligada a pasar en la enfermería, en 1841 y 1842, había compuesto una serie de ellos en honor de la Santísima Virgen. Allí estaban dentro de un cartapacio, esperando la hora de salir del mismo. La Hermana misma parecía haberlos olvidado.

Pero en 1848 la caridad los hizo salir del profundo escondite. Una familia acababa de verse sumida en completa ruina. ¿Dónde hallar lo necesario para ayudarla? Sor Paulina se acordó de sus cánticos. «Es cierto que tengo mis pobres cánticos que duermen desde hace siete años, dijo confidencialmente a una de las Hermanas. Ganas tengo de dárselos, pero ¿qué harán con ellos?».

La Superiora aprobó el proyecto. Sólo se trataba de encontrar a alguien que les pusiera la música y cuya fama ayudara a la venta. Pero la dificultad estaba en hallar artista en cuestión. Por casualidad se consultó al Padre superior de los maristas, puesto que las religiosas ignoraban la presencia de Hermann en su comunidad. Así, de la mano de la Providencia, nació la composición de unos admirables cánticos en honor de María, que luego serían el origen de otros cánticos al Santísimo Sacramento.

Hermann acogió solícito el encargo. ¿No había decidido dedicar a la Madre de Dios sus primeras composiciones musicales? Así se produjo la composición de los treinta y dos cánticos titulados *Gloria a María*. Salieron a luz a comienzos de mayo de 1849. El objetivo de sor María-Paulina se logró por completo, pues la venta de los cánticos produjo lo bastante para poder sacar del abismo a sus protegidos, y a pesar de las deudas que le agobiaban, Hermann no pidió como premio de su trabajo más que un solo ejemplar, y además destinado a otra persona:

«no es para mí, sino para mi hermana, a quien quiero mucho, y que dejo en el mundo con el sentimiento de saber que continúa siendo aún de religión judía».

Último concierto

Dejemos de nuevo la palabra al religioso marista cuyo testimonio hemos citado antes:

«Quiso, dice, que le acompañara al concierto. El éxito fue inmenso, pareció sobrepasarse a sí mismo, y una tempestad de aplausos resonó en toda la sala. Si el auditorio hubiese podido suponer que lo oía por última vez, su entusiasmo sin duda no hubiera conocido límites. Después del concierto vino a encontrarme al saloncito en que me había ocultado: “¡Ah!, exclamó, tendiéndome los brazos; está, pues, el mundo terminado para siempre jamás! ¡Con qué felicidad, después de mi última nota, lo he saludado para decirle adiós!».

La vocación

El P. Domingo de San José en Burdeos

En 1839, el padre carmelita Domingo de San José, de la Reforma de santa Teresa, llegaba a Burdeos sin documentos, sin ropa y sin dinero. Capellán castrense en el ejército de Don Carlos de España*, se había visto obligado a huir después de la traición de Maroto**, traición que permitía a la reina Cristina extender su autoridad sobre toda esta nación, siempre tan abnegada al servicio de Cristo y de la Iglesia.

*[Domingo de San José (1799-1870), carmelita navarro, profesor de filosofía en Calahorra y de teología en Pamplona. Capellán de la Guardia Real de Don Carlos, huye a Francia tras la traición de Maroto, y restaura allí el Carmelo. General de la Orden (1865), participa en el Vaticano I (1869-1870)].

**[Rafael Maroto (1783-1847), general en jefe carlista, que pactó con el general Espartero, liberal].

La persecución había ya alcanzado a los religiosos y al clero de España, y muchos de éstos habían tomado el camino del destierro. El padre Domingo, designado como una de las primeras víctimas de las venganzas de los cristinos, había podido evadirse a tiempo del campamento carlista, y a través de mil peligros, había conseguido penetrar en territorio francés. Se hallaba, pues, en Burdeos, con intención de embarcar para México, en donde esperaba poder reemprender la vida religiosa en uno de los conventos de la Orden del Carmen, que dependían de la congregación de España.

La M. Batilde del Niño Jesús

Pero la Providencia había decidido otra cosa. La hermana Batilde del Niño Jesús* era entonces Priora de las Carmelitas en Burdeos. Desde hacía diez años, solicitaba de los Nuncios en París, y de los Generales en Roma, el restablecimiento de los Carmelitas Descalzos en Francia. Pero sus instancias no habían encontrado ninguna acogida favorable. El estado de Francia, los prejuicios en boga, la política dominante y, en una palabra, dificultades de todo género, no parecían poder permitirle ni siquiera una esperanza de ver realizarse su buen deseo antes de largos años.

*[Nacida en Périgord, de la ilustre familia de los Saint-Exupéry, ingresa en 1814 en el Carmelo de Burdeos, del que fue superiora. Funda más tarde en Vinça, Pirineos Orientales, donde muere en 1844, a los 78 años].

Sin embargo, la venerable Priora continuaba pidiendo a Dios lo que los hombres le negaban. Tan pronto como llegó a Burdeos el padre Domingo, fue a visitarla, y ya en esta primera entrevista la M. Batilde le contó sus deseos, las gestiones que había hecho y las esperanzas que tenía de que un día las vería cumplirse.

El santo religioso la escuchó atentamente, y quedó admirado de la nitidez de su lenguaje y de la energía de su fe. Se sintió arrastrado a darle la promesa de secun-

darla en la obra que había emprendido.

Renace el Carmelo en Francia

Pero el padre Domingo estaba solo. No obstante, compró una casa y buscó compañeros. Como la persecución continuaba en España, consiguió un religioso que, después de haber sido alumno suyo, vino a ser compañero suyo en religión, el padre Luis del Santísimo Sacramento*. Dos hermanos, uno de coro y un converso, se les habían juntado también.

*[También navarro (1806-1862), discípulo del P. Domingo, a quien sucede como preceptor de teología en Pamplona. Le sigue a Francia, maestro de novicios en Brousssey y en 1861 provincial de la Orden en Aquitania].

Persecuciones y victorias

Ya han comenzado a vivir la regla, cuando la policía suspicaz del Gobierno de Julio dispersa a los miembros de la naciente comunidad.

Gestiones de la M. Batilde consiguen que pronto estén de nuevo reunidos en Burdeos. Grande es la alegría de los cuatro carmelitas, otra vez juntos. Crece con esto su confianza en la Providencia, y esta confianza no es vana: se presentan novicios franceses, se les ofrece un convento en Brousssey, cerca de Burdeos, Roma aprueba el intento, reciben el socorro de algunos bienhechores, y pronto se abren otros conventos en Montigny y en Agen.

En esto, la revolución de 1848 estalla, y la religión y sus obras salen beneficiadas de la era de libertad que se abre en Francia. Las tentativas ya emprendidas por Dom Guéranger* y por el padre Lacordaire** para la restauración de las órdenes religiosas logran excelente resultado. Y también los hijos de santa Teresa, llegados entonces por un concurso de circunstancias inesperadas, aprovechan las victorias obtenidas por esos dos ilustres campeones del restablecimiento de la vida religiosa en su patria.

*[Prosper Guéranger (1805-1875), sacerdote primero y benedictino más tarde, historiador, liturgista, restaurador de la Orden benedictina en Francia, desde su abadía de Solesmes, y gran impulsor del movimiento litúrgico].

**[Henri-Dominique Lacordaire (1802-1861), dominico, famoso predicador y escritor, restaurador de los dominicos en Francia].

Hermann queda libre

Hermann por fin era libre. Sus deudas habían sido pagadas, había dado el último adiós al mundo. Y su más vivo deseo consistía en servir a Dios en el sacerdocio, al que, como ya vimos, se había comprometido por voto. Pero ¿sería sacerdote secular o entraría en un convento? Tal era lo que se preguntaba con frecuencia, y aún había tenido la idea durante cierto tiempo

«de fundar un convento de hombres en una de las colinas que rodean París, para los jóvenes hastiados de la vida del mundo, que vivirían entregados a la oración perpetua» [Diario 22-X-1847].

Un día interrogó al padre Lacordaire acerca de su vocación, y le preguntó si debía hacerse fraile: «¿Tiene usted valor para dejarse escupir en la cara sin chistar?, le preguntó el gran dominico. –Sí, exclamó Hermann. –Entonces, hágase usted fraile».

Santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz

Pero, ¿en qué Orden lo quería Dios? Pertenece ya a la Orden Tercera de santo Domingo, y a primera vista parece que hubiera debido atraerle la Orden de los Hermanos Predicadores, que entre sus miembros cuenta tantos artistas de todas clases. Sin embargo, no sucedió así. Al principio, no conocía claramente las intenciones que Dios tenía acerca de él.

No obstante, parece cierto que primeramente le fue indicado el Carmen, de manera vaga quizás. Y no cabe duda de que el deseo manifestado desde el bautismo de tomar el santo escapulario del Carmen no parecía un indicio suficiente para su vocación. Ya vimos, sin embargo, que en la primera entrevista que tuvo con el sacerdote de la Bouillerie, éste le prometió hacer lo necesario para que entrara en el Carmen, y Hermann anota dicha promesa en su diario. Además vemos en él que lee asiduamente las obras de santa Teresa. Casi cada página de este mismo diario menciona algún pensamiento sacado de las obras de la santa Reformadora del Carmen. Dios lo disponía así, y le preparaba lenta y seguramente.

Él, de todos modos, consultó a varias personas. A su amigo De Cuers le escribirá que había interrogado «a las más altas lumbreras de la espiritualidad y de la dirección de las almas» [Carta 31-VII-1849]. En fin, hizo un retiro espiritual entre la Ascensión y Pentecostés de 1849, durante el cual la lectura de la vida de san Juan de la Cruz determinó su vocación de manera irrevocable.

Algunos días después, fortuitamente, encontraba en París a un religioso de la Orden de Carmelitas Descalzos, establecida en Agen desde hacía poco tiempo. Habló con él, se informó sobre la situación de la Orden, y la luz se hizo entonces más viva en su alma. Tomó la resolución de dirigirse a ese convento para pedir el ingreso.

Despedida de su madre

El 15 de julio, Hermann fue a despedirse de su madre. Le anuncia que parte para un viaje un poco largo, que quiere tomar una decisión definitiva para su porvenir y que para tal objeto necesita soledad y descanso. La pobre madre no se engañó: su hijo la dejaba y quizás no lo viera nunca más.

El día siguiente, 16, día de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, la señora se dirigió con sus demás hijos a la estación de Orléans para ver de nuevo a su Hermann y para procurar retenerlo quizás en París. Hacía ya algún tiempo que esperaba, cuando a lo lejos divisó a su hijo que se dirigía hacia ellos. Iba a pie, modestamente vestido, con una maleta en la mano. El calor era agobiante, y el corazón de la pobre madre experimentó una dolorosa punzada al ver tal metamorfosis.

La despedida fue conmovedora. No fue sin grandes esfuerzos como Hermann pudo dominar su emoción. Pero Dios y la Virgen María lo asistían, y con ánimo resuelto se alejó de las caricias que podían debilitar su voluntad.

El Carmelo de Agen

Habiendo partido de París el 16 de julio, Hermann llegó a Agen el 19, para las primeras vísperas del profeta san Elías, considerado como el primer fundador del Carmelo.

Algunos días después de su llegada [25-VII-1849], escribía a sor María-Paulina de Fougerais:

«Habitó aquí, en una gratísima soledad, una ermita santificada por la estancia de dos mártires de la fe en este país, san Caprasio y san Vicente. Los dos primeros obispos de Agen se refugiaron aquí, y tras ellos, toda una serie de ermitaños han perpetuado el servicio divino en estas grutas talladas en la roca. Se creería estar en las catacumbas y vivir en los primeros tiempos de la cristiandad, cuando se asiste a la santa Misa en estas estrechas grutas. El silencio, la pobreza y la desnudez de estos lugares elevan con facilidad el alma a Dios. El 31 de julio, fiesta de san Ignacio, entro en retiro espiritual».

La Ermita –así se llama el Carmelo de Agen– está situada al norte de esta ciudad, sobre una encantadora

colina que domina todo el país. El aire, el sol, el verdor, todos los grandes recuerdos del naciente cristianismo en Agen, lo hacen uno de los más favorables lugares para el estudio y la oración. Y así, el padre Domingo lo había destinado para casa de estudios de la Orden, en la que los jóvenes religiosos, después del noviciado, acudirían para estudiar la filosofía y la teología. Hermann no sabía cómo contener su entusiasmo:

«Santa Teresa va a ser mi madre, escribe a su amigo De Cuers; el escapulario, mi hábito; una celda de ocho pies cuadrados, todo mi universo. ¡Qué feliz soy! ¡Siento que voy a cumplir la santa voluntad de Dios!» [31-VII-1849].

El padre Domingo entendía bien el ardor y la generosidad de Hermann. Alma fogosa, reunía en su persona todas las cualidades que forman al religioso, al apóstol y al soldado. Cuando años después, en 1865, fue elegido Superior General de los Carmelitas Descalzos, Pío IX le dijo: «He aquí a mi General políglota. Tendrá la energía de España, el ardor de Francia y la sabiduría de Italia. Será un perfecto General». Pues bien, este buen religioso acogió con gozo al nuevo postulante, le dirigió unos ejercicios espirituales que hizo en su retiro, y desde entonces le quiso con verdadero afecto de padre.

Al acabar los ejercicios, el padre Domingo envió a Hermann al noviciado, en Broussey, cerca de Burdeos. Como se trataba de un judío convertido, Hermann no podía ser recibido en la Orden del Carmen sin dispensa expresa de los superiores generales. Como le era necesaria dicha dispensa antes de entrar en el noviciado, continuó preparándose con la oración y el recogimiento.

Carta a su familia

Durante este tiempo escribió a su familia para participarle sus resoluciones.

«Broussey, 16 de agosto de 1849.

«Querida madre, querida hermana y queridos hermano y cuñado:

«Hace ya un mes que he dejado París y he tenido tiempo de reflexionar, solo con Dios y lejos del mundo, acerca del partido que debo tomar para llevar desde ahora una vida conforme a mis convicciones y a la voluntad de Dios respecto de mí.

«Habéis presentado perfectamente que iba a dejar el mundo y la relación peligrosa que al mismo me ligaba. Pero aún no sabéis a qué género de vida religiosa voy a consagrarme. Ahora bien, lo que tanto temáis no va a suceder. No, no me veréis en París con sotana de sacerdote; ni me veréis de misionero, aunque sea cosa excelente. He escogido otro destino. Voy a tomar como patrimonio la soledad, el retiro, el silencio, la vida oculta e ignorada, una vida de abnegación.

«En una palabra, me hallo en el noviciado de una Orden religiosa famosa en la historia por sus austeridades, sus penitencias y su amor a Dios. Esta Orden tuvo su origen entre los judíos, 930 años antes de Jesucristo. El profeta Elías del Antiguo Testamento la fundó en el monte Carmelo, en Palestina. Es una Orden de verdaderos judíos, de los hijos de los profetas que esperaban al Mesías, que creyeron en Él cuando vino, y que se han perpetuado hasta nuestros días, viviendo siempre de la misma manera, con las mismas privaciones del cuerpo y los mismos gozos del espíritu, como vivieron en el monte Carmelo en Judea, hace unos 2.800 años. Aun hoy día llevan el nombre de Orden del Monte Carmelo...

«Hay dos clases de carmelitas: los unos, hallando la vida llevada por el profeta Elías demasiado rigurosa, solicitaron que la Iglesia la suavizara un poco, hace ya de ello unos quinientos años, y son los Carmelitas mitigados o Carmelitas calzados. Los otros quisieron volver de nuevo a los primitivos rigores de la Orden, como, por ejemplo, jamás comer carne, andar a pie descalzo lo mismo en invierno que en verano, ayunar casi todo el año, dormir sobre una tabla de madera sin sábanas, ni ropa blanca, colchón ni jergón; ir vestidos con una especie de sayal de lana sobre el cuerpo (ya que no se da la ropa blanca más que a los enfermos), practicar el silencio y la soledad casi continuos, levantarse todas las noches para cantar, desde medianoche hasta las dos, las alabanzas del Señor, y meditar día y noche en su ley santa.

«Estos religiosos generalmente habitan en las montañas, fuera de las ciudades, pero sin embargo lo bastante cerca de ellas para que puedan prestar ayudas espirituales si se les piden. He aquí lo que los distingue de las Órdenes misioneras, como los maristas y los jesuitas. Los Carmelitas Descalzos permanecen en la soledad y sólo salen de ella para ayudar al prójimo, cuando éste los llama para confesar, para celebrar misa o bien para predicar, etc. Pero en cuanto han cumplido con la obra de caridad, deben volver a la soledad, a su querida celda de seis pies cuadrados. La mía tiene unos cuatro o cinco pies de ancho y siete de largo, y en ella estoy más feliz y contento que si reinara en la gran sala de las Tullerías o en el palacio imperial de San Petersburgo. Hay que decir también que jamás se está ocioso: cada momento está consagrado a algún trabajo, y la campana nos advierte puntualmente, cada hora o cada media hora, lo que debemos hacer...

«En Palestina había ya en tiempo de los judíos numerosas sociedades de hombres piadosos que llevaban una vida semejante. Y ¿para qué? Para atraer la misericordia del Todopoderoso sobre la tierra, y apartar su justa cólera, pronta a castigar a los que le ofenden...; para sufrir en lugar de los que, temiendo el padecimiento, viven en los placeres; y, en fin, para amar a Dios como Él nos ha amado e imitar la vida llevada por Jesucristo cuando vino sobre la tierra a salvar a los hombres por medio del padecimiento, la abnegación, el sacrificio, la obediencia, la sumisión, la humillación, la pobreza y la muerte.

«Ésta es la vida que he escogido, y cuando me veáis, lo que deseo mucho, veréis una cara contenta, feliz, serena, un corazón que os ama, que pide y que pedirá, *día y noche*, al Señor que os bendiga a todos vosotros paternalmente, que os colme de felicidad y de todo lo que pueda contribuir a haceros dichosos. Si alguno de vosotros tuviere alguna vez la desgracia de disgustarle o de ofenderle, le pediré que me lo haga expiar a mí, aquí, en la tierra, a fin de quien hubiere pecado no sufra eternamente y de que todos nos hallemos reunidos un día en el seno de Abrahán, nuestro padre común...

«Mucho os agradeceré que anunciéis a mi padre mi nuevo estado, puesto que ya está preparado a ello por mi carta. Se extrañará de ver a su hijo *descalzo*, fraile mendicante y contentísimo en serlo: vivimos únicamente de la caridad del prójimo, en una palabra, de limosna, y lo tenemos a gloria. Un día comprenderéis todo eso»...

Luego exhorta a su cuñado, que le había propuesto una controversia religiosa, a que reflexione seriamente y a que lea con imparcialidad la *Doctrina Cristiana* de Lhomond, que de modo tan eficaz le iluminó a él mismo, y termina diciendo:

«Deseo sinceramente que sintáis la paz y júbilo interiores de que disfruto continuamente desde hace dos años, y sobre todo desde que todo lo dejé por Dios. Él me devuelve una y mil veces cada día lo que le he sacrificado, vertiendo en mi alma tesoros de gracia. ¡Adiós!

Vuestro devoto y afectísimo,

Hermann»

Fácil es adivinar la desesperación y los sollozos que hubo después de la lectura de esta carta. Desde este instante, la señora de Cohen resolvió hacer todo lo posible para recuperar a su hijo.

Viaje a Roma

Entre tanto, Hermann no era todavía novicio. Los superiores generales del Carmelo, que temían que el joven y recién converso no perseveraría en su vocación, habían enviado una respuesta negativa. Esta negativa afligió profundamente a nuestro postulante, pero sin desanimarle. Vio en ella una prueba de la Providencia, y la aceptó con sumisión.

Pero el mismo día partió para Roma, decidido a ir hasta Gaeta a prosternarse a los pies del Santo Padre, si fuese necesario, para obtener la dispensa que necesitaba, como judío convertido, para entrar en el Carmelo. Ya no es el viajero elegante y rico de otro tiempo, va casi pobremente vestido, y toma pasaje en el barco de Marsella a Civitavecchia en las últimas clases.

A pesar de esta manera de disfraz, durante la travesía es reconocido por varios de sus compañeros de viaje de la primera clase. Le rodean y festejan, y durante las horas de escala en Génova, le obligan a que toque el piano. Se presta a ello de buena voluntad, pero se muestra insensible a los elogios y a todas las tentativas que le hacen para que vuelva a la vida mundana.

Es admitido en la Orden del Carmen

Llega a Roma hacia el 12 de septiembre, y se dirige inmediatamente a la casa generalicia de los Carmelitas Descalzos. La Providencia misma verdaderamente lo conducía a tal día y circunstancia. Los superiores generales se hallaban reunidos en consejo para tratar de todos los asuntos de la Orden. La reunión se había abierto el 10 de septiembre, y la cuestión de la admisión de Hermann fue tratada en la tercera sesión, el día 14. Hermann escribe a su amigo De Cuers:

«Acabo de resolver favorablemente, no sin dificultad, el asunto que me ha traído, y sin necesidad de recurrir al Papa. El Santo Padre está en Nápoles, y para llegar hasta él se necesitan 21 *días de cuarentena*. Debo renunciar a la dicha de besarle los pies».

Breve estancia en Roma

Hermann había dedicado a los viajes buena parte de su vida, conocía casi toda Europa y había vivido largo tiempo en Italia. Pero por Roma no había hecho sino pasar en 1839. La ciudad eterna presentaba más de un aliciente para el cristiano y para el artista, así es que debía tener un atractivo irresistible para él. Pero Hermann no se dejó distraer del objeto de su viaje ni siquiera por la piadosa tentación de visitar Roma con mayor detención, ver rápidamente sus iglesias y buscar esas emociones que tan gratas son al corazón de un católico.

Verdad es que Roma estaba todavía de luto, pues el Papa continuaba en el destierro, y aunque la autoridad pontificia estuviese restaurada entonces por los ejércitos franceses, no estaba todavía completamente restablecida de los padecimientos que había sufrido bajo la dictadura de los Mazzini y de los Garibaldi.

A pesar de la fraterna hospitalidad que hallaba en el convento de la *Scala*, Hermann no tenía sino un deseo: volver a Broussey y empezar el noviciado. Por eso, después de haber pasado tan sólo doce días en Roma, el 28 de septiembre lo hallamos en Marsella, en cuya ciudad se detiene con la esperanza de ver a su amigo De Cuers. Pero éste no puede dejar Tolón, y Hermann le escribe para darle cuenta de los resultados e impresiones de su viaje.

Interés por la Adoración romana

Si no ha visitado los monumentos e iglesias de Roma, en cambio sí ha tenido tiempo para interesarse por una asociación, que ha querido estudiar de cerca, y de ello da cuenta a su amigo, refiriéndole lo que ha visto y averiguado.

En efecto, al dejar París, Hermann no se ha desinteresado de la asociación de la *Adoración Nocturna* del Santísimo Sacramento que había fundado. «Jamás crea, a pesar de las apariencias, que la abandono», escribe a su amigo, el conde de Cuers (Agen, 31-VII-1849). En efecto, trabajará en ella toda su vida, como veremos, y en Roma no le abandonó jamás el pensamiento de esta admirable obra, de sus adelantos y de las gracias y privilegios con que se puede enriquecer.

«Dejo a nombre de usted en casa del sacerdote Brunello, una *tabella* con las numerosas indulgencias plenarias y parciales de que goza en Roma la archicofradía de los hermanos que velan por la

noche ante el Santísimo Sacramento. He entrado en relaciones con su dirección. Pasé una noche en adoración con ellos y he empezado gestiones con objeto de agregar canónicamente la Adoración de París a la de Roma, lo que dará como resultado que se conceda a los adoradores y bienhechores de París disfrutar de todas las indulgencias y privilegios otorgados por varios Papas a la archicofradía de Roma» (Carta a Cuers, Marsella 28-IX-1849).

Luego le refiere cómo se practica la Adoración y le señala las particularidades que podrían ser imitadas en París. Finalmente, el 30 de septiembre, después de haber esperado en vano a su amigo, emprende la vuelta a Broussey, en donde recibe el hábito religioso el 6 de octubre. [Es el año de 1849, y el 10 de noviembre Hermann cumplirá los *veintinueve años* de edad].

6

El noviciado

El noviciado de Broussey

Broussey, a ocho leguas de Burdeos, encima de una pequeña colina, rodeada de campos arbolados, fértiles y alegres, es un lugar muy propicio para el recogimiento y la oración. El sacerdote Esteban-Pedro Guesneau, párroco de Cardán, había comprado este terreno con la intención de establecer en él una comunidad religiosa. Sus proyectos, sin embargo, no estaban aún muy bien determinados.

En 1839 llegó a Burdeos el padre Domingo. Estas dos excelentes personas no tardaron mucho en comprenderse, y el resultado de su entrevista fue que el padre Domingo establecería en Broussey el primer convento de su Orden en Francia. Al año siguiente, el 19 de marzo de 1840, fiesta de san José, el párroco Guesneau entregaba la propiedad al buen religioso y a sus dos compañeros, y el 8 de abril Nuestro Señor, presente en la sagrada Eucaristía, tomaba solemnemente posesión de la pequeña capilla y del convento entero. La gente había acudido numerosa a la ceremonia.

Retenido en la cama por enfermedad, el sacerdote Guesneau no había podido asistir a la fiesta; pero, al atardecer, pidió como un gran favor que le permitieran levantarse para poder hacer un acto de adoración ante la sagrada Eucaristía. Tuvo una emoción y alegría tan grandes, que al entrar en la capilla cayó desvanecido y exhaló casi en seguida el último suspiro.

El dolor de los religiosos fue profundo, lo lloraron sinceramente y quisieron guardar su cuerpo entre ellos.

El Hermano Agustín-María del Santísimo Sacramento

Este convento, el primero del renacimiento del Carmen en Francia, fue escogido para servir de noviciado, y en él, el 6 de octubre de 1849, víspera de la fiesta del santísimo Rosario, recibía Hermann el hábito basto y pesado de los hijos de santa Teresa, y cambiaba su nombre por el de Fray Agustín-María del Santísimo Sacramento*.

*[En las siguientes páginas usaremos normalmente el nombre de Hermann, Hermano o Padre, con el que pasó a la historia. Por lo demás, los carmelitas, una vez profesos, conservan actualmente su nombre de familia].

En lo sucesivo el mundo ya no es nada para él. En su pequeña celda, con *Dios solo*, teniendo por todo mobiliario una tabla de madera, que le servirá de cama, y el suelo como asiento, no echa de menos los mobiliarios preciosos y los lugares lujosos de otros tiempos. Entra ahora con alegría en una gran sala cuyas paredes enjabelgadas no presentan otro ornamento sino una gran cruz de madera colocada encima de la cabeza del superior. En compañía de sus hermanos, pobres y felices como él, se sienta a una mesa de pino blanco. Tiene ante sí un vaso y un jarro de barro cocido, un tenedor y una cuchara de madera, un pequeño cuchillo, todo ello envuelto en una servilleta.

La comida es la misma para todos: legumbres, frutas los días de gran fiesta, y pescado, todo medido y colocado ante cada uno en pequeñas escudillas de barro cocido o de madera. Ya no se levantará, como tantas veces antes, entrado el día, después de haber trasnochado hasta el amanecer. En adelante, se acostará temprano, y a medianoche, a pesar del rigor del invierno, con los pies descalzos, irá a la capilla para cantar durante dos horas las alabanzas a Dios. Luego volverá a acostarse en su tabla, para procurar reanudar el sueño durante algunas horas.

En su vida mundana lo rodeaban de elogios y aplausos, y ahora se presentará en medio del refectorio, llevando la cruz sobre los hombros, para arrodillarse ante todos sus hermanos, y en presencia de todos, acusarse de sus faltas a la Regla. Y otras veces escuchará en silencio las observaciones de sus superiores o las amonestaciones fraternas de sus compañeros.

Antes distribuía el tiempo, las actividades, trabajos y recreaciones a su antojo, según sus gustos o intereses. En lo sucesivo todo estará regulado y fijado de antemano por constituciones invariables o por la voluntad de los superiores. Los recreos los tomará en silencio y no podrá conversar más que con el permiso del maestro de novicios y sólo con aquél que le haya sido designado. ¡Qué cambio tan total!...

Un hombre feliz

Y, sin embargo, este hombre es feliz. Así lo asegura él mismo en una carta al monasterio de la Visitación en París (14-IV-1850).

«Expresaros la felicidad que siento aquí, sin interrupción, desde mi toma de hábito, es imposible. Necesitaría la pluma de un ángel para describir la alegría de la vida interior que se lleva aquí en el noviciado. Estando continuamente en presencia del Santísimo Sacramento y careciendo de toda ocupación que pueda distraer el alma de su aplicación a los ejercicios de la vida religiosa, se olvida la tierra y se vive con los serafines y los querubines, eternamente prosternados ante el Cordero. Es una comunión perpetua».

Mortificaciones

La Regla del noviciado es rigurosa, y no obstante, el hermano Hermann halla medio de añadir nuevos rigores. En el refectorio echa agua a los pobres garbanzos para disminuirles el sabor, o los espolvorea de acíbar con objeto de hacerlos desagradables.

«El platito de coles que nos sirven a la colación de la noche me sabe a gloria, decía un día al Prior, y jamás en mi vida he comido algo tan agradable. Lo hallo tan bueno que me veo obligado a distraerme para no encontrar demasiado placer en comerlo».

Procura no distinguirse de los demás y oculta sus mortificaciones corporales; pero viéndole tan exacto al observar la Regla y tan diligente en humillarse y acusarse

de las menores faltas, se podía juzgar del grado de abnegación y de renuncia al que la gracia le había ya elevado.

«Uno de los mayores sacrificios que el Padre tuvo que ofrecer a Dios durante el noviciado –cuenta el padre Raimundo, ex prior de Broussey–, fue romper con la costumbre de fumar, tomar polvo de tabaco y café. No nos dimos cuenta de las consecuencias de semejante privación repentina hasta después de su profesión. Los médicos lo comprendieron y le ordenaron de nuevo las tres costumbres y que lo dejara poco a poco. Y sólo conserva la de tomar polvo».

En el Carmelo es costumbre darse disciplina tres veces por semana. Hermann jamás faltó a la costumbre, y varias veces se azotó hasta hacer brotar sangre.

Humildad

Solicitaba los empleos más humildes y bajos. A su amigo el conde de Cuers (14-X-1849) le escribía:

«Ocupo los cargos más honoríficos; figúrese que he recibido lo que deseaba como primera función: el oficio de humildad que consiste en limpiar los comunes, barrer los corredores y desempolvar el noviciado. Considero este principio como una grande gracia y un honor. El padre Prior esta semana ejerce esta misma honrosa función en el convento, fuera del noviciado. El espíritu que reina aquí es así. Cada uno quisiera servir a todos los demás en lo que la gente encuentra más repugnante, y esto se hace aquí con alegría y gozo espiritual».

El noviciado es, claro está, un tiempo de oración y de penitencia, es el tiempo de la formación del hombre espiritual y nuevo, trabajo largo y penoso y a menudo doloroso para la naturaleza. Algunas fiestas religiosas y algunos recreos se dan en ciertos días para romper la severa monotonía.

Navidad en el Noviciado

Las solemnidades de Navidad, concretamente, siempre se celebran con especial alegría en el Carmelo. Así lo explica Hermann a su amigo (30-XII-1849):

«Le recomiendo vivamente la devoción ardiente al Niño Jesús. Esto da felicidad y arranca el alma de todo pensamiento demasiado terrestre. Nuestro noviciado se halla bajo la protección del Niño Jesús. Cada día, durante el Adviento, una pequeña estatua que representa al divino Niño visita a uno de los novicios y pasa veinticuatro horas en su celda. En ella se le erige un altarcillo, y así nos preparamos a las fiestas de Navidad. El Niño Jesús traerá alegría. Récele de manera especial. ¡Es tan hermoso! Le he compuesto un villancico de Navidad que cantamos por la noche en los recreos extraordinarios de estos días de fiesta».

Sacrifica la creación musical

La composición de este villancico fue una excepción en los usos y costumbres del noviciado, y Hermann no compuso más. Más tarde, sin embargo, sus superiores estimaron conveniente autorizarle la creación musical, en bien de su misma salud, quebrantada por el ardor y aplicación que ponía en seguir una vida tan diferente en todo de la que había llevado hasta entonces.

Sor María-Paulina de Fougerais le había mandado un cántico, y con fecha 21 de junio de 1850 le responde en los términos siguientes:

«Hay momentos en que la felicidad parece que me ahoga. ¡Alabemos a Jesús! ¡Amemos a Jesús! Jesús no quiere que ahora componga el hermoso cántico que me ha enviado usted. Ayer, leyéndolo una sola vez, me parecía oír en mis adentros la música del cántico, y a medida que adelantaba en la lectura, aumentaba el deseo de componerlo, y creo que si hubiese podido leerlo por segunda vez, lo hubiera aprendido de memoria y hubiese podido escribir las notas.

«Pero Jesús quiere que antes de mi santa profesión no me ocupe en nada, y además el tiempo es muy corto. He debido hacer, pues, este sacrificio, y si un sacrificio hecho por Jesús pudiera parecer penoso, sería éste. ¡Hágase la santa voluntad de Jesús y bendito sea por darnos ocasiones de ofrecerle algún pequeño sacrificio!»

Amor a la Eucaristía

Nuestro querido novicio hacía con alegría el sacrificio de cualquier privación, incluso la de aquellas prácticas más caras a su devoción. Hay costumbre en el noviciado de hacer la adoración nocturna del Santísimo Sacramento desde las siete de la noche a las cinco de la madrugada. Ya se comprenderá la alegría del hermano Hermann:

«Tenía la gran dicha –escribe al Conde de Cuers (12-VI-1850)–, de levantarme una segunda vez por la noche para la adoración, de las tres a las cuatro de la madrugada –la misma hora que en París–, y entonces, como usted comprenderá... a esta hora le tenía apego, porque era entonces el único en rezar de todo el convento, representando la Orden entera y la Adoración de París... Pero he aquí que ayer llega una orden del padre Provincial para que no se vele después de las dos de la madrugada». El Provincial se creyó obligado a cuidar de la salud de novicios de Broussey, los cuales no eran en ese momento bastante numerosos para poder entregarse a esta adoración sin gran fatiga. «¡Vaya!, añade el hermano Hermann, ¡ha sido necesario obedecer! Como mi cama está muy cerca del altar y estoy acostumbrado a despertarme hacia las tres, creo que con frecuencia haré una pequeña adoración en posición *horizontal*; no es muy respetuoso, que digamos, pero es mejor que nada».

El único favor que Hermann había pedido al entrar en el noviciado había sido el de ocupar la celda más próxima a la capilla. La Eucaristía era siempre la vida de su alma y la fuerza de su corazón.

«Estoy en el cielo –sigue escribiendo a su amigo–. Imagínese que nuestro padre Provincial me ha enviado un permiso de comulgar cada día durante el mes de junio, en honor del sagrado Corazón de Jesús». [La comunión diaria sólo se generalizó a partir de un decreto de San Pío X de 1905].

Con este favor extraordinario pareciera como si el Señor quisiera prepararle para una dura prueba.

Visita de su madre

En el mes de julio, una dama muy distinguida fue a alojarse en una casita vecina del convento. Y al atardecer del mismo día de su llegada fue al convento, pidiendo ver al hermano Hermann. Era su madre.

Al poco rato, Hermann, acompañado del maestro de novicios, llegaba al locutorio en el que le esperaba. Su madre se desmayó de la impresión, y Hermann, abrazándola, le ayudó a volver en sí, diciéndole: «Madre mía, ¡soy feliz!». Poco después, ella asistía al Oficio divino desde un lugar separado del coro de los religiosos. Y desde allí reconocía en los sonidos del armonio las manos de su hijo.

Al día siguiente, viéndolo de nuevo, no pudo retener la exclamación: «¡Dios mío, cómo me lo han desfigurado con este hábito, las sandalias y esa cabeza rasurada!...». Hermann, conmovido por la desesperación de su madre, le hizo ver con insistencia cariñosa la felicidad que sentía.

«¡¡Mi madre está aquí!!! –escribía a Cuers (11-VI-1850)–. Jesús me la ha enviado, y no debe irse sin ser cristiana, aunque ella no haya venido para esto. Espero tal gracia de sus oraciones y de las que usted me proporcionará».

La señora de Cohen permaneció diez días al lado de su hijo, empleando todos sus recursos maternos para decidirlo a volver a casa. Pero Hermann, temiendo la debilidad de su propio corazón, había obtenido licencia para pronunciar los votos en secreto la víspera de la llegada de su madre. Y lleno de calma, empleaba todos los recursos que se le ocurrían para probarle que era feliz y para persuadirla de que pidiera el bautismo. Todos sus esfuerzos fracasaron, y el 8 agosto escribía a su amigo:

«Mi madre se ha vuelto sin conversión definitiva, pero muy conmovida y con el ánimo vacilante. La familia la retiene. ¡Oh

familia! ¡Siempre serás la enemiga de los actos heroicos con respecto a Dios!»

Renuncia total

Su dolor fue grande, pero no perdió el ánimo y continuó rogando por su madre. El fervor y la consolación que experimentaba parecían crecer con las pruebas. «Había renunciado a todo lo que no es Dios», y Dios le recompensaba dándose por entero a él. Es admirable ver, en esta misma hora en que su corazón de hijo ha de hacer un sacrificio de profunda abnegación, cómo le habla a su amigo de la renuncia más completa

«a todo lo que nos es propio... Y no le hablo del sacrificio de los placeres de los sentidos, de los honores o de las riquezas. Eso es el abecé de la entrega, y, ¡gracias a Jesús!, hace largo tiempo que usted y yo nos hemos desembarazado de tales obstáculos. Pero persisto en creer que si a menudo siente su paz interior turbada, si experimenta a veces un vacío en su vida, es porque hay —permítame esto a un hermano que le ama en Jesús—, hay un rincón en sus adentros que usted se ha reservado: su abandono no es total...». Luego le anima a que «vuele hacia las esferas en que habita eternamente el buen Jesús, el celestial amigo, el amor de los amores» (11-VII-1850).

Profesión religiosa

Realmente un novicio que piensa y habla así está en condiciones de consumir con alegría la ofrenda de todo su ser y de su vida entera. En efecto, el 7 de octubre de 1850, el hermano Agustín-María del Santísimo Sacramento hizo su profesión religiosa.

Desde la mañana, cuenta un testigo ocular, la misteriosa capilla de Broussey estaba atestada de aldeanos y de damas venidos de los contornos, de Burdeos y hasta, según se dice, de París. La iglesia está preciosamente adornada con luces y flores.

Después del Oficio de las horas, el padre Raimundo de la Virgen, Prior del noviciado, acompañado de los demás religiosos, todos con la capa blanca carmelitana, se colocaron en semicírculo ante el altar. Hermann entonces se acercó, con su maestro de novicios, a la sede del Prior. Se puso de rodillas ante el Prior, besó el extremo de su escapulario, y respondió en latín a estas preguntas:

«¿Qué pides?

—La misericordia de Dios, la pobreza de la Orden y la compañía de los Hermanos.

—¿Estás resuelto a perseverar en la religión hasta el fin de tu vida?

—Estoy resuelto, confiado en la misericordia de Dios y en las oraciones de nuestros Hermanos».

Luego, arrodillado a los pies del Superior, las manos en sus manos, Hermann pronunció la fórmula de sus votos:

«Yo, Fray Agustín-María del Santísimo Sacramento, hago mi profesión, y prometo obediencia, castidad y pobreza a Dios y a la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, y a nuestro reverendo padre Fray José María del Sagrado Corazón de Jesús, Preósito General de la Congregación de San Elías de los Hermanos Carmelitas Descalzos y a sus sucesores, según la regla primitiva de dicha Orden, hasta la muerte».

Seguidamente, se postró echado en el suelo, mientras sus hermanos cantaban el grandioso himno del *Te Deum*. Luego se acercó a cada uno de los religiosos y les dio el beso de paz, mientras el coro cantaba el salmo *Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos* (Sal 132).

Escolasticado en Agen

Se envió entonces al hermano Hermann a Agen para

estudiar la teología y para prepararse al presbiterado. El tiempo pasado en el escolasticado puede resumirse con la carta escrita a su amigo De Cuers el 7 de noviembre de 1850:

«Me pregunta usted si la Adoración pierde con mi cambio de vida. Al menos no debería ser así en manera alguna. ¿Quién me impide ofrecer todos mis estudios a Jesús como homenaje de amor a su Santísimo Sacramento? ¿No puedo aprender por amor, a leer por amor, a discutir y argumentar y filosofar por amor?

«La verdadera adoración, la adoración de las adoraciones, es hacer la voluntad de Dios... y como me consta con certeza que el buen Jesús exige de mí, sobre todo, que dedique todos mis esfuerzos y todos mis instantes libres al estudio, debo procurar ofrecerle esta adoración estudiosa, que seguramente le será más agradable que si pasara mis días y noches abismándome en el coro en los más extáticos afectos y gustos, cuando los superiores me mandan otra cosa».

Estudios breves y excelentes

La Orden carmelita exigía normalmente siete años de estudios filosóficos y teológicos. Pero a Hermann se le dieron solamente dos o tres de escolasticado, y buena parte de ellos empleado en obras apostólicas. Sin embargo, Dios bendijo sus labores, y de sus breves y tardíos estudios teológicos sacó una ciencia tan verdadera y pura que con razón se ha podido decir:

«Jamás se le vio extraviarse en el campo de las novedades, a las que parecía debían conducirlo naturalmente su rica y brillante imaginación, así como los recuerdos de su primera educación. Desde su conversión, supo separar lo verdadero de lo falso y colocarse inmediatamente en el centro de las más puras doctrinas» (periódico *Echo de Fourvières*)*.

*[Hermann «se aficionó sobre todo a las epístolas de San Pablo, a los Padres de la Iglesia y a la *Summa* teológica de Santo Tomás de Aquino» (Dom Beaurin, 175)].

Hermann tuvo siempre en las cosas de la fe un juicio recto y lúcido, y una exacta ciencia teológica, a pesar de tan pocos años de estudios. Dios llenaba su inteligencia de claridades divinas porque su corazón se había dado por entero a Dios. En una de sus predicaciones le oiremos decir más tarde:

«Me acuerdo de que cuando me decidí a creer en Jesucristo, todo cuanto leía, sentía, veía y oía, después de esta determinación de mi razón, todo se me manifestaba bajo una nueva claridad, pero una claridad luminosa, brillante, y de un gozo caía en otro, a medida que con la ayuda de esta fe veía desarrollarse el cuadro magnífico de nuestras santas Escrituras. El Mesías prometido en el Antiguo Testamento, lo tocaba con el dedo a cada página de nuestros libros... ¡Qué hermoso y magnífico me parecía todo!»

Cánticos en honor de la Eucaristía

Como descanso de sus estudios teológicos, los superiores le permitieron que volviera a cultivar la música y compuso una magnífica colección de cánticos al Santísimo Sacramento. Al final de 1850 y a comienzos de 1851 compuso esta obra, la más perfecta de todas las suyas. En una introducción bellísima, Fray Hermann, con una serie de exclamaciones desbordantes de amor, canta su felicidad, y se complace en manifestar los cambios que la gracia divina ha obrado en él:

«Jesús, adorado por mí, que me has conducido a la soledad para hablarme al corazón [...]; por mí, cuyos días y noches se deslizan felizmente en medio de las celestiales conversaciones de tu presencia adorable, entre los recuerdos de la comunión de hoy y las esperanzas de la comunión de mañana... En la unión amorosa de un Dios con la más pobre de sus criaturas, yo beso con entusiasmo las paredes mi celda querida, en la que nada me distrae de mi único pensamiento, en la que no respiro sino para amar tu divino Sacramento; en la que, libre de la carga de los bienes percederos, despojado de todo lo que retiene a la tierra y rompiendo las trabas que cautivan los sentidos, puedo, como la paloma, emprender el vuelo y elevarme hacia las regiones celestiales del santuario, atravesar las misteriosas nubes que rodean tu Tabernáculo, exponerme a los

penetrantes rayos de este hermoso Sol de gracia y sumirme en el océano de luz para consumirme en las llamas de este horno ardiente...!

«Después, cobijándome bajo la refrescante sombra de este árbol de vida, del que respiro la fragancia de las flores y saboreo los frutos..., me dejo mecer suavemente al son de tus dulces palabras y me duermo, embriagado de amor y de dicha, a los pies de mi Bien Amado...

«¡Que vengan, pues, que vengan los que me han conocido en otro tiempo, y que menosprecian un Dios muerto de amor por ellos!... Que vengan, Jesús mío, y sabrán si tú puedes cambiar los corazones. Sí, mundanos, yo os lo digo, de rodillas ante este amor despreciado: si ya no me véis esforzarme sobre vuestras mullidas alfombras para mendigar aplausos y solicitar vanos honores, es porque he hallado la gloria en el humilde tabernáculo de Jesús-Hostia, de Jesús-Dios.

«Si ya no me véis jugar a una carta el patrimonio de una familia entera, o correr sin aliento para adquirir oro, es porque he hallado la riqueza, el tesoro inagotable en la copa de amor que guarda a Jesús-Hostia.

«Si ya no me véis tomar asiento en vuestras mesas suntuosas y aturdirme en las fiestas frívolas que dáis, es porque hay un festín de gozo en el que me alimento para la inmortalidad y me regocijo con los ángeles del cielo; es porque he hallado la felicidad suprema; sí, he hallado el bien que amo, él es mío, lo poseo, y que venga quien pretenda despojarme de él.

«Pobres riquezas, tristes placeres, humillantes honores eran los que perseguía con vosotros... Pero ahora que mis ojos han visto, que mis manos han tocado, que sobre mi corazón ha palpitado el corazón de un Dios, ¡oh, cómo os compadezco, en vuestra ceguera, por perseguir y lograr placeres incapaces de llenar el corazón!

«Venid, pues, al *banquete celestial que ha sido preparado por la Sabiduría eterna*; ¡venid, acercaos!... Dejad ahí vuestros juguetes vanos, las quimeras que traéis, arrojad a lo lejos los harapos engañosos que os cubren; pedid a Jesús el vestido blanco del perdón, y, con un corazón nuevo, con un corazón puro, bebed en el manantial límpido de su amor.

«Creedme, ahora que vuestro divino Salvador, para daros audiencia, cada día sube al trono en vuestras iglesias, os escuchará aún con más clemencia. Echáos a sus pies, dadle el corazón, y os bendecirá, y saborearéis gozos, pero gozos tan inmensos que yo no puedo describíroslos, si no váis a probarlos: ¡venid y ved qué bueno es el Señor! [Sal 33,9].

«¡Oh Jesús, amor mío, cómo quisiera demostrarles la felicidad que me das! Me atrevo a decir que, si la fe no me enseñase que contemplarte en el cielo es mayor gozo aún, no creería jamás posible que existiera mayor felicidad que la que experimento al amarte en la Eucaristía y al recibirte en mi pobre corazón, que tan rico es gracias a ti!... ¡Qué maravillosa paz! ¡Qué bienaventuranza! ¡Qué santo contento!»...

El diaconado

La felicidad y la alegría de Hermann no ha llegado todavía a su punto culminante, pues todavía no tiene el honor de ser ministro de la Eucaristía, de llevarla en sus manos y de distribuirla a los demás. Pero es entonces cuando recibe el diaconado:

«Jesús me ha elevado a la dignidad de diácono, y –tiemblo de emoción al pensar en ello– en la fiesta de Reyes. En su inconmensurable misericordia, quiso que yo lo llevase en mis indignas manos. Imagínese cómo temblaría, al exponer en el altar al creador del universo llevado en mis débiles manos... ¡Oh, amor de un Dios!» (Carta a sor María-Paulina, 10-I-1851).

El presbiterado

Poco más tarde recibe la ordenación sacerdotal, y la comunica así al doctor Gouraud, padrino suyo:

«Agen, convento de la Ermita. Domingo de Ramos, 1851.

«Mi querido padrino:

«Hay, en la vida, grandes circunstancias en las que se tiene necesidad del apoyo de todos los que nos son queridos y que por nosotros se interesan. Tal es la de mi ordenación, que debe celebrarse el sábado próximo. ¡Cuánto sentiré no ver a mi lado al que me

asistió en el santo bautismo, en la primera comunión y en la confirmación, todos ellos acontecimientos de gracia y de misericordia! Pero el más formidable de todos es el que se celebrará el sábado, y sobre todo el domingo de Pascua, día en que subiré al santo altar. No le olvidaré ni a usted ni a los suyos... No les he olvidado ni un solo día. Haga por mí lo que le inspire su bondadoso corazón. Suplique a mi buena *madrina* [la señora de Gouraud] que ruegue por mí, a Javier, a la señora Paulina del Sagrado Corazón y al buen sacerdote Perdreau... En fin, no deje medio alguno a fin de obtener misericordia para su pobre ahijado. Espero algunas líneas de usted para esta solemnidad. Es un día en que siento la necesidad de estar sostenido por los que me aman y me han conducido hacia la salvación...

«Estoy en un estado de emoción imposible de describir: la felicidad y un santo temor han invadido mi corazón. ¡Ruegue por su pobre ahijado!»

Gozo espiritual

Con la misma fecha, Hermann escribe al joven Max Récamier, hijo del célebre médico, y más tarde coronel de infantería:

«Agen, convento de la Ermita. Domingo de Ramos, 1851.

«*Todo por Jesús.*

«Querido hijo mío:

«Le escribo el Domingo de Ramos, y por tanto es necesario cantar hoy con alegría: *Hosanna in excelsis!*

«No habrá quizás olvidado al pobre maestro de piano que le dio las primeras lecciones, y que ahora es un feliz Carmelita Descalzo, prueba viva de la misericordia del buen Jesús. Sí, querido hijo, no creo que, desde que el mundo existe, nadie haya visto los dos extremos de horrible perdición y de vida celestial completa en el grado en que yo he visto ambos contrastes. Desde que dejé París, me parece que ya no vivo en la tierra, de tal modo Jesús me embriaga de felicidad en el estado de religión, en el que hice profesión solemne el 7 de octubre último.

«Pero un día mucho mayor para mí se acerca. Debo ser sacerdote el sábado santo y cantar misa el domingo de Pascua. Ni usted ni yo, querido hijo, conoceremos jamás, en esta vida terrena, lo que encierra de grandeza y majestad el temible misterio de los altares, al cual los ángeles asisten temblando.

«A menudo ante Jesús me he acordado de la sincera piedad de usted. Sé que lo ama y sobre todo que Él le ama. Y el buen Jesús me ha inspirado que le escriba a usted para rogarle que se acuerde de mí en su comunión pascual y que tenga la bondad de pedir para su pobre amigo las gracias que me son necesarias en este santo día, a fin de que no sea rechazado por la justa cólera de un Dios airado por mis pecados.

«Hágalo. Sus oraciones le serán gratas, y escríbame unas palabras. Sírvasse transmitir mis humildes respetos a sus queridos padres.

«Acuérdese de su pobre amigo y servidor.

«En Jesús y María,

«Fray Agustín del Santísimo Sacramento,

«Carmelita Descalzo»

En la víspera de su ordenación, escribe también a sor María-Paulina de Fougerais (19-IV-1851):

«¡Consumámonos por su gloria! ¡Consumámonos! Se me ocurre pensar que, habiendo hecho yo morir a Aquél que amo, habiéndolo hecho morir tan a menudo por mis pecados, voy mañana, en cierto modo, a devolverle nueva vida, consagrando con el obispo. Pero, aunque dijera la santa misa cada día durante miles de años, jamás podría darle nueva vida con la frecuencia con que le he dado la muerte al ofenderle con mis abominables ingratitudes y crímenes».

Y al día siguiente de su ordenación, 20 de abril, canta así la acción de gracias:

«Deseo más tarde tener tiempo para daros más detalles de los acontecimientos sobrehumanos que tanto me han conmovido estos días. No he salido aún de ellos ni deseo salir. Que a lo menos el ardor del amor aumente en mi alma, tan pobre e incapaz de corresponder a los sobreabundantes favores de que estoy lleno. Pida para mí la fidelidad, la gratitud, el amor a la cruz y la sed de la gloria de Dios».

Primer sermón

El primer sermón que pronunció, ya en la semana que siguió a la ordenación, fue sobre la *comunió frecuente*. Nadie mejor que él sabía sus efectos, y fácilmente se puede imaginar con qué calor, con qué fuerza y con qué autoridad, predicó a su auditorio todo lo que «la fe, la esperanza y la caridad» hallaban de luces y de mociones en esta comunicación íntima de la persona con su creador, amigo y salvador.

Las emociones que siguieron a estos días fueron tan violentas que cayó enfermo. Hubiese sido feliz, escribe con fecha 28 de junio, en marchar

«de esta tierra de destierro a la patria. Pero la obediencia me ha dicho: “levántate”, y hallo la energía y la actividad, no rehusó el trabajo, *non recuso laborem* [frase famosa de san Martín de Tours], y cualquiera que sean la longitud y la dificultad del camino que me queda por hacer estoy resuelto a no mirar atrás».

7

Primeras conversiones

En Burdeos

En septiembre de 1851, el padre Domingo, Provincial de los Carmelitas, fue a Burdeos para tomar posesión del convento que allí se acababa de fundar. Era tiempo de vacaciones y se llevó consigo a su muy querido padre Hermann.

Éste predicó durante esa estancia en varios lugares. Y una mañana, en las Hermanas de la Caridad, que prestan servicio en el hospital de San Andrés, después de la acción de gracias posterior a la misa, le pidieron visitar a un desgraciado obrero gravemente enfermo y que rehusaba obstinadamente ver a un sacerdote. El buen Padre aceptó la invitación.

Encuentra el padre Hermann a aquel hombre de pie, junto a la cama, la mano derecha apoyada en el respaldo de una silla y en actitud tan altiva que era capaz de desanimar al más osado. Sin embargo, Hermann se le acerca con gesto sonriente y calmado, y al estar junto a él, le abre los brazos y le dice algunas palabras en voz baja al oído. Poco después, el enfermo parece vencido por el gesto y las palabras del Padre. Éste se vuelve hacia la Hermana que le acompaña y le dice: «Hermana, este señor le ruega que le envíe un confesor».

En su *Noticia sobre la conversión del pianista Hermann*, Gergères dice que el paso del padre Hermann por Burdeos fue señalado por numerosos hechos de esta clase.

En Agen

Dejando Burdeos, los dos religiosos pasaron por Broussay y de allí volvieron a Agen. Dejamos aquí la palabra al autor de la *Noticia*, que les acompañó en el corto viaje. Se hallan en Agen.

«Pasamos algunos días en el monasterio excavado bajo las peñas, y tuvimos largas conversaciones con el joven sacerdote que el Carmen considera con justicia como una de sus glorias. Cuanta más atención pusimos para observar y estudiar a fondo este libro vivo e inspirado, tanto más nos sentimos penetrados de confianza y admiración para con este monumento formidable de la gracia divina.

«Además, nos impresionó especialmente su persona por el cuidado caritativo que tomó en hablarnos a menudo de nuestra hermana difunta. Más de una vez, mientras estábamos solos, en una terraza que domina la población, recordando con tristeza las horas de antaño, tan gratas, y que tan amargas se han vuelto ahora, pidió y obtuvo permiso de renunciar a la frugal colación de los hermanos, para venir a levantar nuestro ánimo y consolarnos en nuestro dolor. “Vengo a encontrarle, me decía en voz baja y con una sonrisa, porque he supuesto con razón que estaba usted absorto en los acostumbrados recuerdos dolorosos y aflictivos que no le abandonan. No es que condene sus pesares, pero quisiera exhortarle a que los hiciera válidos por la resignación. Guarde sus aflicciones, pero diríjelas hacia Dios, para que no sean estériles. Es el medio de que sus lágrimas le sean provechosas a usted y a su ya bendita hermana».

«Luego, cuando llegó la hora de la comida, preparada para mí mismo y para dos sacerdotes venidos de lejos, con objeto de practicar ejercicios espirituales en el convento, el padre Agustín nos siguió al refectorio, y colocándose una servilleta en el brazo izquierdo, a guisa de criado, se quedó de pie y se dispuso a servirnos con gran gentileza.

«Padre, exclamamos, ¿qué hace usted? ¡Esto no puede ser!

«¿Cómo, cómo?, replicó, ¿qué hago? ¿No sirvo acaso a Nuestro Señor Jesucristo en persona...?»

«En fin, de vuelta a la terraza, en donde reanudamos el paseo, varias veces dejó brotar del alma, espiritualmente apasionada, exclamaciones como éstas: “¿Quién de nosotros podría salvarse por sí mismo o por sus propios méritos, si las llagas de Jesús crucificado no estuvieran siempre sangrientas, siempre abiertas, como manantiales de salvación en los que es necesario sumergirnos sin cesar!...¿Qué de padecimientos ha soportado con ánimo fuerte por nosotros la excelsa víctima! ¡Y su Madre...! ¿Qué sima de dolores este flujo y reflujo de las tristezas del Corazón de Jesús al corazón de María, y de la compasión de María al amor de su divino Hijo ...!»

«No nos cansábamos de reflexionar, indeciblemente conmovidos, sobre todas y cada una de las sencillas palabras de este religioso. Jamás nos había sido dado, en nuestra larga vida, observar tan de cerca y con tanta evidencia los dones de Dios, ya para satisfacción del alma que los ha recibido, ya para la santificación del prójimo» (M. J. B. Gergères, exmagistrado, *Conversión del pianista Hermann*, París 1861).

Fundación en Carcasona

Algunos días después Hermann salió nuevamente de Agen en dirección a Carcasona, a donde llegó el 10 de octubre para la inauguración solemne del convento. El padre Hermann describe en carta a sor María-Paulina (Agen 23-X-1851) la espléndida fiesta:

«Renuncio a describirles la toma de posesión de nuestra iglesia de Carcasona. El obispo, después de bendecir y reconciliar la iglesia, fue en procesión, precedido de incontable clero venido de toda la diócesis, y numerosas cofradías de señoritas, con banderas desplegadas, al son de las campanas, en medio de varios coros que cantaban *nuestros* cánticos, y escoltado por la fuerza pública, de la que la autoridad había hecho ostentación des acostumbrada, a buscar la sagrada Eucaristía a la iglesia de San Vicente. En ella hubo una hermosa celebración. El párroco tomó el Santísimo Sacramento y lo entregó de rodillas al obispo, y éste lo llevó procesionalmente a nuestra iglesia por las calles atestadas de fieles. Se había colocado a los religiosos carmelitas alrededor del palio. Llegado cerca de nuestra iglesia, me adelanté para recibir a nuestro buen Maestro a los sonos del gran órgano».

«A las tres, Su Ilustrísima vino para celebrar las primeras vísperas de santa Teresa. Luego subió al púlpito y pronunció un magnífico sermón durante una hora. Había dos coros de señoritas, uno de ciento y otro de cuarenta voces, además de veinticinco monaguillos. Todos cantaban los cánticos de *Gloria a María* y de *Amor a Jesús*».

El Padre habla aquí de sus cánticos, pues a la que compuso la letra de ellos, le escribe: «letra que ha inspirado la música».

Y en la misma fecha escribe a su amigo Cuers:

«Las autoridades militares, civiles y judiciales, el clero, las cofradías, el cabildo y toda la ciudad tomó parte en la procesión, en la fiesta. Todo eso es de tal belleza, que prefiero reservarme el contar-selo cuando Jesús me dé la alegría de estrecharle entre mis brazos... Hubiese usted creído soñar al ver, en 1851, en medio de la calle, a los Carmelitas Descalzos, con grandes hachas encendidas en la mano, rodeando y escoltando el palio, bajo el cual el Santísimo Sacramento, llevado por el obispo de Carcasona, venía a morar en medio de ellos; y la veneración, el entusiasmo unánime de la población».

Este sueño, en efecto, era tanto más maravilloso en 1851, pues la nueva iglesia de los Carmelitas había servido largo tiempo de cochera y cobertizo para el heno, y ¡no habían pasado tres años desde que las sociedades revolucionarias de Carcasona celebrasen allí sus reuniones!

La hermana del padre Hermann

De vuelta a Agen el padre Hermann reanudó los cursos de sus estudios teológicos. Pero en medio de estos trabajos, vigiliyas y oraciones, le dominaba un pensamiento: pensaba en su familia todavía adicta al judaísmo toda ella entera, y no cesaba de importunar al cielo con sus súplicas y lágrimas para obtener su conversión.

Dejó París con la pena de que su hermana continuaba en el judaísmo. Sor María-Paulina de Fougerais, confidente de este sufrimiento, había acogido con bondad a su hermana, la señora de R****. El deseo de acercar a Dios esta buena mujer, pronta para el bien, le sugirió la idea de confiarle las lecciones de música a las alumnas del pensionado de la Visitación. Al principio, Hermann no había aprobado esta disposición,

«ya que si podía, dice, responder de su calidad musical, temía para las niñas la influencia de una persona llena de prejuicios contra nuestra santa religión. La bendita sor María-Paulina tuvo más confianza en la gracia» (Carta a la superiora de la Visitación en París, 8-XII-1863).

Visita de su familia en Agen

La confianza que se le demostró, la amistad y las piadosas conversaciones de sor María-Paulina conmovieron profundamente las convicciones de la señora de R****, y el trabajo de la gracia estaba ya cumplido a medias cuando resolvió ir a Agen con su marido, su hijito y su madre. A la noticia de este viaje, el padre Hermann se estremece de alegría:

«Cierto –le escribe el 6 de abril de 1852–, mi corazón está lleno de alegría y esperanza al pensar que vendrás dentro de algunas semanas a visitarme en Agen. Ten por cierto que tendremos ocasión de bendecir y de alabar la misericordia de Dios en esta entrevista tan deseada. Mi alma siente la necesidad de desahogarse en la tuya, la que siempre ha experimentado y excitado en mí particular simpatía. Sí, tú sabrás comprenderme, tú sola. Leerás en este corazón que te abriré, y que, lleno con sobreabundancia de las emociones celestes que lo inunda, se derramará en el tuyo en una fraterna efusión... Nos alegraremos y lloraremos a la vez, pero serán lágrimas sin amargura, lágrimas de felicidad, lágrimas de gozo y de agradecimiento».

A continuación, le describe con entusiasmo los efectos de la gracia en un alma que ella acaba de iluminar y de la que ha tomado completa posesión.

«Pero lo que hay de más hermoso para nosotros, añade, es que una vez bañados en las aguas salvíficas de la redención, todo el pasado se halla tan olvidado, tan borrado ante Dios como si jamás hubiese existido. ¡He aquí lo que me asombra! Las iniquidades sin número que me has visto cometer, los crímenes atroces que conoces de mi pasado, Dios me los ha perdonado... ¡todos! ¡Qué misericordia! ¡qué generosidad! ¡qué magnanimidad! ¡qué felicidad!»

«¡Oh, querida hermana! Tu recuerdo no me deja, ni de noche ni de día, cuando leo nuestras santas Escrituras o cuando rezo en el breviario (todo él compuesto con pasajes de la Biblia). A cada instante, las pruebas vivas de nuestra santa Religión me saltan a la vista, y entonces quisiera tenerte a mi lado, para maravillarte con las palabras convincentes con que los profetas, los patriarcas y el real salmista anunciaban la venida del Mesías deseado y describían al detalle todas las circunstancias de su pasión dolorosa y de todo lo que se cumplió en Nuestro muy amado Señor Jesucristo».

Luego le copia varios de esos pasajes sorprendentes de los Libros santos y le hace resaltar la claridad, la precisión y sobre todo la fidelidad con que han sido realizados en la persona del Dios de los cristianos, y concluye diciendo:

«Confesarás que un corazón recto y sincero no puede rehusar el rendirse a tal evidencia».

Peregrinación a Nuestra Señora de Peyragude

Pero el padre Hermann sabía que los esfuerzos del hombre no son nada sin la gracia, redobló sus oraciones e hizo rezar por su familia. A sor María-Paulina le escribe (21-V-1852):

«¡Si usted supiera todo lo que se ha hecho en esta diócesis y en todo el sur de Francia para la conversión de mi familia! No tiene ésta la menor idea; pero, sin hablar de gran número de comuniones generales, hechas con tal intención en los seminarios y comunidades religiosas, cerca de 600 personas, al fin de un novenario, fueron a Nuestra Señora de Peyragude. Casi toda nuestra comunidad se había dirigido a ese santuario en peregrinación con parte del clero de Agen. Desde las cuatro de la madrugada hasta mediodía, la mesa santa fue como quien dice asediada. Por mi parte, di unas ciento cuarenta comuniones».

El santuario de Peyragude goza de gran veneración en la diócesis de Agen, y a él acuden de todas partes para implorar la misericordia y el poder de la Madre de Dios, que se manifiesta en toda clase de gracias.

Oración a Nuestra Señora de Peyragude

El padre Hermann depositó a los pies de la Virgen un cántico nuevo, acompañado de una preciosa oración:

«¡Amabilísima Virgen María! Desde lo alto de esta peña aguda, como desde un trono de misericordia, derramas gracias abundantes sobre los que te invocan. La fama de tu santuario y de los favores que reservas al piadoso peregrino ha resonado en mi querida soledad, y he dejado esta soledad embalsamada del Carmen un instante para visitar esta otra montaña de tu elección, para ofrecerte un canto y para pedirte una gracia.

«Madre de los cielos, por tu divino Hijo he abandonado a una madre de la tierra: ¿me la devolverás un día? Como antaño su hijo, ella todavía está sentada a la sombra de la muerte, y espera para el futuro la llegada del Mesías. Ignora que para nosotros ya ha aparecido esta brillante estrella de Jacob, y que su brillo irradia sin eclipse desde hace dieciocho siglos en el firmamento de la Iglesia. Ella no sabe que tú fuiste la aurora de la misma y que tu suave luz no cesa de guiar los pasos de los más débiles mortales hacia este Sol de justicia, que Dios envió para iluminar a todas las naciones y para glorificar a su pueblo.

«¡Oh María!, hija de Israel, ella pertenece a tu familia; vuelve hacia ella una mirada de piedad y de cariño.

«¡Oh María!, has salvado al hijo, no consientas que para siempre se halle separado de su madre. Para mí ella es tu imagen, y su recuerdo no surge jamás solo en mi corazón. Ella me engendró en el dolor, y tú también, para darme segunda vida, me adoptaste por hijo al precio tan caro de todos los dolores del calvario. ¡Oh Madre de Jesús! ¡oh madre mía! Si los pensamientos de la tierra no se transformasen allá arriba, ¿podría verte sin ella en el cielo con plena alegría, y su pérdida eterna no sería una nube para mi felicidad? ¡Oh, vosotros todos que después de mí cantaréis este himno suplicante! Pedid a María para un hijo la conversión de una madre, y pronto volveré a tomar el cayado del peregrino para ir a cantar el himno del agradecimiento a Nuestra Señora de Peyragude».

El padre Hermann, en efecto, volvió en peregrinación a Peyragude en mayo de 1870, para agradecer a la San-

tísima Virgen la gracia que recibió de bautizar a diez miembros de su familia.

Bautismo de su hermana

El padre Hermann no había de tener la alegría de administrar el bautismo a su madre. Pero, pocos días después de aquella peregrinación, a fines de mayo, la señora de R*** llegaba a Agen. Un día el padre Hermann predicó en la catedral, estando presentes su madre, hermana y cuñado. Y él mismo narra el efecto que en su hermana produjeron sus palabras:

«Después de haber escuchado un sermón sobre la Santísima Trinidad, que había compuesto con intención de desvanecer sus dudas sobre este sagrado dogma, mi hermana me dijo: “Sé perfectamente ahora que seré condenada, si no abrazo la fe católica; pero prefiero ser condenada que estar separada de mi Jorge [su hijo único], y estoy cierta de que me lo arrebatrían si me hiciese católica».

«No sabiendo ya a qué santo invocar, pues había agotado todos los medios, me paré ante ella y le dije con fuerza: “Pero ¿cómo te atreverás a presentarte de nuevo ante sor María-Paulina, si sabe que crees y que, sin embargo, no tienes el valor de tu fe? ¿Es ésta la recompensa de todos sus esfuerzos, de su cariño, de sus bondades y de sus oraciones?»

«Este llamamiento inesperado, hecho a su adhesión por la que ella llamaba su *madre María-Paulina*, la dejó conmovida y desconcertada. Continuó andando en silencio por el jardín, al que habíamos ido para tener de corazón a corazón una última declaración. Después de un rato de violento combate, que visiblemente trastornaba su alma, se detuvo a su vez ante mí y me dijo: “Si puedo recibir el bautismo sin que mi esposo lo sepa, quiero ser cristiana antes de regresar a París».

«La quinta noche después de esta conversación, vertía las aguas regeneradoras sobre su frente y le ponía en los labios el celeste pan de la Eucaristía, el Pan de vida cuyas delicias la M. María-Paulina me había inducido a cantar gracias a sus ardientes estrofas». El bautismo se celebró en una pequeña capilla, en una ausencia del señor R***, el 19-VI-1852, fiesta del Sagrado Corazón.

«Desde este tiempo, el pequeño Jorge, que aún no tenía siete años, sintió nacer en su alma un vivo deseo del bautismo. La fe que sentía, se inflamaba cada día más, de tal manera que no dejaba punto de reposo a su madre, suplicándole que le proporcionara esta gracia suprema. Este santo deseo no fue satisfecho sino después de cuatro años de espera» (Carta citada del 8-XII-1863). Volveremos sobre ello más tarde.

Muerte de la señora de Cohen

La señora de Cohen falleció el 13 de diciembre de 1855, mientras el padre Hermann predicaba el adviento en León. Él mismo refiere la noticia a su amigo De Cuers:

«Dios acaba de descargar un terrible golpe sobre mi corazón. Mi pobre madre ha muerto... ¡y yo quedo en la incertidumbre! Sin embargo, tanto se ha rogado que debemos esperar que entre su alma y Dios algo habrá ocurrido en esos últimos instantes que nosotros no conocemos.

«He recibido orden de ir a París a consolar a la familia»...

Fácil será imaginarse el dolor del padre Hermann al enterarse de la muerte de su madre. Había rogado tanto y tanto había hecho rogar por su conversión...

«Yo tengo también madre —exclamaba un día, después de hablar de Mónica conversando, la víspera de su muerte, con su hijo Agustín—. La he dejado para seguir a Jesucristo, y ya no me llama su buen hijo. Sus cabellos están encanecidos, ya se le surca la frente, y tengo miedo de verla morir. ¡Oh, no! No quisiera que muriese antes de que amara a Jesucristo, y desde hace muchos años espero para mi madre lo que Mónica esperaba para Agustín. Y ¿quién sabe si Dios no ha ligado la gracia de su conversión al fruto que sacáis de mis palabras?»

No obstante, si su dolor fue muy profundo, su esperanza en la bondad infinita de Dios no desfalleció ni un momento. La noche del mismo día en que recibió esta penosa noticia, debía predicar. Después de haber roga-

do y llorado mucho, subió al púlpito como de ordinario, conmoviendo a todos con un sermón sobre la muerte.

Algún tiempo después, confiaba al santo Cura de Ars las inquietudes que sentía sobre la muerte de su pobre madre, muerta sin la gracia del bautismo.

«Tenga esperanza, le respondió el hombre de Dios, y espere. Usted recibirá un día, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, una carta que le traerá un gran consuelo».

Estas palabras proféticas estaban casi olvidadas, cuando el 8 de diciembre de 1861, seis años después de la muerte de su madre, un Padre de la Compañía de Jesús entregaba al padre Hermann una carta. Estaba escrita por una venerable sierva de Dios, que murió más tarde con fama de santidad y que era conocida por sus numerosos escritos sobre temas de espiritualidad, especialmente por su *Eucaristía meditada*, que alcanzó numerosas ediciones. La carta decía así:

«El 18 de octubre, después de la santa comunión, me hallaba en uno de esos instantes de unión íntima con Nuestro Señor, en los que me hace sentir su presencia en el sacramento de su amor de manera tan grata, que la fe ya no me parece necesaria para creer en ella. Al cabo de un rato, hizo que oyera su voz y se dignó darme algunas explicaciones relativas a una conversación que yo había tenido la víspera. Me acordé entonces de que, en dicha conversación, una de mis amigas me había manifestado su extrañeza de que Nuestro Señor, que había prometido otorgar todo a la oración, hubiese permanecido sordo, sin embargo, a las que el Rdo. padre Hermann le había dirigido tantas veces para obtener la conversión de su madre. Su sorpresa iba casi hasta el descontento, y me costó trabajo hacerle comprender que debíamos adorar la justicia de Dios y no tratar de penetrar sus secretos. Me atreví a preguntar a mi buen Jesús cómo era posible que, siendo la bondad misma, hubiera podido resistir a los ruegos del padre Hermann y no hubiese concedido la conversión de su madre.

«Ésta fue su respuesta:

«¿Por qué Ana quiere siempre sondear los secretos de mi justicia y trata de penetrar los misterios que no puede comprender? Dile que no debo la gracia a nadie, que la doy a quien me place, y que al obrar así no dejo de ser justo ni ceso de ser la justicia misma. Pero ha de saber también que, antes de faltar a las promesas que tengo hechas a la oración, trastornaré el cielo y la tierra, y que todo ruego que busca mi gloria y la salvación de las almas, siempre es oído favorablemente, cuando va acompañado de las cualidades necesarias».

«Luego añadió: “Y para probaros esta verdad, quiero enterarte de lo que ocurrió cuando la muerte de la madre del padre Hermann”. Mi buen Jesús me iluminó entonces con un rayo de su luz divina y me dio a conocer, o mejor, me hizo ver en Él lo que voy a procurar contar.

«En los últimos momentos de la madre del padre Hermann, cuando estaba a punto de exhalar el último suspiro y que parecía estar privada de conocimiento, casi sin vida, María, nuestra buena Madre, se presentó ante su divino Hijo y, postrándose a sus pies, le dijo: “Gracia, piedad, Hijo mío, por esta alma que va a perecer. Un instante más y estará perdida, perdida para siempre. Haz, te lo ruego, por la madre de mi siervo Hermann, lo que quisieras que él hiciera por la tuya, si ésta estuviese en su lugar y tú estuvieras en el suyo. El alma de su madre es su bien más querido. Mil veces me la ha dedicado, y la ha confiado a mi amor, a la santidad de mi corazón. ¿Podré soportar que perezca? No, no; esta alma me pertenece, la quiero, la reclamo como herencia, como el precio de tu sangre y de mis dolores al pie de tu cruz”.

«Apenas la excelsa suplicante había acabado de hablar, cuando una gracia fuerte, poderosa, brotó del manantial de todas las gracias, del corazón adorable de nuestro Jesús, y fue a iluminar el alma de la pobre judía moribunda, triunfando instantáneamente de su obstinación y resistencia. Esta alma se volvió inmediatamente con amorosa confianza hacia Aquél cuya misericordia la perseguía hasta en los brazos de la muerte, y le dijo: “¡Oh Jesús, Dios de los cristianos, Dios que mi hijo adora! Yo creo, yo espero en ti ¡ten piedad de mí”.

«En este grito, oído de Dios solo y que partía de las más íntimas profundidades del corazón de la moribunda, estaba encerrado el arrepentimiento sincero de su obstinación y de sus culpas, el deseo

del bautismo, la voluntad expresa de recibirlo y de vivir según las reglas y los preceptos de nuestra santa religión, en el caso de que hubiera podido volver a la vida. Este impulso de fe y de esperanza en Jesús fue el último sentimiento de su alma. En el instante en que ella subía hacia el trono de la divina misericordia, los débiles lazos que la retenían a su envoltura mortal se rompieron y caía a los pies de Aquél que había sido su salvador antes de erigirse en juez.

«Después de haberme mostrado todas estas cosas, Nuestro Señor añadió: “comunica todo esto al padre Hermann; es un consuelo que quiero otorgar a sus prolongadas penas, para que bendiga y haga bendecir por todas partes la bondad del corazón de mi Madre y el poder que ejerce sobre el mío”».

Esta carta, verdaderamente sorprendente e imprevisible, había sido anunciada al padre Hermann con toda precisión por el santo Cura de Ars con seis años de antelación.

A Carcasona

Poco después de su bautismo, la señora de R***, con su familia, salía de Agen y regresaba a París. Y el padre Hermann parte para el convento de Carcasona, feliz por la conversión de su hermana. Poco después, escribe a su amigo Cuers (Carcasona 1-VII-1852) comunicándole que había bautizado también a un judío, de treinta y un años, que se disponía a entrar en el Carmen.

8

Primeros viajes apostólicos

Celo por la Adoración Nocturna

El Carmelo de Carcasona fue escogido por el padre Provincial como sede de los estudios teológicos. Se envió allí al padre Hermann a fines de junio de 1852.

Algunas de sus cartas, fechadas en los primeros meses de su estancia allí, nos lo siguen mostrando preocupado por la misma idea: multiplicar el número de los devotos de la Eucaristía por la Adoración Nocturna. Constantemente habla de ello con su amigo De Cuers:

«Acabo de recibir –le escribe el 30 de agosto de 1852– la solicitud de las Conferencias de san Vicente de Paúl, de Burdeos, para establecer allí la Adoración Nocturna. Pero los documentos y reglamentos que me había llevado de París quedaron en manos del vicario general de Agen. Sírvase, pues, enviarme cuanto antes un reglamento pequeño y otros documentos que puedan poner al corriente a nuestros celosos hermanos... Y sería aún mejor si usted pudiera ir a Burdeos para organizarlo todo por sí mismo. Encontraría allí abundantes recursos entre los jóvenes. Dos de nuestros Padres fueron a predicar y hay que aprovechar esta circunstancia. Hay entusiasmo, se les habló de la Adoración, y el secretario general me ha escrito una carta entusiasta. Apresurémonos, pues, a hacer semejante servicio al buen Jesús.

«Tendría mucha necesidad de usted en Carcasona –le escribe algunos meses más tarde (30-XI)– para el establecimiento de la Adoración Nocturna. Como no puedo salir más que para predicar, me sería usted útil en extremo para ayudarme a instalar esta obra querida. En Burdeos son ya más de ciento [los adoradores], y hacen las cosas en grande. En la primera noche eran veinticuatro. En Tolosa hemos ganado ya a cincuenta miembros».

Giras como predicador

Pero pronto iba a poder ocuparse por sí en estas obras que le eran tan queridas. El año 1853 fue para él un año de predicaciones y de viajes continuos. Casi todas las ciudades del Sur de Francia lo ven y lo oyen unas tras otras. Su palabra convirtió a numerosos pecadores. Y basta leer los periódicos de la época para convencerse de que su paso era un verdadero acontecimiento.

En Lión, predicó un sermón a beneficio de los pobres, y el éxito fue tan grande que el arzobispo local, cardenal Bonald, escribió al Provincial de los Carmelitas para rogarle que, cuanto antes, confiase a este religioso la doble misión de fundar en Lión la Adoración perpetua y de predicar en todas las parroquias de la ciudad sobre este tema.

Allí se le pidió que fuera a Ginebra para predicar el mes de María. Acepta con gozo, diciendo:

«¡Ojalá pueda reparar parte del escándalo que allí di en otro tiempo! Aunque no pudiera convertir más que a un solo protestante, sería para mí un gran motivo para dar gracias al Señor por su misericordia».

Aviñón y Marsella le oyen una tras otra. Se dirige después a Tolón para visitar la Adoración Nocturna fundada por su amigo, el capitán de fragata De Cuers. Predica en la catedral. Su salud se resiente mucho de todas estas excursiones, y se ve obligado por orden del médico a renunciar a predicar el mes de María en Ginebra.

«Pero, dice, la Santísima Virgen María sabrá perfectamente indemnizarme de esta doble privación... He predicado en Beziers, Montpellier, Aviñón, Tolón y Marsella. Y Jesús lo ha bendecido todo, como en Lión», escribe desde Hyeres el 30 de abril.

Conversión de un judío y de una protestante

El 2 de mayo, en Tolón, administra el bautismo a un judío de treinta y seis años, le da la primera comunión y le viste el santo escapulario.

El 7 de mayo, en Marsella, bautiza a una dama protestante y a sus hijos. Dicha señora era de Hamburgo y vivía cerca de la familia del padre Hermann. No comprendía el francés, y desde hacía treinta años resistía con pertinacia a todas las instancias de que era objeto para que se convirtiera. Pero esto se consiguió a las primeras palabras en alemán que el Padre le dirigió. Fue entonces tocada por la gracia.

Conversión de dos gemelos judíos

Antes de regresar a Carcasona, el padre Hermann volvió a Lión, y animó a dos jóvenes israelitas, gemelos, de distinguida familia, que por la gracia de Dios querían hacerse cristianos. Posteriormente fueron sacerdotes. Eran huérfanos, y sus tutores les hicieron durísima oposición*.

*[Se trata de los hermanos Joseph y Augustin Lémann. Durante el Concilio Vaticano I (1869-70) presentaron un *postulatum* en favor de los israelitas, que fue firmado por 506 obispos. Entre los escritos de estos hermanos destaca *Le retour d'Israël et des nations au Christ Roi; la cause des restes d'Israël introduite au Concile Oecuménique du Vatican sous la bénédiction de S. S. Pie IX*, Lyon 1912].

«Antes de su llegada –le escribía uno de ellos (9-VI-1853)– flotaba en la incertidumbre... Ahora, a su voz, todo se purifica, todo se embellece, todo se agranda. La convicción se expresa en sus pensamientos y la persuasión fluye de sus labios».

Hermann cuenta este caso notable a su amigo Cuers (26-IX-1854):

«Habrán usted oído hablar de la famosa historia de nuestros dos israelitas gemelos convertidos. Los diarios han escrito de ello. Sus tutores quisieron forzarlos a la abjuración amenazándolos de muer-

te, pero ellos han resistido: Jesús estaba con ellos, y me decían en una carta: “Jesús, sí, Jesús descendió en medio de nosotros cuando nuestros parientes quisieron forzarnos a renegar de nuestro adorable Redentor, de su adorable Madre y del adorable misterio de la Eucaristía, que usted ama tanto”».

De Lión, el Padre se trasladó a predicar a Grenoble, en donde tuvo una conversación con el pastorcito de La Salette*.

*[En 1846, en Corps, pueblecito del Dauphiné, la Virgen María se aparece a dos muchachos pastores, Maximin, de 11 años, y Mélanie, de 15. Está llorando, sobre todo por los pecados del pueblo cristiano, y llama a conversión. Un hermoso santuario acoge, desde 1879, una gran afluencia de peregrinos].

Enfermo, convalece en Castelle

El Padre Provincial había ido a Roma para el capítulo general de la Orden, y a su regreso, el padre Hermann fue a esperarle a Marsella. Con él volvió a Carcasona, a donde llegó

«Lleno de consuelo —escribe a uno de sus amigos—. Al ver las inmensas misericordias de nuestro buen Jesús, *superabundo gaudio* [2Cor 7,4]. Sin embargo, continuaba padeciendo del cerebro y de los nervios. Y esos padecimientos no son las alegrías menores de que gozo».

Los médicos, ante su enfermedad grave, prescribieron un reposo completo y lo enviaron a Castelle, cerca de Hyeres. Allí llegó a fines de mayo, en compañía del padre José-Luis de los Sagrados Corazones. Había prevenido a su amigo De Cuers de su llegada, y le rogaba que lo hiciera saber al padre Eymard, religioso marista, el cual había de dejar más tarde su congregación para fundar la de los sacerdotes del Santísimo Sacramento.

«Es necesario, dice, que el padre Eymard venga a pasar algunos días en Castelle, en donde permaneceré todo el mes eucarístico con mi Padre Carmelita».

Sufrimiento y gozo

Su estancia en la pequeña localidad fue tiempo de grandes padecimientos. El obispo de Fréjus le había concedido guardar el Santísimo Sacramento en su habitación. Aunque enfermo y debilitado, no dejó pasar una sola mañana sin celebrar misa.

«Estoy de veras en la cruz, escribía el 23 de junio, y de ello estoy contentísimo a más no poder, se lo confieso... Actualmente, estoy tendido sobre un colchón, con una fuerte erupción en la pierna. Desde el pie hasta la rodilla, estoy cubierto de llagas vivas... Estoy aquí en un país de hechicera belleza. Imagínese usted el clima de Hyeres, un jardín a orillas del mar, un hermoso valle, resguardado del viento del Norte por una cadena de montañas en semicírculo, cubierto de olivos, naranjos, pinos parasol y de maravillosos almendros. Dos magníficas palmeras se yerguen al pie de la casa solitaria que habito. Uno creería estar en pleno Oriente. En el extremo del valle, en el fondo, el mar más azul que el cielo, y en el mar, ahí cerca, las bellísimas *islas de oro* tantas veces cantadas por los poetas. Un coro de ruiseñores infatigables que, día y noche, nos arrullan con su concierto. Y además, en medio de esta admirable naturaleza, aquí, *junto a mí*, cerca de la litera en que estoy extendido, una capillita, y en la capillita, un pequeño sagrario y dentro del sagrario... Él, ¡Jesús!, nuestro amor, que ha venido a encerrarse ahí expresamente para mí, durante toda mi residencia en esta soledad embalsamada... ¡Oh, qué de acciones de gracias debo ofrecer a Jesús querido!

«Además, recibo cuidados admirables, incesantes, llenos de caridad. Confieso que si Jesús quisiera curarme, aquí hay todo lo que se necesita, sin milagro, para devolver la salud a un moribundo. Y sin embargo, mi salud no ha adelantado un paso, y me hallo hacia el fin de mi permanencia aquí. Debo partir el 1 de julio...

«Me riñen porque estoy escribiendo largo y tendido, ya que esto me cansa mucho...

«No me ha sido posible escribir una sola línea de música. Incapacidad completa. La voluntad de Jesús es mi Paraíso».

Bagnères de Bigorre

Cuando el padre Hermann deja Castelle, continúa siendo presa de los mismos dolores, y llega a primeros de julio a Bagnères de Bigorre, agradable lugar de los Pirineos en donde había de hallar nuevas fuerzas.

El 4 de agosto regresaba al convento de Carcasona. Pero la mejoría no se mantiene, y el buen Padre pasa unas alternativas de mejoría y de empeoramiento, que hubieran desanimado a un carácter menos templado que el suyo. Él no se queja y halla «que lo cuidan demasiado». «Amemos a Jesús, dice, el resto no es nada».

Tras algunas actividades en Montpellier, para preparar la fundación de un nuevo convento, y en Bagnères, para la colocación de la primera piedra de una iglesia del Carmen, promete ir a Burdeos en noviembre, con el fin de predicar allí.

«No es que mi salud sea muy satisfactoria, escribe, pero para no predicar más que una vez y tocar el órgano también una sola vez, creo poder prometerlo sin demasiada presunción... En lo que se refiere al órgano, desearía que fuese en beneficio de alguna obra, a elección de los que me llaman; en efecto, no toco ya jamás sino para las buenas obras, a fin de santificar por completo esta acción».

La Adoración en Tours, segunda en antigüedad

Llegado a Burdeos, uno de los primeros pensamientos del Padre fue el de sentar sobre más sólidas bases la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento, ya establecida, según hemos dicho, por los padres Luis-María y Carlos-María. Dejó la ciudad, en donde su palabra tuvo gran resonancia, para ir a Angers y a Tours con un fin eucarístico.

En Tours se encontró con un santo hombre, con quien la Adoración Nocturna le había puesto en relación. Fundada ésta en París el 6 de diciembre de 1848, como vimos, la Adoración Nocturna había sido establecida en Tours por el señor Dupont el 2 de febrero de 1849. Después de París, fue aquella la primera ciudad en que se estableció esta obra admirable.

El señor Dupont no limitó su acción a los que le rodeaban, sino además, se convirtió en un verdadero apóstol de la Eucaristía. En todas las cartas que escribía, que eran numerosas, pues tenía relaciones en todas las partes del mundo, hablaba de la Adoración Nocturna, animando a sus amigos a que la instituyesen. El padre Hermann y él eran en esto dos almas hechas para comprenderse. Ya se conocían, pero el señor Dupont no había visto todavía al padre Hermann en hábito religioso. Dejemos que él mismo cuente las alegrías y los resultados de esta entrevista:

«El buen Dios tenía otro designio muy diferente que el de dejarme gozar de él egoístamente. Ni siquiera hemos podido conversar un poco íntimamente de la Adoración más que de la una y media a las tres de la madrugada, por haber tenido cuatro largas horas de retraso el tren de Burdeos. Desde la mañana, después de la misa celebrada en las Carmelitas, y que tuve el honor de ayudar, el buen Padre fue obsequiado por Su Eminencia durante todo el día del sábado, y no me lo devolvió hasta la hora de partir para Angers.

«El lunes por la noche regresó a las diez, y un sacerdote del palacio arzobispal se hallaba conmigo en la estación. Durante todo el martes, excepto una corta entrevista antes de la misa, no vi al Padre más que en el púlpito, en el que estuvo formidable... Había gran muchedumbre.

«A las nueve, por fin, el buen Padre llegó a la Adoración. Gran concurrencia de adoradores. Predicación íntima muy grata. A las once y media, el Padre se acostó en un catre y durmió una hora. Después, nos encaminamos a la estación, en compañía de dos religiosos eudistas, venidos de Redón para obtener informes sobre la asociación. El momento en que habían venido no podía ser más oportuno, según puede verse...

«Renuncio a describir el movimiento prodigioso producido por la presencia del Padre. Ahora sólo hay que pedir a Dios que ese movimiento arraigue y produzca flores y frutos.

«El resultado, en lo que se refiere al Padre y a mí, ha sido un excelente lazo de amistad, por cuyo medio debemos entendernos en lo sucesivo para la gloria del Santísimo Sacramento y, en particular, de la Asociación de la Adoración Nocturna» (Janvier, *Vida del señor Dupont*, I, 338).

Parte de Burdeos

El padre Hermann viaja de nuevo a Carcasona el 25 de noviembre, y al tomar la diligencia, la gente pudo contemplar en él un religioso de capa blanca, que se arrodillaba humildemente ante el Superior de Burdeos, pidiéndole la bendición, según prescribe la Regla. Al acomodarse en uno de los asientos más modestos del carruaje, comentó a los que con él viajaban:

«Al dejar París, dos cosas sobre todo sentí abandonar y eché de menos: la Adoración Nocturna y las Conferencias de san Vicente de Paúl, de las cuales era socio. Y este sentimiento se me renueva hoy en el corazón al despedirme de una ciudad bendecida por dos asociaciones semejantes. Si algo puede consolarme, es la esperanza de propagar la Adoración Nocturna por toda Francia y de no rehusar en ninguna parte mi palabra para los pobres de san Vicente de Paúl».

Pamiers, Lión

En Carcasona el Padre recobra fuerzas en un descanso necesario, lo que le permite predicar la cuaresma de 1854 en Pamiers. Pero allí su salud causa de nuevo inquietudes.

«Mi salud está lejos de ser tranquilizadora, escribe. ¡La voluntad de Jesús! Además, me acuso de haber cometido imprudencias».

Se adivina fácilmente la naturaleza de estas imprudencias. No eran sino exceso de celo.

La cuaresma está en su final, y el 20 de abril va de nuevo a Lión, para predicar en favor de los niños recogidos por los socios de la Conferencia de san Vicente de Paúl.

Gran sermón en París

Inmediatamente parte para París, y el 24 de abril aparece en el púlpito de San Sulpicio. Era la primera vez que predicaba en un púlpito de la capital. El ruido de su conversión, el recuerdo de su vida de artista habían atraído a una inmensa muchedumbre. El arzobispo de París presidía el acto.

Fácilmente se puede imaginar la impresión del auditorio cuando ve aparecer al fraile, en otro tiempo tan festejado y aplaudido en los salones de la aristocracia. Se conserva su formidable prédica.

«Muy queridos hermanos míos. Mi primer acto al presentarme en este púlpito cristiano, debe ser una pública retractación de los escándalos que en otro tiempo tuve la desgracia de dar en esta ciudad.

«¿Con qué derecho, podríais decirme, con qué derecho vienen a predicarnos, a exhortarnos a la virtud, a la piedad, a exponernos las verdades de la fe, a hablarnos de lo que amamos, de Jesús y de María, tú, que los has ultrajado mil veces en nuestra presencia, tú, a quien hemos visto en compañía de pecadores públicos, arrastrándote en el barro de una inmoralidad sin pudor, tú, a quien hemos visto arrebatado por el viento de cualquier doctrina, haciendo profesión abierta de todos los errores; tú, en fin, cuya deplorable conducta nos ha contristado tan a menudo? *In peccatis natus es totus et doces nos!* [Jn 9,34].

«Sí, hermanos míos, confieso que he pecado contra el cielo y contra vosotros, reconozco que he merecido vuestra animadversión y que no tengo derecho alguno a vuestra benevolencia.

«Por eso, hermanos míos, estoy dispuesto a daros pública y solemne reparación; a arrodillarme, con la cuerda al cuello, cirio en mano, a las puertas de esta iglesia, invocando la misericordia y las

oraciones de las gentes que pasen...

«Por eso, hermanos míos, he venido cubierto con un hábito de penitencia, alistado en una Orden severa, tonsurada la cabeza y descalzos los pies...

«Cuando entré en una iglesia, yo no era sino un miserable judío. Esto era en el mes de María... Cantaban santos cánticos... *María, la Madre de Jesús, me reveló la Eucaristía*, yo conocí la Eucaristía, conocí a Jesús, conocí a mi Dios, y pronto fui cristiano...

«Pedí el santo bautismo, y el agua santa se derramó sobre mí, y al instante todos mis pecados, los horribles pecados de veinticinco años de crímenes, todos mis pecados quedaban borrados. ¡Dios me había perdonado!, y mi alma inmediatamente quedaba pura e inocente... Dios, hermanos míos, Dios me ha perdonado. María me ha perdonado... Hermanos míos, ¿no me perdonaréis vosotros también?...»

Se adivinará la impresión que estas palabras produjeron en el auditorio. Multitud de jóvenes había acudido para oírle, y él se volvió hacia ellos, recordándoles que había vivido como ellos vivían, y les llamó a compartir su felicidad presente:

«He recorrido el mundo, he visto el mundo, he amado al mundo... y he aprendido una cosa en el mundo, y es que nadie goza en él de felicidad.

«¡La felicidad! Yo la he buscado, y, para hallarla, he recorrido las ciudades, he atravesado los reinos, he surcado los mares. ¡La felicidad! La he buscado en las poéticas noches de un clima encantador, sobre las olas límpidas de los lagos de Suiza, en las cimas pintorescas de las más altas montañas, en los espectáculos más grandiosos de la Naturaleza. La he buscado en la vida elegante de los salones, en los festines suntuosos, en el aturdimiento de los saraos y de las fiestas. La he buscado en la posesión del oro, en las emociones del juego, en las ficciones de una literatura romántica, en los azares de una vida aventurera, en la satisfacción de una ambición desmedida. La he buscado en las glorias del artista, en la intimidad de los hombres célebres, en todos los placeres de los sentidos y del espíritu. La he buscado, en fin, en la fe de un amigo, sueño de cada día y de todos los corazones... ¡Ah, Dios mío! ¿dónde no la he buscado?

«Y vosotros, hermanos míos, ¿la habéis hallado? ¿Sois felices? ¿No os falta nada? Pero me parece oír aquí, como en todas partes, un lúgubre concierto de gemidos y de quejas, que se eleva por los aires. Me parece que vuestros corazones hacen resonar también este grito unánime de la humanidad doliente: felicidad, felicidad, ¿dónde estás? ¡Dime dónde te ocultas, e iré, al precio de mi fortuna, de mi salud, de mis días si es preciso, iré a buscarte, a asirte, a poseerte!

«¿Cómo puede explicarse semejante misterio, puesto que el hombre ha nacido para la felicidad? Es porque la mayoría de los hombres se equivocan acerca de la naturaleza misma de la felicidad, y porque la buscan donde no está.

«¡Cierto! ¡Escuchadme! Esta felicidad yo la he hallado, la poseo y gozo de ella tan plenamente, que puedo exclamar con el sublime apóstol: *Superabundo gaudio!* El corazón se me desborda de felicidad. No puedo contener en mi pecho este volcán de gozo, y me he sentido con prisas de dejar mi soledad para venir a encontraros y a deciros también: *Superabundo gaudio.* Sí, soy tan feliz que vengo a ofreceros, que vengo a rogaros, a suplicaros que compartáis conmigo este exceso de felicidad».

A continuación explica en qué consiste la felicidad.

«Sólo Dios puede satisfacer esta necesidad del corazón del hombre. Pero, ¿cómo alcanzar a Dios y poseerlo? Dios aparece en sus obras y sobre todo en la obra admirable de la Encarnación y de la Redención. Dios, en la persona de su Hijo, Jesucristo, ha descendido de los cielos, ha venido hasta nosotros, se ha hecho el compañero de nuestro viaje, el pan de nuestra alma. Dar a conocer el nombre de Jesús ha obrado una verdadera revolución en el mundo. “Pero yo no creo en Jesucristo”, replicará el incrédulo. “¡Eh!, le responderé yo: yo tampoco creía, y precisamente por eso era desgraciado”. Jesucristo se nos da, y para hallarlo es preciso velar y rogar. Jesús está en la Eucaristía, y la Eucaristía es la felicidad, es la vida.

«En una noche de tormenta, sigue diciendo, me había internado en una cadena de montañas escarpadas, rodeadas por todas partes de horribles precipicios.

«Trepaba a duras penas por un sendero trazado por el paso de los malhechores, y hecho casi impracticable a causa de los peñas-

cos, que los torrentes engendrados por las lluvias furiosas habían arrancado de la montaña y arrastrado con fuerza hacia el abismo.

«El trueno retumbaba una y otra vez, ininterrumpidamente. El viento, desgajando y desarraigando los árboles seculares, me derribó con violencia en el suelo, y me vi obligado a continuar la ruta arrastrándome sobre las manos y las rodillas, ensangrentadas por las piedras del camino. Me arrastraba con esfuerzo, pegado a la montaña, porque a cada instante espantosos relámpagos, al hendir las nubes y disipar la oscuridad, me mostraban la sima abierta que, con pavoroso ruido, devoraba los árboles y las rocas que el huracán le lanzaba... Mi pérdida me parecía segura...

«De pronto, una estela de luz, que partía de la nube, fue a dar en el flanco de una montaña vecina, y en una hondura del granito me descubrió una puertecita dorada...

«Al verla se me reconforta el ánimo, con la esperanza de hallar habitación o socorro... y me arrastro jadeante, a través de los abrojos y las aguas del camino, y llego con los vestidos desgarrados, desfallecido, ante la puertecita a la que me pongo a llamar pidiendo socorro... Apenas he llamado cuando la puerta se abre, y un hermoso joven, de resplandeciente majestad, con la gracia en los labios, aparece en el umbral, me toma de la mano y me introduce en la misteriosa morada.

«En el mismo instante el ruido de la tempestad cesó de resonar en mis oídos, la calma me volvió al alma, y me sentí conducido suavemente por una mano invisible, que me despojó de los vestidos manchados de barro, para sumergirme en delicioso baño, en el que recobré la fuerza y la salud.

«Este baño no sólo borró hasta las mínimas manchas recogidas en el camino, sino que además cicatrizó todas mis heridas, me infiltró en las venas una vida nueva, devolvió a mi alma su antigua juventud, y exhalaba tan exquisita fragancia que quise conocer su naturaleza.

«¿Cuál no sería mi asombro cuando advertí a mi lado al hermoso joven que me había abierto la puerta! Tenía ambas manos extendidas por encima de la piscina, y de cada una de ellas, por ancha herida, salía en abundancia la sangre a borbotones... y yo miraba la piscina, y a mí mismo me miraba... ¡y vi que me hallaba inundado por la sangre del hermoso joven! Y esta sangre me comunicaba vigor tan grande que me sentía con fuerzas capaces para afrontar mil tempestades más furiosas aún que la que acababa de soportar. Pero mi asombro llegó al colmo al reparar que aquel raudal de sangre, lejos de teñirme de rojo, me daba una blancura más brillante e inmaculada que la de la nieve, y empezaban a brotarme en el corazón el agradecimiento y el amor...

«Yo tenía hambre, tenía sed... La fatiga y las luchas del viaje me habían agotado. Él me hizo sentar a un banquete en que una luz esplendorosa iluminaba la sala del festín, donde, sin embargo, no había lámparas... El joven mismo era la luz y de su semblante irradiaban rayos deslumbradores...

«Yo tenía hambre, tenía sed... Él me presentó un pan y me dijo: “come”. Me ofreció una copa diciéndome: “bebe”. Bendijo el pan, luego acercó la copa a una herida que tenía en el pecho, e inmediatamente se llenó de un vino maravilloso. Y así que hube comido y en cuanto hube bebido, comprendí que semejante alimento no era ordinario, sino más bien un alimento que me transformaba y me llenaba de inefable alegría y de indecibles delicias...

«Y yo miraba al hermoso joven, y le vi dentro de mí mismo, sentado sobre un trono, adorado por los ángeles. Coros de serafines balanceaban incensarios de oro ante su presencia, y falanges de querubines quemaban ante su trono un precioso incienso que ascendía hacia él.

«Y entonces el joven me habló, y su palabra era una armonía celestial, música divina que me encantaba y me hacía derramar lágrimas de amor y me embriagaba con desconocida sensación.

«Y luego me atrajo hacia sí, me abrazó, me estrechó sobre su corazón, me cubrió de caricias y me meció dulcemente al son de una melodía que de sus labios venía. Y yo apoyé la cabeza en su pecho, y mi felicidad fue tan grande, que mi inteligencia cesó de pensar, y me dormí sobre el corazón de este amigo tan benéfico, y así dormí mucho tiempo y durante mi sueño me hizo soñar en el cielo... ¡Oh sueño de amor, imposible de contar!

«Me tocó los párpados con los dedos, y me desperté en seguida lleno de inextinguible amor, y postrándome a sus pies le agradecí la hospitalidad que me había concedido. Y Él me dijo: “Quédate, si quieres. Cada día te bañaré en mi sangre, cada día te calentaré en mi

hogar, te iluminaré con mi luz y de nuevo te haré sentar a mi mesa... Pero si me dejas, ¡cuidado!, la tempestad se reanudará pronto.

«Que otros, exclamé yo entonces, arrosten las tempestades, que se arrastren en el barro del camino. En cuanto a mí, puesto que permites que me quede contigo, quiero vivir aquí, aquí quiero morir. Sí, cada día beberé en el torrente de gozo que se derrama de tu costado abierto. Pero dime tu nombre para que lo bendiga con los ángeles.

«Y él me respondió: Me llamo... amor. Me llamo... Eucaristía. ¡Me llamo Jesús!»

Tal es el secreto de la felicidad de que goza el padre Hermann, y a todos los hombres convida a compartirla con él en el amor de Jesús.

«¡Amemos a Jesús! No hay más que una felicidad: la de amar a Jesucristo y la de ser amado por él».

Cuando salió de la iglesia de San Sulpicio, se acercó al padre Hermann un joven de noble aspecto. Era Bernardo B***, judío y artista, bautizado hacía dos años apenas, cuya vida y conversión ofrecían mucha semejanza con las del padre Hermann. Profundamente conmovido por las palabras de éste, quería también pedir al Carmen la felicidad que necesitaba, y que no supo, por desgracia, conservar.

La Adoración en París

Una gran alegría esperaba en París al padre Hermann.

«Ha habido, escribe a su amigo (29-VI-1854), una reunión general de la Adoración Nocturna de los hombres en Nuestra Señora de las Victorias, en la *misma capilla* de la Archicofradía en que Jesús fue adorado por primera vez durante la noche. La reunión era numerosa, presidida por monseñor de la Bouillierie, el sacerdote Desgenettes y por su Fray Agustín-María del Santísimo Sacramento. He dado cuenta de lo que sucede en provincias con respecto a la Adoración Nocturna. En esta reunión de Nuestra Señora de las Victorias, he hablado de un proyecto de reunión para sacerdotes y seglares, que se consagrarían a la obra de la divina Eucaristía, y el proyecto ha sido acogido con entusiasmo y fortuna. Monseñor de la Bouillierie, sobre todo, estaba en extremo gozoso y no se cansaba de bendecir a Dios por este hermoso proyecto. He encontrado a monseñor de la Bouillierie tan ferviente como siempre, lleno de celo, de vigor y animoso como ninguno... La Adoración por la noche se celebra casi sin interrupción en París, de parroquia en parroquia».

Si su alma desbordaba de júbilo, su cuerpo sucumbía bajo el peso del cansancio, de los viajes y de las emociones.

«Después de haber predicado, añade, en Tolosa, Pamiers, Lión, París, Burdeos, Agen, etc., me he visto precisado a envainar la espada y entregarme aquí, en Bagnères, a los remedios y a los cuidados, y ya no podré predicar más hasta diciembre».

Pero en Bagnères, donde le encontraremos de nuevo, estará lejos de permanecer inactivo.

El padre Hermann y el Carmelo de Bagnères

M. María de los Ángeles

La Priora y fundadora de las Carmelitas de Bagnères de Bigorre, madre María de los Ángeles [1790-1863], desde hacía tiempo, venía haciendo toda clase de gestiones —también ante el padre Domingo— para que en esa

ciudad se fundase un convento de Carmelitas Descalzos. Pero nunca había conseguido nada. Llegó incluso a escribir al hermano Hermann, cuando era novicio en Broussey.

Por eso, cuando en 1853 los médicos enviaron al padre Hermann al balneario de Bagnères, éste ya conocía los deseos de la Priora carmelita y habló del asunto con ella. La llegada del Padre y de su compañero, el padre José-Luis de los Sagrados Corazones, fue un acontecimiento para la pequeña villa: su recogimiento, su afabilidad, su vida pobre y su abnegación impresionaron a todos.

Proyecto de fundación en Bagnères

Cuando estos religiosos visitaron a la madre María de los Ángeles, quedaron sorprendidos al encontrarse ante una religiosa de 60 años, llena de vigor, con la actividad de la juventud. Y después de hablar con ella de los proyectos que tenía, se convencieron de que el espíritu de Dios la guiaba. El padre Hermann comprendió inmediatamente todo el fruto que tal fundación podría producir a la ciudad, habitada durante el verano por numerosos extranjeros, que acuden a ella buscando la salud corporal. Examinó los lugares y pronto halló un emplazamiento muy a propósito para esta fundación.

Los dos religiosos escribieron entonces al padre Domingo, aconsejándole que viniera personalmente para juzgar del proyecto. El 14 de agosto el padre Domingo llegaba. Pasó quince días en Bagnères, lo examinó todo, y al dejar la ciudad, aseguraba a la madre María de los Ángeles que procuraría verificar la fundación tan pronto como el obispo la hubiera aprobado. Y en espera del consentimiento, que no le parecía dudoso, autorizaba a la madre Priora para que adquiriera el terreno que el padre Hermann había indicado.

Esta última cuestión pasó por no pequeñas dificultades, y cuando ya estaba prácticamente arreglada, no se hallaba a nadie que prestara la fianza exigida. En medio de estos apuros extremos, una señora inglesa, amiga de la madre María de los Ángeles, llega al monasterio y pide ver al padre Hermann. Queda feliz del encuentro, y en seguida se ofrece para prestar la fianza, y se compromete a contribuir con ocho mil francos a la compra del terreno.

El padre Hermann, constructor

Pero, adquirido el terreno, era necesario construir, y solamente se disponía de dos mil francos, reunidos con mucho trabajo por la madre Priora. El padre Domingo encarga entonces al padre Hermann, que sea el proveedor de la fundación. Y el obispo de Tarbes da con todo agrado la aprobación correspondiente, como también lo hacen las autoridades civiles de Bagnères.

El padre Hermann pone inmediatamente manos a la obra: empieza por levantar el plano de la iglesia, cuya primera piedra coloca. Pero pronto se interrumpe la obra por falta de fondos, y el padre Provincial manda suspender los trabajos. Sin embargo, no se desanimó y se disponía a obedecer cuando, el mismo día por la tarde, llega al monasterio de las Carmelitas una joven postulante de Marsella. Pertenecía a la nobleza, y había llegado sola con su vieja nodriza. Viéndola, las religiosas titubeaban en recibirla, pues era de salud tan delicada que parecía incapaz de poder observar la severa Regla del Carmen. Pero la joven insistía, suplicaba con lágrimas, aseguraba que Dios la ayudaría. La comunidad, finalmente, se decidió a admitirla, aunque no fuera sino a título de prueba. Y así fue como la noche misma de su llegada las puertas

del claustro se cerraron tras ella para no volver a abrirse jamás. En sus tres meses de postulantado, se restableció su salud.

Al ingresar, la hermana Teresa del Santísimo Sacramento—éste fue su nombre en religión—entregó a la Priora la suma de dos mil francos, y al conocer las dificultades que detenían al padre Hermann en la construcción de la iglesia del Carmen, manifestó el deseo de que se empleara esa suma para la continuación de los trabajos. Y destinó también parte de su fortuna a la fundación del convento de los Carmelitas Descalzos.

Se extiende en Francia el Carmelo

La Providencia bendecía evidentemente la resurrección del Carmelo masculino en Francia, y el padre Hermann, el 29 de junio de 1854, podía escribir:

«La obra del Carmelo ha adquirido dimensiones casi colosales. El hábito de María ha sido acogido con algo más que la simple benevolencia; quizá hubiera que decir que con entusiasmo. No puedo arrepentirme de haber ingresado en el Carmelo, ya que, a mi entrada, sólo había en Francia seis carmelitas franceses, y ahora son ya más de cuarenta, sin contar los religiosos españoles, lo que suma más de un centenar sólo para Francia.

«No había entonces más que dos grandes conventos y dos pequeñas residencias, y después ha habido una fundación importante en cada una de las ciudades de Carcasona, Montpellier y Pamiers, se construye una iglesia en Bigorre, se compra una gran propiedad en Tolosa, se levanta el plano de una iglesia y de un convento en París, y además se edifica una importante iglesia en Burdeos».

Al enumerar estos progresos de la Orden en Francia, el padre Hermann olvida señalar la parte que la Providencia le ha reservado. El ruido de su conversión, su predicación en los principales pulpitos de Francia, el gran número de personajes que había conocido en sociedad y que se interesaban tanto más por él ahora que la había dejado, todo eso contribuía poderosamente a dar relieve a la Orden de los Carmelitas, y a procurarles ayudas para la construcción de conventos.

Confianza en la Providencia y devoción a san José

Veremos trabajar al padre Hermann, hasta su último suspiro, en las nuevas fundaciones de la Orden, sin retroceder ante ninguna responsabilidad, sin asustarse de ninguna fatiga, sin que obstáculos alguno pueda desanimarle. Le asiste una confianza sin límites en la Providencia, que a veces le sujeta a prueba para aumentar sus méritos. Escribe a Cuers (13-VI-1856):

«A pesar de haber hecho voto de pobreza, y de no tener apego a nada en el mundo, ni siquiera a un alfiler, no hay nadie, sin embargo, que tenga más ávidos e inmensos deseos de dinero que yo. Parece una broma, pero es así. Siempre estoy esperando que Jesús me envíe algunas personas generosas y millonarias para pedirles que abandonen parte del oro que poseen en favor de las importantes obras que debo sostener. Ruegue a Jesús que me dé más confianza en su divina Providencia. Debo decirle que el gran proveedor de socorros del Carmelo es san José, y al igual que José en Egipto almacenó y dio pan a todo el país, san José, que *alimentó al Pan vivo bajado del cielo*, debe alimentar la subsistencia del culto eucarístico. Es cosa suya. Dígaselo. Y crezca entre ustedes esta especial devoción a este gran santo».

El padre Hermann continuaba su obra de Bagnères, y se habían instalado ya algunos religiosos en una casita alquilada por la madre María de los Ángeles. Celebraba misa en la iglesia de las Carmelitas y dirigía a las religiosas.

Un terremoto

El 20 de julio de 1854, un fuerte terremoto trajo la desolación al país. Los extranjeros se habían apresurado a huir, y los habitantes del país, espantados, abandonaban sus casas, pasaban la noche al aire libre o buscaban

asilo en las iglesias. El padre Hermann y el padre Francisco de Jesús-María-José pasaban el tiempo oyendo confesiones, distribuyendo la comunión, reconfortando a la población, alocada por el miedo.

En Bagnères se conservó largo tiempo el recuerdo de la abnegación y celo que mostraron estos religiosos durante aquellos días de terror.

La reina Cristina

En septiembre del mismo año, la reina Cristina* huía de España, perseguida por los odios que contra ella habían alzado las innumerables persecuciones, en su nombre suscitadas, contra la Iglesia y los carlistas, y llegaba a Bagnères, acompañada de su capellán, un arzobispo.

*[María Cristina de Borbón-Dos Sicilias (1806-1878), esposa de Fernando VII, es regente durante la minoría de edad de su hija Isabel II. En 1840 abandona la regencia en manos del general Espartero y se exilia en Francia. A la caída de Espartero, tres años después, vuelve a España, pero la revolución de 1854 le obliga a partir nuevamente].

Habiendo caído el arzobispo gravemente enfermo, acogió al padre Hermann como confesor. Y hasta que aquél murió, el padre Hermann fue su enfermero diligente. Estas circunstancias establecieron relaciones entre la reina y el Padre, que fueron provechosas para el alma de la infortunada princesa y de sus hijos.

Viajes apostólicos

A pesar de los trabajos que le absorbían, el padre Hermann continuaba su acostumbrada vida de apóstol. Durante los tres años que duró la construcción de la iglesia y del convento de Bagnères, recorrió el Sur de Francia, predicó sermones de caridad, dio misiones y se encargó de estaciones de cuaresma y de mes de María. Y Francia no basta a su celo.

«Acabo de hacer un retiro espiritual gratísimo de diez días – escribe con fecha 3 de febrero de 1855–. La salud, muy bien. Y a la salida de los ejercicios, orden de nuestro Rdo. padre General [padre Navidad de Santa Ana] para que vaya a juntarme con él en Bélgica, con objeto de predicar algunas semanas. Parto mañana. ¡Viva la obediencia! No me esperaba tal salto. ¿Quién sabe lo que Jesús nos prepara allá? Voy a pasar por París, donde me detendré dos días. Luego, a principios de marzo, otra vez a París, sermón en la Magdalena sobre la Eucaristía, y a Orléans, a Versalles también, y después, hacía el 15 de marzo, a Bagnères».

En Bélgica

Este viaje a Bélgica fue para él un gran gozo.

«He estado la mar de contento con mi viaje a Bélgica. He predicado por todas partes la Eucaristía, y he sido escuchado. Debo volver el año próximo para una octava de la consagración de una iglesia edificada en el lugar mismo en que unos judíos, dentro de la sinagoga, hace quinientos años, apuñalaron unas hostias consagradas y de ellas vieron brotar sangre. Estas hostias se hallan aún en Santa Gudula, catedral de Bruselas. He celebrado la santa Misa en Lieja, en el mismo sitio en que santa Juliana* recibió la orden de Jesús de que hiciera instituir la fiesta del *Corpus Domini*. ¡Cuánto le he recordado a usted en todos estos lugares consagrados por el misterio de nuestros altares!» (Carta a Cuers, 11-III-1855).

*[Santa Juliana (+1258), abadesa de Mont-Cornillon, cerca de Lieja, actual Bélgica].

El culto de la Eucaristía y el establecimiento de la Adoración Nocturna son el tema de casi todas sus cartas, el objeto de casi todos sus sermones. Todo lo que puede contribuir al desarrollo de esta incomparable devoción le colma de gozo.

Monseñor de la Bouillierie, obispo de Carcasona

En ese tiempo, es nombrado obispo de Carcasona monseñor de la Bouillierie.

«Es un acontecimiento de la mayor importancia para las grandes obras eucarísticas», escribe al capitán De Cuers (Bruselas 4-III-1855), que acaba de recibir el diaconado, y le pide que vaya «a París, inmediatamente después de haber sido ordenado sacerdote, para recibir de manos de monseñor de la Bouillierie la guía de doscientos adoradores nocturnos que allí le esperan».

Pero la Providencia tenía otros planes. En efecto, al dejar París, monseñor de la Bouillierie había reunido todas las obras de Adoración diseminadas en la ciudad. Y la capilla de las religiosas Reparadoras, fundada por la madre María Teresa, se convirtió como en centro de la asociación misma de la Adoración. Y por su parte, De Cuers, ya sacerdote, iba pronto a fundar, en compañía del padre Eymard*, la Congregación de Sacerdotes del Santísimo Sacramento, por la que suspiraba el padre Hermann y para la que había hallado ya una bienhechora.

*[San Pedro-Julían Eymard (1811-1868), fundador de los PP. del Santísimo Sacramento (sacramentinos) y de las Siervas del Santísimo Sacramento].

La Adoración en París

El 20 de mayo se encontraba en París en compañía del padre Provincial para asistir a la consagración episcopal de monseñor de la Bouillierie. Da cuenta de ella en una carta (Bagnères 25-VI-1855):

«La consagración resultó magnífica [...] El jueves siguiente, hubo sesión general en San Roque para tratar de la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento. Había socios en gran número. Monseñor de la Bouillierie acudió con monseñor Sibour, obispo auxiliar de París. Al lado de ambos, nos ofrecieron dos sillones a nuestro muy reverendo padre Provincial y a su servidor de usted. Entonces, el señor De Benque, presidente, leyó una larga memoria histórica sobre la asociación, desde su principio en aquel cuartito de artista, en la calle de la Universidad. El relato fue muy conmovedor... La víspera de la consagración, hablamos durante tres horas con monseñor de la Bouillierie respecto al porvenir de la Asociación».

Luego invita a su amigo a que vaya a Carcasona para hablar ambos con el obispo acerca de la Asociación a la que tienen tanto cariño.

En Saintes, recuerdo de María-Eustelle

En el mes de junio nuestro infatigable apóstol está en Saintes, de donde escribe a su amigo el día de la fiesta del Santísimo Sacramento:

«Ruego siempre por usted y por la Asociación eucarística. Me consumo como un cirio, con este fin, ante el Santísimo Sacramento. Pero éste es un cirio que despidе mal olor, es humeante y detestable. Pero tal como es arde ante Jesús. Esta mañana he celebrado misa por usted y por la Asociación en el altar ante el que la virgen de Saint-Pallais, la seráfica María-Eustelle, se consumió durante dieciséis años, como la paja en la hoguera.

«¡Ah! ¡Si es la santa voluntad de Dios, que se levante la falange eucarística, llena de fuego para abrasar la tierra! ¡Que María Inmaculada, la más perfecta de las adoradoras de Jesús, sea la gran almirante!, como usted dice de modo tan expresivo. En cuanto a mí, que soy un miserable, y cuyo corazón late, no obstante, con vigor, ofrezco a Jesús mi vida unida a la suya, tanto como puedo, por la Orden del Santísimo Sacramento, por la Sociedad de María y por la conversión de los pecadores».

Profesión carmelita de un judío converso

El 29 junio, va a Broussey para «predicar en la profesión de un israelita carmelita, antiguo socio de la Adoración Nocturna» (Carta Bagnères 25-VI-1855).

Se trata de aquel joven que un año antes conversó con el padre Hermann en París, después de su sermón acerca de la felicidad, en la iglesia de San Sulpicio.

Había ido a la iglesia como simple curioso, invitado por el Padre. Ya entonces bautizado, vivía como cristiano, pero buscaba aún el camino de la Providencia. Asistió al sermón y

«él sólo –dice el padre Hermann–, él sólo me había comprendido, pero comprendido completamente. Uno de sus amigos, que se hallaba a su lado, le tocó en el hombro: “Y bien, querido Bernardo, ¿qué piensa usted de esto? ¿Debiera usted hacer como él!”... “Amigo, le replicó Bernardo con tono grave, conmovido, penetrante: es cosa hecha”».

Apenas la muchedumbre había salido de la iglesia, cuando el joven neófito abraza al padre Hermann y le dice: «Padre mío, quiero amar a Jesucristo: ¡me voy con usted!». El 29 de junio de 1855 el joven pronuncia sus votos en Broussey, y el padre Hermann le dice:

«Nos hemos encontrado ambos en el odio hereditario contra el Salvador del mundo, contra su doctrina, su moral. Pero Dios nos ha hecho misericordia, y su gracia, mayor que nuestra malicia, ha descendido sobre nosotros abundantemente, inundándonos de la fe y de la caridad que está en Jesucristo...

«¡Qué día tan hermoso para ti, hermano mío, Bernardo, pues vas a entregarte para toda la vida a este Dios de amor y de misericordia!...

«Tres clavos han fijado en la cruz al divino Salvador de nuestras almas: el orgullo de los hombres, la codicia y la terrible voluptuosidad. Tres votos también te atarán desde hoy para siempre a la cruz querida de nuestro muy querido Jesús, y por estos votos juras guerra a muerte a las tres terribles pasiones dominantes del hombre caído.

«Por la obediencia, reducirás al orgullo, lo domarás y lo derribarás.

«Por el voto de pobreza, harás imposible en lo sucesivo la avaricia, la codicia, el ansia inmoderada de los falsos bienes terrestres.

«Por el voto de castidad, inmolas el cuerpo, te transformas en ángel sobre la tierra... »

Luego, después de haber demostrado cómo estos sacrificios no son más que un débil tributo de amor, pagado a Jesús para corresponder al que tuvo por nosotros, el padre Hermann termina su sermón con la expresión de la alegría que experimenta cada vez que ve de nuevo los lugares en los que pasó el noviciado.

«¡Ah! ¡Dejadme, dejadme pronto cantar otra vez con vosotros, queridos hermanos: *Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum!* [Sal 132,1]. ¡Oh! ¡Qué bueno, qué gozoso, qué grato es, qué consolador y agradable para hermanos habitar juntos, habitar con hermanos que sólo viven para amar y servir a Jesucristo, que no respiran más que para su gloria, que no forman más que un corazón y una alma en la carne de Jesucristo!...

«¡Muy bien, mi querido Bernardo, hijo de la gracia!... Lo has gozado ya desde hace un año y más; durante este grato, este celestial noviciado, has respirado el perfume de sus virtudes, la fragancia de Jesucristo.

«¿Quién podrá decir las alegrías que hemos saboreado desde que Jesús se dignó revelárenos y recogernos en esta soledad embalsamada? ¿Quién podrá expresar los gozos tan puros como celestiales que van inundando al feliz y pobre hijo del Carmelo durante la oración, en las largas horas de silenciosos y amorosos diálogos del alma con su Amado..., con Jesús? ¿Quién dirá, sobre todo, las felicidades, las alegrías incomparables que van desbordando del río del sagrario, cuando esta puertecita se abre, y nuestro Dios, nuestro amor, nuestro dulce y buen Jesús viene a posarse sobre nuestros labios conmovidos, para hacernos olvidar la tierra y a nosotros mismos, para adormecernos sobre su corazón y absorbernos en él, para con él identificarnos y llevarnos, a través de los aires y de los más dulces misterios, hasta el trono de su Padre, y decirle: “Padre mío, ¡he aquí a los que me aman! Quiero que, como yo soy uno contigo, sean ellos también uno conmigo, por este santo beso, por los sagrados abrazos de la amorosa comunión?

«¡Ah! ¿Hubieras creído, hermano mío, antes del mes de María en que la luz se hizo en ti, que sería tan hermoso, tan delicioso, tan embriagador, tan divino; que, sobre la tierra, pudiera haber gozos tan semejantes a los de los cielos?

«¿Hubieras creído, antes del bendito instante de tu conversión, que en el cielo tenías una madre tan amable, tan poderosa, tan dulce, tan llena de gloria, de gracia y de amor por ti?

«¿Hubieras creído que las lágrimas que se derraman en el Carmelo son lágrimas preciosas y de éxtasis divino?...

«¿Hubieras creído que se es más feliz domando las pasiones que satisfaciéndolas? ¿Hubieras creído, que la vida del fraile fuera tan abundante en santas emociones, tan llena de grandes cosas, tan fértil en frutos de buenas obras?...

«¿Hubieras creído, en fin, que serías llamado un día a trabajar en unión con los santos en la salvación de las almas por la sublime locura de la cruz, por la predicación del Evangelio y la práctica de las más heroicas virtudes?...

«¿Lo hubieras creído, hermano? *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei: quam incomprehensibilia sunt iudicia eius et investigabiles viae eius!* [Rm 11,33] ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido los designios del Señor?... ¡Todas las cosas son de él, por él y en él: a él solo sea la gloria y honor por los siglos de los siglos!...

Jamás, como en esta improvisación ardiente, la palabra del padre Hermann había subyugado al auditorio con tanto imperio.

Peregrinación a la Virgen de Verdelaís

Poco después de terminada la ceremonia, al atardecer, salen del convento tres frailes, envueltos en sus capas blancas: son el padre José-Luis, maestro de novicios, el nuevo profeso y el padre Hermann.

Éste, en una carta (26-IX-1854), contaba del padre José-Luis: «hace poco, queriendo hablar a sus novicios de la ingratitud de los hombres para con Jesús-Hostia, tuvo que detenerse, las lágrimas le interrumpieron, estaba fuera de sí, y hubo de retirarse rápidamente a su celda para ocultar los dones y gracias que Jesús le concedía».

Sólo el Prior conoce el secreto de esta salida. Han ido a la venerada iglesita de Nuestra Señora de Verdelaís, construida en el siglo XII, distante tres o cuatro leguas. El sacristán, despertado en la medianoche, les abre la ermita, desierta, por supuesto, a aquellas horas, y en ella les deja solos. «Las manos sobre el sagrario, juraron los tres consagrarse a la divina Eucaristía».

El padre José-Luis quedó en éxtasis, y antes de partir, los tres peregrinos se dieron disciplina. El padre Hermann escribió más tarde a Cuers:

«La disciplina ha quedado en mi poder, y actualmente me sirvo de ella para el mismo objeto» (17-VIII-1855).

Adoración en Carcasona

Al dejar Broussey, el Padre se dirigió a Carcasona, donde tuvo la alegría de fundar la Adoración Nocturna durante su corta estancia en la ciudad. Monseñor de la Bouillierie presidio la primera vela en la noche del 7 al 8 de julio.

En diciembre lo encontramos en Lión, donde predica el adviento. Allí se entera de la muerte de su madre, y marcha a París para consolar a su familia. Pero encuentra también tiempo para pasar una noche

«en Nuestra Señora de las Victorias a los pies de Jesús, con sus hermanos en la sagrada Eucaristía».

Misión en Burdeos

En la cuaresma de 1856 predica el padre Hermann una misión en Burdeos, en compañía de sus hermanos carmelitas y de otros religiosos.

La ceremonia de apertura de dicha misión fue imponente, y nunca hubo allí tantos frutos de santificación en tan poco tiempo. Cinco mil personas participaron en la comunión general.

Durante esta cuarentena se puede decir que el padre Hermann se entregó por entero. No solamente tomaba parte en las diversas tareas apostólicas, en la predicación, en la solemnización de las celebraciones tocando el órgano, sino que también oía la confesión de los extranjeros, como ingleses, alemanes e italianos. Muchos obreros acudían para verle y oírle, y renunciaban luego a su

vida de desorden, volviendo al seno de la Iglesia. Durante dicha cuaresma, bautizó a cinco judíos, recibió la abjuración de varios luteranos, bendijo varios matrimonios civiles y aún tuvo energías para hacer interpretar, el lunes de Pascua, en la iglesia de San Luis, donde se centró su acción misional, una misa que él había compuesto.

Terminada la misión, mucha necesidad tenía de descanso. Pero en Bagnères le esperan otros trabajos absorbentes.

«El yeso, la cal y la argamasa de nuestras obras en construcción me tienen atareado por completo, escribe. Vamos a todo galope, y espero que en agosto estará todo consagrado» (Carta 18-IV-1856).

El padre Eymard

En medio de todos estos trabajos, una gran alegría iba a ensanchar su alma.

El padre Eymard, enamorado de la Eucaristía, acababa de tomar una grave decisión. El primero de mayo había ido a París para hacer ejercicios espirituales y aconsejarse con hombres de Dios. Él amaba apasionadamente la Sociedad de María, a la cual pertenecía desde hacía diecisiete años, y la idea de separarse de ella le producía una especie de agonía.

«Después de doce días de oración, de lágrimas y de renuncia, cuenta él mismo, terminaba la prueba. Tres obispos juzgaron el asunto. El Obispo de Trípoli y el de Carcasona, monseñor de la Bouillierie, examinaron la cuestión religiosa personal. Y el arzobispo de París se reservaba la determinación final. El padre Eymard expuso con sencillez y verdad las razones en pro y en contra... Todo parecía oponerse a lo que le atraía... Él había hecho ya de ello el sacrificio. Pero cuál no sería su sorpresa al oír de labios de los tres venerables prelados el fallo bendito: “La voluntad de Dios se ha manifestado de manera muy clara en favor de la obra eucarística. El Señor mismo ha resuelto la dificultad. Debe usted dedicarse sin vacilaciones a esta obra» (*El sacerdote de la Eucaristía*, 1877, pg. 38).

Monseñor Sibour, arzobispo de París, bendijo con todo afecto a los dos primeros miembros de la nueva Sociedad del Santísimo Sacramento y les cedió provisionalmente el hermoso recinto que hasta entonces habían ocupado los religiosos del Sagrado Corazón, cuya obra se daba por terminada sin resultados. En seguida hicieron los preparativos para empezar la obra de la Exposición perpetua el 1 de junio de 1856.

El sacerdote De Cuers, compañero del padre Eymard, se apresuró a anunciar en seguida la gran noticia al padre Hermann, y éste le respondía el 23 de mayo:

«Su última carta me ha causado gran alegría y me ha puesto en un estado de júbilo del que aún no he salido. Y sobre todo hoy, fiesta del *Corpus Christi*, la mayor de las fiestas, debo decirle que estoy con usted y el padre Eymard, con el alma entera en todo lo que ustedes hacen... Me propongo no dejar escapar una sola ocasión para contribuir a lo que ustedes han empezado de modo tan feliz, y hoy mismo voy a escribir al Rdo. padre Eymard para decirle hasta qué punto me siento hermano de ustedes».

«No puedo pensar en su precioso pequeño Belén, escribe de nuevo el 13 de junio, sin experimentar gratísimo consuelo, y siento que las circunstancias actuales me tengan alejado de la predicación y de las relaciones con los que podrían contribuir al éxito material de su gran obra». Él entonces estaba empeñado en Bagnères, procurando con prisa «hospedar una vez más en una iglesia más a nuestro Jesús-Amor».

Inauguración de la iglesia de Bagnères

Por fin el 2 de septiembre de 1856, monseñor Laurence, obispo de Tarbes, consagraba la nueva iglesia del Carmelo, ante gran multitud de fieles del lugar y de extranjeros. Y una vez consagrado el altar, se trajo procesionalmente el Santísimo Sacramento de la capilla de las

Carmelitas por las calles adornadas con guirnaldas de flores y alfombradas como en el día del Corpus.

El pintor Horacio Vernet, amigo del padre Hermann, comenzó a decorar la iglesia con frescos, pero la muerte le impidió terminar una obra, que ningún artista se ha atrevido a terminar. El escultor Bonassieu enriqueció la iglesia con dos hermosas alegorías, y Cavaillé y Coll, en atención al padre Hermann, suministraron en condiciones favorables uno de los mejores órganos que hayan jamás salido de sus talleres.

Establecido ya el nuevo convento, el padre Domingo dejó en él al padre Luis de la Asunción como vicario, y se llevó consigo al padre Hermann, para que continuara su obra de constructor en otra fundación nueva.

El Santo Desierto de Tarasteix

Diversas clases de carmelitas

Los Carmelitas Descalzos, hijos de santa Teresa, se dividen en tres ramas: los que están en las misiones extranjeras; los que, en diferentes conventos de la Orden, unen la vida activa a la vida contemplativa; y aquéllos, en fin, que alejados del mundo, en un desierto, viven exclusivamente la vida contemplativa en su forma eremítica.

Todos forman una sola familia, con reglas y superiores comunes. No obstante, el Santo Desierto tiene sus reglas especiales. Los religiosos que viven en los conventos predicán, dan misiones, atienden confesiones, y trabajan así por la salvación de las almas y la gloria de Dios. Los ermitaños se proponen ese mismo fin, pero por vía diferente. Mientras sus hermanos combaten en el llano, ellos, a ejemplo de Moisés, se quedan en la montaña elevando día y noche el corazón y las manos hacia el cielo para obtener la victoria.

Los Desiertos carmelitas

Los conventos del Carmen llamados Santos Desiertos conservan y perpetúan en la Orden el espíritu primitivo, es decir, el espíritu de retiro, de silencio, de recogimiento y de oración. Hasta podría decirse que constituyen la esencia misma del Carmelo, tal como fue concebido por sus primeros fundadores, san Elías y san Eliseo [hacia 870 a. Cto.]. Estos santos asilos de la oración acogen también a religiosos ancianos, que quieren terminar sus años en vida plenamente contemplativa. Y también los carmelitas de vida apostólica pueden acudir a ellos para renovarse, pasando un año o más en la soledad.

Ninguna voz humana ha de resonar en esos Desiertos conventuales, y en él mismo pueden hallarse soledades aún más retiradas, ermitas perdidas en la soledad y el silencio de la montaña o el bosque. Allí los religiosos hacen los ejercicios a las mismas horas que el resto de la comunidad, pero en soledad. Viven de frutas y legumbres, y se juntan con los demás hermanos los domingos, para celebrar solemnemente la liturgia y oír los consejos espirituales del superior. En cada Provincia carmelita debe haber un Desierto.

El padre Hermann y el Desierto

La Orden del Carmelo en Francia ya había logrado una notable extensión, y comenzaba a sentir la necesidad de un Santo Desierto. Por otra parte, el padre Hermann, lanzado por sus superiores a una vida de predicaciones, de viajes y de obras sin descanso, experimentaba, sin embargo, un gran deseo de soledad y de vida contemplativa, consumiéndose ante el sagrario, sin ruido, sin brillo y sin fin.

Pero Dios parecía haberle dado una misión completamente diferente. Lo quería en medio del mundo, convirtiendo a las almas y también –no lo ocultemos– abriendo los corazones y los bolsillos en favor de la Orden del Carmelo. Concretamente, él contribuyó decisivamente a la fundación del santo Desierto, dedicando a ello hasta su fortuna personal, según decidió en su testamento. A la muerte de su padre, por tanto, dio a esta obra, ya iniciada, 14.000 francos. Y al mismo fin dedicó el rendimiento económico de sus cánticos, que aún hoy día está destinado al santo Desierto.

También la madre Teresa del Santísimo Sacramento, la que contribuyó, como vimos, a la fundación del convento de Bagnères, dio la suma necesaria para comprar el terreno destinado al santo Desierto. Había entonces una extensa propiedad en venta cerca de Tarasteix, a algunos kilómetros de Tarbes y de los montes benditos en que la Virgen Inmaculada de Lourdes se apareció a Bernadette.

El párroco Roziès

El cura párroco de Tarasteix, el reverendo Roziès, proporcionó también a los carmelitas grandes ayudas para la adquisición de aquellas extensas soledades cubiertas de bosques.

El terreno fue finalmente comprado en diciembre de 1856. Y al tomar posesión del mismo, el padre Hermann hizo poner tres cruces en la cumbre de la colina más elevada del recinto.

Austeridad del padre Hermann

En lo sucesivo, el padre Hermann dividirá su tiempo entre el santo Desierto de Tarasteix y las predicaciones en diversos lugares de Francia y del extranjero.

«Después de haber predicado la cuaresma en 1857, cuenta el párroco Roziès, el padre Hermann obtuvo el permiso de venir a establecerse en la casa rectoral de Tarasteix, para vigilar mejor desde allí la fundación del santo Desierto. El ayuno, las predicaciones y las numerosas confesiones que había oído, le habían agotado de tal modo que los superiores le prohibieron el trabajo en absoluto y le obligaron a que comiera carne; en una palabra, a que suspendiera la observancia de la severa regla del Carmelo. Los tres primeros días de la semana que siguieron a su llegada, el Padre se sometió al régimen indicado. Yo lo cuidaba lo mejor que podía, pero llegado al viernes, me dijo: “Mi querido cura, los excelentes cuidados de que usted me hecho objeto durante los primeros días de esta semana me han aliviado mucho; de modo que me siento con fuerzas para hacer mañana abstinencia de carne”. Según su deseo, hicimos abstinencia; el sábado, igual régimen; la misma noche el Padre me dijo: “La abstinencia no me ha causado ningún mal durante estos días; así es que, si usted consiente en ello, continuaremos lo mismo”. Y con eso volvió a la regla del Carmelo en todo su rigor. Le había preparado también una cama un poco más cómoda que la simple tabla del Carmelo; pero a los ocho días me rogaba que le mandase el carpintero, y le encargara una cama de tablas...

«Y si los muebles y paredes del cuarto pudiesen hablar, añadía el buen cura, podrían decirnos las grandes mortificaciones a que se entregaba en secreto este siervo de Dios. Para él no había nada que fuese penoso o difícil. Se le vio, bajo un calor espantoso, cubierto de sudor y expuesto a los ardientes rayos de un sol de fuego, delinear personalmente los cimientos del convento.

«Recuerdo que un día que habíamos llegado al fin de nuestros recursos, nos vimos obligados a vender una yunta para hacer frente a los gastos de la semana. El lunes siguiente, el Padre me dijo: “Mi querido cura, no tenemos ni un céntimo y no sé dónde hallar los recursos que nos permitan continuar los trabajos. Nos es menester llamar a la puerta del Corazón de Jesús. Nuestros ruegos serán oídos, tengo confianza en ello, venga usted conmigo, vamos a empezar una novena.

«Le seguí a la iglesia y nos pusimos a orar. Cuando creí haber expuesto lo bastante a Nuestro Señor las necesidades que teníamos y nuestra confianza, salí de la iglesia; pero el Padre se quedó en ella aún más de una hora. Y cada día acudíamos así, a la misma hora, a presentar nuestra súplica al Dios de la Eucaristía, cuyo socorro no se hizo esperar mucho tiempo, pues al cuarto día de la novena recibimos por correo la suma de dos mil francos para el Desierto de parte de una persona en quien estábamos lejos de pensar.

«En otra ocasión, hicimos una novena a san José con el mismo objeto, y aún no la habíamos terminado cuando recibíamos grandes ayudas».

Fundación de Tarasteix

Dos religiosos, por fin, tomaron posesión de una casita provisional el día de san Pedro de 1859, y el padre Hermann era enviado a otras labores. Más tarde, en 1867, a pesar de las dificultades, se establecía en el Desierto de Tarasteix la observancia canónica, siendo el padre Domingo superior general de la Orden.

Sería difícil hallar paraje más conforme a la vida eremítica. La soledad, el silencio, la lejanía del mundo, los bosques que lo circundan, con sus frescas umbrías, la pureza del aire, la brisa de la meseta, el murmullo de las fuentes, cuyas aguas bajan hacia el vallecito, las flores, los pájaros, la calma de la naturaleza, todo lleva el alma al recogimiento y la eleva hacia Dios, desasiéndola de las criaturas. Todo dispone a la contemplación de las cosas divinas, que ha de ser la principal ocupación de los religiosos en el Desierto (Cf. Rv. Moreau, can. hon. de La Rochela, *Hermann en el Santo Desierto de Tarasteix*).

Tal era el convento del Santo Desierto cuando, como veremos más adelante, el padre Hermann fue a habitarlo en 1868. De él era conventual cuando murió. Y si no se puede decir que fuese exclusivamente obra suya, es imposible sin embargo negar que el recuerdo y nombre que había dejado sirvieron mucho para que se pudiera continuar la obra después de su muerte. Tenemos la esperanza de que un día sus cenizas reposarán en este lugar bendito, para aguardar la hora de la resurrección.

Las veinte celdas forman un cerco exterior alrededor de los grandes claustros, a los que se abren en la planta baja y en el piso superior. Cada celda se compone de cuatro aposentos, dos abajo y dos arriba, y de un pequeño jardín, que el ermitaño cultiva. El silencio es total.

La iglesia y algunas salas completan el conjunto imponente, cuya belleza resulta de su misma sobriedad y ausencia de ornamentación. La grandeza del lugar resulta sobrecogedora.

El padre Hermann y su familia

Conversión de un sobrino

En medio de todos esos trabajos, que Dios bendice con numerosas vueltas a la gracia y notables conversiones, el padre Hermann tuvo un gozo inmenso: administraba el bautismo al hijo de su hermana en la capilla de los religiosos del Santísimo Sacramento.

«Este 14 de octubre de 1856 –escribe un año después a su querido sobrino–, quedará para siempre grabado en mi corazón como uno de los más grandes y hermosos días de mi vida».

Historia de la conversión

Durante el adviento de 1857, el padre Hermann predicaba en Lión, en una reunión de niños que formaban la *Asociación del Santo Niño Jesús*. En esta institución lionesa, cada niño rico se hermanaba, por así decirlo, con un niño pobre, ya desde la primera comunión, y la unión y ayuda duraba por toda la vida.

En la reunión, presidida por el cardenal De Bonald, se había pedido al padre Hermann que contase la historia de la conversión de un judío. Se conserva hoy escrita de su puño y letra, entre los sermones que dejó escritos.

«Queridos hijos míos: Hace seis años, un niño que tenía entonces siete años, acudió con sus padres, ambos judíos como él, a visitarme al monasterio de los Carmelitas, cerca de la ciudad de Agen. Era en los días de las hermosas procesiones del Corpus. A este niño se le había inspirado un profundo horror hacia nuestro divino Crucificado.

«La gracia, sin embargo, irradiando con fuerza desde el fondo de la Custodia en que Jesús se digna ocultarse para nuestra felicidad, salió victoriosa de esta alma tan nueva, tan poco acostumbrada a nuestros misterios. Atraído aquel infantil corazón hacia su amor con tanta vehemencia y suave dulzura, que el niño creyó en la presencia real de Jesucristo en el sacramento de su amor, antes de conocer ninguna otra de las verdades de nuestra divina religión. Además, al cabo de muchos ruegos y súplicas, obtuvo el insigne favor de poder revestirse con los ornamentos de uno de los monaguillos que durante las procesiones del Santísimo Sacramento esparcen flores delante de Jesús-Hostia.

«Arrebatado de gozo y alegría celestiales, después de haber ejercido esta angélica función, corrió hacia su padre: “¡padre mío, qué felicidad! ¿Sabes? Acabo de echar flores al buen Jesús”. En boca de este niño judío, aquello era una profesión entera de fe nueva... El padre, temiendo que se hiciera cambiar de religión a su hijo único, en el que había puesto todo su cariño, en lo sucesivo lo vigiló estrechamente, y quiso regresar con él a París, en cuya ciudad residían.

«Pero, antes de que partieran, un dardo victorioso, salido del corazón de la divina Eucaristía, había alcanzado, penetrado, y casi derribado a la joven madre, la había hecho cristiana, y en el más profundo misterio de una noche silenciosa, aquélla había recibido el bautismo y la Eucaristía de las manos sacerdotales de su propio hermano. Al día siguiente el obispo le administraba el sacramento de la confirmación. Entre tanto, nada se había traslucido de este piadoso secreto, y la familia regresó a París sin sospechar que hubiese una cristiana en su seno.

«El pequeño Jorge –que así se llamaba el niño– no pudo olvidar las santas impresiones que su alma había experimentado en aquellas fiestas cristianas. Habló frecuentemente de las mismas a su madre, le hizo preguntas sobre ellas, y ésta, feliz al ver germinar en el alma querida la semilla de luz que le había concedido la gracia, no

se hizo rogar para desarrollar en su mente, ávida de ilustración, el conocimiento del Dios de amor, del dulce Jesús que había querido nacer de una hija de Jacob y hacerse hombre para salvar a las ovejas de Israel...

«En efecto, desde este instante, su joven inteligencia y su corazón ardiente no estaban ocupados más que por el pensamiento y el recuerdo de la pequeña Hostia que había herido de amor su pequeño corazón, y cada noche, después de haberse asegurado de que su padre dormía, volvía a abrir los ojos, se ponía a rogar largo tiempo al dulce Niño Jesús y a estudiar bien el catecismo. “¡Jesús mío!, decía, ¿hasta cuándo durará mi ayuno? ¿Cuándo podré, pues, recibirte en la santa comunión y estrecharte en mi corazón?»

«Lo que le preocupaba en extremo era el cambio que había observado en su madre desde el viaje al sur de Francia. Le veía otras costumbres, otras maneras de proceder, principios y gustos más severos, y un día le dijo: “Júrame que no estás bautizada, si no creeré que sí lo estás”. La madre, turbada, no supo qué responder. “Mamá, lo veo bien, tú eres ya cristiana; pero espero que Jesús nos unirá en una misma religión. Así que te perdono que me hayas precedido; pero, al menos, ¿me habrás aguardado para la primera comunión?” Entonces, conmovida de una emoción, en la que se mezclaba el gozo y el temor, la madre se atrevió a confesar a su hijo que ella recibía al Salvador casi cada mañana... Entonces el niño se puso a llorar a lágrima viva, a sollozar, a echarse al cuello de su madre: «¿por qué no me has esperado? Al menos prométeme tenerme junto a ti cuando Jesús esté en tu corazón, para que pueda abrazar con respeto al divino Niño tan amable... ¡Madrecita querida, te lo suplico!: la próxima vez guárdame algo de tu comunión. Una madre comparte de todo corazón la comida con su hijo”. Y el niño se acercaba entonces a su madre y con respeto le besaba los vestidos al lado del corazón...

«Este deseo, queridos hijos míos, duró cuatro años completos. Sería imposible decirlos los sacrificios, los esfuerzos que debió hacer el pobre niño para conciliar la obediencia que debía a su padre con la fe viva que sentía. Su preocupación única era hacerse cristiano, aprender a conocer, a amar y a servir a Jesucristo. Fue un largo martirio, ¡un martirio de amor por la sagrada Eucaristía!...

«¡Hijos míos! Quizá no hayáis jamás reflexionado en el inmenso beneficio de haber nacido de padres católicos, de haber recibido el bautismo a vuestro nacimiento, en una ciudad como Lión, en que la luz de la religión brilla con tanto esplendor. Quizá nunca hayáis dado gracias a Jesucristo por haberos hecho hijos de su Iglesia antes de que vuestra razón se abriera a la luz... de haberos admitido al banquete de su amor sin que hayáis encontrado obstáculos en el camino, antes al contrario, hallado siempre santos estímulos...

«Ved a este pobre niño. A los once años asiste a la solemnidad de una primera comunión en su parroquia*... Conoce a Jesús, ama a Jesús y no desea sino a Jesús... Su pequeño corazón arde todo de sed por Jesús... Ve a todos sus compañeros de infancia, amigos suyos, acercarse legítimamente a la santa Mesa, y vedle, a él, cómo se oculta en un rincón oscuro de la iglesia, devorando sus lágrimas, lanzando a todos aquellos felices niños miradas de inconsolable y santa envidia... Jamás vosotros, hijos míos, habéis experimentado semejante sentimiento. Jamás este tesoro, el dulce Jesús, os ha sido negado. No podéis comprender lo que es el deseo de la sagrada comunión cuando todavía se es judío o infiel, pero se está decidido a ser de Jesús. ¡No, jamás habéis sufrido semejante tormento de amor!... ¡Pero desgraciados de vosotros, hijos míos, si la facilidad con que os son distribuidos los tesoros de la gracia y de la salvación os los hace apreciar menos! ¡Desgraciados de vosotros, tres veces desgraciados, si fueseis ingratos o sólo indiferentes por este beneficio que sobrepasa a todos los demás beneficios de Dios!»

*[Era en 1856, en la iglesia de la Trinidad, de la calle de Clichy].

«Algunos meses después de aquella fiesta de parroquia, la madre me escribía que no podía resistir por más tiempo a las lágrimas de su hijo, quien amenazaba con ir a pedir el bautismo al primer sacerdote que pudiera mover a compasión sobre su suerte (y que le habían enterado de que reunía los requisitos indispensables para recibirlo). Se consideraron detenidamente todas las dificultades de su posición con respecto al padre querido, pero para quien la hora de la fe en Jesucristo no había sonado aún, y que se armaba de toda su autoridad para impedir que su hijo se hiciera cristiano.

«Pero el amor de Jesucristo fue más fuerte, y se decidió que yo fuera secretamente a París. ¡Ah, si vosotros lo hubierais visto al niño, cuando entró en la capilla conducido por su madre! Ésta temblaba de que la sorprendieran en aquella piadosa sustracción a la vigilancia paterna. ¡Si vosotros hubierais visto al pequeño Jorge

arrodillarse con calma, feliz, fuerte en su resolución, el semblante radiante de santa alegría! ¡Si vosotros hubieseis oído las respuestas que me hacía en el solemne interrogatorio! “¿Qué pides, hijo mío? –El bautismo. –Pero, ¿no sabes que mañana quizás te querrán obligar a que entres en la sinagoga para participar de un culto abolido? –No tema usted nada, tío, abjuro del judaísmo. –Pero, ¿si quisieran con amenazas obligarte a pisotear el crucifijo por odio a nuestra divina religión? –No tenga usted miedo, tío, antes morir. Sin embargo, añadió, si me atasen de pies y manos y si, a pesar de mis gritos y protestas y de mi resistencia, se me llevara a la sinagoga y me colocaran los pies sobre la imagen del crucifijo, ¿habría apostasía, si mi voluntad resistiera? –No, hijo mío; la voluntad sola constituye el pecado. –Entonces, pido el bautismo. ¡Por favor, por favor, concédamelo!

«La ceremonia continuó en medio de la más honda emoción de los concurrentes. Después del bautismo fue la santa Misa, y cuando hube hecho descender y recibido a mi Dios, en la plenitud del agradecimiento, me volví y mostré al feliz niño el objeto de todos sus anhelos, de todos sus deseos. ¡Jamás espectáculo tan enternecedor había herido las miradas de la fe cristiana!... Arrodillado entre su madre y su madrina, recibió el divino beso y acogió en su corazón al dulce Niño Jesús que acudía a llevarle todo el cielo con él... Nada turbó su felicidad, ni siquiera el temor de ser sorprendido por su padre...

«Algunas semanas después, por Todos los Santos, comulgó de nuevo, con la misma alegría, y luego vino la hora de la prueba. Habiéndole su padre presentado un libro, le dijo: “Hagamos oración. –Padre mío, no puedo de ningún modo orar en este libro de los israelitas. –¿Por qué? –Porque soy cristiano, soy católico. –Hijo mío, ¡tú te entregas a un juego cruel! Supongo que no hablas en serio. Además, sabes perfectamente que tu bautismo no sería válido sin el consentimiento de tu padre. –Perdone, padre mío, pero en nuestra religión católica basta tener la edad de la discreción, la fe y la instrucción religiosa para ser bautizado válidamente.

«El padre disimuló al principio la violenta irritación que sentía; pero algunos días después, el 3 de diciembre, se llevaba a su hijo, partía con él y lo conducía a un país protestante, a más de 2.000 kilómetros de su madre. Todos los esfuerzos que se hicieron para descubrir el lugar al que se había relegado al niño fueron completamente inútiles. Se puso en movimiento a todas las autoridades civiles y políticas para buscarlo; pero como se le había colocado bajo nombre supuesto en un pensionado dirigido por protestantes, todas las gestiones hechas no tuvieron éxito.

«La madre se quedó sola... y el niño, como Daniel en el foso de los leones, expuesto a repetidos asaltos para obligarle a renegar de su fe. “¿Quisiera ver a mi madre!, exclamaba a menudo derramando abundantes lágrimas. –La verás de nuevo si abjuras, le replicaban. –¡No! Soy cristiano, soy católico, y prefiero sufrirlo todo antes que renunciar a mi fe.

«Y a pesar de esta heroica fidelidad, escribían a la madre que su hijo había vuelto a las tinieblas del judaísmo. Pero como ella tenía puesta toda su confianza en Jesús, María y José, no lo creyó, y no sabiendo qué hacer sola en París, vino a refugiarse aquí, en Lión, en esta parroquia, en donde fue acogida por la madrina de su hijo. Y no puedo dejar pasar esta ocasión, señor Cardenal, sin manifestarle, al pie del altar, mi filial agradecimiento por la confortación, tan paternalmente bondadosa y frecuente, que el corazón compasivo de Su Eminencia le prodigó. Todos ustedes han visto, señores eclesiásticos de esta iglesia de la parroquia de Ainay, han visto ustedes qué a menudo sus lágrimas caían sobre la santa Mesa, a la que acudía para sacar fuerzas de flaqueza en la recepción del pan de cada día, de Jesús, por cuyo amor se había expuesto a esta cruel separación de su hijo único.

«Otros tres meses pasaron, y una carta venida del fondo de Alemania le decía: “Venga usted; su hijo se halla aquí”. Acude con presteza, y después de largo y penoso viaje de más de 2.000 kilómetros, en el momento en que se encuentra con su familia y exclama: “¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?”, le contestan: “No volverá usted a ver a su hijo hasta que haya jurado ante Dios que lo educará en la religión judía, y que usted no manifestará por ningún signo exterior la religión católica que usted ha abrazado”.

«¿Comprendéis, hijos míos, esta terrible situación? Hemos dejado al pobre niño en la zozobra, en las angustias del foso de los leones. Pero Dios no permitirá que las bestias feroces puedan perjudicarle. Después de algunas semanas de penosa agonía, el corazón del padre se enterneció, y permitió una entrevista, en presencia suya, a condición de que no se hablara para nada de religión*. El

hijo se echó al cuello de su madre, ésta lo inundó de lágrimas. No pudieron pronunciar los dulces nombres de Jesús y de María; pero en una carta mi pobre hermana me decía: “No ha podido decirme nada; pero he comprendido, he sentido y estoy segura de que ha permanecido fiel. Sí, he sentido en sus miradas, en sus cariñosos besos, que mi hijo continúa siendo cristiano».

*[La entrevista fue el 11 de mayo de 1857, en Hamburgo, en presencia del padre y en casa de los hermanos del padre Hermann].

«Pero el pobre Jorge se halló de nuevo privado del tesoro por el que había arrostrado toda esta persecución religiosa. Se había hecho cristiano para poder comulgar, y he aquí que, desde Todos los Santos hasta Pascua, una severa vigilancia le ha impedido ir a la iglesia, y se le ha colocado en un pensionado... ¿Sabéis dónde, hijos míos? En una ciudad en que no hay ni un solo sacerdote católico... ¿Podéis imaginaros semejante tortura?... Ha encontrado de nuevo a su madre; pero a su querido Jesús, ¿cuándo lo volverá a ver?...

«Así pasan varios meses. Por fin, un día puede burlar la vigilancia de los que lo guardan y va a jugar a un bosque. Pero no son flores ni mariposas lo que busca. Su mirada inquieta espera a un mensajero del cielo... Un caballero pasa cerca de él y lo mira con visible interés. Ciertamente es él. ¿Sabéis quién era? Era un sacerdote misionero a quien la madre del pequeño Jorge había informado de la situación. Se había vestido de paisano y, como si fuese casualidad, se había ido a pasear al mismo bosque y el feliz niño pudo confesarse por primera vez después del secuestro de que había sido objeto, lo que no había hecho desde hacía ya diez meses. Se confesó en un bosque, a la sombra de un árbol protector...

«Pero esto no bastaba: ¿cómo comulgar? El sacerdote tuvo que pasar de nuevo el río [Elba], que separaba la misión de la que formaba parte, del lugar habitado por el pobre neófito. Oraron, estudiaron el terreno y, por último, algunos días después –el 2 de septiembre último–, el misionero se disfrazó de nuevo, tomó una cajita de plata que contenía al tesoro de los cielos, la santa Hostia, y se embarcó en un vapor, en medio de una multitud ignorante, que no se imaginaba que Jesucristo, hombre verdadero, se hallase oculto sobre el pecho del buen sacerdote. El niño pudo escaparse de la escuela para acudir al aposento de su madre, y allí, en el cuarto en donde habían improvisado un altarcito cubierto de flores y de luces, ambos, de rodillas, esperaron la visita, tan ardientemente deseada, del Salvador Jesús en persona, que les hacía la merced de condescender a visitarles para fortalecerlos en su destierro.

«Por fin, atravesando sin dificultad los riesgos de la peligrosa empresa, el sacerdote llegó con su precioso depósito, y en aquel país sin fe, en aquella ciudad sin sacerdote, sin verdadera Iglesia, y en aquel modesto aposento, el niño pudo por fin cumplir con el precepto pascual y unirse a su Jesús.

«He aquí ahora lo que el niño me escribía algunos días después: “Cuando por la noche me despierto, querido tío, para pensar en todas las gracias que el buen Jesús me ha concedido desde que estoy aquí, lejos de todo socorro religioso, cuando pienso sobre todo en la comunión casi milagrosa que pude hacer en el cuartito de mamá, me pongo a brincar de júbilo en la cama y muerdo la manta de la misma en el arrebato de mi agradecimiento”.

«Algunos meses después, me escribía de nuevo: “Estamos en vísperas de Navidad, y en la proximidad de tan solemne fiesta la vigilancia redobla para impedir que reciba a mi Dios. ¡Ah! ¡Deberé pasar estas hermosas fiestas en ayuno doloroso, privado del Pan de vida! Ruegue al santo Niño Jesús que este ayuno mío acabe pronto. He de ser bueno y sensato para resarcir a mamá de que no pueda hallarse en Lión mientras usted predica en Ainay”.

«De modo que, en este instante, queridos hijos míos, a la misma hora en que os hablo, este querido niño piensa en nosotros; a más de 2.000 kilómetros de aquí, está unido espiritualmente con nosotros, y rogaremos al Niño Jesús que le conceda la gracia de ir pronto a consolarlo con la santa comunión».

Así terminó el conmovedor relato que hizo el padre Hermann. El niño fue devuelto a su madre, y ya no se han separado jamás hasta hoy.

Cartas al sobrino

En cuanto al padre Hermann, no pudo ver de nuevo a aquel hijo de su corazón y de su fe hasta el año de 1859, es decir, tres años después de haberlo bautizado, y sólo unos instantes. Pero no ha cesado de animarlo con sus

cartas. En una le dice que dé gracias

«al divino Salvador, que se digna enriquecernos con la fe y la perseverancia: dos gracias tan excelsas que todas las buenas obras de todos los santos y mártires no podrían *merecerlas*, ya que son dos dones absolutamente *gratuitos*, sin previsión de nuestros méritos, dones que el Señor ha sacado de los tesoros de su misericordia y predestinación» (14-X-1869).

«Veo ante mí, le había escrito en otra ocasión, el altar del número 114 de la calle del Infierno*, en el que te hice *cristiano* y te di a *Jesús-Eucaristía*... Lazos indisolubles son éstos, ¿no es verdad?, emociones profundas, que no se borran *jamás*. ¡Oh, no, jamás, jamás olvidemos lo que Jesús y María han hecho por nosotros!» (23-XII-1865).

*[Capilla de los religiosos del Santísimo Sacramento].

No se limita el padre Hermann a exhortarle a que se muestre agradecido para con Dios; quiere además hacer de su sobrino un apóstol, un auxiliar en la obra que ha emprendido de conducir a toda su familia al catolicismo.

«Tengo empeño, le escribe, en que mantengas con tus demás tíos relaciones afectuosísimas, íntimas, para que, en un momento dado, una palabra tuya pueda llevarles el bien al alma. ¡Tienen tanta necesidad de ello! Estando continuamente atareados con sus negocios, no gozan de la dulce paz en que Dios se hace sentir y oír del alma... Con esto te confío una misión en la que, claro está, debes evitar todo lo que pueda asemejarse a proselitismo. Querido mío; en cualquiera que sea la situación en que nos hallemos, debemos trabajar al servicio de Jesucristo, en esparcir el buen olor de Jesús, en extender su reino y en salvar las almas. Sólo que un joven seglar como tú necesita obrar con cautela y tomar precauciones y, por decirlo así, disimular su juego con mucha prudencia. Pero, en nuestro siglo, los seglares tienen más influencia en las almas que los mismos eclesiásticos, y las conversiones que conozco hechas por seglares son innumerables».

Incluso le añade que tuvo más intervención de lo que supone en la conversión de su tío Alberto (carta, Tarasteix 25-III s/a). En efecto, Alberto Cohen le había comentado a su hermano Hermann, hablando del niño Jorge: «una religión que tanta fuerza de ánimo da a un niño debe ser divina, y por esta razón quiero ser católico».

Cartas a otros familiares

Y así fue. Dios concedió al padre Hermann la alegría de ver que su hermano mayor renunciaba al judaísmo. Le había administrado el bautismo el 1 de mayo de 1862 en la iglesia provisional de Hamburgo. Y el entusiasta converso, para agradecer el don que había recibido, mandó edificar casi totalmente a su costa la iglesia actual católica de Hamburgo. Esta ciudad, en la que ni siquiera había un solo cura católico en 1857, debe, sin duda, a la familia del padre Hermann la gracia inapreciable de tener actualmente iglesia y sacerdotes católicos. Por eso el Padre escribía desde Londres (1862) a su querido hermano:

«Quisiera deshacerme en acción de gracias y en admiración por las grandes misericordias de Dios sobre nuestra familia».

Hemos tenido oportunidad de leer varias cartas escritas a su hermano mayor Alberto, a la cuñada y a los hijos de ambos, todas ellas plenas de afecto, e inspiradas por el amor divino y la fe más pura. Cuando María, la hija mayor, se preparaba para la primera comunión, el padre Hermann supo comunicarle conmovedoras exhortaciones y fuertes estímulos. Es admirable, sin duda, que en medio de tantos trabajos, predicaciones y viajes, tuviera aún tiempo de escribir con tanta extensión a sus sobrinos. Pero él quería siempre incitarles a las virtudes más elevadas, quería precaverlos contra los peligros propios de su edad, especialmente en las vacaciones, y pretendía inspirarles el más ardiente amor hacia Dios y la fe más viva. Y su celo le permitía llegar a todo. La última vez que vio reunida a toda su querida familia, fue en el

Sagrado Corazón de Blumenthal, cerca de Aquisgrán, en 1870, cuando administró la primera comunión a su sobrina.

Muerte de su padre

El padre Hermann, que había tenido el dolor de ver morir a su madre fuera de la verdadera fe, tampoco tuvo la alegría de conducir a su padre a la verdad. Estaba en Lión, cuando en el mes de agosto de 1859 fue llamado al balneario de Wildbad, en Alemania. Desde que él se había hecho católico, su padre no había querido verlo más, y hasta lo había maldecido y desheredado.

Tal estado de cosas duraba desde hacía doce años, cuando la enfermedad y la proximidad de la muerte hicieron que el señor Cohen recordara que era padre, y no pudo soportar la pena de abandonar este mundo sin haber vuelto a ver a su hijo. Le mandó, pues, escribir que le perdonaba y que tendría gran alegría en recibir su visita, a condición, sin embargo, de que no se presentara en hábitos religiosos.

A pesar de los trabajos inevitables de una fundación, el Padre Hermann sin vacilar partió en seguida. La entrevista de padre e hijo fue muy cariñosa, y ambos pasaron algunos días juntos. Pero el hijo pronto tuvo que renunciar a la esperanza de una conversión.

«Te perdono las tres mayores culpas de tu vida, le dijo su padre: haberte convertido al catolicismo, haber convertido a tu hermana y, finalmente haber bautizado a tu sobrino».

El señor Cohen murió el 10 de agosto de 1861, sin haber abjurado del judaísmo. Esta muerte fue un dolor tanto más profundo para el padre Hermann, ya que no había recibido aún la carta de que hablamos, acerca de la conversión final de su madre, en el capítulo séptimo. Un año después, Dios le consolaba con el bautismo de su hermano Alberto.

Fundación del convento de Lión

Sor Marchand, Hija de la Caridad

De puño y letra del padre Hermann se conserva una relación manuscrita de la fundación del Carmelo de Lión.

«Después de Dios, asegura, la Superiora de las Hijas de la Caridad de la casa llamada de la Marmite, la bendita sor Marchand, fue quien tuvo la primera idea del restablecimiento de los Carmelitas Descalzos en Lión, y quien tomó la iniciativa del mismo con un celo y una abnegación que merecen eterno agradecimiento de la Orden del Carmen».

Ya en 1853, sor Marchand llama a un Padre carmelita para que predique una colecta en favor de la Conferencia de San Vicente de Paúl. A su regreso, partió con él el presbítero Baracán, que al año siguiente profesaba con el nombre de Alejo de San José. Éste, ya como carmelita, predicó en Lión en la cuaresma de 1854. Y en 1855, el padre Hermann predica el adviento en la catedral lionesa.

Con todo ello los fieles de Lión fueron tomando afecto a la Orden de la Reina del Monte Carmelo. Al terminar la predicación del padre Hermann, por inspiración de sor Marchand,

«el señor P***, quien de sencillo obrero de la seda había logrado crearse una de las más elevadas reputaciones en la industria lionesa, había encargado al P. Agustín-María –sigue relatando el mismo padre Hermann– que de su parte ofreciera al Provincial de los Carmelitas Descalzos la suma de diez mil francos, para que sirviera de primera piedra sillar si los Carmelitas se determinaban a fundar una casa de su Orden en Lión».

Compra del antiguo convento de los carmelitas

Aún consiguió Sor Marchand otras ayudas, y también el padre Alejo, que tras predicar en San Nizier, abrió allí una suscripción. Con todo ello,

«en 1857, durante la cuaresma, predicada igualmente por el padre Alejo en San Nizier, nuestro muy Rdo. padre Domingo de San José, Provincial, fue con dicho padre a visitar nuestro antiguo convento de Lión, fundado en 1619. Se hallaba entonces convertido en cuartel, con la iglesia dividida en cinco o seis departamentos, que servían de dormitorios. Y en el mismo tiempo y lugar rescató para la Orden la propiedad, al precio de 145.000 francos, a los cuales había que añadir otros 9.000 por derechos de registro. Sin embargo, el contrato no había de ser obligatorio para la Orden hasta que su Eminencia el cardenal De Bonald, entonces ausente de Lión, hubiese dado su beneplácito a nuestro restablecimiento en su archidiócesis».

En julio del mismo año 1857, el padre Provincial envió al padre Hermann a Lión para que obtuviera del Cardenal la autorización precisa.

«El momento no pareció favorable, ya que el gobierno francés, precisamente por aquellos días, recomendaba a los prefectos por medio de circulares que vigilaran el desarrollo de las Órdenes religiosas no autorizadas legalmente.

«Su Eminencia declaró que deseaba oír la opinión de su Consejo, y al día siguiente informaron al padre Agustín [Hermann] que el Consejo del Arzobispado se oponía a la fundación. Pero los numerosos amigos que nuestra Orden contaba en las clases más influyentes de la sociedad católica de Lión, se apresuraron inmediatamente a gestionar colectivamente con el Cardenal arzobispo, para que cediera el rigor de su negativa. Hubo diputaciones de la Congregación de caballeros (Congregación de la Santísima Virgen), de la Congregación de señoras, de la Sociedad de San Vicente de Paúl, de varios religiosos que pertenecían a otros tantos conventos de Lión, de las directivas de las asociaciones importantes, de notables de la ciudad, etc.

«Todo en vano: la negativa fue mantenida. Pero el día de san Vicente de Paúl el señor de P***, Presidente general de las Conferencias, hizo insertar en el diario oficioso del gobierno, en la sección Ecos, una noticia diciendo que se enteraban con gusto de que los Carmelitas Descalzos iban a reintegrarse a su convento, y que felicitaban por ello al jefe de la diócesis y a los habitantes de la ciudad de María.

«Aquella misma noche, el senador Vaysse, que ejercía el cargo de prefecto, y que había visto la noticia en su diario, dijo al Cardenal, que llegaba precisamente entonces para hacerle una visita: “Eminencia, mil felicitaciones. Acabo de enterarme de que usted restablece a los Carmelitas Descalzos en Lión. Me asocio al júbilo de los lioneses”».

Con esto desaparecía todo obstáculo, y al día siguiente el Cardenal escribía al padre Hermann que le autorizaba la fundación para 1860. Otras predicaciones del padre Hermann y del padre Alejo arraigaron aún más en Lión el afecto a la Orden del Carmelo.

El padre Domingo, entre tanto, terminó su Provincialato en 1858, y fue elegido primer Definidor General en 1859.

«El padre Francisco de Jesús-María-José, Provincial en la época, fue a Lión, en junio, con el Padre Agustín, y halló el inmueble en un estado lamentable de desmoronamiento, suciedad, desorden e infección... En agosto de 1859 la escritura definitiva de compra fue otorgada ante el notario señor Berlotty, que cedió sus honorarios en favor de la Orden» (*Relación manuscrita* [por el padre Hermann]

de la fundación de los Carmelitas Descalzos en Lión en 1858).

Innumerables dificultades de todo orden fueron superadas una tras otra. Al mismo tiempo, desde el mes de junio hasta que el padre Hermann tomó posesión del convento, no permaneció inactivo en Lión, sino que predicó en varias ocasiones y dio también ejercicios espirituales.

Bendíganos, Padre

El 2 de agosto se celebraba el día del gran *perdón de Asís*, y toda la ciudad acudía a la capilla de las Clarisas para ganar la indulgencia de la Porciúncula. Cuando el sol ya declinaba, el padre Hermann iba con prisa hacia la iglesia, procurando abrirse paso entre la multitud, a fin de llegar a tiempo al templo. Pero apenas fue reconocido cuando en seguida fue rodeado por la multitud, que gritaba de todas partes: «¡El padre Hermann! ¡el padre Hermann!» El Padre no podía avanzar ni retroceder. «¡Padre, le gritaban, dénos su bendición! ¡No le dejaremos entrar hasta que nos haya dado la bendición!» Unos le tiraban de la capa que besaban con respeto, otros recomendaban a sus oraciones mil intenciones diferentes, y todos le pedían: «¡Bendíganos!»

El pobre religioso, confundido, les decía: «¡No puedo bendeciros en la calle! Dejadme entrar en la iglesia y no me impidáis ganar la indulgencia». Pero fue en vano; todos los que le rodeaban se hincaron de rodillas, y el buen Padre, extendiendo sobre ellos sus manos sacerdotales, conmovido, los bendijo.

Toma de posesión del convento

Apenas las llaves del cuartel fueron entregadas al padre Hermann, cuando se apresuró a que se limpiasen las paredes del enorme establecimiento, que durante treinta años había albergado a los regimientos de paso en Lión.

Todo estaba sucio, lleno de inmundicias y pintadas obscenas, hoyos, partes de los suelos y del tejado hundidos, ventanas y puertas rotas. Los trabajos de limpieza, descombro y restauración fueron muy grandes.

El padre Hermann activaba los trabajos, con el deseo de tomar posesión del convento el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen y décimo cumpleaños de su primera comunión. No le preocupaba tanto la terminación de las celdas, como preparar ante todo el lugar donde albergar al Señor.

Felizmente, se pudo conseguir, y en esa fecha, en 1859, monseñor de Serres, vicario general y sobrino del Cardenal, capellán de las Carmelitas, celebraba la primera misa y

«ponía de nuevo al Dios de la Eucaristía en posesión de su trono, en el altar, en el mismo sitio en que había reinado durante cerca de dos siglos en tantas almas buenas».

El padre Hermann, con indecible gozo y diligencia, se encargó personalmente de encender la lamparilla que en adelante ardería día y noche ante el sagrario.

Pobreza y Providencia

Sigue la crónica del padre Hermann:

«Desde el primer día en que los religiosos se instalaron bien o mal en una parte apartada del antiguo monasterio, algunas almas caritativas se preocuparon del estado de pobreza de los religiosos, y como la caridad adivina las necesidades de los que desea socorrer, estas santas almas proveyeron cada día a la pequeña comunidad naciente, durante largo tiempo, de los alimentos que les llevaban regularmente ya preparados. Entre los bienhechores hay que citar con admiración a la Madre Superiora de las Hermanas de San José, la cual dirige en Fourvières la Providencia de San José. A la misma hora que las constituciones prescriben para la cena, espontáneamente, dicha Superiora, acompañada de otra religiosa, trajo de su

casa las raciones para la comida de los religiosos, que tan sólo habían de sentarse a la mesa, después de haber bendecido a Dios por haber inspirado tan afectuosa caridad a personas que para nada nos conocen...

«Esto empezó desde el primer día, y no contentas con proveer de lo necesario cada día la mesa del refectorio, hallaron en su caridad los recursos adecuados para suministrar a los altares de Nuestra Señora del Monte Carmelo y de san José casi todos los objetos del culto, como candelabros, flores, jarrones, manteles y adornos. Y lo que no podían dar, lo prestaban, como sucedió con una custodia y otros vasos sagrados».

El padre Hermann da una larga y detallada relación de las personas seglares y de las comunidades religiosas que con gran caridad y abnegación quisieron compartir con la comunidad recién fundada el pan de cada día.

«Se deberían contar muchos rasgos conmovedores. Los ángeles de Dios han inscrito sin duda en el libro de la vida tantas y tantas acciones hechas por amor a la Santísima Virgen, con la más profunda humildad, por personas oscuras, conocidas de Dios sólo. El afecto y voluntad de ellas inventó medios ingeniosos para subvenir disimuladamente a las necesidades de la nueva fundación».

Fiestas de inauguración

Con el padre Hermann, integraban la comunidad por entonces el padre Félix María de los Ángeles y dos hermanos.

«Los dos Padres empleaban en el confesonario todo el tiempo de que podían disponer, ya que desde el primer día practicaron la santa observancia y recitaron el oficio divino en el coro públicamente. Los domingos predicaban alternativamente en nuestra iglesia; pero el número de penitentes aumentaba de tal modo cada día, que fue menester escribir al padre Provincial para pedirle el refuerzo de algunos Padres.

Para la fiesta de santa Teresa, el convento estaba casi desescombrado. Fueron invitadas todas las Órdenes religiosas presentes en Lión. Un Padre jesuita presidió la misa, un dominico predicó, y otros religiosos oficiaron también en la celebración. Todos se unieron después en el refectorio. Y esta costumbre de reunirse todos los religiosos de la ciudad en el día de santa Teresa continuó en adelante.

«El 24 de noviembre, fiesta de nuestro Padre Juan de la Cruz, su Eminencia el Cardenal-arzobispo de Lión vino por primera vez a officiar en nuestra iglesia». Tras la solemne Misa y bendición de las campanas, el señor Cardenal «se sentó a la mesa entre los religiosos e invitados para una modesta comida. El padre Alfonso-María Ratisbonne estaba casualmente presente entre los invitados, y como el Padre Vicario hiciera observar a su Eminencia que se hallaba a la mesa con tres hijos de Abrahán, el padre Agustín-María, el padre Bernardo-María y el padre Ratisbonne, este último se levantó y replicó: “Se equivoca usted, Rdo. Padre; somos cuatro”, y con un gesto mostraba el gran Crucifijo colgado encima del sillón del Cardenal».

Grandes penalidades

Llegó el invierno, y los religiosos tuvieron que sufrir muchos padecimientos. La humedad de las celdas, el trabajo, las privaciones de todas clases, pronto agotaron las fuerzas físicas de sus cuerpos debilitados por el ayuno y las mortificaciones: todos cayeron enfermos y el convento se vio transformado en una verdadera enfermería.

Pero permanecían tranquilos y confiados, y el padre Hermann, lejos de afligirse por estas pruebas, las consideraba como el sello divino dado a su obra como prenda de su fecundidad.

«Para que el grano germine y produzca, repetía a menudo, es preciso que esté enterrado, como triturado y comprimido bajo la nieve durante un invierno entero. Estamos ahora sepultados y agobiados bajo el peso de la enfermedad y del dolor. Esto me da esperanza de que el divino Maestro nos hará la gracia de servirse de nosotros como de buena semilla para multiplicar y suministrarle una pequeña cosecha».

La Acción de Gracias

Dios les llenaba al mismo tiempo de grandes alegrías. Desde el día siguiente de la fiesta de santa Teresa, el padre Hermann había restablecido en Lión la Orden Tercera del Carmen. Fue para él gran gozo ver que sus miembros se multiplicaban. Les reunía en días señalados, y les fortalecía con la palabra y con el ejemplo para que practicasen, en medio del mundo, los consejos de la perfección evangélica.

El amor del padre Hermann a la sagrada Eucaristía seguía llenando su corazón continuamente. La Adoración Nocturna y muchas otras obras no parecían bastarle para agradecer a Dios semejante beneficio. Muchas veces, incluso entre los cristianos mejores, escasea la acción de gracias. Son como los diez leprosos del Evangelio: de diez, sólo uno volvió para testificar su agradecimiento a Jesús. La acción de gracias, sin embargo, es la esencia misma del culto católico.

Convencido de esto, el padre Hermann resolvió instituir una cofradía cuyos socios no tuviesen otro objeto que

«dar gracias al Eterno por sus dones y, sobre todo, por aquel que es por excelencia el *don de Dios*, la Eucaristía, que enriquece a los hombres con los tesoros de su infinito amor y que es el mayor de todos los beneficios;

«suplir la espantosa ingratitud de los muchos que olvidan los deberes del agradecimiento para con Dios;

«agradecer al Señor por los que jamás le dicen: “¡Gracias!”, después de haber sido favorecidos con los bienes más preciosos;

«tributar perpetua acción de gracias a la augusta Trinidad por los innumerables e inestimables beneficios *espirituales y temporales*, de los que no cesa, desde la creación del mundo hasta nuestros días, de colmar a los hijos de los hombres y sobre todo a los cristianos católicos».

Tal fue el objeto de la cofradía concebida por el Padre Hermann. Éste confió su proyecto al venerable Vianney, párroco de Ars, y el santo hombre le respondió: «Su obra está llamada a llenar un vacío de las cofradías católicas».

La primera vez que expuso el proyecto fue en la iglesia parisina de Santa Clotilde, donde pronunció un sermón que reproducimos en un Apéndice. A principios del año 1859 fue a Roma y el papa Pío IX le animó vivamente a seguir aquella inspiración de la gracia, emitiendo más tarde un breve (10-II-1860) que le nombraba director de la Cofradía, a la que concedía grandes indulgencias y autorización para extenderse por toda Francia. En diciembre de 1859 quedó establecida en Lión, en la iglesia de los Carmelitas. Pronto se extendió la Cofradía de la Acción de Gracias a otras ciudades, contando a los pocos años de su fundación con veinte mil miembros.

Los miembros de la misma se inscriben en un registro y se obligan a rezar cada día en acción de gracias tres Padrenuestros, tres Avemarias y tres glorias.

El santo Cura de Ars y el Carmelo de Lión

La iglesia de los Carmelitas era muy frecuentada, y la profecía del santo Cura de Ars se realizaba al pie de la letra. El padre Hermann concluye su historia de la fundación reconociéndolo:

«Al terminar esta relación, es preciso no omitir que el venerable Cura de Ars tuvo mucha intervención en la fundación de Lión. Ya antes de dar principio a la misma, predijo que reportaría muchos beneficios a la diócesis. Animó al religioso que la fundó con sus consejos y recomendaciones. A menudo enviaba los penitentes que habían ido a consultarle a la iglesia del Carmen, de cuyos religiosos hablaba con elogio públicamente en sus instrucciones. Y nos atrevemos a creer que desde el cielo la protege y le atrae nuevas bendiciones de Jesús, María, José y Teresa. Amén».

No hemos podido enterarnos con precisión cuándo el padre Hermann fue a visitar a dicho santo Cura en Ars. Sólo sabemos que le visitó varias veces. Sea lo que fuere, fácilmente se puede adivinar cuál sería el objeto de los piadosos coloquios de los dos siervos de Dios:

«Jamás olvidaremos –se escribía en el periódico *Echo de Fourvières*– el recuerdo de la entrevista de estos dos hombres de Dios, de la que tuvimos la dicha de ser testigos. Pudimos contemplar los actos de humildad y de caridad que mutuamente se hacían, los impulsos de dos corazones ardientes, y la perfecta semejanza, producida por la gracia, entre dos caracteres tan diferentes en el fondo».

Cuando el padre Hermann estuvo en Ars por primera vez, el santo Cura le pidió que predicara. Pero él no aceptó decir algunas palabras sino después que el santo párroco hubiese hablado. Éste hizo su instrucción como de costumbre, y la terminó así:

«Hijos míos, érase una vez un buen santo que tenía deseos de oír cantar a la Santísima Virgen. Y Nuestro Señor, que tiene sumo gusto en hacer la voluntad de los que le aman, se dignó otorgar el favor pedido. Entonces el santo vio a una hermosa señora que se puso a cantar ante él. Jamás había oído voz tan dulce. Estaba enajenado, y exclamó: “¡Basta, basta! ¡Si continuáis, Señora, voy a morirme!...” La hermosa señora le dijo: “No te apresures a admirar mi canto, ya que lo que has oído no es nada. Yo no soy otra que la virgen Catalina, y ahora vas a oír a la Madre de Dios”. En efecto, la Santísima Virgen cantó a su vez, y este canto era tan bello, tan agradable, que el santo desfalleció y cayó muerto de gozo, muerto de amor... Pues bien, hijos míos, hoy va a ser algo semejante... Acabáis de oír a santa Catalina, y ahora oiréis a la Santísima Virgen» (*Vida del Cura de Ars*).

Prior en Lión

En mayo de 1860 la Provincia carmelita de Aquitania erigió el convento de Lión en Priorato con noviciado. El padre Hermann fue elegido Prior, y el Padre José-Luis de los Sagrados Corazones, maestro de novicios.

El padre Hermann, que se hallaba agotado, fue obligado por los médicos a un período de descanso. Invitado por su hermana, que había ido a Divonne acompañando a uno de sus hermanos, adicto aún al judaísmo, aceptó la invitación; pero no consiguió convertir a su hermano.

Vuelto a Lión, organizó una gran procesión para la fiesta del Santísimo Sacramento. Y el 16 de julio erigió en el convento la cofradía del Santo Escapulario.

Conversión de dos artistas

No podemos citar todas las conversiones que el padre Hermann hizo en Lión. Muchas de ellas quedaron desconocidas; pero contaremos alguna de la que tenemos noticia.

Un músico célebre, el señor Baumann, primer violín en el gran teatro de Lión, vivía apartado de toda práctica religiosa y llevaba aquella vida de placeres que el padre Hermann había conocido en otro tiempo. Este hombre vino a caer gravemente enfermo, y por mucho que le insistían, se negaba a recibir a un sacerdote. Hasta que dijo: «Bueno, no quiero ver a nadie más que al padre Hermann. Mándenlo venir, y hablaremos de música».

Poco después, ganado por el padre Hermann, confesó con grandes muestras de arrepentimiento, comulgó, y recibió después la confirmación de manos del cardenal De Bonald, que asistió a su casa. Para reparar sus antiguos escándalos, Baumann invitó a todos sus amigos a que asistieran a la ceremonia, enseñándoles así a bien morir. «¡Qué *Te Deum* cantaremos en el cielo!», decía al Padre algunos instantes tan sólo antes de morir.

Jorge Hainl, violoncelista, era otro artista muy conocido en Francia por su maravilloso talento y por los desór-

denes de su vida. Era por entonces director de orquesta en el gran teatro de Lión. Habiendo oído hablar de Hermann, manifestó a una piadosa señora el deseo de conocer a este hombre cuya conversión, decía, le parecía cosa heroica. «Yo, por mi parte, añadía, jamás tendré el valor de renunciar a los gozos embriagadores de la vida de artista».

Apenas estuvo solo, sin embargo, lamentó haber dado su palabra de visitar al padre Hermann, y sólo pensó en eludirla. Pero el Padre había sido prevenido, y no le era fácil evitar el encuentro, que finalmente se produjo.

La entrevista fue larga, y unos días después Jorge Hainl comulgaba en Nuestra Señora de Fourvières con gran devoción, y pronto se casaba con una joven cristiana.

Otra conversión notable del padre Hermann fue la señora de A***, mujer muy inteligente, de altos medios mundanos, que alardeaba de filósofa y no creía en ninguna religión. Conversó una vez con el padre Lacordaire, pero no le sirvió de nada. Un día, por curiosidad, fue a la catedral para oír al padre Hermann, antiguo artista convertido en fraile. Predicó sobre la Eucaristía, y la señora se vio atravesada por un rayo de gracia, se arrodilló, hizo oración y fue después penitente frecuente del padre Hermann.

Las conversiones suscitadas por éste fueron innumerables y en personas muy diversas: una joven alemana, un agonizante que rechazaba todo auxilio espiritual, condenados a muerte, una hereje sordomuda, una anciana envejecida en el pecado.

Popularidad en Lión

Tal fama tenía en Lión el padre Hermann que se le acercaba la gente en la calle, se arrodillaban algunos ante él, le pedían su bendición. Cuando predicó la cuaresma de 1862 era tal la multitud que acudía al convento, que el municipio arregló el camino de acceso. Y también acondicionó la vía para ir del Carmen a Fourvières.

Tal era el agobio que esa fama producía en el padre Hermann que, a fines de 1862, en una carta desde Londres, pidió a sus superiores ser trasladado:

«Ya el año pasado había pedido a nuestro padre General que me enviara a nuestras misiones de la India, porque el exceso de estimación de que me veía rodeado en Lión, tanto por parte del clero regular y secular como de las familias piadosas, me parecía un peligro para mi salvación. Hoy Jesús me ha librado de ello mediante otros acontecimientos, lo que nunca terminaré de agradecerle».

En 1862, en efecto, se dio un acontecimiento de gran importancia para la historia del Carmelo. El padre Hermann fue enviado a fundar en Londres.

Fundación del convento de Londres

Canonización de los mártires del Japón

En 1862, el gran Pío IX, despojado de la mayor parte de sus Estados y rodeado de enemigos, dio al mundo una prueba de su inquebrantable fe en la santa Iglesia.

Con ocasión de la canonización de los mártires del Japón, no permitiendo el Piamonte, usurpador de las provincias pontificias y de los ducados del norte de Italia, que acudieran a la ceremonia los obispos, el papa Pío IX convocó a todos los obispos del mundo. Y así fue como éstos, el 8 de junio, día de Pentecostés, se reunieron en Roma en número nunca visto en ocasiones semejantes.

Encuentro con Franz Liszt

También el padre Hermann tuvo el gozo grande de asistir a la canonización. Y allí tuvo un encuentro muy cordial con su antiguo amigo y maestro Liszt, al que no había vuelto a ver desde su conversión. Poco después el gran artista acudía, una mañana, al convento de la Vittoria y recibía la comunión de manos de su antiguo alumno. Después de la misa se sentaba a la frugal mesa de los carmelitas, y después tocó alternativamente con el padre Hermann algunas piezas de música en un piano que no era precisamente excelente.

«Me he encontrado con Liszt, escribe a su hermana (7-VI-1862), con el que me veo a menudo, pues viene a visitarme. Esta mañana lo he presentado en visita a Monseñor de la Boui-llerie, a Louis Veuillot y a Marie Bernard. Liszt nos ha tocado varias piezas de mucho mérito».

Este encuentro con su maestro, y sobre todo su conversión, fueron seguramente para el padre Hermann una de las más mayores alegrías de su peregrinación a Roma.

El cardenal Wiseman

Pero Dios le tenía reservado en la Ciudad eterna una gracia de suma importancia histórica. El cardenal Wiseman*, promotor del renacimiento católico en Inglaterra desde hacía más de cuarenta años, había acudido a Roma. A su palabra, a sus escritos y a su acción apostólica se debe la mayoría de las realidades católicas entonces existentes en la isla.

*[Nicolás P. E. Wiseman (1802-1865), nacido en Sevilla, arzobispo de Westminster, autor de la novela histórica *Fabiola*, en la que describe la vida de los primeros cristianos].

Cuando el Cardenal conoció al padre Hermann estimó que era el hombre adecuado para difundir en Inglaterra la devoción a la Eucaristía y a la Virgen, por ser converso de la Eucaristía y religioso de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Así, pues, solicitó al padre General que le cediera al padre Hermann para fundar en Londres un Carmelo. El General no aceptó su solicitud, estimando todavía necesaria la presencia del padre Hermann en Francia. Pero el Cardenal consiguió la ayuda del Papa, y obtuvo así su intento.

Misión en Londres

Antes de dejar Roma, el padre Hermann fue recibido por Pío IX, el cual le dijo:

«Le bendigo, hijo mío, y le envío a Inglaterra para convertirla, como en el siglo VI uno de mis predecesores bendijo y envió al monje Agustín, el primer Apóstol de dicho país».*

*[San Gregorio Magno envía en 596 a un grupo de monjes, encabezado por San Agustín de Cantorbéry, para evangelizar a los anglosajones. Antes de un año, logran la conversión de Etelberto, rey de Kent, y de la nobleza del país].

Se trataba de una misión difícil, que le arrancaba de su ambiente, pero la aceptó con gozo y firme resolución. Salió de París el 5 de agosto y, verdaderamente como los apóstoles, iba sin ropa de recambio y sin dinero. Una colecta entre sus amigos de París fue precisa para pagar los gastos del viaje. En ella recogió ciento sesenta francos, y con tal suma partió para fundar un convento en Londres.

Conocía ya Londres, la ciudad de los placeres, de las fiestas y del movimiento, en la que había obtenido como artista grandes éxitos y había ganado mucho dinero. Pero esta vez llegaba sin amigos ni relaciones, no contando más que con la Providencia divina. Fue recibido en el convento de las religiosas de la Asunción. Allí este apóstol de Dios no careció de nada, pero se vio en una situación realmente penosa.

«No puedo disimular —escribe a su cuñada, esposa de Alberto (17-VIII-1862)—, que para mí es un sacrificio muy doloroso el hecho de dejar Francia, en donde mi carácter de religioso y sacerdote me daba tantas alegrías. Aquí, ni siquiera puedo salir de casa sin cambiar el hábito religioso por un levitón negro y un rígido cuello blanco con corbata negra, y este maldito cuello me oprime la garganta, la cabeza, los pensamientos y el corazón. No vivo sino a medias. Pero en fin, puesto que la vida del claustro es vida de sacrificios, ¿por qué no hacer algunos más cuando se trata de ayudar a tantos católicos de todas las naciones, que se hallan dispersos por esta inmensa ciudad de Londres y casi por completo abandonados a sí mismos, en lo que a asistencia religiosa se refiere?»

Fundación del convento

La llegada de Hermann a Londres no pasó ciertamente inadvertida. Su conversión había hecho mucho ruido y aún se recordaban los brillantes conciertos que había dado. El Padre recibió pronto numerosas visitas. Predicó, fue el pueblo a oírle, y pronto se presentaron bienhechores. En ese tiempo fue su hermano Alberto a Londres. Allí fue confirmado por el cardenal Wiseman, al que entregó una importante suma para la fundación del Carmelo.

El 15 de octubre, fiesta de santa Teresa, el Carmelo nació en Londres en una casita que pertenecía a las religiosas de la Asunción, con varios religiosos que habían ido a reunirse con el padre Hermann. Se celebró una solemne misa en una modesta habitación transformada en capilla. Por la tarde, el cardenal Wiseman acudía a consagrar la nueva fundación y a saludar con júbilo esta resurrección del Carmelo en Inglaterra, en donde había producido antaño tantos frutos de gracia y santidad. La obra prosperaba, y el convento se puso bajo la protección de san Simón Stock.

«María Inmaculada, escribía el Padre (23-VIII-1862), dio el santo escapulario a san Simón Stock* muy cerca de Londres. Con ello se comprometió desde entonces con la tierra inglesa».

*[Simón Stock, inglés, fue Prior General de los Carmelitas (+1265)].

Según su costumbre, el Padre no se ahorra ninguna fatiga. Como sólo él hablaba inglés, todo le caía necesariamente encima, hasta hacer las compras. En enero de 1863 dio laboriosamente unos ejercicios espirituales en inglés, lo que le exigió escribir todos los sermones antes de pronunciarlos.

Alemanes en Brighton

La caridad, activa e ingeniosa, le hizo descubrir en los alrededores de Londres una pequeña ciudad llamada Brighton, poblada tan sólo por alemanes protestantes. Tenían muy escasa relación con las poblaciones vecinas, pues habían conservado los usos y lengua del país de origen.

Como el Padre era también alemán, encontró con eso ocasión para entrar en comunicación con ellos. Pronto fue para predicar en Brighton. Y como la lengua nativa ejerce en los expatriados un atractivo irresistible, aquellos alemanes fueron a oír a su compatriota. El resultado fue que gran número de ellos, al final de la cuaresma de 1863, ingresaban en el seno de la Iglesia católica. Tal afecto tomaron allí al padre Hermann, que le consideraban como su sacerdote propio. El padre Hermann, en broma, solía llamar a Brighton su pequeña diócesis.

Otros trabajos apostólicos

Su celo apostólico, sin embargo, no se reducía a Londres o Brighton. A principio de la cuaresma escribía:

«He estado seis días ausente. En París, Jesús ha bendecido el objetivo de mi viaje. Aquí, la composición de los sermones en inglés me ocupa casi todo el tiempo. Estoy atrasadísimo con un considerable número de cartas sin contestar. Cada domingo de cuaresma iré a predicar a Brighton; el 18 y 19 de marzo en París, pero para regresar inmediatamente a Londres. El domingo pasado tuvimos una enorme muchedumbre en nuestra capilla. Allí vestí el santo hábito a un novicio y pronuncié un sermón en inglés, que tan difícil es. Adiós, hasta las fiestas de Pascua. ¡Buena Cuaresma!, y amor al religioso silencio de la soledad, a fin de que Jesús hable a nuestros corazones».

«En lo que a mí se refiere, escribía a otra persona (8-III-1863), me hallo lo bastante bien de salud para poder observar nuestra cuaresma, a pesar de tener un ministerio incesante, predicando tan pronto en inglés como en francés o alemán, y debiendo confesar además a mucha gente en las tres lenguas distintas. El buen Jesús empieza a recompensarme con alegrías y consuelos. Déle usted las gracias por varias abjuraciones de protestantes».

Primeras comuniones

El cardenal Wiseman le había encargado al padre Hermann todas las asociaciones eucarísticas de Londres. Pero este nuevo peso no parecía agobiarle.

«Todo lo que me da oportunidad para ocuparme en la Eucaristía me es queridísimo, decía, y el Cardenal ha adivinado muy bien mi aliciente».

Se consagró, pues, a las primeras comuniones, que venían haciéndose aisladamente y sin solemnidad. Reunió a las niñas en la capilla de las Hermanas, y a los niños en la del Carmelo. Explicó el catecismo, como en Francia, e hizo preceder la primera comunión de un corto retiro espiritual. El mismo Cardenal fue a bendecir a niños y niñas. Todo esto hizo mucho bien, y más de un protestante debió su conversión a la emoción de aquellas primeras comuniones.

En la Adoración Nocturna de París

El Cardenal había nombrado examinador de su clero al Padre, y quiso que le predicara los retiros. Tantos y tan diversos trabajos lo agotaron y cayó enfermo durante el verano.

Pero ya restablecido, va a París para predicar el retiro a la Adoración Nocturna en la iglesia de Santo Tomás de Aquino. El domingo de la infraoctava del Corpus, da la comunión a más de setecientos hombres, que se encuentran de nuevo por la noche en la procesión. El nuncio Chigi, que presidía la ceremonia, estaba conmovido. Y también el padre Hermann:

«Hoy, exclamaba, la Eucaristía, este sol del alma, ya no se pone en París desde la primera hasta la última noche del ciclo». Y a su regreso a Londres escribía: «He vuelto de París saturado aún del perfume de la hermosa jornada, el domingo de Corpus. Pero el buen Jesús me ha hecho pagar los gozos que tanto me han alegrado. En la travesía me he puesto enfermo, muy enfermo, por quince días, con fiebre gástrica... Sin embargo, no he perdido ni un solo día la santa misa».

Adoración Nocturna en Londres

El 6 de agosto de 1863, día en que se cumplía un año de su llegada a Londres, la Adoración Nocturna celebra su primera vigilia:

«¡Feliz noticia! La Adoración Nocturna ha empezado en Londres. Acabamos de pasar la noche ante el Santísimo Sacramento, expuesto en nuestra capilla de Kensington. Estoy poseído de una inmensa alegría, y ruego que la Asociación de París dé gracias a Jesucristo por el feliz éxito de nuestro nacimiento»... «La noche de la fiesta de la Transfiguración de Jesús en el Monte Tabor, escribe a otra persona, nuestros corazones han repetido infinidad de veces con dulzura: “¡Señor Jesús! ¡Ah, qué agradable es estar aquí!”... La noche se ha deslizado más rápida que un instante».

El padre Hermann cuenta personalmente en el congreso de Malinas los motivos que tenía para alegrarse de este acontecimiento.

«Ustedes lo saben, señores: el Dios de la Eucaristía es, desgraciadamente, hasta en los países católicos, con demasiada frecuencia el *Dios desconocido*, el Dios abandonado, y sólo una ínfima minoría acude a dar pública satisfacción por la ingratitud de la *inmensa mayoría* de los católicos.

«Pero, más aún, en Inglaterra la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía se había convertido desde hace tres siglos en objeto especial de ultrajes y blasfemias. En aquel país se halla cumplida la profecía: *saturabitur opprobriis*, le hartarán de oprobios [Lamentaciones 3,30].

«Pues bien, cuando en esta Babilonia, en la que se agitan día y noche más de tres millones de hombres –unos ignorando este dulce misterio de amor, otros blasfemándolo–, el sacerdote puede conseguir levantar una nueva morada al *Dios de amor* y formarle allí mismo, en el centro de la abominable sentina, que propaga la corrupción por el mundo entero, una reunión de benditos adoradores, les digo, señores, que hay allí por ese culto de la Eucaristía, ya tan tierno de por sí, circunstancias aún más conmovedoras y, si me permiten la expresión, un *aparato escénico* que aumenta infinitamente la santa sensación de la presencia de Jesucristo. Nuestra fe experimenta entonces algo más íntimo, más grande y penetrante. Siente que las pruebas de amor consuelan a este buen Maestro que las recibe, el cual también derramó su sangre por estos millones de hombres y les tiende en vano los brazos para estrecharlos sobre su corazón de amigo y Salvador... Y entonces, cada acto de adoración que sube hacia el altar se convierte al mismo tiempo en enérgica profesión de fe y de amor contra tres siglos de ceguera voluntaria y de odio sacrílego.

«¿Lo creerán, señores? Ya tenemos siete casas de Adoración perpetua en plena actividad en Inglaterra. Excepto una, las demás son de creación reciente. En esto la proporción está también en favor de Londres, que posee dos de ellas.

«La oración de las Cuarenta Horas se celebra durante toda la cuaresma. Cada iglesia tiene su Estación dos días enteros, y así el clero como los fieles pugnan por solemnizar con el mayor esplendor posible los días y noches de adoración.

«Hemos fundado también la Adoración Nocturna para hombres, que se celebra varias veces al mes durante el año, y tales noches de amor seráfico –en las que gran número de convertidos ruegan por la conversión de sus hermanos ante la sagrada Eucaristía expuesta– se celebran con un fervor que no puede ser más edificante» (Disc. del P. Hermann, Prior del Carmelo de Londres, 3-IX-1864, en el Congreso de Malinas; cf. *El Catolicismo en Inglaterra*, París 1864).

La Adoración Nocturna inglesa, habiendo aceptado el reglamento y la organización de la de París, le añadió algunos ejercicios particulares, tales como ciertos cánticos y rezar oraciones para la conversión de Inglaterra. Se celebra una vez por semana, cada miércoles por la noche, y, a pesar del celo de los católicos ingleses, se desarrolla lentamente.

«La Adoración Nocturna encuentra serios obstáculos en el carácter, costumbres e ideas de este pueblo esencialmente dado a las comodidades materiales, y en el que el respeto de las desigualdades sociales hace muy difícil la fusión de las diferentes clases de la sociedad. Si un inglés de alta alcurnia necesita tener una virtud casi heroica para pasar parte de una noche descansando sobre un colchón duro en exceso, junto a un obrero o al lado de un pequeño comerciante, a éstos no les cuesta menos hallarse en un mismo pie de igualdad tan completa con el gran señor. Los religiosos Carmelitas toman parte en la Adoración Nocturna, y su presencia da a las noches particular fisonomía, pues a medianoche el gran oficio de maitines y laudes de los Padres realza la solemnidad de los ejercicios, y de la una y media a las cinco siempre hay dos Carmelitas al pie del altar, prontos a llenar los vacíos, si el número de adoradores no fuese bastante. Estas noches fervientes, al igual que aquí, son un manantial de vocaciones religiosas, y es ya considerable el provecho que han producido en las almas» (*Memoria de la Adoración Nocturna*, leída en la iglesia de Sto. Tomás de Aquino, 30-V-1869).

Nuevo convento

El Carmelo de Londres creció en número de religiosos y en amistades, y pronto la casa resultaba demasiado pequeña. En la vecindad había una casa grande con jardín, pero pertenecía a un inglés octogenario, el señor S. Bird, lleno de prejuicios contra el catolicismo.

El padre Hermann, después de rogar a Dios, confía el asunto a san José, va resueltamente a encontrar a nuestro hombre y le propone alquilarle la casa para hospedar a sus hermanos. Y mister Bird, maravillado de hallar un fraile tan agradable y de tan buenos modales, aceptó sin ninguna objeción.

Pronto se hicieron las acomodaciones necesarias, y el mismo día de santa Teresa los Carmelitas tomaban posesión del nuevo monasterio. Las ceremonias de inauguración continuaron por la tarde con una hermosa procesión por el jardín, y en ella varios hombres llevaron la imagen de la Santísima Virgen. Y como el jardín no estaba separado de la calle más que por una verja de hierro, los transeúntes pudieron ver aquel día lo que en verdad podría decirse el primer culto público que recibía en la anglicana Inglaterra desde hacía tres siglos.

El cariño al Carmelo crecía entre los católicos, que les ayudaban cada vez más con sus limosnas y con las diarias provisiones necesarias. Pero también crecía el odio de los sectarios, y se vio varias veces al pueblo aglomerarse alrededor del convento, lanzar gritos de odio y romper a pedradas los cristales de las ventanas. El Padre entonces recurría a las autoridades, que nunca le regatearon el apoyo.

Asiste a condenados a muerte

Un suceso puso de relieve en ese tiempo la abnegación de los Padres y les dio ocasión de mostrar en público los signos de nuestra santa religión. El Padre lo cuenta:

«En el mes de febrero fui llamado a la cárcel de Newgate, pues ocho marineros católicos, uno de los cuales era natural de España y los demás de las islas Filipinas, estaban encarcelados acusados de haber realizado actos de piratería y varios asesinatos.

«Dudo, señores, que haya hoy día un solo país católico en el que los oficiales de una cárcel acojan al sacerdote con los miramientos con que fui recibido en Londres y que debo elogiar.

«Si pudimos cada día pasar largas horas en compañía de los presos, fue gracias a la extrema cortesía de que hizo gala el gobernador (protestante) de Newgate, que nos conmovió profundamente.

«Afortunadamente, el Maestro de novicios de nuestro Carmelo era español (cuya lengua era la común que los presos comprendían), y así, durante más de un mes, pudo ejercer su celoso apostolado con aquellos infortunados.

«Seis fueron condenados a la horca, con un séptimo compañero que era griego cismático. La pena la debían padecer en el patíbulo de Old-Baily.

«Ahora bien, señores –lo diremos para gloria de nuestra divina religión–: durante los quince días que iban de la sentencia a la ejecución, la fe convirtió a estos lobos en corderos; sí, señores, en *corderos* que se resignaban, sin exhalar ni una sola queja, a ofrecer a Dios el sacrificio de su vida. Y lo que probaba su conversión, era el ardor con que, los que se confesaban culpables, reclamaban contra la sentencia de dos de sus compañeros, cuya inocencia proclamaban. En efecto, lograron con nuestra ayuda que se indultara a estos dos, de modo que sólo cinco, cuatro de los cuales eran católicos, debían subir al cadalso el 22 de febrero.

«¡Ah, si ustedes, señores, los hubiesen visto recibir, algunos días antes, la sagrada comunión en sus celdas de condenados a muerte, se habrían ustedes conmovido, contemplando el santo gozo que les rebosaba!

«¡Y cuando se piensa que hace treinta y cinco años tal cosa hubiera sido imposible en Inglaterra! ¡Imposible entonces a los presos católicos que pudieran recibir los sacramentos de su religión!...

«El mismo día de la ejecución, antes del alba, tres sacerdotes, provistos de un salvoconducto, atravesaban la incontable muchedumbre que durante toda la noche había estado esperando en las calles vecinas de la cárcel para disfrutar del más atroz de los espectáculos... Se estimaba en 30.000 el número de los curiosos.

«Señores, puesto que estoy aquí hablando a cristianos de fe viva, díganme lo que hubo de sentir el sacerdote cuando, pasando por en medio de esta muchedumbre, llevaba, oculto bajo el traje, al Dios de la Eucaristía... a Jesucristo, que, antes que el verdugo, quería tomar posesión de los reos...

«Es probable que los carceleros no supieran cuál era el tesoro misterioso que con nosotros entraba en la cárcel, ya que en Inglaterra no llevamos el santo Viático ostensiblemente; pero si los oficiales de la cárcel no se arrodillaban a nuestro paso, puedo decir, sin embargo, que nos recibían con muestras del más religioso respeto, y durante dos horas nos dejaron en cierto modo dueños del terrible recinto.

«Hallamos a los desgraciados reos hincados de rodillas ante el crucifijo. Habían pasado la noche en oración. Cuando recibieron el santo Viático, los terrores de la muerte y las horribles angustias del suplicio ignominioso que les esperaba a algunos minutos de distancia... desaparecieron ante el esplendor de la vida divina que Jesús acababa de darles en el abrazo eucarístico. Jamás, en los trece años que llevo de sacerdote, he experimentado de modo tan sorprendente la eficacia del poder de la Eucaristía y del sacerdocio.

«Durante estas dos largas horas de agonía, sus almas se alzaban constantemente por las regiones en las que ya no hay ni luto ni lágrimas, y mientras los gritos siniestros de la muchedumbre, impaciente de cebarse en el espectáculo del suplicio de los jóvenes reos, se dejaban oír por entre los muros de la prisión y me causaban terror, ellos no nos hablaban más que de la paz que experimentaban, de la felicidad que habían tenido de ser perdonados por Dios, de la brevedad de la expiación, comparada con la grandeza de sus ofensas, y de la esperanza de ver pronto a Dios para siempre...

«Entonces los exhorté a tener confianza en la Santísima Virgen María. ¡Qué dulce había sido su amor por ellos al cubrirlos con su santo escapulario, y al prometerles que todos los que muriesen revestidos con él se librarían del fuego del infierno!

«Pero, ¿no les arrancarán esta prenda de salvación en el instante del terrible revestimiento de los reos? “¡Padre!, me dice uno de ellos, ¡consiga que podamos conservar sobre nosotros el crucifijo, el Rosario y el santo escapulario!”

«En este instante, el Gran Sherif me mandó a buscar y acudí a su despacho. Se informó del estado de los presos, si estaban muy exasperados, violentos y furiosos. Y cuando le hube contestado que jamás había visto hombres, a la hora de la muerte, más resignados a hacer el sacrificio de la vida, el Sherif me preguntó:

–¿Desean algo que yo pueda otorgarles?

–Tres gracias, le dije: la primera, que puedan llevar encima los signos de su fe.

–Consiento de buena gana en ello.

–Desean también que sus confesores los acompañen al lugar del suplicio. (He de advertirles que se me había notificado la víspera que nuestro ministerio debía terminarse antes de que los reos subieran al cadalso). Por eso fue grande mi satisfacción cuando el Gran Sherif respondió:

–Dígalos que ustedes los acompañarán.

–Finalmente, piden que se les permita despedirse mutuamente unos de otros... Consuelo que les fue concedido también.

«Entonces empezó una escena que jamás olvidaré, escena que arrancó lágrimas no solamente a aquellos hombres que iban a morir y a nosotros, que nos habíamos convertido en sus padres en Jesucristo, sino también a los carceleros y hasta al gobernador de la cárcel, presente en la entrevista...

«Imagínense ustedes a aquellos jóvenes, de los cuales el de más edad tenía apenas veintiseis años, casi todos de una raza poco menos que salvaje, convictos y confesos de crímenes de una crueldad atroz... No obstante todo eso, ¡qué cambiados estaban!

«Caen de rodillas uno ante el otro, pidiéndose perdón mutuamente, echándose en los brazos unos contra otros, sollozando y mostrándose el cielo diciendo: “¡Hasta la vista, hermano! ¡Hasta vernos muy pronto!”

«Uno de ellos, el español, que en el juicio había comparecido como el instigador de la revuelta, exclamó con entusiasmo: “¡Soy feliz! Dentro de media hora estaré en presencia del buen Dios”. Era el mismo que a la primera visita del sacerdote español había dicho: “¡Ah! ¡Ahora que tengo a un sacerdote de mi nación junto a mí, ya no temo morir!”

«Era menester separarse. El gobernador me encargó que les preguntara si estaban contentos.

–Una cosa nos falta aún, dijeron: quisiéramos abrazar también a nuestros camaradas indultados. Mas, vamos a carecer de tiempo... ¡No importa!

«El gobernador estaba visiblemente emocionado: “Vaya usted mismo a buscarlos, me dijo”. Y los guardias, extrañados, se vieron obligados a abrirme las puertas de los otros presos.

«Cuando los hube conducido junto a los que iban a morir, algo de misterioso pasó entre ellos. “¡Dios lo sabe, Dios lo sabe todo!”, exclamó uno de ellos, y esta despedida fue aún más desgarradora que la primera... En este instante el reloj de la torre dio la hora. De rodillas recibieron una última absolución. Debo pasar rápido sobre otros detalles.

«El más joven, Francisco, que apenas había cumplido veinte años, había subido ya la fatal escalera, cuando me dijo en castellano: “¡Padre, Padre, no me deje usted!” Sin perder momento me adelanté a los demás condenados y me hallé sobre el entarimado del cadalso en presencia de 30.000 espectadores, varios de los cuales (y hasta damas de la aristocracia) habían pagado más de mil francos para obtener un sitio en cualquier ventana...

«Parecido al mugido de las olas del Océano, el sordo murmullo de la muchedumbre resonó en mis oídos. Daba por seguro que la vista del sacerdote, que la estola y la tonsura daban a conocer como papista, levantaría un torrente de imprecaciones y amenazas en este barrio de la ciudad, en que el odio contra los católicos había llevado cien veces al populacho a los excesos más execrables...

«Otros dos sacerdotes se hallaban a mi lado sobre el cadalso. Los reos, ante nosotros, estaban colocados bajo las cinco horcas, que se habían dispuesto en una sola hilera. Podíanse ver el rosario, la cruz y el escapulario colgados al cuello de cada reo. Pero ni una sola palabra hostil se dejó oír entre la multitud. Apenas se nos hubo divisado cuando el grito: “¡Quítense el sombrero!” resonó de un extremo a otro, y las 30.000 cabezas se descubrieron...

«En cuanto a nosotros, solícitos en torno a nuestros penitentes, les exhortábamos a que hicieran actos de fe, esperanza, caridad y de contrición. Les dábamos a besar nuestro crucifijo y les exhortábamos a que invocasen en alta voz el nombre de Jesús y de María.

«Pero he aquí que López, el español, con un esfuerzo sobrehumano, rompe las cuerdas que le ataban los brazos. ¿Con qué objeto? Para hacer el signo de nuestra redención sobre sí mismo. En un abrir y cerrar de ojos levanta con la mano la cogulla con que el verdugo les había tapado la cara, y se persigna en la frente, los labios y el corazón. Luego, con un gesto elocuente, golpeándose tres veces el pecho, dice a la multitud la única palabra inglesa que había aprendido: “¡Perdón, perdón, perdón!”

«Entonces un grito unánime de entusiasta aprobación se eleva de la multitud que aplaude. Pero en el mismo instante, a ras de nuestros pies, el escotillón del entarimado se abre, desaparece... Y los cinco ajusticiados quedan suspendidos.

«No tuvieron ni tiempo de padecer. La asfixia les hizo perder inmediatamente el conocimiento. Entonces el Gran Sherif, de pie

en la escalera, nos toca con su vara: hay que bajar del cadalso. El Padre español se ve obligado a arrancar el crucifijo de los labios de su penitente, porque la boca de éste está todavía pegada al mismo...

«Llegado al pie de la escala, el buen padre José se desploma sobre sí mismo, deja caer la cabeza entre sus manos, rompe en sollozos y me dice: “¡Ah! ¡Me han arrebatado a mis hijos!” En efecto, ¡nadie sino él los había engendrado en Jesucristo!

«Los magistrados se acercaron entonces para invitarnos a que descansáramos en las habitaciones del gobernador. Allí nos hicieron diversas preguntas respecto a los últimos sentimientos de los pobres jóvenes ajusticiados, y manifestándonos honrosa estima, ordenaron a dos oficiales de policía que nos acompañasen.

«Pero esta escolta era una precaución inútil, ya que por todas partes, a nuestro paso por entre la multitud, no recogimos más que demostraciones de respeto.

«El diario *The Times*, al dar cuenta de la quintuple ejecución, observa que, cuando se inspeccionaron por la tarde los cadáveres de los ahorcados, sorprendió ver que las facciones de varios de ellos, contra el efecto ordinario del suplicio, no se habían alterado en nada. Se encontró a cuatro cuya fisonomía se había conservado tranquila, como si reposaran en apacible sueño (*as if in a gentle sleep*: como si estuvieran dormidos); mientras que el rostro del quinto había quedado desfigurado a consecuencia de las horribles contorsiones del suplicio.

«El mismo diario da el nombre de este último. Era el único que no había hecho profesión de fe católica...

«En cuanto a los demás, la Eucaristía los había como embalsamado. El divino Sacramento, al mismo tiempo que les conservaba las almas para la vida eterna, les había preservado la cara, espejo del alma, de la desfiguración...

«Transportémonos ahora a cuarenta años atrás. Imaginemos este mismo suplicio en Londres, antes de la emancipación de los católicos. Supongamos que estos desgraciados padezcan la pena capital sin la asistencia del sacerdote. ¿No hubieran muerto como réprobos? Ya que, al fin, sus sentimientos religiosos dataron de la primera visita del Padre español...

«Hace cuarenta años, ningún sacerdote hubiera logrado llegar hasta ellos. Hace cuarenta años, ningún reo en Londres hubiera podido armarse y confortarse con el Pan de los fuertes, con el Pan celestial, y en aquella época el populacho de Londres no habría tolerado la presencia de un sacerdote católico junto al paciente en el cadalso de Old Baily» (Disc. ya citado del P. Hermann en Malinas).

***L'Indépendance Belge* y la compra del convento**

El discurso de Malinas en 1864 había de tener para los Padres un efecto inesperado, pues un periódico ruin, *L'Indépendance Belge*, tomó pie del mismo para injuriar al padre Hermann. Cegado por el odio, llegó a calificarle de músico mediocre, que tocaba continuamente la misma fuga, lo mismo que siempre predicaba el mismo sermón. *The Times* se apresuró a reproducir dicho artículo.

Como hemos dicho antes, los Carmelitas habían alquilado la casa del señor Bird, pero querían adquirir en propiedad dicha casa. El propietario sentía cierta repulsión a cederles el inmueble, sabiendo que se destinaba a un fin católico. No rehusaba la petición, pero buscaba por todos los medios dar largas al asunto. Los religiosos empezaban a desconfiar y se preguntaban con inquietud cómo podrían establecerse definitivamente en Londres, pues no hallaban facilidad alguna para adquirir una casa adecuada.

En este estado de cosas, el artículo de *L'Indépendance Belge*, traducido por *The Times*, cayó en manos del señor Bird. Su lectura le hizo pensar: «Ciertamente, un hombre a quien se trata de tal manera debe de valer algo». E inmediatamente mandó recado al padre Hermann, que atravesando la calle, llegó al instante.

«¡Ah, ah, Padre—dijo sonriendo el señor Bird apenas le vio, mostrándole *The Times*—; escriben cosas preciosas de usted en el diario!». Y añadió en seguida: «Le he lla-

mado porque hoy tengo yo mucha más prisa de venderle la casa que seguramente tendrá usted de comprarla. No es que tenga necesidad de dinero: mis hijos, gracias a Dios, tendrán una herencia bastante aceptable aún. Pero la lectura de este diario me ha hecho a ustedes tan simpáticos, que quiero proceder inmediatamente y terminarlo todo con usted desde ahora. ¿Quién sabe? Quizás más tarde sería capaz de cambiar de opinión».

En seguida, pues, los carmelitas quedaron propietarios de la finca, que comprendía la casa y el vasto jardín, en el que se proponían levantar una iglesia, según comunicaba entonces a sus lectores el *Bien Public*, diario de Bruselas, que añadía irónicamente por su cuenta:

«Pasamos la noticia a *L'Indépendance Belge*, que no querrá detenerse en el camino tan bueno que ha emprendido, sabiendo que sólo el primer paso es difícil. *Perge quod coepisti!* ¡Termina lo que iniciaste!

«No es de presumir, ni siquiera de desear, que abra una suscripción en sus oficinas. Pero sí diré al autor de aquel artículo en cuestión: “Sea usted lo bastante bondadoso, caballero, para tomar de nuevo su pluma malévol. Ya tenemos el convento. ¡Gracias! ¡Ahora, por amor de Dios, una limosna para la iglesia!”» (citado por *Le Monde* 9-XI-1864).

Siguen sus obras y trabajos

Por la misma época el padre Hermann daba cuenta de sus obras en una carta íntima:

«Tendría para un gran libro si quisiera contarle las misericordias de Jesús. Hemos establecido la *Acción de gracias*... La procesión del escapulario junta cada mes a muchos fieles. La Adoración Nocturna aumenta en número y en fervor. El Cardenal nos ha pedido que fundemos una devoción en favor de las almas del purgatorio. Hemos logrado *adquirir* la casa en Londres y esperamos edificar una iglesia en el jardín».

Confió a san José que completase la obra con la iglesia.

«José, escribía a una de sus penitentes, estará contento al enterarse de que la semana última, en la octava de santa Teresa, cerramos el trato para la adquisición de nuestra casa de Kensington-London. Ahora podemos decir sin faltar a la verdad que la Orden está fundada en Inglaterra, puesto que hay un pedazo de tierra en que el Carmelo está en casa propia... *Deo gratias!* Sería necesario ahora construir una iglesia en el jardín... Diga usted una palabra a san José, al oído, bajito... ¿Por qué no? Ha hecho ya otras. ¡Vivan Jesús y María!»

La iglesia se construyó, y el 13 de agosto de 1866 el Padre escribía a su hermana:

«Las fiestas para la inauguración han sido espléndidas, gozosas y concurridísimas. Tenemos una hermosa iglesia, un órgano excelente de Cavaillé y... muchas deudas. Pero esto incumbe a nuestro Padre san José».

Había ido personalmente a Burdeos para buscar las reliquias de san Simón Stock, patrón de su convento, y el recibimiento de las reliquias dio lugar a la celebración de fiestas solemnes.

¿Cómo seguir ahora al padre Hermann en todos sus viajes apostólicos? Sucesivamente se le oye en los pulpitos de Irlanda, Escocia, Francia, Bélgica y Prusia. Y sin embargo, ninguna de las obras que ha fundado o emprendido en Inglaterra está en suspenso. Humanamente hablando, difícilmente se explica tal actividad, pues era superior a las fuerzas del temperamento más sólidamente constituido.

A menudo se sentía enfermo; pero llegado el día y la hora, cuando había que predicar o emprender un viaje por la gloria de Dios, parecía resucitar de repente, se ponía en camino, predicaba el sermón, y con frecuencia, le volvían de nuevo a su regreso los mismos padecimientos que tenía al salir.

En el mes de febrero de 1865 predicó una misión en Altona, cerca de Hamburgo, su país natal, con motivo de la fiesta de san Anscario. Su familia fue a reunirse con él, y esta reconciliación le produjo santas y grandes alegrías.

La reina María Amelia

Tan pronto como regresa a Londres, empieza las predicaciones cuaresmales. Por este tiempo la reina María Amelia*, cuyas virtudes y desgracias la han hecho digna de todos los respetos, habitaba el castillo de Clarendon. Correspondiendo a los deseos de la augusta señora, desde 1863 los carmelitas solían predicar la cuaresma en aquella residencia, y con frecuencia eran llamados también durante el año.

*[María Amelia de Borbón-Dos Sicilias (1782-1866), hija de Fernando I de Nápoles y viuda de Luis Felipe I de Orléans, rey de los franceses entre 1830 y 1848].

La reina sentía profunda veneración por el padre Hermann. Y la cuaresma de 1865, la última que vivió, fue predicada por el Padre, quien, a pesar de esta labor añadida, predicaba también en la iglesia del convento. María Amelia bordó con sus propias manos una casulla para la iglesia de los carmelitas, y obsequió al Padre una edición francesa de los santos Evangelios, con una dedicatoria suya llena de agradecimiento.

Deja el priorato de Londres

Agotado el padre Herman en medio de sus trabajos, resucita con Nuestro Señor en la Pascua, y viaja a Francia para dar ejercicios espirituales a unas religiosas de Mans. El 16 de mayo está de vuelta en Londres, predica en la fiesta titular de la capilla del convento. Por fin, el 27 de mayo de 1865, entrega con inmensa satisfacción su autoridad de Prior al padre José-Luis.

Su última obra como Prior había sido la de hacer excavar los cimientos de la iglesia cuya primera piedra colocaba Monseñor Manning*, sucesor del cardenal Wiseman, el 16 de julio de 1865, estando presente el padre Domingo, restaurador del Carmelo en Francia, y entonces Superior General de la Orden.

*[Henry Edward Manning (1808-1892), pastor anglicano convertido en 1851 al catolicismo, fue Cardenal-arzobispo de Westminster y primado de Inglaterra. Trabajó mucho por los más pobres y por la infalibilidad pontificia en el Vaticano I].

Berlín

Descargado de la responsabilidad del Priorato, el padre Hermann continuó la vida apostólica de siempre. Predica el octavario de santa Teresa en Rennes y en seguida el adviento en Berlín*.

*[Antes de ir a Berlín, Hermann visita el noviciado de las Hermanitas de los Pobres en Saint-Pern. Y a ruegos de la fundadora, la beata Juana Jugan –sor María de la Cruz–, cantó con todo agrado para las novicias un cántico suyo a la Eucaristía (Dom Beaurin, 315)].

En Berlín predicó en alemán y en francés:

«Aquí, escribe, tengo auditorios de cuatro mil personas. Todo anuncia una rica cosecha. Ore y haga orar en Nuestra Señora de las Victorias por la fiesta de Berlín».

Dios bendijo su celo y el éxito fue muy grande. Los periódicos religiosos afirmaron que el Padre, en la clausura de unos ejercicios, había distribuido la sagrada comunión a más de siete mil personas. Él mismo cuenta las maravillas de la gracia, operadas por su ministerio:

«Le agradezco las oraciones que usted ha mandado hacer en Nuestra Señora de las Victorias, pues han dado sus frutos, y la misión de Berlín ha sido favorecida con infinitas mercedes. Para darle idea del

fervor desplegado por los habitantes de esta ciudad, le diré que dos mil personas (más hombres que mujeres) han recibido de mi mano el santo escapulario. También en Hannover he tenido motivo para bendecir a Jesús por su misericordia y por su ayuda continua en las cosas que he procurado hacer en servicio suyo» (Carta a la Condesa de X***, enero 1866).

Lión

Dijón y luego Lión escuchan con entusiasmo su palabra. En esta última ciudad, en la que había dejado tan hondos recuerdos, todos le rodean y festejan. Parece que con su ausencia ha crecido la veneración que por él se sentía. Pero el Padre sólo piensa en la salud de las almas.

«Señoras, dice al empezar unos ejercicios: Jesús fue la última palabra que les dirigí al dejarlas hace tres años. Jesús será también el primer saludo que salga de mis labios al encontrarme de nuevo en medio de ustedes. Jesús ha sido el lazo con que hemos estado unidos durante esta larga ausencia. Que Él sea hoy el objeto de nuestra reunión. Durante los últimos años pasados, he realizado numerosos viajes, me he ocupado en mucho asuntos, he tratado con muchas almas, y no he aprendido más que una sola cosa, y esta cosa es que todo lo que no es Jesús no es nada».

Después de estos ejercicios predicó un triduo con motivo de la beatificación de sor María de los Ángeles, y la iglesia del Carmen resulta demasiado pequeña para contener a la multitud ávida de oír la voz amiga. Él hizo abrir las puertas, para que su palabra llegara a los oídos de todo el pueblo, silencioso y conmovido.

Pasa revista de todas las asociaciones que fundó hace años. La Acción de gracias, la Orden Tercera y la archicofradía del Carmen reciben sucesivamente sus paternales estímulos. Y antes de dejar esta querida ciudad de Lión, aún quiere defender la causa de los pobres, teniendo personalmente su mano en su favor después de un sermón, y dejando así al marcharse un testimonio de su amor por los desheredados.

En 1866, el cólera hacía grandes estragos en un barrio de Londres, y allá fue el Padre inmediatamente.

«He asistido, escribe, a un buen número de moribundos, y Dios no me ha juzgado digno de hallar mi fin en esta tarea».

Más viajes apostólicos

En la misma carta, dirigida a una de sus penitentes, habla de un viaje que hizo a Irlanda.

«Recibí su carta, dice, al Sur mismo de Irlanda, en Waterford, en donde hallé con gran gozo mío a un pueblo animado de un espíritu católico tan vivo que cualquiera se creería estar en los tiempos de la primitiva Iglesia. Ayer tenía nueve mil oyentes ¡nunca había visto tan grande fe!».

El Padre continúa perteneciendo al convento de Londres, pero en los años de 1866 y 1867 vive entregado a sus viajes apostólicos. Sucesivamente se le ve en Ruán, Rennes, París, en Prusia, Londres, en Irlanda, en Paray-le-Monial, Roma, Geuzot, Rodez, Valencia de Francia, Montélimart, etc. En todas partes predica ejercicios, cuaresmas o sermones de beneficencia: va a todas partes a donde lo llaman.

Vuelve a Londres a fines de 1867, pero pronto deja esta ciudad para ya no volver más a ella. Después de haber predicado el adviento en Ruán, se dirige a Broussay, en donde se considera feliz al poder descansar algunas semanas en el amado convento que le recuerda los felices días del noviciado. Predica la siguiente cuaresma en Berlín, en donde gran multitud se congrega para oírle, con provecho verdaderamente extraordinario.

Se retira al Desierto de Tarasteix

Pero mientras así se afanaba por la salvación de los demás, pensaba también en la suya, y más que nunca

aspiraba a la vida silenciosa y solitaria del Desierto de Tarasteix.

Sus anhelos iban a verse satisfechos, y el 11 de abril de 1868 escribe desde Berlín al Prior de Londres:

«A nuestro muy Rdo. padre Prior: *Alleluia! Surrexit Dominus vere, alleluia!*

«He recibido un telegrama de nuestro muy Reverendo Padre General, en el que me dice que pertenezco desde ahora a la provincia de Aquitania. Al dejar de formar parte de su comunidad, creo un deber para mí agradecer vivamente a Vuestra Reverencia toda la caridad de que ha hecho gala para conmigo, y pedir perdón por tantas faltas como he cometido. Del mismo modo hago extensivo mi agradecimiento a todos los Padres y Hermanos, así como mi profundo sentimiento por haberlos tan a menudo mal edificado y mortificado con mi detestable carácter. Tengo esperanza de que Vuestra Reverencia y los religiosos rogarán a Jesús Nuestro Señor para que me perdone y me convierta...

«La estación ha terminado con satisfacción de las personas a quienes he visitado. Mi salud es buena... De nuevo repito: ¡felices fiestas! Mañana parto para Posen... ¡Déme su bendición!»

Por fin el padre Hermann parte hacia la paz del Desierto.

14

El padre Hermann en el Desierto

Por fin en el Desierto

Ya en 1857 el padre Hermann escribía al sacerdote Roziès, párroco de Tarasteix (7-IX-1857):

«Es imposible expresar cuánto aspiro a la soledad de Tarasteix. Así, pues, voy a esforzarme para reunir las limosnas necesarias lo antes posible para ponerlo todo en movimiento, y luego volaré hacia allá».

Años después, desde Broussay (2-XI-1865), le escribe a su hermana la misma idea:

«Acabo de hacer los anuales ejercicios espirituales, en los que he adquirido una afición aún más viva por la vida escondida, por el Desierto. Y voy a hacer todos los esfuerzos posibles para poder terminar esta importante fundación, en la que tengo la esperanza de sepultarme para toda la vida».

Pero la Providencia había dispuesto de él de manera harto diferente de sus deseos. Por lo demás, el santo Cura de Ars le había vaticinado lo que sucedió:

«Hace usted bien, le había dicho, en trabajar en la fundación de un Desierto; pero, en lo que le concierne, usted no gozará mucho del mismo».

En efecto, se puede decir que desde su profesión hasta su muerte se le vio casi tanto en los coches del tren como en la sagrada cátedra. Un día le preguntaron en una estación: «Pero, Padre, ¿dónde tiene usted la residencia? –En los trenes», replicó con una sonrisa ambigua, como quejándose de llevar una vida tan agitada. Pero la obediencia y la gloria de Dios lo encontraban siempre dispuesto a sacrificarse.

Parece, sin embargo, que ahora sus anhelos van a realizarse, pues acaba de obtener del Provincial el permiso de retirarse al santo Desierto. Su júbilo es tan grande que desde Colonia escribe el 21 de abril, a su sobrino (21-IV-1868):

«Entreveo aquella morada como la antecámara del cielo, y de mi estancia allí tengo una sed indescriptible».

Ritual de recepción

Vuelto a Francia, se dirige inmediatamente al santo Desierto, en donde es recibido con el ritual acostumbrado.

«Al acercarse el nuevo ermitaño, dice el sacerdote Moreau, la campana dobla para saludarle con sus más alegres tañidos. Dos antorchas arden en su honor en el coro de la capilla, en frente del crucifijo. Revestido con la capa, el padre Hermann se hinca de rodillas en medio del coro, mientras se salmodia el *Veni Creator*, seguido del versículo y la oración.

«Después todos oran en silencio algunos instantes para dar la bienvenida al feliz tránsito primeramente del mundo, y hoy tránsito de una soledad profunda a otra soledad más profunda todavía. Se le pone bajo la protección de Nuestra Señora del Carmen, tomando de la Antífona *Sub tuum præsidium*, tan querida del escolar cristiano, la fórmula de la consagración. Luego, entre el futuro ermitaño y sus hermanos, hubo el siguiente diálogo ritual:

- Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.
- Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.
- Lo conduciré a la soledad.
- Y allí hablaré a su corazón.
- El Señor me conduce y nada me faltará.
- En los pastizales en que me ha colocado.
- Envía tu luz y tu verdad.
- Ellas me dirigieron y guiaron a tu montaña santa.
- Serán embriagados de la abundancia de tu casa.
- Y tú les darás de beber del torrente de tus delicias.
- Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor.
- Ellos te alabarán por los siglos de los siglos.
- Las misericordias del Señor.
- Yo las cantaré eternamente.
- Señor, oye mi oración.
- Y llegue hasta ti mi clamor.
- El Señor esté con vosotros.
- Y con tu espíritu».

Siguen luego unas hermosas oraciones para asegurar la paz del Desierto y la perseverancia.

«Protege, Señor, a tu siervo Agustín-María del Santísimo Sacramento con el auxilio de la paz, y defiende contra todos los enemigos al que se pone bajo la protección de la bienaventurada Virgen María.

«Dios de las virtudes, de quien procede todo lo que hay de excelente, difunde en nuestros corazones el amor de tu nombre y aumentanos la devoción, para que las cosas que son buenas las conserves, y guardes las conservadas por el deseo de la piedad.

«Te rogamos, Señor, que concedas a tu familia aquí reunida en el Espíritu Santo, que en nada sea perturbada por las incursiones del enemigo de la salvación.

«Dios misericordioso, Dios clemente, sin el cual nada bueno podemos empezar, ni nada bueno concluir, concede a nuestros corazones el inviolable deseo de tu amor, a fin de que ninguna tentación pueda variar los deseos concebidos por tu inspiración. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén».

Terminadas estas oraciones, ya en una sala común, cada solitario, usando de un derecho fraternal consagrado por la Regla, da su aviso y consejo al recién venido. El padre Hermann recibe así, con humildad y sencilla gracia, las breves normas sapienciales que cada uno le entrega.

«A su vez el Padre Prior le pregunta qué le trae al Desierto, qué ha venido a buscar.

«A esta pregunta del Ceremonial, el padre Agustín responde con sencillez y franqueza:

«Reverendo Padre y Hermanos míos: busco a Jesús. Desde mi conversión no busco ni quiero sino a Él. Lo he buscado por todas partes en dondequiera que he estado: en las plazas públicas como en las casas, en los castillos y palacios lo mismo que en las cabañas. Lo he buscado cerca de los grandes y de los humildes, esforzándome en todas partes para darlo a conocer y para que todos lo amen... Y en parte alguna lo he hallado. No he logrado darlo a conocer y amar sino a bien pocos: al menos en comparación a mis deseos. Y he aquí por qué, reverendo Padre y queridos Hermanos míos, me véis hoy entre vosotros con el más vivo anhelo de ser uno de los vuestros. ¿No es verdad que me ayudaréis con vuestras oraciones y vuestros santos ejemplos a que halle por fin a Aquél que mi corazón ama? Es decir, me ayudaréis a conocerlo y a amarlo mejor que he sabido hacerlo hasta ahora».

Se comprende la emoción de todos los ermitaños al oír semejantes palabras. El padre Prior terminó la ceremonia exhortando al postulante a perseverar en sus santos deseos, asegurándole que habían de ser satisfechos.

«Cumplido este último punto del ceremonial, el padre Hermann es hecho ermitaño y da un abrazo a cada uno de los hermanos: la ceremonia está ya terminada. Y como quien se interna en el propio elemento, cada uno se retiró en silencio a la celda respectiva para ya no salir más que a los actos de comunidad y para no hablarse ya más que dos veces al mes, en las conferencias espirituales».

Enferma de los ojos

Apenas el padre Hermann había saboreado las dulzuras del Desierto, cuando una enfermedad le hace temer que no pueda continuar esta vida rigurosa.

«La estancia en el Desierto, escribe a un sobrino (10-X-1868), conviene admirablemente a las inclinaciones de mi alma. Gozo de perfecta salud, excepto los ojos que los tengo muy enfermos. El médico exige que vaya a Burdeos para consultar a un especialista. Es probable que reciba el mandato para ello de nuestro padre General antes de la fiesta de nuestra Madre santa Teresa. Esta consulta me inquieta un poco, porque, si me prescribe un tratamiento complicado, se me obligará a dejar el santo Desierto hasta que pueda seguir el género de vida de los demás ermitaños».

Los médicos le prescribieron reposo absoluto del cerebro, alimento más sustancioso, calzarse con zapatos forrados para conservar el calor de los pies, y mitigar el rigor de la Regla.

Sanado en Lourdes

Así las cosas, el padre Hermann fue en peregrinación a Lourdes para pedir a la Virgen María la curación que el arte humano parecía impotente para darle. Él mismo da a conocer el resultado, en una carta que escribió a las cinco cofradías de la Acción de gracias que había fundado en Lión, Orléans, Arras, Rodez y Londres, que suman más de 50.000 asociados.

PAX CHRISTI

J. M. J.

Bagnères de Bigorre, 6 de noviembre de 1868.

«Queridos amigos en Jesucristo: Acabo de recibir un nuevo testimonio del cariño de la Santísima Virgen para con sus hijos, y el corazón me desborda de júbilo al ponerlo en conocimiento de ustedes.

«Desde hace un año se me iba debilitando cada día la vista, fatigada por el trabajo. Habiendo pasado los seis últimos meses en la deliciosa soledad de nuestro Desierto del Carmelo en Tarasteix, en los Altos Pirineos, fui atacado de oftalmía tan grave, que la obediencia me mandó partir para Burdeos, a fin de consultar a un célebre oculista.

«Desde un mes antes de mi partida, ya se me había prohibido la lectura, hasta la del santo breviario. El sabio oculista me examinó los ojos muy detenidamente y con la mayor escrupulosidad. Los halló en estado en extremo alarmante, diciendo que había observado verdaderas nebulosidades, hundimiento de las pupilas y tinte grisáceo en el fondo de la retina. Del conjunto de todo esto concluyó en la existencia de una enfermedad que la ciencia llama *glaucoma*. Me declaró que ningún remedio podría impedir que sobreviniera la in-

flamación, y que al sobrevenir ésta, por pequeña que fuese, era menester recurrir inmediatamente a la escisión del iris, operación inventada por el ilustre doctor Graefe, de Berlín (el mismo que operó con buen éxito a mi hermano don Luis Cohen de la catarata).

«Entre tanto el mal empeoraba cada día más. Salí de Burdeos armado de anteojos de cristales biconvexos, de una visera verde y de multitud de otras precauciones. Las sandalias del Carmelita Descalzo tuvieron que ceder el sitio a unos zapatos forrados de pieles. La tonsura monástica tuvo que abrigarse bajo un peinado que guardase el calor lo mejor posible. El órgano de la vista se había vuelto tan sensible que me era imposible soportar la luz de una lámpara ordinaria o de una bujía, ni siquiera la simple claridad del día. Sólo por intervalos conseguía leer algunas palabras, y aun esto violentando el nervio óptico con dolorosos esfuerzos.

«En este estado las cosas, se me sugirió la idea de una novena a Nuestra Señora de Lourdes [aparecida diez años antes, en 1858], la cual había curado ya milagrosamente a varias personas enfermas de ceguera.

«Esta proposición me agradó mucho más que la perspectiva de una operación quirúrgica, cuyo resultado estaba lejos de ser seguro. Me acordé que hace veintidós años María me había obtenido del Dios de la Eucaristía una curación infinitamente más importante que la de los ojos corporales, librándome de la ceguera judaica; que más tarde por su intercesión había sacado de las tinieblas de la sinagoga a varios miembros de mi familia; que hace trece años, por sus instancias cerca de su divino Hijo, había obtenido en el lecho de la muerte la salvación de mi madre, no bautizada aún. Y pensé que, siendo estos prodigios de orden espiritual mucho más difíciles de obrar que el de una curación en el orden corporal, no debía vacilar en esperar de su bondad tan misericordiosa el beneficio.

«La novena se empezó el 24 de octubre, fiesta del arcángel san Rafael, el cual curó también de su ceguera a Tobías. Cada día me bañaba los ojos en el agua saludable sacada de la Gruta milagrosa, y todos los días pedía por mi curación a la Virgen Inmaculada y conmigo gran número de santas almas.

«El sexto día de la novena fui a pie desde nuestro convento de Bagnères a Lourdes, deseando realizar esta peregrinación en las condiciones que pudieran darme más probabilidades de buen éxito. En Bagnères ya había experimentado cada día de la novena un alivio en la oftalmía de que padecía, y esto en el instante en que el agua de la Gruta me penetraba en los ojos. Hasta había tenido cuidado en hacer comprobar dicha mejoría por el oftalmoscopio, mediante el cual el médico pudo ver que la congestión en los órganos visuales disminuía gradualmente, y sin embargo no empleaba más remedio que el agua milagrosa.

«En fin, el último día, fiesta de Todos los Santos, encontrándome en la Gruta misma, y cerca del manantial, no sentí ya ninguno de los síntomas del mal. Desde entonces, escribo y leo tanto como quiero, sin lentes ni precauciones, sin esfuerzo ni fatiga. Fijo la mirada en la luz del sol, del gas o de las bujías, sin experimentar la más mínima molestia. He vuelto a tomar las sandalias, he dejado que me hicieran de nuevo la tonsura, y he obtenido lo que deseaba ante todo, es decir, poder continuar la vida eremítica en nuestro querido Desierto. En una palabra, estoy radicalmente curado, y, en mi convicción íntima, esta sanación es un milagro debido a la intercesión de la Santísima Virgen.

«Por eso tengo necesidad de publicar, en todo lo que de mí depende, la bondad del corazón de María, y suplico a todas las almas que aman a esta tierna Madre que den gracias a Dios por mí, del mismo modo que conjuro a todos los que padecen a que recurran con entera confianza a Aquella a quien nadie ha invocado jamás en vano».

Viaje de acción de gracias a Lourdes

El 12 de noviembre el Padre volvía a Lourdes para celebrar una misa de acción de gracias. Los *Annales de Lourdes* (año Iº, entrega 8ª) relatan la ceremonia, completamente íntima, de la manera siguiente:

«Se cantaron, acompañados al armonio, algunos de los cánticos cuyas suaves melodías le ha inspirado [al padre Hermann] el amor por el Santísimo Sacramento, y que lo han hecho tan popular... Después del santo Sacrificio, tomó la palabra. La asistencia era poco numerosa, pues la presencia del Padre apenas se supo en el pueblo. Pero necesitaba que se le desbordara el corazón demasiado lleno de agradecimiento.

«¿Qué daré yo a cambio al Señor?, exclamaba. Y suplicó a sus oyentes que le ayudaran a pagar la deuda contraída. Le dominaba la

emoción y no pensaba en ocultar sus sentimientos: con su palabra fácil y ardiente nos descubría el corazón, y su aliento nos hacía respirar el milagro y el ardor de su agradecimiento. Se le escuchaba como a aquéllos que, sanados por el Salvador y rebosantes de júbilo, maravillaban luego a las multitudes publicando sus alabanzas».

Sacristán

En 1869, a petición de monseñor Mermillod, dejó el santo Desierto para ir a predicar la cuaresma en Ginebra. Una vez cumplida la misión, volvió felizmente a su querida soledad para ejercer las modestas funciones de sacristán. Gozaba de la mayor dicha en preparar el altar, adornando y embelleciendo el lugar de la Eucaristía. Ningún detalle descuidaba. Escribía a las Carmelitas de Bagnères para pedirles flores, y todo se hallaba maravillosamente cuidado.

Músico

Desde hacía largo tiempo el Padre había tomado la resolución de no escribir más música; pero en el Desierto sintió la necesidad de desahogar en himnos de amor y agradecimiento los sentimientos de su alma. No obstante, tenía escrúpulos, y pidió consejo al padre Raimundo, de cuyo discernimiento se fiaba mucho.

«¿Por qué, le respondió, si los malos componen cantos para perder las almas, por qué no componer Vuestra Reverencia para atraerlas a Dios y bendecir al Señor?»

Así, pues, Hermann se puso a la obra. Primero oraba, y después de recibir sus inspiraciones al pie del altar, tomaba la pluma y componía. De este modo nació una colección de cánticos, que tituló *El Tabor*, nombre que simbolizaba admirablemente el estado de su alma. A la superiora de la Visitación de Santa María de París (18-XI-1868) le escribía:

«He sido colmado, inundado de gracias, durante mi estancia en la soledad. En ninguna parte he hallado con tanta facilidad a Dios. En ninguna parte lo he sentido tan cerca. Jamás he saboreado las alegrías de la vida religiosa en grado tan eminente. No es raro que me sienta como rozado por un toque sensible de la Divinidad, que me invita, me llama y me apremia a que me abandone a las influencias sagradas de una gracia infusa. No sé todavía lo que la adorable voluntad de Dios me reserva para la primavera próxima. Hasta entonces debo permanecer en esta bendita soledad para ir a predicar la cuaresma en la catedral de Poitiers, y luego regresar al Desierto».

«¡Jesús sólo!, escribía a la Condesa de*** (14-VIII-1869). Nada tiene melodía tan bella como estas dos palabras que me complazco en hallar en sus cartas como un eco del cielo y un cántico de los ángeles... Estas dos palabras tienen una dulzura y un poder inefables. Su corazón hallará siempre eco en el mío cuando usted exclame ¡Jesús sólo! No hay verdadera felicidad sino en esto, únicamente en la unión de nuestros corazones con el suyo adorabilísimo, tan rico en afectos».

Impulso a la Adoración Nocturna

En su soledad el padre Hermann continuaba ocupándose en impulsar la Adoración Nocturna*.

*[Dom Beaurin dedica un precioso capítulo de su obra a exponer la relación del padre Hermann con la Adoración Nocturna que él había fundado (81-100)].

Viendo a todos los obispos del orbe católico reunidos en Roma para el Concilio [Vaticano I, 1869-1870], pensó Hermann en los medios de encomendar dicha asociación a su celo.

Escribe a este propósito al señor de Benque, adorador, animándole a influir sobre estos prelados, dándoles a conocer a todos ellos la Adoración establecida en Francia:

«Le aconsejaré también que escriba algunas palabras sobre este asunto a nuestro padre Domingo de San José, General de los Carmelitas Descalzos en Roma. Es español y debe de estar en relación

con los obispos de España. Los españoles aman a su patria apasionadamente, y usted pudiera hacer valer el argumento de que, en Roma y en París, la institución de la Adoración ha obtenido en los días de tempestad social la cesación de la tormenta y la vuelta al orden. Se cumplen mañana veintiún años desde que nosotros empezamos la Adoración Nocturna. Este aniversario siempre me produce una muy dulce impresión de alegría y de agradecimiento.

«Aquí, en el Desierto, en el que practicamos la vida eremítica, cada noche permanecemos desde las doce a las dos de la madrugada ante el sagrario, primeramente para salmodiar el oficio divino y luego para hacer oración ante el Santísimo Sacramento.

«Ya puede usted imaginarse si me uniré con frecuencia a usted y demás asociados durante estas horas deliciosas...

«Estoy disfrutando de profunda felicidad, de deliciosa paz en la soledad, y hallo que éste es el verdadero *elemento* del religioso carmelita...

«Nuestras almas y manera de ver y sentir, dice al terminar, han estado siempre perfectamente de acuerdo desde veintiún años que hace que nos conocemos» (Tarasteix 5-XII-1869).

Enfermero

El 17 de febrero de 1870 escribía a su sobrino:

«Nuestra comunidad se halla convertida actualmente en un hospital. El año pasado, por poderosas y justas razones, me hice nombrar enfermero. Y ahora, desde hace quince días, nuestro buen padre Prior se halla en cama con una llaga en una pierna, y tengo el honor de hacerle los vendajes.

«Por otra parte, un buen Hermano converso, al querer dominar a un mulo furioso, fue lanzado violentamente contra la pared, fracturándose el húmero. Tiene para un mes y claro está que no puede valerse por sí mismo. El padre Subprior sufre un fuerte resfriado. Yo tengo varios forúnculos, pero me mantengo en pie. Sólomente somos tres para el rezo del divino oficio de día y de noche, y para todos los actos de la observancia y del culto.

«Ya ves que con todo esto practico al mismo tiempo la vida activa y la contemplativa, y disfruto de la mejor parte, puesto que puedo cuidar a los demás. Es un oficio que me proporciona muchas alegrías. Me parece que tendría sumo gusto en pasar la vida en una sala de hospital como enfermero.

«Por lo demás, mi salud es buena y el humor también. Sí, estoy contentísimo. Pero quisiera que Dios estuviera tan contento de mí como yo estoy contento de la manera con que se digna tratarme».

Cuaresma en Poitiers

Poco después de esta carta, el 28 de febrero, partía para Poitiers, en donde Dios le envió una ruda prueba. Se vio obligado a suspender la predicación durante los últimos días de la cuaresma. Fijo en la cama con persistente fiebre, ofrecía a Dios su enfermedad por la salvación de sus oyentes, y «no pudiendo, según decía, hablarles de Jesús, se desquitaba hablando sin cesar de ellos a Jesús».

Al dejar Poitiers, pasó algún tiempo en Bagnères de Bigorre, antes de reanudar la severa vida del santo Desierto. Pero a él volvió pronto alegremente, y en él permaneció hasta mayo de 1870, cuando el Definitorio provincial le nombró primer Definidor y Maestro de novicios.

Vuelta al combate

Poco antes, la piadosa persona que de parte de Dios le había dirigido la comunicación relativa a la salvación de su madre, le mandaba decir estas otras palabras:

«Diga al padre Hermann que no debe permanecer en el Desierto, pues es menester que combata».

Y Dios mismo, por la voz de los superiores, acababa de sancionar la veracidad de este aviso. Dejando, pues, con gran pena su querida soledad, el Padre acudió diligentemente al convento de Broussey, a donde Dios lo llamaba.

15

La predicación del padre Hermann

No era orador

El padre Hermann pasó casi toda su vida religiosa dedicado a la predicación en muchos lugares de Europa. Y Dios bendijo casi siempre su palabra, coronando su predicación con la conversión de los pecadores.

¿Era, sin embargo, verdaderamente orador el padre Hermann? Si se juzga conforme a las reglas de la oratoria, no. No era precisamente un orador, pues carecía por completo de aquella elocuencia humana que cautiva, que fascina a los oyentes, uniendo la gracia de la palabra y la del gesto. No, el padre no poseía en absoluto semejante elocuencia.

Elocuencia espiritual

Hemos visto varios cuadernos suyos, en los que escribía el plan y los pensamientos principales de sus sermones. Algunos de ellos están escritos casi íntegramente; pero, tal como van, difícilmente se podrían dar a la imprenta. Como regla general el Padre anotaba un texto de la Sagrada Escritura, un pensamiento de los santos Padres de la Iglesia y algunas reflexiones sugeridas por la meditación del tema. Otras veces, pocas, dejaba correr la pluma, y de ella brotaban páginas de verdadera elocuencia.

Meditaba, oraba, y luego subía al púlpito contando mucho con la gracia divina y nada con sus propios recursos. Él había pedido poder dar a conocer y amar a Dios por su predicación, pero sin ninguna gloria para sí. Y cada vez que predicaba rogaba a Dios que le hiciera indiferente a todo lo que se pudiera pensar del sermón, «lo que, según confesaba, es más difícil de lo que parece».

En uno de sus manuscritos, detrás del título del tema y del principio del exordio, hemos leído las palabras siguientes: «Dios me inspirará otras palabras».

Tenía realmente el sentimiento de que estaba realizando la obra de Dios: a ella se preparaba digna y seriamente, y luego iba lleno de confianza, seguro de que la asistencia divina no le faltaría. Su confianza nunca se vio defraudada, y él mismo confiesa que, cada vez que había tenido la intención de hablar cuidando las formas oratorias, el sermón no había sido provechoso en absoluto.

Esta confianza en Dios estaba lejos de parecerse a la presunción, pues cinco enormes cuadernos prueban que preparaba los sermones. Y concretamente, todos los que pronunció en Inglaterra los escribió íntegramente. Aunque supiera perfectamente la lengua inglesa y la hablaba corrientemente, sin embargo no se juzgaba lo bastante seguro para exponer la Palabra divina a los riesgos de una improvisación más o menos afortunada. Y así quiso imponerse el fatigoso trabajo de escribir y aprender de memoria los sermones.

Si el padre Hermann no poseía la elocuencia humana, ciertamente que tenía la del Apóstol, pues conmovía los corazones, y los pecadores, al salir de la iglesia, pensaban más en sí mismos que en el orador que tan profundamente les había conmovido.

«En el púlpito, dice un testigo, hablaba sin presunción, y en su corazón ardiente hallaba la elocuencia que cautivaba las almas. Más de un pecador, reacio a las demostraciones más convincentes, rendía las armas y se reintegraba a la fe oyendo a este apóstol de la Eucaristía, que exclamaba llorando: “¡Oh Dios mío! ¿es posible? ¡El amor no es amado!”» (periódico *Echo de Fourvières*).

Cuenta su pasado

Con frecuencia bastaba verlo para conmovirse. Uno se acordaba del joven artista, amigo de los placeres y de las fiestas, y le veía ahora vestido de burda tela, los pies descalzos, la cabeza rasurada. Imaginemos el efecto que debía producir cuando, después de un sermón sobre la esclavitud del pecado, exclamaba:

«¡Oh terrible esclavitud! ¡También yo me he hallado en tal estado, amordazado bajo esta esclavitud, encadenado por estas argollas de forzado! Ciertamente, conocía ya a Jesucristo, lo veía, lo sentía, lo palpaba en cada página de mis lecturas, en cada uno de los himnos sagrados, en todas las ceremonias del culto católico, y comprendía la necesidad de romper esas cadenas y dirigirme hacia Él... pero no podía. Y las resoluciones de la mañana se me desvanecían por la noche, y las resistencias de la noche sucumbían al día siguiente. ¡Qué tortura, qué angustia!»

A continuación hacía resaltar la fuerza inmensa de la gracia, que acaba siempre por triunfar y liberarnos de las cadenas, cuando encuentra en el corazón del hombre buen deseo y sumisión.

«¡Oh instante adorable en que se recibe esta libertad! ¡También yo te he conocido!... ¡Gracias Dios mío, por haberme liberado pies y manos! *Dirupisti vincula mea... Rompiste mis cadenas* [Sal 115,7]. Y no me digáis que estas conversiones son raras. No, no. Jesucristo ha convertido más grandes pecadores que el obispo de Hipona, que el ladrón en la cruz y que la Magdalena, que bañaba con sus lágrimas sus pies adorables. Basta que os golpeéis el pecho, y Dios se os mostrará propicio».

En una ocasión había predicado sobre los desórdenes ocasionados por el pecado. Y después de haber hecho una impresionante pintura, a la que su propia experiencia daba tanto relieve, de los estragos que el pecado causa en la inteligencia, en el alma y en el corazón del hombre, terminaba con estas palabras capaces de vencer la vacilación de sus oyentes todavía indecisos:

«¡Sí, Dios mío! ¡Sí, Jesús mío! Doy fe de ello. Ésta era mi vida antes de conocerlos, antes de amarlos. Sí, queridos hermanos, lo he experimentado, y quiero que mi dolorosa experiencia os sirva de saludable aviso. Nací, he vivido en el estado de pecado original, sin ser rescatado por el bautismo. ¡Ah, sí! ¡Toda mi vida no fue sino tentación y lucha, no fue más que caídas y combates! Apenas había abierto los ojos a la razón, cuando mi razón, insuficiente para conocer el verdadero bien, y mi voluntad, demasiado débil para resistir a la inclinación del mal, demasiado débil para seguir las inspiraciones secretas de mi conciencia todavía recta, se fijaron apasionadamente en los bienes corruptibles. El orgullo ya me susurraba pérfidos consejos, quería ser preferido a mis hermanos, a los compañeros de mi infancia. Por mi gusto buscaba placeres prohibidos. Deseaba ya poseer lo que no me pertenecía, disfrutar de lo que no me convenía, recoger alabanzas que no merecía. Y estas pasiones se acrecentaron extraordinariamente con la edad. Y me devastaron el alma y me asolaron el corazón, y llevaron el desorden a todo mi ser moral. Sí, quería la ciencia sin la ayuda de la verdadera luz, ¡y no hice más que acumular error sobre error, ignorancia sobre ignorancia, utopía sobre utopía!»

«Quise adquirir la gloria, cuando sólo merecía el desprecio. ¡Y no hice otra cosa que acumular decepción tras decepción, despecho tras despecho, amargura tras amargura!»

«Quise ser amado, cuando no merecía más que ser odiado; y no acumulé sino vanidad sobre vanidad, disimulo sobre disimulo, seducción sobre seducción!»

«En fin; quise enriquecerme con la posesión de bienes falaces. ¡Y no obtuve sino adulación tras adulación, daño tras daño, pérdida tras pérdida!»

«Queriendo satisfacer mis inmensos deseos de poseer y gozar, no hice más que acrecentar un ardor devorador. Cada una de mis acciones era seguida de un remordimiento. Cada placer, de un recuerdo amargo y de un punzante dolor. Cada triunfo, de una decepción. Cada ganancia, de una pérdida mayor. Cada satisfacción, de una desgracia».

«La memoria me servía de verdugo; la previsión, de tortura. Mi imaginación se entretuvo en echar, acá y allá, algunos harapos de púrpura y oro sobre la desnudez y miseria que me abrumaban. Enamorado del bien, para el que había nacido, adelantaba a grandes pasos en la senda del mal en que me había internado. Sintiendo la necesidad de una divinidad, me forjaba ídolos, tan pronto de metal como de humo o de barro, y me arrojaba a los abismos insondables de todas las supersticiones. En fin, no encontrando la felicidad que buscaba, huía continuamente de la que me perseguía».

«Hasta que un día... entro en una iglesia... El sacerdote en el altar eleva en sus manos una forma blanca... Miro a la pequeña hostia y oigo estas palabras: *Ego sum via, veritas et vita! ¡Yo soy el camino, la verdad y la vida!* ¡Dios poderoso! ¿es posible?... Pero, sí... Saulo en el camino de Damasco, a donde va, como lobo rapaz, para devastar a la cristiandad, cae aterrado y oye la misma voz: *Yo soy Jesús a quien tú persigues...* –Señor, ¿qué quieres que haga?... ¡Y he aquí, hermanos míos, el orden restablecido! Él tiende las manos, los brazos, el corazón, el alma, la voluntad, todo él entero hacia ese objeto único y verdadero: *la voluntad de su Dios*. ¡Vedlo convertido! ¡Ojalá podamos hacer nosotros otro tanto!...»

El padre Hermann a menudo hablaba en el púlpito de la gracia de su conversión. Así cantaba las infinitas misericordias de Dios en su favor. Así lo hace, por ejemplo, en la profesión del padre Bernardo-María, judío converso como él:

«¿Imagináis que me sea agradable levantar el velo que cubre mi vida pasada? ¿Suponéis que no es penoso volver la mirada hacia atrás, y despertar recuerdos, gracias a Dios, casi extinguidos, recordar una época borrada por la sangre adorable de Jesucristo, época llena de oprobio e ignominia, y tan lejos ya de mí que me parece más bien un sueño?... ¡Un sueño doloroso, un sueño horrible y sangriento! Uno temblaría por menos...»

«Pero Dios nos ha hecho misericordia, y su gracia, mayor que nuestra malicia, se ha derramado sobre nosotros con sobre-abundancia, llenándonos con la fe y la caridad, que es en Cristo Jesús. *Superabundavit autem gratia Domini nostri cum fide, et dilectione, quæ est in Christo Iesu* [1Tim 1,14]. Y es una verdad cierta y digna de todo acatamiento: que “Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo”. *Christus Iesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum* [ib.15].

«Pero si Dios nos ha hecho misericordia, continúa san Pablo, es con el fin de poner en evidencia la extrema paciencia que tiene para aguardar a los pecadores, y a fin de que les sirvamos de ejemplo: *ad informationem eorum...* [ib.16]. Sí, querido hermano, si Dios aparta hoy de la nación réproba dos pecadores como nosotros, es también para que sirvamos de ejemplo y estímulo a los pecadores más empedernidos...

«Es para probar que no hay grado en el mal y en la perdición del cual su gracia no pueda sacarnos, siempre que la hora del juicio no haya sonado...

«Y éste es el motivo por el que debemos con frecuencia declarar al mundo que somos grandes pecadores. Comprendo que tal palabra parezca casi ofensiva, por no decir chocante, cuando está asociada al santo hábito que llevamos y al carácter sagrado de que estamos investidos... Pero, repito de nuevo, esta reunión de conceptos es saludable, hasta diré que es necesaria, para hacer apreciar toda la virtud de la sangre de Jesucristo en el alma del más grande de los pecadores: *quorum primus ego sum*.

«¿Creéis, hermanos míos, que Dios nos ha convertido por nosotros solos? No, ¡mil veces no!... Lo ha hecho tanto por vosotros como por nosotros... Lo ha hecho a fin de que evitéis los escollos contra los que nosotros habíamos naufragado. Oído bien y no lo olvidéis jamás... Nos ha puesto como señales a las puertas del infierno, para deciros: “¡No vayáis por allí!”».

Al recordar así su pasado, el padre Hermann seguía el ejemplo de san Pablo, quien en sus epístolas no se cansa de recordar a los primeros cristianos que había perseguido a Jesucristo, para que resplandezca mejor la omnipotencia y el amor infinito de Dios que lo sacó de los abismos.

«Yo también perseguía a la Iglesia, y yo también respiraba tan sólo amenazas y muerte [Hch 9,1]... Era impío. Pero, felizmente, la misma luz de san Pablo me derribó».

Amor a Cristo, y a Cristo crucificado

El amor del padre Hermann a Jesucristo le lleva una y otra vez a expresarlo en términos arrebatados.

«¡Dios mío! ¿Es posible, es posible que haya vivido sin pensar en Jesús, sin amar a Jesús, sin vivir para Jesús y en Jesús?... Y ahora que tu gracia me ha despertado, ahora que mis ojos han visto, que mis manos han tocado, que mis oídos han percibido, que mi corazón ha saboreado... Sí, amo a Jesucristo y me guardaré de ocultarlo. Al contrario, tengo en honor proclamarle ante el universo. Amo a Jesucristo: he aquí el secreto entero de mi inmensa felicidad, la cual ha ido aumentando desde que empecé a amarlo. Amo a Jesucristo, y quiero gritarlo a todos los ecos de la tierra, y quisiera que los muros de este templo pudiesen ensancharse y encerrar en él a todos los millones de hombres que pueblan el mundo, y que mi voz pudiera llegar y penetrar hasta las más recónditas fibras de su corazón y hacerlas vibrar al unísono con el mío, y que todos, como una sola voz, me respondiesen con un inmenso canto de alegría y triunfo, que resonara desde la tierra hasta el cielo: “¡También nosotros amamos a Jesucristo! ¡También nosotros amamos a Jesucristo!”»

En otra ocasión decía:

«Cuando miro un crucifijo, y contemplo a mi Salvador clavado en un patíbulo de infamia, con los brazos extendidos, la cabeza inclinada hacia nosotros, el corazón ampliamente abierto, me parece oír estas palabras: “Extendí todo el día y noche mis manos hacia mi pueblo, que no quiere creer en mí. ¿Qué es lo que debí hacer y que no haya hecho por mi viña?” ¡Oh, Señor! ¿Por qué esos raudales de sangre, que derramas de tus manos, de tus pies, de tu frente coronada de espinas y de tu corazón atravesado por la lanza? *Quid sunt plagæ istæ in medio manuum tuarum?*»

Y Jesús me respondió: “La sangre que derramé en Getsemaní, en la columna del pretorio, y que derramé hasta la última gota clavado en la cruz, por tus hermanos la vertí, para rescatarlos, para reconciliarlos con mi Padre. La derramé para abrirles el cielo, para pagar su deuda a la justicia eterna, y para lograr su amor. ¡Ah, me dijo, si supieras cuánto amo a los hombres! Me humillé a mí mismo, me hice esclavo y fui obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, únicamente para conseguir el amor de los hombres. Ello constituye por entero el fin de mi encarnación, de los trabajos inmensos de mi Redención, de los dolores infinitos de mi Pasión, como es así mismo el objeto de mi inmenso amor en la Eucaristía. Sí, si todas las mañanas continué derramando mi sangre sobre el altar a la hora del sacrificio, es para probarles que los amo, y también para enseñarte a amarlos por ti mismo y a que los ames como los he amado yo”.

«¡Ah, Señor! Sí, yo te amo en la Eucaristía, y puesto que tanto amas a los hombres, dame un gran corazón y grande caridad para amarlos del mismo modo... Sí, es menester que los ame tanto que no puedan resistirme de ninguna manera... Señor, me darás palabras que los conmuevan, palabras que los muevan a compasión... Es, pues, necesario que los salve por ti, por tu gracia todopoderosa... ¡Hermanos!... ¡Hermanos, por la gracia de Jesucristo!... ¡Hermanos!, por la sangre de Jesucristo querremos salvaros, porque os amamos con el mismo amor con que Jesucristo os ha amado. ¿Podrías resistir a esta inmensa caridad?»...

Motivos para hacerse fraile

Varios extractos de un sermón del padre Hermann sobre el amor de Jesucristo podrán explicarnos por qué un cristiano se hace fraile.

«Quiero vengarte, ¡oh amor desdeñado! Sí, quiero castigar este corazón traidor y perjuro. Sí, corazón mío, puesto que has llevado la audacia y demencia hasta cometer la fechoría execrable y monstruosa de preferir a este amor de caridad un amor vil y abyecto, en lo sucesivo no tendrás en absoluto satisfacción alguna ni tregua en la tierra. Voy a privarte de todos los consuelos de este mundo. Te

privaré del cariño materno, de la bendición paterna. Te apartaré de todo lo que te ama, te relegaré, te desterraré a una soledad, y allí, te mortificaré a cada instante de tu existencia. Obrarás tan sólo conforme a la voluntad de un dueño severo. Ya no conocerás más las dulces expansiones de la amistad, ni las tiernas emociones de la naturaleza. Te convertirás en hielo, en frío mármol para todo lo que en otro tiempo te complacía.

«Pero, ¡oh sublime venganza, oh generoso cambio, oh feliz culpa!, todas estas privaciones te valdrán en recompensa un amor nuevo y una vida divina... Renacerás de tus cenizas como el ave fénix. Una llama virginal prenderá en ti. Como al águila te resurgirá con alas una juventud primitiva, y con estas alas remontarás el vuelo hasta inexploradas esferas, y te elevarás a través de los celajes de la fe, y atravesándolos subirás a una región etérea, a un mundo sobrenatural. Allí verás lo que el ojo nunca vio, oirás lo que el oído nunca oyó, palparás lo que ninguna mano ha tocado jamás, conocerás lo que el corazón nunca ha concebido, te enterarás de secretos que deben permanecer para siempre ocultos a los sabios y a los prudentes del siglo, y te inflamarás de amor inextinguible por la belleza de las bellezas, la luz de las luces, Dios verdadero de verdadero Dios... ¡Amarás a Jesús!

«¿Comprendéis ahora, queridos hermanos míos, que uno se haga fraile para vengar a este amor desdeñado?»

16

Composiciones musicales del padre Hermann

Música profana

Nuestro trabajo sería incompleto si no diéramos al menos una idea de las obras musicales del padre Hermann. Antes de su conversión, compuso varias danzas, algunas de las cuales son muy alegres, bajo el título de *Flores de Invierno*, compuso fantasías sobre motivos de ópera, y una colección de doce piezas brillantísimas tituladas *Messaggiero Musicale*, editadas en Milán por Ricordi [uno de los más prestigiosos editores musicales].

Ya dijimos algo de sus dos óperas, cuyo carácter religioso y melancólico señalamos. Este carácter se encuentra en casi todas sus composiciones de la misma época. *A las orillas del Elba*, una de sus piezas más conocidas, aunque escrita con ritmo de danza, está impregnada, sin embargo, de una suave melancolía. En general, las composiciones para piano son brillantísimas, muy bien contruidas, pero de difícil ejecución.

Música religiosa

Su música religiosa es comparable a la de Schubert o Mendelssohn, dos compositores alemanes como él. Las obras profanas de Hermann, es cierto, son poco conocidas de los aficionados. Hermann hizo tocar a sus alumnos más aventajados algunas de sus piezas; pero se despidió para siempre del mundo cuando era todavía muy joven. Y sus nuevas obras musicales, de un género religioso completamente distinto de las precedentes, hicieron olvidar por completo sus primeras creaciones, por las que, además, parecía sentir personalmente una total indiferencia.

La música religiosa del padre Hermann pronto se hizo popular. Son muy conocidas, concretamente, sus cuatro colecciones de cánticos, tituladas *Gloria a María*, *Amor a Jesús*, *Flores del Carmelo* y *El Tabor*.

Un juicio crítico

Don José Schad, célebre pianista de Burdeos, hacía la siguiente crítica de las tres primeras colecciones, pues ignoraba la última:

«Son obras notabilísimas como melodía y sentimiento religioso, que tienen por base una armonía pura y variada con acierto. La de más éxito es *Amor a Jesucristo*».

También otros artistas consideraban esta colección de cantos como la mejor. El señor Schad los hallaba tan hermosos que arregló algunos para piano solo. Algunas de estas composiciones cantan a la *Adoración Nocturna*. El *Adoro te supplex* y otros motetes latinos son considerados verdaderas obras maestras. Al padre Hermann le gustaba cantar:

Te he hecho, Señor, un ardiente ruego.
Escucha, acepta mi deseo.
Permíteme, oh Señor, que en santuario amado
habite hasta mi último suspiro.

Este cántico, preferido del Padre, es un acto de consagración al Dios de la Eucaristía. Más de una vez, en el poco tiempo que estuvo de Maestro de novicios, en 1858, cantó este cántico a los jóvenes religiosos, y el entusiasmo con que lo entonaba se comunicaba a estos jóvenes. Lo recordaban éstos años después.

Por otra parte, estos cánticos eran para el padre Hermann como una predicación. Nunca componía sin haber hecho previamente oración, de manera que venían a ser una prolongación de su encendida oración.

Sor María-Paulina de Fougerais compuso la letra de las dos primeras compilaciones. La letra de los otros cánticos procedía de varias otras personas, entre ellas Monseñor de la Bouillierie.

Gloria a María fue compuesto por Hermann casi inmediatamente después de su conversión, cuando era todavía seglar. Y *El Tabor* es como el canto de cisne del Padre Hermann. Lo compuso en la soledad del santo Desierto, y algunos de los cánticos, como el dedicado a la bienaventurada Margarita-María, son encantadores.

Otro juicio crítico

Un artista muy conocido, Mr. de Etcheverry, organista mayor de San Pablo de Burdeos, según se cita en *Hermann en el Desierto*, afirmaba de las composiciones de Hermann:

«Diré con toda franqueza que mi oído musical jamás había sido seducido de manera tan delicada. Los cánticos al Santísimo Sacramento son otros tantos actos de amor hacia la sagrada Eucaristía. Y día llegará en que muchas almas deberán a estas angélicas armonías la felicidad de su vida eterna. Proclamarlo así es para mí un acto de justicia y gratitud. Los cantos de su poderosa lira me han conducido a que emprendiera este género de composición. Bendigo a Nuestro Señor y a mi digno amigo, cuya amistad y protección me ayudarán a que saque aún nuevas melodías de esta armonía del cielo, para contribuir con mis débiles fuerzas a glorificar a Dios y a exaltar a la santa Iglesia».

El mismo Etcheverry, acerca de *la Misa* que el padre Hermann hizo ejecutar en Burdeos, en la misión de 1856, opinaba así:

«Esta obra musical, a pesar de su aparente extremada sencillez, no es menos notable por su melodía pura y fácil de retener, mérito que en los tiempos que corremos se hace cada día más raro, lo que no deja de ser una verdadera lástima. Los solos son de un gusto exquisito. El *Kyrie eleison*, sobre todo, recuerda con su canto grave

la escuela alemana, quizá demasiado descuidada también en las composiciones francesas. Y el *Sanctus* y el *Agnus Dei*, dos de los fragmentos más sobresalientes, tienen tales efectos que sin exageración se diría que se han tomado de los acordes de los coros celestiales».

17

Celo del padre Hermann por la salvación de los hombres

Viajes, predicaciones, trabajos

Una persona que conocía bien al padre Hermann decía que

«para salvar un alma iría al cabo del mundo, aunque supiera que había de morir en el intento» (Carta de la Srta. T*** 28-X-1874). Y seguía diciendo: «para hacer el bien a un alma nada le parecía poco, nada le retenía, ni la enfermedad, ni el trabajo, ni el cansancio, ni siquiera los viajes, si suponía que con ello podía aliviar una pena, calmar un dolor o conseguir quizá que se amara un poco más a Dios».

La verdad de esa afirmación la hemos podido comprobar en tantos trabajos, viajes y predicaciones del padre Hermann, ya relatados.

Cartas

Pero a todo eso habríamos de añadir el gran número de cartas que escribió en medio de tantas ocupaciones, cartas de dirección espiritual muchas veces, que no podía escribir sino por su propia mano.

Actualmente estas preciosas cartas se conservan como reliquias, y las personas que las recibieron no quisieran desprenderse de ellas ni siquiera por unos días. En nuestras manos hemos tenido varios centenares, y las hemos citado con frecuencia. Un buen número de ellas fueron dirigidas a miembros de su familia. Todas ellas respiran un gran amor hacia quienes se dirigen: un aliento de santidad las anima todas, sin que contengan nada inútil. Él va directo al fin que se propone, animando al camino del sacrificio, predicando la sumisión a la voluntad de Dios en las tribulaciones. A todas les habla del amor que Dios les tiene y de las maravillas de la sagrada Eucaristía.

En cierta ocasión en que estaba predicando en Burdeos, no vaciló en hacer dos veces en una semana el viaje a la capital, con objeto de decidir a dos personas a que regularizaran su situación mediante el matrimonio. Y dos noches hubo de pasar así en el tren, con un frío riguroso, para no interrumpir su predicación.

Amigos y familiares

Se empeñó de manera especial en que se salvaran aquéllos a quienes estaba unido por lazos de sangre o de amistad. Ya sabemos cuánto trabajó para que toda su familia abrazara el catolicismo. Sus antiguos amigos fueron objeto constante de sus oraciones, y más de una vez procuró verlos tan sólo para atraerlos a Dios.

Franz Liszt y George Sand

Como ya vimos, tuvo el gozo indescriptible de reanudar en Roma con su antiguo maestro Franz Liszt su amistad, y de consolidarla por la acción divina de la gracia en el alma del gran artista. No fue tan afortunado con George Sand. Un amigo de ambos, Horacio Vernet, concertó una entrevista en su taller entre el Puzzi de otro tiempo y la escritora. Pero ésta, que jamás había respetado nada, volvió la cabeza al ver al religioso: «¡Vaya!, dijo con aire desdenoso, te has hecho, pues, capuchino». Y no hubo más.

Oración por la conversión de sus amigos

Lo que estas cosas le afligían se puede apreciar leyendo la hermosa oración que escribe en las *Confesiones*:

«Jesús mío, ya sabes que ni un solo día he cesado de implorarte por la conversión de esos amigos perversos. Dígnate escuchar complaciente a un miserable. Tú me llamaste, y seguramente merecía menos esta gracia que esos pobres extraviados a quienes todavía amo de corazón. Si ellos me dieron malos ejemplos, fue porque una triste ilusión los tuvo engañados. Su desgracia fue que hallaran viles aduladores que los aprobasen. ¿Y no era yo acaso su adulator más servil? Sin embargo, me has dado la fuerza de romper todos los lazos que me ataban al servicio de Satán. ¿Por qué no se la darás a ellos, que han sido tus amados hijos, a ellos que han nacido en el gremio de tu santa Iglesia, mientras que yo soy hijo de aquellos grandes sacerdotes de la sinagoga que te mandaron crucificar? ¡Señor! sí, te dejarás conmovir por mis clamores, les mostrarás tu rostro misericordioso antes del día de la justicia; los salvarás, Tú que por ellos moriste lo mismo que por mí... ¡Señor, acude en su ayuda, apresúrate a socorrerlos, líbralos, díles que eres su salvación y que te convertirás a ellos, si ellos se convierten a Ti!...

«¡Oh María, madre mía, que también eres madre suya! Habla en favor de esos infortunados a tu divino Hijo. Puesto que jamás se ha oído decir que nadie te haya implorado en vano, a tus pies me postro lleno de confianza en que tendrás piedad de mis lágrimas y oirás y acogerás benigneamente mi súplica».

Religiosos secularizados

Su dolor era inmenso cuando veía hombres infieles a su vocación, que violaban los vínculos sagrados que habían contraído. Cuando estaba en Londres, en 1864, un religioso que lo había seguido al Carmelo, y por el que sentía gran afecto, pidió y obtuvo la secularización, alegando su mala salud. El padre Hermann, que había hecho todo lo posible para disuadirle, le escribe:

«No ha hecho usted su profesión hasta la enfermedad sino hasta la muerte».

Y en carta a su hermana le comunicaba este dolor (22-XII-1864):

«He de comunicarte una triste noticia. B. B*** se ha trocado en el ex Padre M. B***. Habiéndole debilitado la cabeza una larga enfermedad de decaimiento moral, los médicos le han convencido de que debía dejar la Orden. Ha pedido la secularización al Santo Padre, y ahora ya no es sino el presbítero B***. Esto es motivo de gran aflicción para mí, y, cosa singular, me parece que si no estuviese tan ligado ya al Carmelo, este acontecimiento hubiera fortalecido aún más mi vocación, y si no fuera Carmelita Descalzo, partiría en seguida para el noviciado y solicitaría mi ingreso en el Carmelo. Debemos rogar a nuestro buen Salvador para que nos otorgue el don de la perseverancia, el más preciado de todos»*.

*[Habla aquí del padre Bernard Bauer, judío converso, antiguo socio de la Adoración Nocturna (Dom Beaurin, 327-328)].

Cuando más tarde otro religioso abandona con escándalo el convento y preludia así la apostasía estruendosa posterior, el padre Hermann, desde su Desierto de Tarasteix, le escribía para instarle a que no consumara su desertión:

J. M. J.
PAX CHRISTI

«Desierto de N. padre san Elías en Tarasteix, 27 de septiembre de 1869.

«Queridísimo padre Jacinto: Sírvase escuchar a una voz amiga que sale de la soledad para suplicarle que vuelva usted en sí, que vuelva a sus hermanos que le aman y a la Iglesia de Dios, cuyo fiel ministro debe usted ser, y no el juez en última instancia.

«¡Ah! ¿Por qué no ha de cantar usted de nuevo con nosotros el canto tan gozoso: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum* [Ved: qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos: Sal 132,1].

«Eche una mirada en lo más profundo del corazón de aquéllos de entre los cuales usted ha huido. Recuerde las santas alegrías de que ha gozado en la vida del Carmelo. Jamás creeré que pueda hallar la paz de su conciencia en su estado actual. No, esta paz tan solo la hallará si se reintegra a su familia espiritual, diciendo: *Surgam et ibo ad patrem meum, et dicam ei: Pater, peccavi in coelum et coram te* [me levantaré, iré a mi padre y le diré: padre, he pecado contra el cielo y contra ti: Lc 15,18].

«¡Querido mío, más caro a mi corazón de lo que usted pueda pensar, dése prisa, todavía es hora! Nos abrazaremos, mezclaremos nuestras lágrimas y curaremos sus heridas con el aceite y el vino del buen samaritano. Se lo ruego por el amor de María, Madre de Dios, a quien V. nos enseñó a amar tan tiernamente. Sí, en el nombre de la clementísima Virgen María, reina del Carmelo, le suplico que vuelva a este tan dulce asilo, en el que fue dichoso y en el que había jurado vivir y morir.

«No he podido resistir a los impulsos de mi corazón, que me instaba a que le dirigiera estas líneas. No rechace este ruego de un amigo, de rodillas se lo pido. Consuele a las almas buenas, que tan afligidas están por lo que acaba de hacer. *Obsecramus pro Christo*. Todo puede repararse en esta vida, con tal de que no se cierre el corazón a la luz de la gracia. Le concedo el derecho de despreciar mi gestión, si halla en su nueva esfera un afecto tan puro y un cariño tan desinteresado y sincero como los míos.

«En Jesús y María,
«su indignísimo hermano,

Agustín-María del Santísimo Sacramento,
Carmelita Descalzo»

Fue inútil esta conmovedora súplica, y Dios hizo al padre Hermann la gracia de llamarlo a su presencia, y no tuvo que soportar en la tierra el dolor de ver las locuras y sacrilegios cometidos por el que había sido su hermano. En el cielo rogará sin duda por él.

Director espiritual

La predicación del padre Hermann iluminaba y conmovía a las almas. Acogía lleno de compasiva bondad a los grandes pecadores. Y su dirección espiritual conducía a la más alta santidad. Poco a poco arrancaba a las personas de las malas costumbres, y sabía hacerles fácil la práctica de las virtudes más penosas. Todo el que se acercaba a él y le hablaba, sentía que el espíritu de Dios se comunicaba a su alma, penetrando hasta sus profundidades más íntimas.

El padre Hermann era bueno con todos, pero jamás su bondad degeneró en debilidad, y sus penitentes nunca hallaban en él complacencias vanas y perjudiciales. Él tenía un concepto muy elevado del ministerio del confesor y director:

«No olvido, escribía a una de sus penitentes, que usted me encargó el cuidado de su alma. Con la gracia de mi Jesús espero hacer que llegue a alta perfección y al puerto de salvación. ¡Oh querida hija mía, qué bien se estará en el cielo!...»

Si se entregaba enteramente a las almas que Dios le enviaba, por su parte les exigía una sumisión tan completa como era posible, y ponía gran cuidado en hacer entender a sus penitentes los provechos que podrían sacar de esta obediencia filial:

«No puede usted permanecer en el error, si tiene fe en la obediencia y en la dirección que Jesús inspirará a quien haya usted confiado

su alma, y que a toda costa quiere *salvarla* con la suya propia. Concédame, pues, la obediencia, y usted tendrá la paz del alma: la obediencia es la *impecabilidad*».

Una de sus penitentes nos dice cómo era en el confesonario:

«No es ciertamente el amor encendido y delicado, que en el púlpito se derrama de su corazón y conmueve a los que le escuchan. Tampoco es la conversación afable y a la vez austera del religioso en sus relaciones con la sociedad. Es algo más fuerte en otro sentido, más austero aún, sin dejar de ser atractivo.

«El padre Hermann en el confesonario tiene palabra breve, concisa, de poder extraordinario, que da lo que pide o mejor lo que exige. Es una palabra *incisiva*, si así se puede expresar la profundidad de la impresión que causa a la parte más íntima del alma. El padre Hermann es *absoluto* como director, no pudiendo dirigir más que por el estrecho sendero de los *consejos* del Evangelio y teniendo como principio el de hacer morir a *todo* a las almas que se le entregan. En sus relaciones con ellas, raramente es afectuoso, más frecuentemente es breve, casi seco.

«Y, a pesar de todo, la dirección del padre Hermann tiene un encanto que tan sólo puede ser comprendido por los que lo han experimentado. Se siente tanto que es *padre*, en la acepción más completa de la palabra; se comprende tanto en él esta paternidad espiritual en su más íntimo y fuerte vínculo; se sabe tanto que su abnegación no tiene otros límites que los de su corazón, tan capaz de amar rectamente, que todo ello reunido engendra en las almas de sus hijos un amor espiritual que no se puede describir, y les inspira una confianza sin límites, filial abandono y profundo respeto, desprovisto totalmente de temor.

«Cuando se ha conocido una vez semejante dirección fuerte y austera, pero de tal modo paterna, se hace necesaria, y ninguna separación puede romper la unión entre el alma del padre con la del hijo. Hasta se hace imposible acostumbrarse a otra dirección espiritual» (*Mis Recuerdos*, manuscrito).

Una vez contaba riéndose que hallaban a veces su dirección severa, y que una de sus penitentes había llegado a compararlo con Conrado, el confesor de santa Isabel, el cual le pegaba a menudo:

«Padre, interrumpió entonces una persona que allí se encontraba, consentiría aún en que usted me diera de disciplinas. Pero bastonazos no, seguramente». A lo que dijo el Padre con voz emocionada: «¡Ah! Jesús fue azotado, y ésa es la razón por la que se aman tanto las disciplinas».

El padre Hermann asumió la dirección de personas de toda clase y condición, también de princesas y grandes señoras, que tenían a honra el obedecerle, pues el Padre sabía guiarlas hacia la cima de la perfección cristiana.

A una de ellas, joven e ilustre, le daba estos consejos de renuncia y humildad:

«Use usted del mundo como si no usara, es decir, sin aceptar interiormente el gusto o el placer de ello. Haga usted que el alma, la inteligencia y la memoria se le queden pegadas a la puerta del sagrario, desde el cual Jesús la mira. ¡Procure que el mundo, sin que usted parezca afectada o triste, adivine sin embargo qué *apartada* está usted de todo!...

«El camino de la oración es infalible para conducir a la perfección. Es en la oración donde se aprende a apartarse del mundo, a vivir como una desterrada que suspira por su patria. Lo importante es no aficionarse a las cosas del mundo, y precisamente el efecto de la oración diaria es desengañarnos del aliciente de todas estas cosas y encender en nosotros el deseo de *Jesús solo*. La afición a las cosas terrenas es incompatible con la posesión del Dios de amor. El Dios de amor es celoso de sí mismo, quiere reinar solo, quiere que amemos, nos aficionemos y deseemos a Él solo...

«Recuerdo que cuando me veía obligado a presentarme en sociedad, después de mi conversión, me apresuraba a dejar los salones tan pronto como la etiqueta y cortesía lo permitían. Salía como de un tormento, respirando con libertad, después de haber estado como ahogado por las servidumbres que el mundo exige e impone.

«Desde el punto de vista sobrenatural, la perfección consiste en estar completamente indiferente por el instante que Dios escogerá para nuestra muerte, en estar tan enamorados de la voluntad divina, tan *conformes* a ella y tan prendados del deseo de que se cumpla en

nosotros, que uno se sienta tan resignado a vivir aún cien años en este mundo, como dispuesto estaría a morir esta misma noche...

«Procure dar la menor importancia posible al tocado. Sea indiferente aun hasta al sentimiento del honor, a todo lo que pueda provocar la vanidad y el amor propio...

«Nuestro yo es demasiado poca cosa y cosa demasiado ruin para merecer que los demás se preocupen por nosotros. Nuestro Señor es tan hermoso y tiene tal atractivo, que es locura no tener puesta por completo y continuamente en Él nuestra consideración. ¡Píense en Jesús y no en usted, y Jesús pensará por usted! Cuando se vea asaltada por vacilaciones e incertidumbres acerca de lo que deba hacer, acuérdesse de Jesús, olvídesse de usted misma. Cuando se le presente una tentación de orgullo, medite en la humildad de Jesús, que se humilló hasta el punto de tomar la forma de un esclavo. Humíllese aún más que Él: estará usted en el sitio propio que le corresponde. Si el demonio quiere insinuarle el abandonarlo todo, piense en Jesús, en su belleza, en su dulzura, en su encanto, en su afabilidad, en su amor y bondad. Y entonces ya no tendrá usted más deseos de abandonar nada» (cartas de 1863).

El Padre insistía en la necesidad de ser sencillo, y de despreciar la elegancia en el vestir. Y no tenía en menos entrar en minuciosos detalles para enseñar el valor y la práctica de la humildad. Pero volvía con frecuencia a la necesidad de entregarse a Jesús y de abandonarse en todo a su santa voluntad.

La señora a quien se dirigía el Padre en las cartas extractadas, apreciada en la alta sociedad y felizmente acompañada por el esposo y los hijos, en un momento de debilidad le había expresado al Padre su temor a separarse de los suyos por la muerte. Y él no quiere en ella estos miedos:

«En lo que se refiere a la muerte, ésta le llegará cuando a Jesús le plazca. Será el instante de la liberación, de la cesación de las ofensas que cometemos. Será la hora de ver a Jesús, de precipitarse en su divino Corazón, ¡y teme usted esto! ¿No ama usted a Jesús más que a su marido y que a sus hijos? Si usted no ama a Jesús más que a éstos, no es digna de Jesús, y si, en efecto, lo ama más, debe, mediante la fe, considerar la muerte como el día de su verdadero matrimonio, en el que vendrá a hacerse esposa de Jesús por toda la eternidad».

La dirección que daba a las almas era, por lo demás, práctica bien adaptada.

«Debe usted ejecutar sus acciones ordinarias, escribe, con gran pureza de intención, ofreciendo cada una de ellas a Jesús, especialmente antes de empezarlas, y proponiéndose tan sólo cumplir con su santa voluntad, buscando así la perfección de su alma en las acciones ordinarias y comunes...

«Con respecto al bienestar de la vida exterior, con tal que no lo solicite y que no se aficione al mismo de corazón, usted no puede evitarlo porque no le ha venido por su voluntad, sino por conducto de la divina Providencia. Es preciso atravesar todo este lujo con *gran pureza* de corazón y de afecto, y dar rendidas gracias a quien la ha colmado así de bienes temporales».

Había recibido el padre Hermann el don de fortalecer a los débiles, y de apartar poco a poco, con suavidad, de sí mismos y del mundo a quienes Dios quería poseer por entero. Del mismo modo sabía devolver la esperanza a las personas torturadas por el desaliento.

Una vez se hallaba en Lión, cuando una religiosa, sor Magdalena, tentada desde hacía más de quince años por pensamientos de desesperación y que sufría la tentación de abandonar el convento, entró por casualidad en la iglesia del Carmen, y al ver al padre Hermann, que en aquel momento atravesaba, se siente vivamente llamada a confesarse con él. Poco después quedaba con el corazón lleno de una santa alegría, que nunca más ha perdido sirviendo a Dios.

En una carta a ella, quizá la última, el padre Herman le dice:

J. M. J.

PAX CHRISTI

«Montreux, 8 de noviembre de 1870

«¡Quien tiene a Jesús lo tiene todo!

«Mi querida hija en Jesucristo: He quedado muy contento al leer su carta y hondamente impresionado por el relato de los castigos que Dios ha infligido a los profanadores de nuestra iglesia del Monte Carmelo.

«Hace usted bien en permanecer en su puesto. ¡Cuántas almas puede usted salvar entre esos heridos y enfermos, sobre todo si continúa haciéndolo todo por el puro amor de nuestro bendito Jesús!

«¡Ah, qué bueno es! Ámelo, pues, con ardor, con pasión. Consumámonos enteramente por Él, como Él se sacrificó y como todavía se consume sin medida en la Eucaristía, en la sagrada comunión, donde se prodiga a nuestras almas con todos sus tesoros celestiales.

«¿Se acuerda usted qué feliz era yo cuando le daba la sagrada comunión? ¿Me será dado tener de nuevo este consuelo? ¿Volveré a ver a usted en esa iglesia del Carmen, en la que Jesús me designó a su alma para que la guiase hacia Él?

«Todo esto es posible para el amor tan bondadoso como eficaz de nuestro adorable maestro Jesús. Entre tanto, cada día amémoslo más que la vispera».

Con toda sencillez y abnegación atendía a las hijas del pueblo, y si tenía preferencias, era ante todo para ellas.

«Lo que más me ha conmovido y edificado en la persona del padre Hermann, decía una buena mujer de Lourdes, es su puntualidad en acudir al confesonario, quienquiera que fuese la persona que por él preguntaba y cualquiera que fuese la compañía en que se encontrara. Si alguna preferencia tenía, es de suponer que era para los humildes y para los pobres, ya que se le llamaba *el confesor de las criadas*».

Suscita vocaciones religiosas

¿Quién podría decir cuántas almas le deberán la salvación? En casi todas las ciudades en que predicó, convirtió a los pecadores, despertó a los tibios y suscitó numerosas vocaciones religiosas. Un religioso carmelita escribía después de la muerte del Padre:

«Él fue quien, hace más de trece años, me abrió las puertas del Carmelo, me iluminó respecto a mi vocación y me dijo, después de diez días de serias reflexiones: “Es en el Carmen donde Dios le quiere”. También esta vez su palabra se me grabó en el fondo del alma, y me ha sostenido en medio de innumerables tribulaciones».

Un joven perteneciente a una familia del sur de Francia, excelente músico, dotado de magnífica voz, quiso acompañar al padre Hermann y a los carmelitas en sus misiones. Con la belleza de sus cantos —muchas veces compuestos por el padre Hermann— atraía y emocionaba a la gente. Movido por la gracia, en la que el Padre sirvió sin duda de intermediario, este joven, a los treinta y cuatro años, abandonó la alta sociedad para abrazar la vida austera del Carmelo. Posteriormente, se ha mostrado digno de su maestro por la energía de su voluntad y la fidelidad a la Regla. Y su voz es más conmovedora que nunca cuando hace oír los acentos de la adoración y de la plegaria.

El día de su profesión el padre Hermann pronunció el sermón:

«Bien, hermano mío; si eres ambicioso, si tienes un corazón noble y generoso, si tu alma bien nacida tiene sed devoradora de algo grande, de alguna hazaña que exija heroísmo y abnegación, aquí tienes hermosa ocasión para ello. Mira el sacrificio de la cruz, el sacrificio de Jesucristo sobre el altar: tú puedes participar de él, puedes asociarte a él y reproducirlo en ti mismo. Así como los mártires renovaron con su muerte el sacrificio cruento de la cruz, así tú puedes ofrecer a Dios en tu persona lo que Jesucristo te ofrece cada mañana en el sacrificio incruento de la Eucaristía.

«Jesucristo ya no muere en la Eucaristía, *jam non moritur*. Pero, ¿por qué?: para poder inmolarse siempre. ¿Qué es la muerte? Es la separación del alma y del cuerpo. Ésta aconteció en la cruz, la misma acontece en el martirio de sangre; pero el martirio de sangre

dura tan sólo algunos instantes.

«En cambio, en el sacrificio de la Eucaristía y en el sacrificio de la profesión religiosa, el alma no se separa del cuerpo, sino que ambos se inmolan juntos y no se separan por cortante cuchilla para poder perpetuar la inmolación hasta el último día. No, decía Magdalena de Pazzis, no morir, sino siempre padecer. No, dice Jesucristo en la Eucaristía no más morir, sino inmolarme de nuevo cada mañana. No, dirás también tú luego: sería demasiado dulce para mí ver cortar el hilo de esta vida pasible para entrar en los gozos eternos de la vida gloriosa. No, quiero inmolarme como Jesús en cuerpo y alma, y por mis votos sagrados quiero hacer perpetua mi inmolación, irrevocable hasta el último día».

La fidelidad a los votos religiosos es verdaderamente, en efecto, el sacrificio del ser por entero, con todas sus facultades y aspiraciones.

«Así, pues, que el Señor te envíe su auxilio, dice al terminar, te guarde y te proteja desde el fondo del Sagrario. *Memor sit omnis sacrificii tui!* ¡Tenga Él presentes todos los sacrificios que vas a hacer! *Et holocaustum tuum pingue fiat!* ¡Y que el holocausto por el que tú mismo te ofreces sea abundante y fecundo en gracias de todas clases! *Tribuat tibi secundum cor tuum!* ¡Que el Señor te conceda lo que desea tu corazón! *Et omne consilium tuum confirmet!* ¡Y se digne fortalecer y confirmar para siempre tus más altas intenciones! *Impleat Dominus omnes petitiones tuas!* ¡El Señor se digne concederte todas tus peticiones!»

18

El apóstol de la Eucaristía

Apóstol de la Eucaristía

El padre Hermann tan sólo vivió para amar y hacer amar a la sagrada Eucaristía, a Jesús-Hostia, conforme se complacía en decir. Desde el día en que la gracia divina iluminó su alma haciéndole captar, en cierto modo sensiblemente, la presencia real de Jesucristo en el sacramento del Altar, no cesó de amar y de predicar a Cristo en la Eucaristía. Recién converso, fundó, como ya vimos, la Adoración Nocturna, admirablemente propagada y extendida. Ya en el Carmelo, siguió fomentando esa santa obra.

«No crea usted, escribía al día siguiente de su llegada al Carmen de Agen, no crea jamás, a pesar de las apariencias, que abandono esta santa obra. No; estoy aquí precisamente para mejor fundarla» (carta al conde de Cuers).

Y, efectivamente, trabajó poderosamente en su constitución definitiva y en su prodigiosa difusión, como consta, por ejemplo, en la obra publicada en París, en 1877, *La Obra de la Exposición y Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento en Francia y en el extranjero*.

Voto de predicar la Eucaristía

El padre Hermann no predicó ningún sermón sin hablar del misterio inefable de la Eucaristía, a lo que se había comprometido por un voto especial, al que fue siempre fiel. Todo lo referente al culto eucarístico le extasiaba y enajenaba completamente. Su gozo al erigir una nueva iglesia sólo podía compararse con su dolor cuando veía tratar las iglesias y lo sagrado sin respeto.

Llanto por la Eucaristía menospreciada

Cuando en 1859 fue a Wildbad, para responder a la última llamada de su padre, quedó vivamente impresionado cuando se le condujo a una especie de sala grande, que lo mismo servía para la celebración de los oficios católicos como para el culto protestante.

Después de haber celebrado la misa con mucho dolor y acrecentado amor, preguntó al cura en qué sitio reservaba las Formas consagradas. El pobre cura lo condujo tristemente a una casa vecina, le hizo subir al tercer piso, y allí, dentro de un armario vulgar, le descubrió el copón que encerraba el cuerpo de Jesucristo. Al ver esto, las lágrimas se escaparon en abundancia de los ojos del padre Hermann, se arrodilló, y así pasó varias horas llorando y orando, sin que se le pudiera consolar ni decidirle a que dejara aquel lugar.

El cura le enteró después de que la pobreza de los católicos no les permitía levantar un altar a su Dios. Al marcharse de la ciudad, el padre Hermann dio esperanzas al pobre sacerdote de que se pudiera elevar un nuevo templo a Jesús.

Una predicación en Ginebra

Algunas semanas después predicaba en Ginebra. Los fieles se estrujaban en torno del púlpito y no pocos aún recordaban al célebre y joven pianista. Allí les contó, con los ojos en lágrimas, lo que había visto en una ciudad de Alemania y en qué lugar había hallado a la adorable Eucaristía. Apenas había entrado en la sacristía, cuando una señora se le presenta y le dice:

«Padre, vuelvo de tomar las aguas y regreso a Francia con mi hijo; pero sus palabras me han conmovido. Sírvase indicarme la ciudad en que el Santísimo Sacramento se halla desprovisto de morada, pues yo soy rica, y con la gracia de Dios, creo que podré mandar construir una iglesia».

Feliz el Padre le dio todos los informes, y más tarde recibía carta del cura de Wildbad, en la que le anunciaba que su iglesia se estaba construyendo.

Enamorado de la Eucaristía

Lo que Jesucristo era en la Eucaristía para el Padre queda testimoniado en sus cartas:

«¡Viva Jesús-Hostia! ¡La sagrada Eucaristía sea para usted luz, calor, fuerza y vida!

«Quisiera que usted viviera de tal manera por la Eucaristía, que fuese ella quien moviese todos sus pensamientos, afectos, palabras y acciones; que ella le fuese faro, oráculo, modelo y perpetua ocupación. Quisiera que, del mismo modo que Magdalena derramaba lágrimas y perfumes sobre los divinos pies de Jesús, hiciera usted manar sin cesar al pie del sagrario el raudal de sus aspiraciones, oraciones, consagraciones y ofrendas.

«Quisiera que la Eucaristía fuese para su alma un hogar, una hoguera en que pudiera meterse, para salir nuevamente de ella inflamada de amor y generosidad, y que el altar de la Eucaristía en el que Jesús se inmola, recibiera sin cesar la ofrenda de sus sacrificios, y que usted misma en fin se convirtiera en víctima de amor y de caridad, cuyo perfume subiera en olor de suavidad hasta el trono del Eterno».

Y a su sobrina María cuando se preparaba para la primera comunión:

«Desde la última vez que te vi, estoy retirado al fondo de un Desierto, con el fin de pasar mis días y mis noches en incesantes diálogos con el Dios de la Eucaristía, de manera que, por así decirlo, se me pasa la vida entera al pie del Sagrario, sin que jamás sienta un instante de aburrimiento ni de cansancio» (Tarasteix 16-XII-1869).

«Tan sólo conozco un día que sea más hermoso que el de la primera comunión, escribía a otra joven, y es el día de la segunda comunión, y así sucesivamente» (27-III).

Y poco antes de su muerte:

«Quisiera comulgar a cada instante de la vida... No hay sino esto que sea bueno y tenga dulzura para el alma» (Montreux 10-X-1870).

«¡Ah, hermanos míos, os invito a todos a este banquete!, decía en uno de sus sermones. Desde que mis labios lo probaron, cualquier otro alimento me parece insípido. Jóvenes del mundo, conozco vuestros placeres engañosos, conozco vuestras lucidas reuniones, que brillan un instante y luego se empañan de mortal tristeza; conozco todo lo que perseguís, pues he saboreado todos vuestros gozos, y os lo certifico, os véis forzados a confesarme que no dejan tras ellos más que desengaño y cansancio.

«Sí, desde que sentí circular por mis venas la sangre del Rey de reyes, las grandezas todas de este mundo son *ridículas* para mí. Desde que Jesucristo vino a habitar en mi alma, vuestros palacios me parecen miserables cabañas. Desde que resolví buscar la luz en el sagrario, toda la sabiduría del mundo me resulta una locura patente. Desde que me siento a la mesa de las bodas del Cordero, me parecen envenenados vuestros festines. Desde que hallé este puerto de salvación, con dolor os considero en medio del océano azotados por multitud de tormentas, y tan sólo puedo hacer una cosa y es haceros señal con la mano para llamaros, para atraeros al puerto y guiaros hacia él...

«Ved que tengo derechos para ofrecirme como piloto, puesto que durante mucho tiempo he surcado los mares por los que navegáis, en ellos he aguantado muchos temporales, y me he visto tantas veces maltratado por los huracanes. Así pues, si queréis, os guiaré, con la ayuda de la estrella polar, y os mostraré el camino de la felicidad»...

Jesucristo es hoy la Eucaristía

Este amor abrasador a la Eucaristía era en el padre Hermann tan activo y dominante, que no podía dar durante mucho tiempo la sagrada comunión o llevar el Santísimo Sacramento sin experimentar una emoción tan viva y fuerte que se parecía a la embriaguez. Quedaba verdaderamente desfallecido, y experimentaba el mismo aturdimiento y debilidad que producen ordinariamente las violentas conmociones.

«¡Oh, Jesús! ¡Oh, Eucaristía, que en el desierto de esta vida me apareciste un día, que me revelaste la luz, la belleza y grandeza que posees! Cambiaste enteramente mi ser, supiste vencer en un instante a todos mis enemigos... Luego, atrayéndome con irresistible encanto, has despertado en mi alma un hambre devoradora por el pan de vida y en mi corazón has encendido una sed abrasadora por tu sangre divina...

«Después llegó el día en que te diste a mí. Aún me acuerdo de ello: el corazón me palpitaba y no me atrevía a respirar. Ordenaba a mis fibras que su estremecimiento fuese menos rápido, decía al pecho que latiera menos fuerte, por temor de turbar el dulce sueño que viniste a dormir en el interior de mi alma en este día afortunado.

«Y ahora que te poseo y que me has herido en el corazón, ¡ah!, deja que les diga lo que para mi alma eres...

«¡Jesucristo, hoy, es la sagrada Eucaristía! *Jesus Christus hodie* [+Heb 13,8]. ¿Es posible pronunciar esta palabra sin sentir en los labios una dulzura como de miel? ¿como un fuego ardiente en las venas? ¡La sagrada Eucaristía! El habla enmudece, y sólo el corazón posee el lenguaje secreto para expresarlo.

«¡Jesucristo en el día de hoy!...

«Hoy me siento débil... Necesito una fuerza que venga de arriba para sostenerme, y Jesús bajado del cielo se hace Eucaristía, es el pan de los fuertes.

«¡Hoy me hallo pobre!... Necesito un cobertizo para guarecerme, y Jesús se hace casa... Es la casa de Dios, es el pórtico del cielo, ¡es la Eucaristía!...

«Hoy tengo hambre y sed. Necesito alimento para saciar el espíritu y el corazón, y bebida para apagar el ardor de mi sed, y Jesús se hace trigo candeal, se hace vino de la Eucaristía: *Fruentum electorum et vinum germinans virgines* [trigo que alimenta a los jóvenes y vino que anima a las vírgenes: Zac 9,17].

«Hoy me siento enfermo... Necesito una medicina benéfica para curarme las llagas del alma, y Jesús se extiende como ungüento precioso sobre mi alma al entregármeme en la Eucaristía: *impinguasti in oleo caput meum; oleum effusum... oleo lætitiæ unxi eum... fundens oleum desuper* [Sal 22,5; 44,8; 88,21].

«Hoy necesito ofrecer a Dios un holocausto que le sea agradable, y Jesús se hace víctima, se hace Eucaristía.

«Hoy en fin me hallo perseguido, y Jesús se hace coraza para defenderme: *scutum meum et cornu salutis meae* [2Re 22,3 *Vulgata*]. Me hace temible al demonio.

«Hoy estoy extraviado, se me hace estrella; estoy desanimado, me alienta; estoy triste, me alegra; estoy solo, viene a morar conmigo hasta la consumación de los siglos; estoy en la ignorancia, me instruye y me ilumina; tengo frío, me calienta con un fuego penetrante. Pero, más que todo lo dicho, necesito amor, y ningún amor de la tierra había podido contentar mi corazón, y es entonces sobre todo cuando se hace Eucaristía, y me ama, y su amor me satisface, me sacia, me llena por entero, me absorbe y me sumerge en un océano de caridad y de embriaguez.

«Sí, ¡amo a Jesús, amo a la Eucaristía! ¡Oídlo, ecos; repetidlo a coro, montañas y valles! Decidlo otra vez conmigo: ¡Amo a la Eucaristía! Jesús hoy, es Jesús conmigo... Esta mañana, en el altar, ha venido, se me ha entregado, lo tengo, lo poseo, lo adoro, en mi mano se ha encarnado. ¡Felicidad soberana! Me embriaga, me enciende en hoguera abrasadora. ¡Es mi Emmanuel, es mi amor, es mi Eucaristía!»

La Eucaristía y la muerte

En un sermón sobre la muerte muestra cómo la sagrada Eucaristía es la prenda más poderosa contra los rigores de aquélla.

«Tengo un talismán, exclama, que abre las puertas todas de la divina misericordia. Conozco un río que nos dará paso para entrar en la tierra de promisión. Sé de una palmera que con su sombra nos cobijará y nos protegerá contra los ardores devoradores de esta expatriación terrestre; un manantial cuyas frescas aguas nos calmarán la sed en el desierto de esta vida; una estrella cuyos fulgores nos conducirán, como la nube de los israelitas, a través de los desiertos de nuestra existencia hasta el término del viaje; un rocío que el mismo Dios hace llover del cielo y que debe sostenernos por el largo camino que aún nos queda por recorrer. Sé de un árbol cuyo leño volverá dulces las aguas amargas que bebemos en esta tierra, y nos dará el goce anticipado de la celestial tierra de promisión; conozco una víctima inocente cuya ofrenda sube en olor de suavidad hacia el Dios de Abrahán... Y el talismán, el río, la palmera, la estrella, el celestial rocío, el holocausto de que hablo, ¡es la sagrada Eucaristía!

«¡La Eucaristía!! Reto a quienquiera, que me halle contra la muerte prenda más confortadora y tranquilizadora que la sagrada Eucaristía. ¡Por mí sé decir que no conozco ninguna! ¡Es una prenda que me basta y no quiero otra! El que ha dicho: “mi carne verdaderamente es comida, y el que de ella coma no morirá nunca”, dijo también: “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”. Y estas palabras no han fallado... Palabras en las que me apoyo para desafiar a la muerte. *O mors, ero mors tua*, había dicho el profeta [Os 13,14]. ¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está, pues, tu aguijón? [1Cor 15,55]. Ya no puedes nada contra mí. La Eucaristía me ha arrancado de tus manos. La Eucaristía me ha rescatado de tus garras. ¡Oh infierno! *Morsus tuus ero, o inferne!* [Os 13,14 *Vulg.*].»

Este amor a la Eucaristía se traslucía en todos los sermones del padre Hermann, en todas sus cartas, y hasta en sus conversaciones familiares. Un día, por ejemplo, le ofrecieron miel al terminar una comida, y dijo:

«No me gusta mucho, pero siempre la tomo por ser la imagen de la Eucaristía».

En otra ocasión se ensalzaban ante el Padre las obras de un autor protestante, haciéndose sin embargo algunas objeciones: «Es muy frío de expresión», decía. «¡Ah, Dios mío! ¿Y dónde quiere usted que haya adquirido el calor? Jamás ha comulgado», replicaba el Padre. Y como se insistiera diciéndole que era propio de su carácter, ya de sí reservado y frío, continuaba repitiendo: «¡Jamás ha comulgado!»

En 1870, poco antes de salir para Prusia para auxiliar a nuestros prisioneros, se hallaba cerca de Ginebra, en casa de una familia protestante convertida al catolicis-

mo. El Padre se sentía feliz en aquel hogar, y como se hablara de la muerte, él exclamó de pronto:

«¡Oh! En lo que me toca, preferiría morir hoy que no mañana, porque hoy he comulgado, y no estoy seguro de poder comulgar mañana».

María-Eustelle

Amaba a los santos y a las personas que habían tributado culto especial a la sagrada Eucaristía. Y vimos la alegría que sintió en Bélgica, visitando los lugares en que santa Juliana recibió la orden de que se instituyera la fiesta del Santísimo Sacramento. Sintió lo mismo en Saintes, al recuerdo de María-Eustelle [Harpain (1814-1842), laica, costurera], la piadosa joven que vivió y murió en olor de santidad, consumida de amor ante el sagrario.

«La introducción de la causa de la sierva de Dios María-Eustelle, escribía en 1869, es un acontecimiento que mis ardientes anhelos reclamaban desde hace mucho tiempo, y que me alegra y llena de consuelo.

«Fue en 1850, durante mi noviciado, cuando el padre Prior me puso entre las manos los escritos de esta enamorada de la Eucaristía, y cuantas más veces los leía, tanto más apreciaba la intensidad profundamente tierna con que María-Eustelle hablaba del misterio de amor, y por aquella intensidad se podía adivinar que tenía encerrado en el corazón un tesoro de amor aún mucho más grande de lo que ella podía expresar.

«Cuando más tarde hube de ejercer el ministerio sacerdotal, recomendaba con frecuencia la lectura de estas páginas inflamadas, y a quienes las daba a leer producían en sus almas el mismo efecto que en la mía, es decir, sincero y vivo deseo de obtener el acrecentamiento de la devoción a la sagrada Eucaristía, y de tomar parte en el amor tan suave como ardiente que María-Eustelle sentía por el adorable Sacramento.

«He ahí lo que he podido saber con respecto a la sierva de Dios. Por lo que a mí toca, la tenía por una santa y a menudo me informaba de los diocesanos de La Rochela si no se empezaba el proceso de su beatificación».

Lo que el Padre dijo de la venerable María-Eustelle podría decirse de él igualmente. En sus palabras se adivina que en su corazón se encierra un tesoro de amor más grande de lo que puede expresar.

«Jesús en el sacramento de su amor, escribe a su sobrina María, es el único objeto de mi vida, de las predicaciones que hago, de mis cantos y de mis afectos. Al misterio de la Eucaristía debo la felicidad de haber sido convertido a la verdadera fe, y de haber podido conducir a ella a tu tía, a tu primo Jorge y hasta a tu querido papá» (Londres 8-I-1867).

En Paray-le-Monial

Para conocer bien al padre Hermann, era necesario verlo en el altar, donde realmente se transformaba. Sólo se le podía comparar con el Cura de Ars (*Echo de Fourvières*).

Varias veces dio ejercicios espirituales en Paray-le-Monial. Y es que sentía predilección por estos lugares en que Jesús reveló a santa Margarita María de Alacoque las riquezas todas de su Corazón.

«¡Viva Jesús!, escribía a sor María Paulina. He pasado muy gratos días en Paray, en donde la Venerable me ha colmado de consuelos» (Carta 19-IX-1861).

Si las diferentes veces que estuvo en Paray-le-Monial fueron para él motivo de grandes consolaciones, también lo fue para las religiosas. En 1861 les dio ejercicios espirituales.

«Imposible relatar las impresiones que su palabra ardiente hacía sentir en el alma de sus oyentes, dice una circular dirigida al Instituto en 1862, sobre todo cuando se dirigía a Jesús, expuesto en el altar, a Jesús-Hostia, cuyo nombre sagrado repetía muy a menudo con encanto indefinible, y que hacía que se envidiara la felicidad de estar unido tan íntimamente como él al Corazón del divino Maestro».

Fue durante estos ejercicios, a la hora del recreo en el locutorio con el Padre, cuando una de las religiosas le preguntó lo que había sucedido en su primera misa.

«¡En mi primera misa!... ¡Oh, tan feliz de tocar a Jesús y de tenerlo en mis manos! Ese día recibí una impresión tan fuerte que desde entonces siempre he estado enfermo».

En 1866 predicó el triduo por la beatificación de Margarita María, y de ello nos escribe la superiora de Paray:

«A continuación, nos hizo el favor de darnos cinco días de retiro, con gran provecho de nuestras almas. Todas sus enseñanzas nos conducían y nos enlazaban invenciblemente a Jesús-Hostia. Era algo inspirado. En esta segunda visita nos pudimos dar cuenta fácilmente de los adelantos maravillosos por la senda de la santidad de esta alma eminente. Su humildad sobre todo nos pareció un verdadero prodigio. Y su ejemplo no nos aprovechó menos que sus maravillosas palabras».

El Niño Jesús

Sentía también predilección particular por el misterio de la infancia de Jesús, y una vez le escribía a sor María-Paulina:

«Deseo que el Niño Jesús le abraza de su amor de tal modo que le reduzca a cenizas el corazón. Este Niño tan bueno nos ha trastornado en verdad el juicio y nos ha vuelto *locos* por Él. Es un pequeño cazador hábil y astuto que nos ha prendido en sus redes y nos ha robado el corazón. ¡Ojalá no podamos nunca recuperarlo!»

«¡Seamos locos por el Niño Jesús! ¿No ha hecho Él acaso locuras por nosotros? Hagámoslas, pues, nosotros por Él». Y el padre Raimundo, su antiguo Maestro de novicios, escribía en 1874: «Su semblante radiaba de júbilo al solo nombre del Niño Jesús. Tenía la locura del amor de Jesús».

Sor María-Paulina

Se suele decir que los mejores de sus cánticos son sin duda los que compuso en honor del Santísimo Sacramento. Y refiriéndose a sor María-Paulina, confesaba el Padre:

«Debo en gran parte a la unción de sus himnos al Santísimo Sacramento la inspiración musical, que me ha permitido que se celebre por innumerables voces este misterio de amor» (Carta a la Superiora de la Visitación de Santa María, 8-XII-1863).

Y en la misma carta dice: «Recibí la noticia de la muerte de la muy venerada sor María-Paulina hacia fines del mes de agosto (creo el 29). Inmediatamente pedí permiso para poder aplicar desde la mañana siguiente el santo sacrificio de la Misa por el eterno descanso de su alma. Recuerdo que fue en el campo, en la rústica capillita de Nuestra Señora del Rastrojo (Notre-Dame-du-Chaume), en Collonges, cerca de Lión, en casa del señor Natividad Lemire. Allí celebré la citada misa. Llegado al *memento* de los difuntos, con todo corazón encomendé la querida alma a María. Luego, después de la Misa, durante la acción de gracias, quise rezar aún por ella, cuando de pronto la vi en espíritu, que se me mostraba con aire sonriente y animada de la más dulce paz. Sus facciones habían recobrado la gracia de la juventud. La vi bella y animada de santa alegría, y en el mismo instante tomó en mí cuerpo la convicción irresistible de que la Hermana poseía ya la felicidad y que se hallaba junto a su esposo Jesús. Y cada vez que he recordado su nombre en mis *mementos* por las almas del purgatorio, algo indecible me ha detenido siempre, diciéndome: “la Hermana no tiene necesidad de tus plegarias”.

«Lejos de tener la pretensión de dar a esto el carácter de una revelación, lo he narrado sólo para que sirva de consuelo a las Hijas de san Francisco de Sales y de santa Chantal, que se servirán encomendarme a sus santos fundadores».

19

Devoción del padre Hermann a la Santísima Virgen, a los santos y al Papa

Religioso de María y sacerdote de Jesús

Al empezar la predicación de un mes de María el padre Hermann decía:

«¡Que los nombres de Jesús y María sean benditos para siempre! Jesús y María me han atraído hacia sí. María me ha conducido a Jesús, María me ha dado a Jesús. ¡Ella me ha dado la Eucaristía, y la Eucaristía me ha enajenado el corazón, y la Eucaristía ha proyectado dentro de mí un atractivo tan maravilloso que no he querido vivir más que para Jesús y María, y a Jesús me di en la Orden de María, y así me hice religioso de María y sacerdote de Jesús».

Y en el encabezamiento de los sermones que había bosquejado para este tiempo en honor de la Santísima Virgen, había escrito:

«¡Mes de María, mes de las flores, mes de gracias, mes de bendiciones, mes de mi conversión, yo te saludo!»

Igualmente le gustaba recordar que su hermana, sobrino y hermano habían sido tocados por la gracia precisamente durante el mes de María, y ya hemos dicho que desde el principio había hecho voto de dedicar a María sus primeros cánticos religiosos. Ya se sabe cómo cumplió su promesa.

Nuestra Señora de Lourdes

Tenía gran devoción a Nuestra Señora de La Salette [aparecida en 1846], y fue uno de los primeros peregrinos a la gruta de Lourdes [aparecida en 1858, de febrero a julio]. Era hacia fines de 1858, y entonces únicamente se hablaba de las apariciones de la Santísima Virgen a la pastorcilla Bernadette. La multitud empezaba ya a acudir, y la autoridad local, neciamente preocupada por este movimiento religioso y pacífico, había creído conveniente tomar medidas represivas. El gobierno mismo había dado órdenes para que se impidiera a los fieles la entrada a la gruta. Dificultando, o mejor, suprimiendo la libertad de la oración, estos ciegos se imaginaban detener la poderosa intervención de la Santísima Virgen y poner trabas a su obra. Era el medio más seguro para llamar la atención general hacia ese rincón de la tierra, perdido en los Pirineos, teatro de las manifestaciones misericordiosas de la Virgen Inmaculada, Madre de Dios.

El padre Hermann no se detuvo por semejantes embrollos policíacos: partió de Tarasteix en el mes de octubre, acompañado del cura Roziès, para reconocer los favores de María sobre el terreno mismo.

«Llegamos a Lourdes, relata el párroco de Tarasteix, hacia las siete de la noche. El buen párroco Peyramale nos dio hospitalidad, y se tomó la molestia de visitar al señor alcalde para solicitarle que nos otorgase su venia para ir a la gruta. Nos la concedió, aunque tímidamente, a condición de que fuéramos al manantial antes del alba.

«Después de haber celebrado misa a las tres de la madrugada, nos pusimos en camino acompañados del doctor Dazes, que había levantado acta de varios milagros allí ocurridos desde hacía más de un

mes. Llegamos a la gruta al despuntar el día, pero nos encontramos con peregrinos que de ella ya volvían, rezando piadosamente el rosario por el camino y llevándose consigo cántaros y jarras de agua.

«Desde hacía un mes padecía una neuralgia que me tomaba todo el lado derecho de la cabeza, y el padre Hermann padecía así mismo un dolor en la región del corazón. Primero oramos, luego nos lavamos y nuestros dolores desaparecieron.

«Al padre Hermann le sucedió una cosa muy extraña. Al bajarse para beber en el manantial de la gruta, se le cayó el breviario en el charco. Una mujer se apresuró a agacharse para sacar del agua el libro sumergido, y con no menor prisa, el Padre miró si las hojas se habían mojado. Entre las estampas tenía una muy hermosa de la Santísima Virgen, y suponía que la hallaría estropeada por el agua. ¡Qué sorpresa al abrir el breviario! No solamente la imagen de María no había sufrido daño alguno, sino que la parte en colores del apreciado grabado había quedado impresa en la página blanca del breviario, dando una copia perfectamente semejante al original, con la finura del dibujo y la brillantez del colorido. Alborozado y agradecido en extremo, el Padre exclamó: “¡Santísima Virgen, qué favor más señalado me haces: en lugar de una imagen tuya, me das dos!

«Los circunstantes fueron testigos del hecho, que, sin ser milagroso, nos pareció no obstante digno de atención. Entón entonces el *Magnificat*, y todos los presentes lo cantaron con nosotros. Luego cantamos las letanías de la Santísima Virgen y el cántico del padre Hermann: *Lo he jurado, pertenezco a María*.

«Con todo esto, los que nos rodeaban habían ido aumentando; a pesar de la vigilancia de la policía y de los obstáculos que ponía a cualquier reunión, cerca de doscientas personas se encontraban allí con nosotros.

«Regresamos luego a la aldea para ver e interrogar a las personas que habían recibido favores de la Santísima Virgen. Entre ellas vimos a un pobre hombre que, a consecuencia de la pérdida de un ojo, había experimentado atroces dolores. Durante dos años había padecido dichos dolores, cuando se sintió curado al lavarse con el agua de la gruta. “Desde entonces, nos dijo, voy con frecuencia a rezar a la bendita Virgen, y cada domingo, al atardecer, voy con mi mujer. Hace unos días oí salir de la abertura de la gruta unos sonidos de campana tan melodiosos que no tengo palabras para darles una idea de ello”.

«El padre Hermann le respondió proféticamente: “Esto quiere decir, amigo mío, que dentro de poco se construirá una iglesia en este sitio, a la que el padre Hermann vendrá a celebrar misa”. – “Dios le oiga, Padre; y ese día me confesaré con usted”.

«Entre tanto, nuestra llegada se había divulgado rápidamente por toda la aldehuela, y a nuestro regreso a la casa parroquial, nos encontramos con varios grupos de personas distribuidas a nuestro paso, y el Padre no pudo abstenerse de dirigirles la palabra: “Pueblo de Lourdes, les dijo, la Santísima Virgen ha hecho grandes cosas en vuestra ciudad. Mucho he viajado, y permitidme que os diga que en ninguna parte he hallado una iglesia que ostente, tanto como la vuestra, testimonios de una grande devoción a la Santísima Virgen. En efecto, en vuestra pequeña basílica no hay un solo altar que no represente algún misterio de la vida de la Madre de Dios. Habéis recibido una gracia grande, y podéis dar por seguro que recibiréis otras, mayores aún, si sois fieles».

«Después de haber conversado largo y tendido con Bernadette, regresamos a Tarasteix, completamente convencidos de la verdad de las apariciones y de los milagros» (Carta del Rv. Roziès, 2-X-1874).

Como sabemos, el padre Hermann no se olvidó de Lourdes, y toda la vida conservó un profundo agradecimiento a la Virgen bendita, que de manera tan admirable había manifestado su poder. Estando en Londres, escribía para que se le enviara agua de la gruta y se interesaba por la joven Bernadette.

«No quiero dejar pasar la octava de la Inmaculada Concepción, escribía desde Londres en 1862, sin encomendarme a Nuestra Señora de Lourdes. Estoy siempre ávido de oír y saber lo que ocurre en el lugar santo que María ha escogido. Es de gran satisfacción para mí enterarme de que la joven Bernadette se mantiene en la piedad y la humildad. Es tan peligroso ser objeto de la atención del público, que nunca se tendrá bastante cuidado para mantenerla en la humildad y la sencillez». Y le envía su bendición. Cuatro años

más tarde, escribe a la misma persona: «Me alegro de que Bernadette se haya hecho religiosa. La querida niña estará así a cubierto de muchos peligros» (Londres 15-IX-1866).

Devoción a María en Inglaterra

El padre Hermann hizo cuanto pudo en Inglaterra para acrecentar la devoción a la Santísima Virgen. Cuando da cuenta de estos progresos, él procura pasar inadvertido, y atribuye toda la gloria de ello al cardenal Wiseman y a los Padres jesuitas. Pero sus palabras traicionan su intento.

«Afligidos por leyes represivas y odiosas, y respirando tan sólo una atmósfera anticatólica, los hijos de la Iglesia, no obstante permanecer fieles a la fe, no se habían atrevido a entregar sus almas a las dulces expresiones de la devoción cristiana. Y aun después de la emancipación, su devoción a la sagrada Eucaristía, a la Santísima Virgen y al Vicario de Jesucristo se reprimía todavía por el temor a las burlas de la herejía. Todavía se ignoraba en Inglaterra lo que era la comunión frecuente.

«El miedo era aún mayor, si cabe, en lo que se refiere a la devoción hacia la excelsa Madre de Dios... Claro está que los católicos amaban a María, y rezaban a María, pero no se atrevían a hablar de ella... Hace veinte años no se veía ni una sola imagen de la Santísima Virgen en las iglesias católicas de Inglaterra. Un respetable canónigo de Westminster me ha asegurado que en la misma época, para tener unos rosarios, era necesario encargarlos en Francia, y que un día de la Asunción, habiendo predicado su Eminencia el cardenal Wiseman, joven sacerdote a la sazón, sobre las grandezas de María, recibió al bajar del púlpito el parabién de un sacerdote extranjero, que le dijo: “¡Ya es hora de que oiga en este país un sermón sobre la Santísima Virgen! Usted es el único que trata semejante tema”. Ciertamente, se había formado como una especie de acuerdo tácito para no hablar en el púlpito acerca de la Santísima Virgen...

«Hoy día, ¡qué diferencia! ¡Y qué júbilo, señores, para un religioso de la Orden de María, poderos decir: “Esperemos, ya que no sólo la fe hace cada día nuevas conquistas en Inglaterra, sino que al mismo tiempo el reino de María –el imperio tan dulce de su devoción– se extiende en esta tierra llamada en otro tiempo «feudo de María»!... Este progreso es tanto más importante cuanto que la devoción protege a la fe cristiana del mismo modo que un cerco de baluartes defiende a una ciudadela: si los muros exteriores son derribados, la fortaleza caerá fácilmente en poder del enemigo.

«Ahora bien; esta afortunada mejoría hay que datarla en los años en que el cardenal Wiseman tomó en sus manos las riendas del movimiento católico. Y también contribuyeron mucho a ello los padres jesuitas.

«Actualmente, señores, si por un lado el apostolado en Inglaterra cubre de sudores la frente del sacerdote, por otro también le acerca a los labios la copa de la alegría. He aquí una de las glorias de la Compañía de Jesús: haberse mantenido firme en esta tierra cuando ya no quedaban casi más sacerdotes para exterminar; haber salvado y conservado, bajo las cenizas a que la persecución había reducido al catolicismo, algunas chispas de la fe en este infortunado país. Sí, ¡honor a estos valientes soldados de Cristo! Durante dos siglos, bajo la amenaza de penas rigurosas, cuando los católicos dispuestos no podían contar cien sacerdotes en toda Inglaterra, en este número había más de cincuenta que eran jesuitas.

«El actual establecimiento en Londres de padres de la Compañía data de 1845. Inmediatamente erigieron en la capilla una imagen de la Inmaculada Concepción.

«Poco tiempo después, de trece diócesis creadas para el restablecimiento de la jerarquía, doce fueron colocadas bajo la advocación de la Madre de Dios. Actualmente el mes de María se celebra en todas las iglesias católicas. La piedad de los fieles ha visto reaparecer cofradías del rosario, del santo escapulario y del Sagrado Corazón de María.

«Sé muy bien que algunos quisieran, a causa del carácter naturalmente más frío de la nación inglesa, aconsejar a los católicos cierta reserva en su devoción a María..., como si fuese otra en lugar de María quien debiera aplastar todas las herejías..., como si hubiese algún peligro en excederse en lo que Dios mismo se excedió... Ya que, en resumidas cuentas, ¿el amor de los católicos por María podrá jamás elevarse hasta darle gloria tan sublime como aquella en que Dios la ha colocado?

«Es como si, para no citar más que la devoción al santo escapulario, ésta pudiera ser inconveniente en Inglaterra, cuando precisamente éste es el país al que la Santísima Virgen trajo del cielo esta prenda de salvación, y la dio a un santo, no de nación italiana o española, sino a un religioso que era inglés por su nacimiento, por sus obras, por su misión y elección. Señores, en opinión mía, la elección de Inglaterra como teatro de esta revelación, y el haber escogido a un inglés, a san Simón Stock, como depositario de la promesa unida al escapulario, es signo de la futura conversión de dicha nación»...

El padre Faber

Sigue diciendo el padre Hermann:

«¡Ah! El padre Faber* no hubiera seguramente recomendado semejantes precauciones... Que mi palabra y mi corazón le rindan aquí tributo de alabanza, de admiración y de pesar. El padre Faber, que fue el más grande escritor ascético de nuestro siglo, el padre Faber, que fundó el célebre Oratorio de san Felipe en Londres, y cuya muerte prematura deja un vacío *inmenso* en el clero de Inglaterra, escribió como testamento a los católicos las últimas palabras siguientes: “Si los herejes no se convierten, es porque no se predica bastante de la Santísima Virgen. Jesús no es amado, porque se deja a *María* en la sombra”.

*[Frederic-William Faber (1814-1863), oratoriano inglés, propagador en Inglaterra de la espiritualidad mariana de san Luis María Grignon de Montfort (1673-1716)].

«Su último grito, su canto de cisne, fue exhortar a los sacerdotes a que propagasen la devoción a la Madre de Dios, como medio eficaz de salvación y conversión de los herejes (cf. *El Catolicismo en Inglaterra*). “Se diría, exclamaba un día, que María pone sitio a Londres, pues ha rodeado la ciudad con un muralla de conventos”. Repetía con frecuencia: “Santa Teresa vino a ser tan grande santa, porque desde los doce años escogió por madre a la Santísima Virgen”».

Devoción del padre Hermann a María

Un día le preguntaban al Padre si no tenía la sensibilidad embotada ante tantas demostraciones de adhesión entusiasta a su persona y a sus obras:

«De ningún modo, decía; siempre me conmueven. Además, las ofrezco todas a la Santísima Virgen. Se lo doy todo, hasta mis comuniones, ya que siempre le invito a que venga a recibir a Jesús en mí».

Otro día exclamaba en un sermón:

«¡Oh María, si me das la Eucaristía, es cosa hecha! ¡Adiós, madre de este mundo, ya no eres mi madre! Mi madre verdadera es la que me une a Dios, la que me da Dios. A ella debo seguir en lo sucesivo, y puesto que tú no quieres despertar [a la fe], puesto que persistes en dormir, puesto que sigues cerrando los oídos a la voz que me ha despertado de un sueño mucho más mortal que el tuyo, adiós, pues, pobre madre mía, adiós; parto para la tierra del Carmelo, en donde corren a raudales la leche y la miel más suaves. Allí rogaré a mi Madre del Amor Hermoso por ti. Adiós, ya no tengo otra madre más que la Madre de la Eucaristía. Y no me acuses de tener mal corazón; el corazón lo reservo para amar a mi Jesús en la Eucaristía, y para amar a María que me lo ha dado».

«¡Sí, amo a María!... He resuelto escogerla como compañera de mi vida, como arca de mi alianza, como puerta de mi cielo, como consuelo de mis aflicciones... Pero... ¡madre mía del cielo!, no olvides que por ti he dejado también una madre que, como tú, es hija de Jacob, y es también de tu familia. ¡Ah, me la devolverás, tendrás piedad de ella, no puedes abandonarla!»

Devoción a san José

Ya sabemos la entera confianza que el Padre Hermann tenía en san José, a quien había nombrado como procurador suyo en todas las fundaciones que había emprendido, y aun antes de que fuera religioso, más de una vez le encargó que le pagara las deudas. Nunca acudió en vano al gran proveedor de la Sagrada Familia de Nazaret, y en más de una necesidad experimentó la verdad de esta frase de la santa Reformadora del Carmelo: «no me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer» [Vida 6,6].

Tenía además una excelente norma para obtener de san José todo lo que quisiera. Consistía en no rehusar nada de lo que se le pidiera en nombre de san José y por amor suyo.

Una vez el padre Hermann llegó a Cérons, en la Gironde, cuando uno de sus hermanos carmelitas, el padre Carlos, terminaba una misión. Se le invitó a que asistiera a la ceremonia de clausura, lo que se apresuró a aceptar. Pero el párroco quería además que predicase. El padre Hermann no aceptó, a pesar de la insistencia de la petición. Comentó el párroco su contrariedad al padre Carlos, y éste le dijo:

«No se desanime y renueve la petición en nombre de san José. Ya verá usted cómo no se lo niega».

En efecto, presentada la petición en el nombre de san José, fue aceptada por el padre Hermann de inmediato.

El santo Patriarca no rehusaba igualmente nada a su devoto amigo, y cada año, el día de su fiesta, le daba la alegría de acercarle algún gran pecador, hasta entonces rebelde a todas las invitaciones de la gracia.

Amor a los santos

Podemos juzgar de su devoción a santa Teresa y a san Juan de la Cruz por su asiduidad en leer sus escritos, en citarlos en sus sermones y en imitarlos en su conducta.

También veneraba con especial culto a san Francisco de Sales y a santa Juana de Chantal, cuyos escritos le gustaba leer, y estaba maravillado del método de oración dado a sus hijas por la venerable fundadora de la Visitación. Varias veces declara haber recibido grandes gracias por la intercesión de estos dos santos, y firmó la petición dirigida en 1869 al santo Padre para declarar a san Francisco de Sales Doctor de la Iglesia.

Defensa de los Estados Pontificios

Una de las recomendaciones más insistentes de santa Teresa a sus hijas era: «¡Amad a la Iglesia! ¡Amad a la Iglesia!». Y el padre Hermann, en más de una ocasión, demostró que era digno hijo de la virgen de Ávila.

No sólo sufrió con todos los católicos al ver la guerra hipócrita y terrible hecha al Papa por las sociedades secretas, de las que eran cómplices los gobiernos inglés, francés y piemontés, sino que también tomó parte en el combate y la resistencia. En 1859, después de la guerra de Italia, cuyos resultados fueron funestos para la Santa Sede, estando el padre Hermann en Lión, se fundó bajo su inspiración

«el *Comité de san Pedro para la defensa de la Santa Sede*, que luego se extendió a París y a Marsella, que dirigió el célebre mensaje de unos cien mil lioneses al Santo Padre para la defensa de su poder temporal, que contribuyó tanto a la gloria de los mártires de Castelfidardo, y que no ha cesado de enviar a Roma valientes defensores para la Santa Sede y considerables limosnas para el dinero de san Pedro».

Un 22 de enero –la carta no lleva el año de la fecha– desde Lión escribía a su amigo De Cuers:

«Hemos logrado formar en París, como en Lión, un *Comité de san Pedro para la defensa de la Santa Sede*. También hemos establecido la misma obra en Burdeos. El Comité se ocupa activamente en repartir en gran número los mensajes al Santo Padre, oraciones en favor de la Iglesia, folletos en favor de los derechos de la Santa Sede, etc.»

El 10 de noviembre de 1860, predicó en Aviñón en una misa de acción de gracias por cinco jóvenes de la ciudad que se habían salvado de la matanza de Castelfidardo*.

*[En esta población, próxima a Ancona, el 18 de septiembre de 1860, las tropas pontificias sufrieron una gran derrota ante las fuerzas piemontesas].

Y predicó con tan gran elocuencia, que se le pidió que escribiera su improvisación.

«Quiero, decía, que se devuelva a Jesucristo lo que es de Jesucristo, lo que pertenece a doscientos millones de católicos, el dominio de la Iglesia, la herencia de Pedro. Y quisiera que en mi lugar pudiera surgir otro monje de mejores tiempos, un monje bastante esclarecido en santidad, para lanzar el Occidente entero [en Cruzada] contra el Oriente*; un monje que no sólo os dijera que tiene hambre y sed de justicia, que quiere que se devuelva la independencia y el reino al Rey-Pontífice despojado; que no sólo os dijera que todos los verdaderos católicos lo quieren y lo piden, sino que con su voz, que echara llamas de amor por Jesucristo, os dijera: “¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!” Y el éxito sería seguro.

*[En esta alusión a las Cruzadas, Hermann parece referirse a la Primera, predicada en 1095 por Urbano II, monje cluniacense, en el Concilio de Clermont, al grito de «¡Dios lo quiere!»; pero podría aludir a la Segunda, predicada por el monje cisterciense san Bernardo, en Vézelay, en la Pascua de 1146].

«Y si aquellos reyes cristianísimos, que se llamaron Pipino, Carlomagno, san Luis, volvieran a vuestra católica ciudad y se encontraran con los cinco héroes de Castelfidardo, exclamarían como Clodoveo: “¡Ah, qué desgracia que no me hallara allí con mis francos!”».

Ante el entusiasmo católico levantado en Francia, el gobierno trató de apagarlo, mandó vigilar al clero, tomó medidas rigurosas y humillantes acerca del episcopado, sujetó a previa censura las pastorales de los obispos a sus diocesanos, y amenazó a los predicadores que aludieran a los acontecimientos políticos de Italia. El sermón pronunciado en Aviñón llamó, pues, la atención del gobierno sobre el padre Hermann; pero éste no era hombre que retrocediera ante lo que entendía ser su deber.

En efecto, hallándose en París algún tiempo después, fue invitado a predicar en San Sulpicio. Hallándose tan cerca del gobierno, no quiso callar sobre la situación creada al Santo Padre por el gobierno italiano, alentado, como más tarde se ha comprobado, por el mismo Napoleón III, que tomó parte activa en las anexiones italianas. Habló, pues, del dolor de los católicos y del deber que tenían de acudir en ayuda del poder temporal del Papado, violentamente atacado. Al día siguiente, una persona, con la mejor intención, se permitía recomendarle prudencia:

«Hará usted que le prohíban predicar. Por el bien de las almas ¿no sería quizás mejor evitar tal extremo? –Perfectamente, le respondió el Padre: entonces me callaré. Pero nada entre tanto me impedirá que diga lo que debo decir».

Afecto a Pío IX

Tenía gran afecto por Pío IX. Cinco veces fue a Roma, y siempre tuvo la dicha de visitarle. Ya carmelita, asistió a una misa del Papa, y de él recibió la comunión.

«Viendo la santa Hostia en las manos del Vicario de Jesucristo, contaba más tarde, no pude menos de comparar mi comunión a la de los apóstoles, en la última Cena».

«En febrero de 1860, contaba en uno de sus sermones, estaba arrodillado en el Vaticano ante Pío IX, que tenía la Hostia santa en las manos. Había deseado comulgar de sus manos para tener aún mayor seguridad de estar por completo en comunión con la Iglesia de Jesucristo, y aspiraba con todas las fuerzas de mi amor a ese Pan, viático del caminante. Hubiera querido hacer un acto de amor inmenso, que pudiera desagraviarle de todos los ultrajes con que se le agobia, y mi fe contemplaba a Jesucristo, invisible en su sacramento y moralmente visible en su Vicario. Y entonces pensé que no era precisamente la Hostia a la que llenaban de amargura, sino más bien al augusto Pontífice, que me la ofrecía como alimento. Era a él a quien ahora saciaban de oprobios y a quien abrumaban con las más sangrientas injurias. Y a cambio de todas las ingratitudes de que era víctima, él echaba sobre Jesús-Hostia una ardiente mirada de amor, de amor por Jesús mismo, de amor por los que le insultaban: acababa de recitar en la santa misa una oración especial por sus enemigos».

Amor a la Iglesia

En 1862 tuvo el gran gozo de predicar en nuestra iglesia nacional de San Luis de los franceses, y de hacer en la misma Roma, al pie de la Cátedra de san Pedro, la siguiente confesión de amor y sumisión:

«Sí, yo también he venido a Roma para unir mi voz a este concierto magnífico, inmenso, que proclama los derechos de Jesucristo. También yo he venido a Roma para ver a Jesucristo, para contemplarlo en las facciones de su Vicario y para admirar las hermosas facciones de su Esposa, la santa Iglesia. También yo he deseado oír las católicas armonías del Verbo, que salen por la boca de Pedro, porque es a Pedro a quien el Señor dijo: “Quien te escucha, a mí me escucha”. He escuchado y he oído, y mis rodillas se han hincado bajo la dulce bendición de Jesucristo, hecho visible en la persona de su muy amado Pontífice».

Concilio Vaticano I

Acogió con alegría la noticia de la convocatoria del concilio del Vaticano, y pensaba que sería de gran provecho para la misma sociedad civil, que desde hacía tanto tiempo se había salido del camino que hace grandes, fuertes y felices a los pueblos. Sintió por eso gran dolor por las divisiones surgidas entre ciertos católicos, cuando estaba a punto de abrirse el concilio*.

*[Alude a las disputas que hubo en torno a la conveniencia de definir dogmáticamente en el Vaticano I la infalibilidad pontificia. En apoyo de ésta, el 30 de mayo de 1870, monseñor Ephrem Garrelon, carmelita, obispo de Némesis (Chipre), leyó en el aula conciliar un notable escrito del P. Domingo de San José, Superior General de los Carmelitas, reconocido teólogo y canonista. Causó gran impresión entre los Padres].

No cesaba de ofrecer a Dios penitencias y oraciones, a fin de que Dios iluminase a todas las inteligencias, reuniera a todos los fieles alrededor del Santo Padre, de modo que brillara finalmente la unidad que en la tierra constituye la mayor fuerza y belleza de la Iglesia. Así lo expresaba en una carta al señor De Benque (Tarasteix 5-XII-1869):

«Los hijos de santa Teresa tienen un puesto señalado para contribuir al bien general del Concilio mediante una vida de inmolación. Santa Teresa dice que debemos, por nuestras oraciones y esfuerzos hacia la perfección, *sostener* las columnas de la Iglesia y obtener de Dios luces y fuerzas para los defensores de la fe [*Camino Perf.* 1,2]. Usted ve, pues, que sin ir a Roma podemos los dos tomar parte en la obra del Concilio ante Nuestro Señor, y que si con pureza de corazón nos ofrecemos a Dios llenos de ardiente caridad, prestaremos más servicios a la Iglesia que ciertos prelados inoportunos, que se hallan no lejos de usted y que parecen querer enseñar con antelación a los Padres conciliares lo que deben decir. Aquí recibo raramente noticias de fuera. Sin embargo, he sabido algo de la agitación que se ha querido crear en vísperas de la apertura del concilio».

Virtudes del padre Hermann

El testimonio de un religioso

Un carmelita compañero del padre Hermann, en una carta del 14 de octubre de 1874, decía de él: «Creo que poseía todas las virtudes en grado sublime, y aun diré heroico».

Es lo que en nuestro relato hemos podido comprobar una y otra vez. La conversión lo transformó verdaderamente. Siempre lo hemos visto adelantar a pasos decididos por la senda de la perfección cristiana y religiosa. La fe que tenía le hizo vencer todos los obstáculos. La esperanza de los bienes futuros le dio ánimo para considerar como lo merecían los bienes y honores terrenos. Y todos los abandonó para tener a Jesús, cuyo amor le consumía el alma.

Oración

Ya recién converso, se unía a Dios por la oración. En el diario que cada noche escribía a toda prisa, vemos cómo se las arreglaba para tener tiempo de hacer oración dos veces al día. Es en esta oración constante y fervorosa, en la que desde un principio halló la energía necesaria para mostrarse después de su conversión ante sus amigos sin afectación y sin ningún respeto humano, como un verdadero discípulo de Jesucristo. Este amor por la oración siempre en él fue creciente. El Prior de Tarasteix en una carta (14-X-1874) afirma:

«Su oración era generalmente muy alta, y también tuvo algunos éxtasis, según un día me confesó. Pero especialmente su amor por Jesús divina Hostia era incomparable. Con frecuencia se pasaba horas enteras ante el Santísimo Sacramento en continuo arrobamiento de amor, y en tales momentos Jesús comunicaba a su espíritu luces extraordinarias y grandes gozos a su alma».

Virtudes

Al enterarse una persona de que se iba a publicar la vida del padre Herman, escribía en una carta (Lourdes 28-X-1874):

«Me alegro infinito de que se publiquen las virtudes de este santo Padre; pero Dios sólo puede saber hasta qué punto era perfecto. Me parece que los que vivieron en su intimidad tendrían un trabajo impropio para hallarle un defecto».

Obediencia

Un antiguo carmelita, el padre Pedro de la Madre de Dios, en la obra *Flores del Carmelo de Francia* (cap. 6, edición 1670), escribía:

«Acerca de la obediencia, los religiosos Carmelitas Descalzos no quisieran hacer la menor cosa sin licencia de los superiores, ni recibir una carta sin mostrarla, ni beber un vaso de agua fresca sin pedirlo –aunque no es costumbre refrescarse, fuera de la hora reglamentaria, ni aun en los más fuertes calores del verano–; ni tomar una hoja de papel o pluma para escribir, o cualquiera otra cosa para su uso, sin antes haberlo pedido al reverendo Padre Superior».

El padre Hermann cumplía todos esos puntos de la regla con ejemplar fidelidad. Uno de sus antiguos Priors escribe:

«Muy digna de admiración en su vida fue la obediencia. En todos sus proyectos tenía las intenciones más puras. Su lema era: ¡todo por Jesús!»

Ya en los primeros días del noviciado le escribía a su amigo Cuers:

«La obediencia será siempre mi virtud favorita, porque ella es la guía más segura para hacer la voluntad de Dios... Es esta virtud la que debe hacernos infalibles».

El religioso ve a Dios en la persona de su superior, y a Dios consagra esta sumisión, tan penosa a veces a la naturaleza humana. El padre Hermann, cuyos trabajos apostólicos habían tenido tanta resonancia, que había fundado varios conventos, que era escuchado en sociedad y consultado como un oráculo, obedecía con la puntualidad de un novicio. En el santo Desierto, era respetuoso para con sus superiores, obedeciendo como si hubiera sido el último de los hermanos. Tenemos el testimonio de un carmelita, llamado por la Orden a una alta función:

«Más tarde, como sucede en religión, uno de sus antiguos novicios fue elegido provincial suyo. El padre Agustín, cuya fe no veía más que a Dios en la persona de sus superiores, rodeaba a dicho provincial de las demostraciones del más profundo respeto, se arrodillaba a sus pies para comunicarle lo que pensaba y aceptaba sus palabras como oráculos del cielo».

Hemos citado varias veces extractos del manuscrito que hemos intitulado sus *Confesiones*. Las escribió en los primeros meses de 1851, y el manuscrito tiene por título únicamente esta sencilla palabra: *Obediencia*.

Humildad

Tan perfecta obediencia procedía de una fe viva, pero también de una profunda humildad. Un día, conversaba con algunas personas sobre el cielo y la felicidad que en él se gozaría.

«Rueguen ustedes para que yo vaya», dijo a los que le rodeaban. «Nos reímos al oírlo», refiere un testigo de la conversación. «¡Ah!, replicó el Padre, cada vez que tomo el tren siento qué lejos estoy de estar preparado para comparecer ante Dios. Todo es relativo y según las gracias que se hayan recibido, añadió, una infidelidad mía es más culpable que un gran pecado en otro». «Pero, Padre, se le dijo, su humildad le salvará». Frunció ligeramente las cejas y replicó con tristeza: «¡Jamás he sido humilde!». Se le recordó entonces el bien que había hecho, las almas que había atraído hacia Dios. Pero él continuó: «Judas había hecho milagros. Sé muy bien que Dios me ha escogido para provecho de muchas almas. Pero ha hecho como el hombre que tomara barro vil para fabricar ánforas, en las que pondría luego precioso licor, y que rompiera el ánfora tan pronto como se volviera completamente inútil después de haber escanciado el contenido a sus amigos. ¿Quién me asegura que cuando haya dado a las almas las gracias con que Dios me ha colmado para ellas, no me arrojará lejos de sí como un instrumento usado? Hay que temer siempre. Otros santos religiosos han caído. Debo temblar, porque por mí mismo no soy nada y nada puedo».

Un día, predicando, exclamaba:

«¿Cómo, Dios mío, cómo no te cansaste de esperarme? Porque me habías otorgado algún talento para un arte a menudo fútil y porque los hombres tenían la amabilidad de echarme la limosna de sus aplausos y embriagarme con el humo de su incienso halagador, he aquí que este gusano, esta lombriz, incapaz por sí mismo de mover una paja, se ha creído algo y se ha atrevido a enorgullecerse de los dones de tu munificencia; ha ido a solicitar injustas alabanzas en el teatro mismo de sus injusticias, sin pagarte jamás, ¡oh Dios mío!, el tributo de justicia, proclamando ante el mundo fascinado que, si algo sabía, a tu generosidad lo debía».

Sencillez y prudencia

Uno de sus superiores, que había recibido confidencias muy íntimas del Padre, aseguraba:

«Tenía una extremada delicadeza de conciencia y la sencillez de un niño cuando debía dar a conocer el estado de su alma a un superior o a su director, con cierta inclinación, no obstante, a exagerar sus faltas o lo que él consideraba como tales, por efecto

natural de sus humildes sentimientos».

La sencillez y la rectitud de alma, hijas de la humildad, eran las virtudes favoritas del padre Hermann. Sin embargo, sabía reunir de admirable manera la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente en sus relaciones con los superiores y en los asuntos ordinarios de la vida. A un bienhechor, por ejemplo, del Carmelo le escribía (23-VII-1853):

«Pido al buen Jesús, de quien procede todo bien, se sirva recomendar la caridad con que usted nos ha favorecido haciéndole aún más caritativo».

Louis Veuillot*, después de la muerte del Padre, escribía sobre él en una carta (1-VIII-1871):

«Amaba a Hermann entrañablemente, de todo corazón; lo amaba y lo admiraba. Era todo sencillez, candor, humildad y enteramente amor. La gracia de Dios hizo que con frecuencia me encontrara con él. Durante muchos años, fue una gran satisfacción que tenía en todos mis viajes. Apenas llegaba a alguna parte, me hallaba con él y cada vez me dejaba el recuerdo de algún rasgo nuevo de su virtud».

*[Famoso escritor católico (1813-1883), director de *L'Univers*].

Abnegación

Nunca pensaba en sí mismo: la gloria de Dios y la salvación de las almas eran los móviles constantes de sus pensamientos, afectos y actos. Estaba verdaderamente muerto para sí mismo. Se había negado a sí mismo y se consideraba como mero instrumento de Dios.

Observancia

El padre Hermann carecía, pues, de voluntad propia: el superior y la regla querían por él y dirigían sus acciones. Y no es fácil imaginar lo que la regla habría costado a aquella imaginación acostumbrada a seguir todos sus caprichos y a aquella voluntad que nunca había soportado coacción ni yugo alguno. Sin embargo, el padre Hermann edificaba a todos sus hermanos de religión

«por su fervor con respecto a la observancia regular. En dondequiera que me hallara con él, dice uno de ellos, siempre fue uno de los primeros a los actos de comunidad, siempre celoso de la gloria de Dios y del bien de la Orden. Se le reprochaba, dice otro, su demasiado celo y una cierta exageración para algunas observancias. Pero ello nacía de su gran amor a Dios. Todos los buenos religiosos lo amaban y lo admiraban».

Progresos espirituales

Hermann había nacido con un carácter arrebatado, fogoso, altanero, dominador, vano, sensual. Después de convertirse, le confiaba a uno de sus amigos:

«Cuando usted me conoció, yo era presa de todas las intemperancias y placeres, o mejor, desórdenes».

Pues bien, al recibir el bautismo, al tomar el hábito religioso, no cambió repentinamente de naturaleza. Permaneció su condición ardiente, dominadora e inclinada a la exageración. Y sólo poco a poco la gracia le fue suavizando el carácter, modificándolo y transformándolo. En efecto, las personas que estaban algún tiempo sin verle quedaban extrañadas, al encontrarlo de nuevo, después de uno o dos años de ausencia, observando la transformación que se había operado en él. Cada vez lo hallaban más desasido de sí mismo, más humilde y unido a Dios, y comprobaban que la indulgencia y la afabilidad sustitúan a la severidad y al celo, que a veces le hacían exigir de los demás actos de virtud superiores a sus fuerzas. Así lo notaron, por ejemplo, las religiosas de la Visitación en Paray-le-Monial. Había colaborado fielmente a la acción de la gracia, y había progresado así de virtud en virtud hasta la hora en que Dios, encontrándolo bastante puro y santificado, lo llamó a su santo seno.

Huye de las dignidades

A un hombre tan desasido de sí mismo no le costaba nada observar el cuarto voto por el que los carmelitas, según afirma el autor de *Flores del Carmelo*, antes citados,

«para cortar de raíz toda ambición, se comprometen voluntariamente a no pretender de ningún modo, ni aceptar, ya sea fuera, ya dentro de la Orden, oficio alguno, cargo o prelación, si no es por precepto de quien de derecho puede mandarlo. Nuestra santa religión, desde su reforma, ha renunciado así mismo a los títulos de doctor y bachiller. Y cualquiera que fuere la preeminencia de ciencia que tuviere alguno de nuestros religiosos, no se le incorpora a ninguna facultad de Universidad, a fin de practicar en sumo grado la virtud de la humildad, tan recomendada por Jesucristo, Verbo encarnado, que de ningún modo quería que sus discípulos fuesen llamados maestros ni rabinos, tanto más por cuanto ello tenía apariencias de fariseísmo».

El padre Hermann huyó siempre de cualquier dignidad. Fue superior en Lión y Londres, cuando la fundación de esos conventos; pero nunca se consideró tan dichoso como el día en que vio sus hombros descargados de las citadas cargas. Además, él sabía que no era el hombre adecuado para aquellos cargos que exigen vida sedentaria, tranquila y uniforme. Era apóstol, y la atracción de la gracia, así como los dones que había recibido del cielo, lo conducían necesariamente hacia la vida activa.

Como san Pablo, judío errante

Y sin embargo se hallaba apremiado por dos deseos contrarios: combatir en la llanura para ganar almas y quedarse en la montaña para unirse con Dios en oración y amor.

«¿Sabéis, decía un día, que entre san Pablo y yo existe cierta semejanza? Primeramente, san Pablo era judío y yo también lo soy. Luego su juventud, él mismo lo confiesa, no fue sin falta, y la mía tampoco. Quizá también pudiera añadir lo mismo que él, a pesar de mi gran miseria: que desde el momento en que quiso Nuestro Señor llamarme a su servicio, jamás he vuelto la vista atrás voluntariamente, ni he cedido a la carne ni a la sangre».

«Pero he aquí en lo que hallo sobre todo semejanza entre su vocación y la mía: “Yo planto, decía, pero otros riegan” [cf. 1Cor 3,6]... En efecto, Dios lo llevaba por el mundo sin permitirle que se detuviese largo tiempo en ninguna parte... Fundaba iglesias, obraba conversiones maravillosas, pero en seguida entregaba conversiones e iglesias nacientes a otras manos, y de nuevo emprendía sus correrías. Lo mismo me pasa a mí, aunque en menor medida... Poseo cierto espíritu de iniciativa, cierta fuerza para triunfar de los obstáculos, lo que se necesita, en fin, con la gracia del Altísimo, para crear obras. Pero apenas están emprendidas cuando Nuestro Señor me aleja de ellas. Deja a otros, parece decirme, el cuidado de desarrollarlas, la satisfacción de recoger los frutos. “Sí, deja Lión, Bagnères, Londres... ¡A otra tarea!” He aquí cómo, a pesar de mi conversión, continúo siendo el judío errante».

La voluntad de Dios

Su regla soberana era la voluntad de Dios en todo y por todo, manifestada por sus superiores. Nada más le importaba, y de sus mismas obras estaba desasido.

«Todo me es indiferente, decía un día, hasta mis obras; y cada día digo a Nuestro Señor que no me importa en absoluto ni el buen éxito ni la ruina de las mismas. Todo lo pongo en sus manos, y a su santa voluntad me atengo».

Mortificaciones

El padre Hermann ya había dejado atrás los goces y bienes terrenos. Cumplía, pues, por eso con perfección los votos de pobreza y de castidad. Desde su conversión, había renunciado a los placeres de la vida, y cada día reducía el cuerpo a servidumbre [1Cor 9,27]. Quiso, con la gracia de Dios, ser dueño de su persona y, no tener que discutir con la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y el orgullo de la vida [1Jn 2,16].

Ya religioso, además de las mortificaciones y penitencias propias de la disciplina del Carmelo, a menudo el padre Hermann se imponía otras. Dios sólo conoce su número, pues él puso gran cuidado en ocultarlas. Pero no podía disimular la necesidad que sentía de padecer por Jesucristo. Incluso rogaba a sus amigos que pidieran a Dios le enviara qué sufrir. Ya a los treinta y tres años de edad escribía en una carta:

«No conozco deleite mayor que el de padecer por Jesús. Ruéguele que no me deje pasar un instante de mi vida sin padecer algo por su santa voluntad, en servicio suyo y por su gloria» (Carcasona 3-X-1853).

Vida crucificada, amor a la Cruz

Y Dios no le ahorró el dolor. Se puede afirmar que, desde el día en que entró en el Carmen hasta su muerte, su vida fue un largo martirio, pues padecía continuamente. Se solía hallar más doliente la víspera de las fiestas, especialmente las de la Santísima Virgen. Parece como si Dios hubiera querido purificarlo por el dolor y prepararlo así a recibir las gracias que nunca dejaba de otorgarle en tales ocasiones. Cada viernes padecía aún más, y el viernes santo parecía padecer realmente los dolores de la agonía. Estos hechos nos los han afirmado varios testigos fidedignos, compañeros religiosos o laicos.

En 1852 escribía a su amigo De Cuers:

«No me es posible expresar qué feliz soy de sufrir esto por amor a Jesús. Experimento tanta dulzura en entregarme a su santísima voluntad, que si supiera que puedo curarme tocando uno solo de mis cabellos, no quisiera llevar la mano a ellos por nada del mundo mientras supiera que Jesús quiere que esté enfermo. Su voluntad es mi Paraíso, diría con María-Eustelle».

Y al año siguiente a sor María-Paulina:

«¡Viva la cruz del buen Jesús! No conozco mayor deleite que el de padecer por Jesús. Él se digna darme a saborear un poco del cáliz, por el que siento más predilección aún que por la leche del Tabor, con la cual me ha embriagado durante varios años».

Habría que citar casi todas sus cartas si quisiéramos recoger todas las muestras de su locura de amor por la cruz. Sus padecimientos continuos no alteraban, sin embargo, la afable alegría de su carácter, pues le gustaba bromear, hacer chistes en las recreaciones, y nadie hubiera podido sospechar qué grandes eran sus dolores.

A su hermana le dice en una carta (23-IV-1855):

«Mientras te estoy escribiendo, tarde, por la noche, oigo a un religioso que canta gravemente en el claustro esta sentencia:

«Hermano: en el Carmen, se padece y se va al cielo. En el mundo, se goza y se va al infierno».

«Y yo respondo en mi interior: “en el Carmen, se goza y se va al cielo. En el mundo, se padece y se corre hacia el infierno”.

«Nada me hace padecer en el Carmen. Tan sólo cuando no estoy en él padezco».

Las horas en que el padre Hermann no padeciera eran raras, y su hermana, que conocía todos sus tormentos, decía a un religioso

«que se consolaba de la muerte de su querido hermano (aunque se quedó aterrada al recibir la noticia de la misma), porque lo suponía en el cielo; mientras que ella sabía que cuando su hermano se hallaba en la tierra, estaba siempre en la cruz, en continuo padecimiento, sin que nunca lo diera a entender, por guardar el semblante constantemente gozoso».

Fidelidad a la amistad

El amor del padre Hermann por sus amigos era tanto más fuerte cuanto que se apoyaba en móviles sobrenaturales. Era capaz de cualquier sacrificio para ayudarles en el camino de la salvación, para acrecentar en ellos los dones de Dios, para consolarles en las penas y para acudir en su socorro, también en las penalidades tempora-

les. Era feliz cuando les veía y con ellos se entregaba a la más amable y alegre de las charlas, procurando siempre en éstas estimular la fe. En 1867 escribía:

«Los afectos religiosos de antigua fecha que permanecen constantes y fieles son motivo de una gran alegría para mí: ¡vivan los antiguos amigos!» Y en otra ocasión: «Si algún día volviera a Oullins, creo que no podría soportar el gozo espiritual de encontrarme entre esos excelentes amigos que tan santamente amo en Jesús y María».

Son sentimientos propios de todos los santos:

«La amistad es cosa santa y bendita de Dios, y cuanto más puro es el corazón y más desprendido está de sí mismo, tanto más nobles y sólidos son los lazos que la misma ha forjado».

En este libro hemos seguido a nuestro santo religioso sobre todo en las obras de apostolado por la salvación de las almas. El Señor, finalmente, quiere ahora llamar a su apóstol al retiro y al silencio del santo Desierto. Quiere que, al pie del Sagrario, no tenga que hacer ya otra cosa sino purificarse, entregarse, unirse a Él totalmente, como víctima de amor sobre el altar. Así lo entiende el mismo padre Hermann:

«El cariñoso Maestro, escribe desde Tarasteix (28-X-1869), que es el esposo de nuestras almas, quiere poseer mi corazón para sí solo, y no solamente el corazón, sino también la memoria, la mente, las intenciones que tengo, mi cuidado. No quiere que forje proyectos, que aspire a obrar para su servicio en el ministerio de la palabra, que sueñe con empresas que tendrían por objeto su gloria, sino únicamente que a él me inmole, permaneciendo oculto, en el silencio y el olvido, y que después de haber sido en cierto modo un hombre público, que llamaba la atención de las gentes, me reintegre a la oscuridad, que me esfume y desaparezca como si estuviera muerto, y que mi vida quede oculta en Dios con Jesucristo [Col 3,3]. Nunca había sentido atracción sobrenatural tan clara y gozo de paz tan inefable en esta senda, en la que Jesús me hace entrar, aunque mi naturaleza sea más bien de carácter expansivo e inclinada a continua actividad».

Todavía, sin embargo, va Dios a encomendarle algunos últimos servicios.

Últimos trabajos y muerte del padre Hermann

Definidor y Maestro de novicios

Hemos dejado al padre Hermann en Broussey, donde el Capítulo provincial acaba de llamarle para constituirle primer Definidor de la Provincia y Maestro de novicios. El padre Domingo, Superior General de la Orden, acababa de morir en Roma, el 12 de julio de 1870. Los carmelitas franceses, que con razón lo consideraban como el restaurador del Carmelo en Francia, manifestaron el deseo de que sus restos reposaran en medio de ellos. Y el padre Provincial había partido para Roma a fin de traer a Broussey los venerados despojos.

Como primer Definidor, y en la ausencia del Provincial, el padre Hermann quedó encargado del gobierno de la Provincia y de preparar los funerales del padre Domingo.

Guerra franco-prusiana

Estalló entonces la terrible guerra entre Francia y Prusia. Después de una serie de derrotas del ejército francés, Napoleón III, copado en Sedán, rindió las armas a los prusianos sin haber intentado siquiera un supremo combate. Sobrevino el 4 de septiembre, el Imperio se hundió, y el gobierno de Francia cayó en manos de ambiciosos, que habían de arruinarla.

Persecución religiosa

En estos días aciagos, mientras el enemigo vencedor hollaba el suelo francés, hubo hombres, sin embargo, más atentos en fastidiar al clero y en perseguir a los religiosos, que en defender la tierra invadida. Días de ceguedad y de odio.

Y ahora, al escribir estas páginas [1880], vemos de nuevo oscurecerse el horizonte con nubarrones amenazadores. Se oye el griterío de los sectarios, cuya rabia, no saciada, reclama a los religiosos, a los que quieren inmolar, dicen, para salvar la patria. Confiados en el poder de Dios, los religiosos callan, oran y esperan, dispuestos a sacrificarse de nuevo, sea en los campos de batalla, sea en la cabecera de los enfermos.

Sale de Francia

Tras el 4 de septiembre, el padre Hermann, que era alemán, temió que su presencia pudiera perjudicar a sus hermanos carmelitas. El gobierno francés había expulsado del territorio a todos los prusianos. El padre Hermann, sin embargo, había obtenido del prefecto de Burdeos la autorización de residir en Francia.

Pero, no obstante eso, el Padre veía subir cada día más la marea del odio sectario. El convento de Agen había sido literalmente asediado por las turbas enfurecidas, el de Lión fue pronto saqueado, los religiosos fueron arrojados del convento y algunos de ellos encarcelados. El padre Hermann presentó la dimisión de Definidor y de Maestro de novicios y resolvió salir de Francia. Obtuvo la deseada licencia, pero antes se trasladó al santo Desierto, para hacer ejercicios espirituales y para lograr, por medio de la oración, conocer la voluntad de Dios. Él mismo revela su estado de ánimo en este retiro en una carta que escribió a un familiar:

«Voy a ofrecerme a Jesús, con todo lo que pueda inmolar, para obtener el fin de tantas desdichas. No obstante, bendigo su mano amorosa por todo lo que sucede, porque es tan amable cuando castiga como cuando acaricia».

Dejó con pena aquel asilo bendito de oración, se detuvo algunos días en Bagnères, pasó al convento de Carcasona, donde tocó el órgano por última vez, y se dirigió a Suiza, donde se hallaban ya algunos de su familia. El viaje era peligroso. En efecto, en Grenoble estuvo a punto de ser asesinado por el populacho enfurecido que lo tomó por un espía prusiano. Dios le protegió, y llegó sano y salvo a Ginebra, donde monseñor Mermillod le recibió con todo afecto.

En Montreux

A orillas del lago Lemán, se halla un encantador pueblecito, Montreux. Arrastrado en otro tiempo al protestantismo por el ejemplo de Ginebra y de Lausana, cuenta con pocos católicos. Pero, gracias a la belleza del paraje y a su clima, excepcionalmente templado, cada año lo visitan numerosos extranjeros, tanto en invierno como en verano, procedentes de diferentes países de Europa, protestantes, cismáticos y también católicos.

Después del 4 de septiembre, el número de estos últimos había aumentado considerablemente. De Lión, Dijón

y Besançon llegaban en tropel mujeres, niños y ancianos, huyendo de la invasión y de las locuras revolucionarias. Todos estos fugitivos necesitaban ayuda espiritual, pero la iglesia católica más próxima, la de Vevey, estaba a más de una hora de distancia.

Párroco de exilados

Monseñor Mermillod pidió al padre Hermann que ayudara a estas gentes, carentes de sacerdote católico. El Padre haría de párroco de la pequeña colonia. Se carecía también de iglesia, pero el Padre improvisaría una capillita.

El celo del padre Hermann vio en esto la mano de la Providencia. El obispo de Friburgo, de cuya diócesis forma parte Montreux, autorizó al padre Hermann, y éste se reunió con los emigrados, que eran quinientos o seiscientos. Entre ellos se hallaba su hermano mayor con toda su familia.

El 7 de octubre abrió una capillita, y se entregó por entero a esta nueva misión, predicando, visitando a los enfermos, y hasta dirigió en alemán unos ejercicios a las religiosas de Brigues. La situación de Francia le preocupaba mucho. Era su patria adoptiva, en la que Dios le había llamado a la fe, al bautismo y a la profesión religiosa. La amaba tanto o más que a su patria de nacimiento.

Así es que sus oraciones se elevaban cada día hacia el cielo a fin de apaciguar la cólera divina y pedirle que devolviera la paz y la grandeza de antes a la Francia de su corazón.

También temía por su querido sobrino, aquel que tanto había sufrido por mantener su fe católica. Estaba destacado como guardia móvil en el fuerte de Aubervilliers, cerca de Bourget, en los alrededores de París, dispuesto a defender la capital. El padre Hermann lo encomendaba con frecuencia a Dios.

Al servicio en Prusia de prisioneros franceses

A mediados de noviembre, monseñor Mermillod llamó al padre Hermann a Ginebra. Gran número de prisioneros franceses habían sido internados en Prusia y carecían de todo, no pocos de ellos estaban enfermos, y todos carecían de atención religiosa. El venerable Obispo había intentado por todos los medios socorrerles y enviarles sacerdotes franceses. Pero, particularmente sobre este último punto, Prusia se mostraba casi irreductible. Monseñor Mermillod pensó que el padre Hermann, por su nacimiento, por los éxitos de su predicación en Berlín, y por las relaciones habidas varias veces con la reina de Prusia, sería probablemente aceptado.

Autorización de la Orden

Propuso la misión al Padre, el cual la aceptó, siempre que le autorizaran sus superiores. Durante su estancia en Montreux, el Padre Hermann había recibido destino como conventual del santo Desierto de Tarasteix. El padre Martín de la Inmaculada Concepción, recién nombrado Definidor General de la Orden, no había salido de Francia a causa de los acontecimientos, y persuadido de que el padre General aprobaría aquella misión, autorizó al padre Hermann a que acudiera a Prusia.

Presentimiento de la muerte

El 24 de noviembre, fiesta de san Juan de la Cruz, el Padre al salir de Montreux pronunciaba estas proféticas palabras: «Alemania será mi tumba».

Hacía varios meses que el Padre tenía el presentimiento de su próximo fin. Poco después de su muerte, el padre F. X. de la Inmaculada Concepción escribía sobre él:

«Nunca olvidaré un paseo que di en su compañía hace algunos meses en el recinto del santo Desierto. Cuando llegamos ante las modestas sepulturas de grosero ladrillo, que encierran las cenizas de nuestros Padres, le pregunté cuántos nichos vacíos quedaban, a lo que me respondió: “Dos, y uno de ellos es para mí”. Combatí semejante presentimiento, que nada parecía apoyar; pero me respondió con honda convicción: “Sí, lo siento, presiento que Dios me ha traído al santo Desierto tan sólo para que me prepare a morir. ¡Si usted supiera qué indiferente a todo me ha hecho de algún tiempo a esta parte!»

Y al partir, el padre Hermann escribe:

«Me pongo en camino bajo la protección de Jesús, María y José. ¡Cuántos consuelos quisiera llevar a los pobres prisioneros que se hallan en espantosa miseria! La Providencia divina ha tomado previamente las disposiciones necesarias para reemplazarme en el servicio religioso de Montreux, pues ahora hay dos sacerdotes franceses en la localidad».

Cura castrense en Spandau

Al llegar a Berlín, el Padre consiguió que se le nombrara capellán de Spandau, ciudad situada a 14 kilómetros de Berlín, a donde había 5.300 prisioneros. El párroco de aquella población de siete mil habitantes quiso que se hospedara en su casa. Halló el Padre a los pobres soldados franceses sumidos en la miseria, les habló de Francia, les animó a ofrecer las penalidades a Dios por la salvación de la patria, les habló del alma, de la necesidad de reconciliarse con Dios, les dijo que había llegado hasta ellos para ayudarles en sus necesidades y para confortarles. Les pidió que fueran a encontrarle en la casa parroquial y que le expusieran sus deseos y necesidades.

Recibió cajas con vestidos y ropa blanca, y las distribuyó inmediatamente, captando pronto la confianza de los infortunados prisioneros. El 12 de diciembre escribía a la señora de D. A. Cohen:

«Los prisioneros empiezan a pedir la confesión. Esta noche han acudido ocho a mi cuarto para confesarse. Ya ve usted que nuestro buen Maestro se complace en darme trabajo continuamente. Jamás me he hallado con tan vasto campo para ganar almas para Jesús».

El 22 de diciembre describe así a la misma sus ocupaciones y alegrías:

«Los prisioneros me asedian desde las ocho de la mañana hasta la noche. Me entregué a ellos y están usando de mí todo lo que pueden, y me usarán hasta consumirme. Tienen permiso para venir a la rectoría, de modo que cuando no vienen por su alma, vienen para exponerme las penalidades y padecimientos de sus cuerpos, ateridos por el rigor del frío. En fin, debo decir que me devuelven con creces el amor que les demuestro... Tenemos aquí, como media, unos cincuenta soldados por día, que solicitan la confesión y la comunión».

Agotado y enfermo

El frío era intenso, y el Padre sufrió mucho con él. En una carta que escribía a su hermana el 31 de diciembre termina así:

«Amemos a Jesús cada día más.

En Jesús, María, José,

Fray Agustín, miserable pecador, que quiere convertirse el año que empieza. Amén».

El padre capuchino Enrique de la Billerie fue testigo de sus últimos trabajos y de los instantes finales de su sacrificio. Él escribió esta carta a la hermana del padre Hermann:

«Estaba encargado de los cuidados espirituales que se debían dar a unos seis mil prisioneros. Como no podían caber todos en la iglesia, cada día se conducía a una compañía de quinientos. El Padre les predicaba, y durante el día confesaba de treinta a cincuenta. Tales predicaciones diarias en una iglesia muy fría y las largas permanencias en el confesonario de la misma iglesia fatigaron considerablemente al Padre. Además, el tiempo de que podía disponer durante el día, lo dedicaba a la visita de los lazaretos, en los que los enfermos eran muy numerosos, principalmente de viruelas (300).

El Padre también estaba encargado de la distribución de socorros a nuestros compatriotas cautivos, lo que desempeñaba con admirable celo. No tenía ni un momento para él.

«En todo esto estuvo amablemente secundado por el general que mandaba la plaza de Spandau, prusiano protestante convertido. Este hombre digno tenía mucho afecto al venerable hermano de usted, en el que había depositado enteramente su confianza, y le dejaba completa libertad y las facilidades que pudiera desear para cumplir con su piadoso ministerio. Quisiera poder rendir el mismo testimonio de agradecimiento a otros comandantes.

«El domingo, 8 de enero, el Padre se hallaba en Berlín, donde yo me encontraba entonces. El Padre había hecho compras por cerca de dos mil francos para los prisioneros (camisetas, medias y vestidos). Este día estuve largo tiempo con él. Me habló de sus fatigas, de un gran dolor en la garganta del que sufría, me dijo, desde hacía varios días, de la necesidad que sentía de tomar algún descanso, so pena de no poder continuar su obra de celo.

«Lo hallaba envejecido y pálido. Observé además en su mano izquierda, en la juntura del índice y de la mano, un grano de mal agüero que me pareció proceder del contagio del hospital. Por la noche, con varios otros caballeros fui a visitarle en el aposento que ocupaba en la casa parroquial de Santa Eduvigis cuando venía a Berlín. Mientras él estaba hablando con otras personas, observaba su venerable fisonomía, y de este atento examen saqué la convicción de que el Padre había llegado al término de su laboriosa carrera. Observé su rostro pálido, aunque sereno. Tenía lánguida la mirada, pero con limpidez alegre. En su frente veía yo como una aureola pronta a brillar dentro de poco. Podría comparar la impresión que entonces experimentaba yo a la que se siente al ver la puesta del sol en el atardecer de un hermoso día. Se sabe que va a desaparecer, y uno se apresura a admirar el esplendor de sus últimos rayos...

«El viernes 13 de enero, su hermano mayor [Alberto, había ido a Berlín por casualidad, o mejor, providencialmente] vino a buscarme para conducirme a Spandau. El padre Hermann estaba enfermo... Entramos. Una Hermana de la Caridad le cuidaba. “¿Qué tal?, me dijo; querido Padre, he cogido las viruelas y tengo necesidad de usted”. Me pidió que lo reemplazara durante su enfermedad. “Estoy en cama por tres o cuatro semanas, añadió, y me pesaría demasiado si no se pudiera continuar haciendo el bien que empecé. Por otra parte, Dios puede llamarme ante sí, y entonces estará usted aquí para sucederme”. “Padre, le dije, tengo firme esperanza de que Dios le dejará aún en este mundo para continuar trabajando en la salvación de las almas”.

«El Padre tomó entonces el crucifijo colocado sobre la manta que cubría la cama, y mirándolo apaciblemente, contestó: “¿Será verdad? ¡No! Espero que esta vez Dios me llamará a sí”. La calma, la serenidad y el tono de dulce confianza con que pronunció estas palabras me conmovieron indeciblemente. Pasé parte del día gestionando para que se me concediera el permiso de reemplazar al Padre durante su enfermedad.

«Por la noche, ¡ah!, la fiebre había aumentado mucho... Al anochechar, el otro hermano de usted había llegado igualmente de Berlín. Vi de nuevo al Padre el 17 para decirle que mis gestiones en Berlín habían conseguido casi un éxito favorable. La enfermedad había progresado rápidamente, y por momentos el delirio se apoderaba del enfermo. El Padre, delirando, creía estar predicando a los soldados prisioneros, por quienes de tan lejos había venido, y de cuya muerte eran la causa indirecta.

«Era día del reparto de efectos, distribución que fue hecha, en nombre del Padre, por un oficial francés. Desde su habitación el Padre oía las voces y el tumulto de sus queridos prisioneros. Entonces su delirio tomó proporciones alarmantes, y fue menester cerrar aprisa y corriendo las puertas y apresurar el reparto. Este mismo día estuve buscando alojamiento para mi estancia en Spandau, a donde, sin embargo, no debía volver, pues al regresar a Berlín por la noche, encontré mi nombramiento de capellán en Rendsburgo».

Sacramento de la unción

A su regreso de Berlín, el 9 de enero, el Padre fue atacado de la enfermedad que había contraído la antevíspera al administrar el sacramento de la unción a dos soldados atacados de viruelas. Se había inoculado la infección, sin darse cuenta, por un rasguño que tenía en una mano. Después de una crisis, el párroco de Spandau le administró la extremaunción el 15 de enero.

El Padre edificó grandemente a todas las personas presentes en la ceremonia. Renovó los votos religiosos, cantó en alta voz, a pesar de sus grandes dolores, el *Te Deum*, el *Magnificat*, la *Salve Regina* y el *De Profundis*. Luego permaneció con los ojos constantemente dirigidos hacia la iglesia, como para unirse aún más a Jesús-Eucaristía.

Despedida

Pidió luego que sus hermanos entraran en el aposento, y les manifestó el deseo de que si moría se le enterrara en la iglesia de Santa Eduvigis.

Al anochecer del 19, conforme lo ha narrado el cura párroco de Spandau, se encontraba mucho peor, y la Hermana que lo cuidaba le preguntó si deseaba ver a su confesor, a lo cual contestó:

«Voy, pues, a morir. ¡Cúmplase la santísima voluntad de mi Dios! Por lo demás, si curase, todavía vería cosas tristes. Pero hubiese deseado continuar trabajando para ganar almas para Jesús».

Confesión y comunión

El padre Hermann confesó, ordenó los intereses de sus queridos prisioneros, indicó cierta suma que pertenecía al convento del santo Desierto, se recogió luego profundamente y se preparó a recibir por viático la sagrada comunión, que a las nueve de la noche le fue llevada por última vez. Permaneció largo tiempo absorto en acción de gracias.

Muerte

A las once, los que le cuidaban le pidieron su bendición. Un Hermano coadjutor jesuita estaba allí también, ayudando a la Hermana de la Caridad:

«Con mucho gusto, queridos hijos, les respondió. Y quiso incorporarse en la cama para cumplir la sagrada acción con más dignidad. Extendió entonces los brazos y pronunció lenta y majestuosamente las palabras de la bendición. Se dejó caer en la cama, extenuado por el esfuerzo, murmurando: “Y ahora, Dios mío, ¡en tus manos encomiendo mi espíritu!”»

Fueron sus últimas palabras, y permaneció tranquilo toda la noche sin hacer movimiento alguno. Sólo el ruido ligero y débil de su respiración indicaba que la vida no lo había abandonado aún. A la mañana siguiente, hacia las diez, hizo un ligero movimiento, y algunos minutos después el padre Hermann había dejado de existir. Se había dormido dulce y santamente en los brazos del Dios por el que su corazón no había cesado de latir desde el feliz instante en que lo había conocido.

Llamados a toda prisa, sus hermanos llegaron cuando ya había muerto. El mal había progresado, en efecto, rápidamente, burlando todas las previsiones. Aquéllos se dispusieron inmediatamente a ejecutar las últimas voluntades del difunto.

Sepultado en la iglesia de Santa Eduvigis

A causa de la enfermedad contagiosa de que había muerto, hubo muchas dificultades para conseguir inhumarlo en la iglesia de Santa Eduvigis de Berlín. Bajo sus bóvedas es donde descansa, en aquella iglesia en la que en diversas ocasiones iluminó, consoló y fortaleció a tantos fieles con su palabra encendida en el más vivo amor de Dios y en la más ardiente caridad por la salvación de sus prójimos.

Esperamos que llegará un día en que sus cenizas serán traídas a Francia para ser depositadas entre sus hermanos de hábito, en su querido convento del santo Desierto, que tanto amó y al que, conforme a sus ardientes deseos, pertenecía como conventual en el instante de su muerte.

Repercusión en Francia

En Francia, que el padre Hermann tanto había conocido y amado, se supo inesperadamente la muerte del Padre, y Louis Veuillot, al anunciar la noticia en *L'Univers*, supo expresar la admiración general por esta noble y santa vida.

«El mes pasado murió en Spandau nuestro querido y antiguo amigo el dignísimo padre María-Agustín del Santísimo Sacramento, Carmelita Descalzo. Se había convertido del judaísmo y, sin detenerse, se había hecho sacerdote y religioso. El mundo le continuaba dando el nombre bajo el cual le había conocido largo tiempo y que su talento musical había hecho célebre. Se le llamaba el padre Hermann.

«Fue siempre muy bueno y santo religioso, austero y afable dentro la severidad de la regla que observaba perfectamente. Iba descalzo, pidiendo limosna, exhortando, predicando, fundando monasterios, obediente en su actividad, humilde en sus éxitos.

«Ha muerto en Spandau, a donde se había trasladado para organizar el servicio religioso entre los prisioneros franceses. Como se entregaba en cuerpo y alma a todo lo que hacía, la obra marchaba muy bien, pero ha muerto en ella. La carta que nos informa lacónicamente de esta muerte apostólica nos dice que no pudo resistir al exceso de sus fatigas y que no se pudo conseguir que tomara otro descanso más que el descanso de la muerte, otorgado por Dios a sus fieles deseos.

«Siendo lo que era actualmente por la gracia de Dios, así es como Hermann debía morir».

Apéndices

En estos Apéndices se transcriben varios pasajes de sermones, manuscritos y cartas del padre Hermann, así como dos discursos muy valiosos del cardenal Perraud y del señor Cazeaux sobre la Adoración Nocturna.

La razón humana dejada a sus propias luces*

*[Algunas de las expresiones del padre Hermann en esta alocución reflejan quizá un tanto el *fideísmo* ambiental francés de la época. Notemos, sin embargo, que aunque a veces no son del todo exactas en estricta filosofía y teología, son frecuentes en el lenguaje exhortativo de los espirituales de cualquier tiempo].

Lo que indigna en los juicios impíos contra la Providencia o contra la bondad y la justicia de Dios no es tanto lo que la razón niega o desconoce, como lo que afirma de sí misma: a saber, su propia independencia y su propia soberanía. Es el orgullo escandaloso que hace caer a la razón en los más groseros errores. *Evanuerunt in cogitationibus suis* [Rm 1,21].

Sí, nuestra razón, cuando confía en su propia sabiduría, se hace no solamente injusta, sino hasta absurda. *Dicentes enim se sapientes esse, stulti facti sunt* [ib. 22].

Recorred la historia del género humano. Tan pronto como los hijos de Adán se separan de la revelación, por extraña ceguedad de la mente, se convierten en idólatras, y durante cuatro mil años, a excepción de un solo pueblo que ocupaba un rincón de la tierra, todas las naciones se hallan sumidas en la más crasa ignorancia sobre las cuestiones más importantes de su existencia. Sí, la razón que rehúsa las luces sobrenaturales no sabe ni de dónde viene ni a dónde va... A ese sinnúmero de pueblos que han cubierto la tierra hasta la predicación del Evangelio preguntadle lo que sabían de su destino futuro. ¡La historia os responde en nombre suyo con las más enormes y absurdas contradicciones!...

Preguntad aún hoy día a este pueblo musulmán, del que tanto se habla actualmente, pedidle cuenta de su instrucción religiosa, de la moral, de la civilización que posee... y no podréis evitar un movimiento de preocupación al escuchar todo lo que hay de oscurecimiento para la inteligencia en sus instituciones religiosas, políticas y sociales.

En fin, examinad, si queréis, una tras otra, todas las teorías de nuestros filósofos innovadores, de los falsos católicos que se rebelan contra la Iglesia, su madre, y no hallaréis sino ignorancia, errores y contradicciones inexplicables. Entre ellos no se hallará a uno solo que pueda darnos, sobre los problemas más importantes que interesan a la humanidad, una respuesta tan satisfactoria como la dada por el primer niño que salga de esta parroquia, catecismo en mano.

¡Oh! Puedo hablar con conocimiento de causa de los creadores de sistemas, de los forjadores de doctrinas, de los inventores de religiones nuevas. Sí, los he conocido, he conocido mucho a esos caballeros, profetas de lo porvenir. Confieso, para vergüenza mía, que yo mismo he dogmatizado con ellos, y empleé tanto celo y ardor en la propaganda de sus nuevos evangelios que por poco me encierran en el Spielberg*...

*[Fortaleza próxima a Brno, actual república Checa, utilizada por el Imperio austríaco como prisión de Estado].

Sí, he visto de cerca a estos jefes de escuela, he oído a esos profetas del siglo XIX, y estaba ávido de saciar mi inteligencia con los raudales de su famosa sabiduría. Lamennais, Louis Blanc, Saint-Simon, Considérant, Guérault... Les he conocido, les he seguido... ¿Con qué fruto? En verdad os digo que por mucho que me esforzaba en comprender sus teorías... jamás me explicaron nada, nada me probaron, absolutamente nada. Y después de haber devorado todos los libros que escribieron unos y otros, seguía hallándome traído y llevado por las mismas dudas, agitado por las mismas angustias...

Pero un día, ¡oh misericordia de mi Dios!, abrí la Biblia, y en la primera página de este libro adorable hallé más luz, más paz que en todas sus lucubraciones reunidas. Unos pocos versículos tan sólo de este libro divino disiparon por completo las dudas que sentía, y ante mis ojos encendieron una inesperada e indefectible luz, que bastó para iluminar mi inteligencia...

Las leyes de la moral no son otra cosa que la santidad de Dios reflejada en nuestro espíritu por la revelación, de manera que los sabios del siglo, que desechan la religión revelada, no pueden conocer la verdadera moral. Así es como sucede que cualquier filósofo, que no interroga más que su espíritu propio, se inventa una moral a su guisa, sueña con cierto bello ideal, el cual varía en

conformidad con su propio carácter y según el gusto de la época. Igualmente es así como ha acontecido que los ingenios que han llevado hasta lo extremo la razón pura, hayan caído en teorías de la más abyecta inmoralidad.

Sí, Platón y Aristóteles, esas dos inteligencias superiores, que desarrollaron en supremo grado la razón humana abandonada a sí misma, precisamente en las obras en que se proponían dirigir a los hombres hacia la suprema perfección, predicaron ideas de tal inmoralidad que apenas me atrevo a aludirlas por temor de ofender los oídos de las madres cristianas que me escuchan... He ahí la perfección ideal de la razón pura, no iluminada por la manifestación divina. Y ello no debe extrañarnos en manera alguna: la razón abandonada a sí misma se convierte en inmoral, porque la razón sola no puede resistir a la seducción de las pasiones... Se hace venal; se deja corromper; se deja seducir por el cebo halagador.

El hombre cree fácilmente lo que le halaga. *Quidquid placet sanctum est*, dice san Agustín, y su espíritu se deja ganar por las adulaciones de sus propias inclinaciones.

Tan pronto como nuestra inteligencia pierde de vista el celeste faro de la justicia, ya no es difícil seducir su integridad. Y como ya no tiene para resistir la fuerza sobrenatural de la gracia, puesto que ya no bebe en este divino manantial, basta un muy sencillo ardid para hacerle abdicar su soberanía y su derecho de primogenitura, como a Esaú, por un momento de satisfacción, por un plato apetitoso. Sí, la razón, como el hijo pródigo, después de haber derrochado su patrimonio, se pone al servicio de los animales más inmundos: *ut pasceret porcos* [Lc 15,15].

¿Y cómo es eso? Las pasiones dicen a la razón: «Tienes perspicacia e ingenio. ¡Perfectamente!; ponlos a nuestro servicio, y obtendrás la gloria que apeteces. Defiende nuestra causa, y serás recompensada con la celebridad y renombre. Inventa sofismas para legitimar nuestras exigencias, y tendrás el mérito del invento y de la sutileza de tu mente». *Ad excusandas excusationis in peccatis* [Sal 140,4].

El hijo de María

Por el camino de la vida avanzaba una madre con su hijo. Tenían la tez quemada por los rayos del sol, las rodillas les flaqueaban y sus piernas rehusaban llevarlos más lejos. Andaban tristemente, y volvían con frecuencia la mirada inquieta hacia el bosque que acababan de atravesar, dentro de cuya espesura unos malhechores los habían despojado de su tesoro y hasta de todos sus vestidos.

Para colmo de desgracia se habían extraviado y caminaban a la ventura. Cediendo al cansancio, se sentaron para descansar un poco al borde de un barranco, y el sueño acudió pronto a cerrarles los párpados. De pronto, el hijo se incorpora... Sones armoniosos acababan de llegar a sus oídos...

«Madre, exclamó, ¿no oye usted esas voces celestiales?»

«No oigo nada, respondió la madre. Estoy abrumada de sueño. Déjame descansar, hijo mío»... Y se durmió de nuevo. ¡Pobre madre!

Pero el hijo no pudo cerrar de nuevo los ojos. Las voces del cielo habían hecho vibrar en su corazón una fibra desconocida, y siente en su interior un más ardiente deseo de seguir oyendo esas divinas armonías. Se levanta, cae de rodillas y murmura en voz baja para no turbar el sueño de su madre:

«¡Oh voz melodiosa, voz consoladora y amiga! Déjate nuevamente oír. Me has herido el alma con una emoción inefable, apiádate de mi desgracia y vuelve otra vez a entrar en mi alma lastimada»...

Así hablaba, y lloraba, buscando en el horizonte lejano al ser misterioso que emitía sonidos tan armoniosos y suaves...

Levanta por fin la mirada a lo alto del cielo. ¡Oh maravilla! Una luz admirable descendía hacia él y, acercándose poco a poco, tomaba las formas de un ser vivo y humano... ¡Era una mujer! Bella como el astro del día, radiante de esplendor, llena de majestad, más bien parecía una divinidad que una criatura humana. Sí, algo divino se reflejaba en todas sus facciones, que transparentaban un sello de bondad, de amor y dulzura más que angélicas. Tenía la frente iluminada bajo una diadema de estrellas, los largos cabellos de ébano ondeaban flotando, tenía fija la mirada con maternal solicitud en el joven viajero. Todo su ser inspiraba el respeto, la veneración, casi habría que decir la adoración.

«¿Quién eres?, exclamó fuera de sí el hijo de Israel. ¿Serías acaso la Raquel hechicera, que sedujo el corazón de mi antepasado Jacob? ¿o bien aquella Judith, cuya belleza victoriosa fue la ruina de Holofernes? ¿Eres Esther, la que con sus encantos y amor supo conseguir la salvación de mi pueblo?»

«Todo eso soy, me contestó, y ciertamente aún más. Soy de tu nación, hija de Abrahán, de Isaac y de Jacob, hija de la tribu de Leví, de la raza sacerdotal. Pero, ¿qué es todo esto? Soy hija de Jehová, madre del Mesías, esposa del Espíritu que se movía sobre las aguas el día de la creación y las fecundó con el calor de su amor.

«Soy la mujer prometida a la tierra, saludada por los profetas, la que debía poner su pie vencedor sobre la cabeza de la serpiente. Soy la virgen vaticinada por Isaías, la virgen que debía concebir y dar a luz a un hijo, cuyo nombre es admirable, Dios fuerte. Soy la sabiduría de que habla Salomón: por mí reinan los reyes. Desde mi realeza domino el mundo y todas las cosas creadas. El Señor me creó desde el principio, me tuvo consigo y me ha preservado de los ataques y heridas de la serpiente. Y el verdadero Asuero me dijo, en la persona de Esther, que la ley de muerte promulgada contra todo mi pueblo no tendría poder contra mí. Soy la paloma de que habla el Cantar de los Cantares, siempre bella, siempre pura, sin mancha ni mancha alguna. Como el cedro del Líbano y los cipreses de Sión me he elevado, y me asemejo a las palmeras de Cades y a los rosales de Jericó.

«Como la vid he extendido mis ramas, y mis flores dan suaves olores y frutos de gloria y de riqueza. Soy la hermana, la esposa del Amado. Pero para ti, ¿sabes lo que soy, lo que seré si tú quieres? Seré tu madre, sí, si quieres amarme, seré para ti la madre del bello amor, del temor saludable y de la santa esperanza. En mí hallarás la gracia de toda verdad y de toda virtud. Soy llena de

gracia y el Señor está conmigo. Ven, pues, hijo mío; sígueme, te mostraré los caminos y te guiaré a la felicidad eterna.

«Bien quisiera yo seguirte, belleza de los ángeles, pero no me atrevo. Mira a esta mujer desolada que me dio a luz. ¿Podría abandonarla, a ella que desde que nací no ha cesado de colmarme de beneficios? Me trajo al mundo con dolor, me alimentó con su leche, me rodeó de cuidados, me prodigó su amor, siempre y en todo se ha sacrificado por mí. ¿Cómo podría abandonarla? ¡Oh bella estrella de la mañana, que te alzas sobre mi cabeza! ¡Eres la bondad misma y hacia ti me siento arrastrado! Pero mírala, duerme, esta pobre madre mía, y no me siento con valor para dejarla así, sola en el camino.

«Y sin embargo, hijo mío, escucha, mira y da oídos a lo que te digo. Sí, debes olvidar a tu pueblo y la casa de tu padre. Ven, hijo mío, dame tu corazón y sígueme, te conduciré a la soledad, y allí te hablaré al corazón y te embriagaré con inefables gozos.

«Tienes hambre de felicidad y de inmortalidad. Pues bien, has de saber que he fabricado un palacio sostenido por siete columnas en la montaña del Carmelo, de la que manan leche y miel, en el que habitan la justicia y la paz. Allí te haré beber de un manantial, que por anticipado te hará disfrutar de las delicias del cielo. Allí te he preparado una mesa servida con los más exquisitos frutos; allí te daré a comer de un pan misterioso que hace soñar con el paraíso; allí te daré un vino y una miel que engendran vírgenes; allí, en la soledad, te haré hábil en tirar el arco, en defenderte contra los que te han despojado; allí, he inmolado una víctima cuyo olor agradable asciende en suavidad hasta el trono de Yahvé.

«Ven, pues, a comer el pan que he amasado con la leche virginal de mi seno virginal, a beber el vino que de mi sangre más pura he extraído. Si quieres saber la madre que debes seguir de preferencia, fíjate en el fruto y en el alimento que te da. Observa tu dolencia: es el fruto de tu madre de este mundo. Y ahora ve el fruto de mis entrañas». E inmediatamente me muestra en una custodia al Esposo que me destinaba: «He aquí a mi fruto, y este fruto, es la Eucaristía».

«¡Dios todopoderoso! ¡La Eucaristía! ¡María, tú eres la madre de la Eucaristía! ¡tú me darás la Eucaristía! ¡Me nutrirás cada día con este maná del cielo! ¡Mojarás mis labios en el cáliz precioso del cual se derrama la sangre de mi Dios! ¡Ah, María, si me das la Eucaristía, es cosa hecha! ¡Adiós, madre mía terrena! Desde ahora ya no es usted mi madre. Mi madre es la que me une a Dios, la que me da a Dios, ella es a la que debo seguir en adelante. Y puesto que usted no quiere despertar, puesto que persiste en dormir, puesto que cierra los oídos a la voz que me ha despertado de un sueño mucho más mortal que el suyo, ¡adiós, pues, pobre madre mía, adiós! Parto para la tierra del Carmelo, y allí, rogaré a mi madre del bello amor por usted. ¡Adiós! Ya no tengo otra madre sino la madre de la Eucaristía; y no me acuse de tener mal corazón. Mi corazón lo guardo para amar a mi Jesús en la Eucaristía, para amar a María que me lo ha dado*»...

*[Hermann siempre entendió que la Eucaristía le había sido revelada por la Virgen. Y por eso solía decir: "Marie m'a révéle l'Eucharistie" (Dom Beaurin, 97)].

Sí, María; desde que te he conocido y amado, he hallado la vida. ¡Y qué vida, Dios mío: vida celestial, vida de amor y felicidad! Desde que me senté en el umbral de tus templos, desde que tomé de tus manos el libro sellado con siete sellos para el impío, y que tú tienes el derecho de abrir porque venciste, como el león de Judá; desde

que leí la sola verdad que nos enseñas y que encierra todas las demás, sentí que se me daba nueva inteligencia... *Intellectum tibi dabo*. Mis ojos se han esclarecido de tal manera, que he creído que otro veía por mí. He sentido el alma levantada por encima de las veleidades humanas, situada en una región en la que no flotan ya, como celajes inconstantes, opiniones que sin cesar se empujan unas a otras. Y de aquí en adelante, fijo en el faro estable y continuamente radiante de tu claridad, mi corazón halla el reposo, la paz y la fuerza, y marcha con alegría hacia la patria a la que tú me guías...

Pero, ¡oh madre mía del cielo!, puesto que por tu amor he dejado a todos los que me eran queridos en este mundo, ¡por favor, ten piedad de sus almas! No olvides que por ti he dejado también a una madre, que es, como tú, hija de Jacob; es, pues, también de tu familia. ¡Ah! Me la devolverás, tendrás piedad de ella, no puedes abandonarla. Su cabeza ya se inclina hacia la tumba, pobre madre mía. Oh María, te lo suplico: roza tan sólo sus párpados con tu luminoso vestido y ella te verá, se levantará y te seguirá, amará a Jesús, y entonces con nosotros irá al cielo.

La Acción de Gracias

Hace algunos meses fui a visitar a un venerable sacerdote cuya fama de santidad se ha extendido ya por todo el mundo católico; me refiero al virtuoso, al admirable Cura de Ars [san Juan María Vianney, 1786-1859]. A pesar de la multitud incesante de penitentes y peregrinos que lo rodeaban, tuve la dicha de poder conversar un rato con él y decirle:

«Padre, ¿no ha observado usted que uno se preocupa más en pedir mercedes y beneficios al Señor que en agradecerle los que se han recibido?»

«Sí, me dijo, es muy cierto. Somos como los leprosos que se fueron curados sin dar las gracias.

«Pero, Padre, ¿no sería posible fundar una asociación que tuviera por objeto rendir incesantes acciones de gracias a Dios por el torrente de beneficios que derrama sobre el mundo?»

«Eso es, me contestó. Tiene usted razón. Hágalo usted y Dios le bendecirá. Constituye una omisión entre las asociaciones de piedad, omisión que es necesario subsanar».

Ahora bien, hermanos míos, ésta es la primera vez que hablo en público de semejante idea, que no ha salido aún del estado de simple proyecto. Muchas almas, movidas por el Señor en el secreto de la oración, han venido a confiarme las quejas que Nuestro Señor les dejaba oír: se quejaba del poco agradecimiento que le demostraban los hombres por las mercedes con que les colmaba.

En un sermón que tiene por título: *Contra el vicio de testable de la ingratitud*, san Bernardo pregunta: ¿Por qué Dios, tan bueno y liberal, que nos ha colmado de tan grandes mercedes sin que las hayamos pedido o ni siquiera deseado, no nos otorga tantas y muchas más cuan-

do se las pedimos con incesantes oraciones, súplicas y peticiones? ¿Ha disminuído, pues, su poder? ¿Se le han agotado los tesoros de su gracia? ¿Ha cambiado su voluntad para con nosotros?... No es nada de todo eso. La verdadera causa es que nadie da gracias a Dios por sus beneficios. *Heu! Heu!, non inveniur qui agat gratias Deo*. Conocemos a muy pocos que se presenten a darle gracias, como deben, por todas las mercedes recibidas.

La razón por la cual Dios retiró su protección a Adán y le dejó caer en el pecado, ¿no estriba en el hecho de que Adán olvidó agradecer a Dios los beneficios de su magnífica creación y todos los tesoros de gracia con que le adornó el cuerpo y el alma?

Estudiemos, pues, este deber importante del cristiano, deber que tan descuidado está, y roguemos a María, que por su fidelidad a las gracias recibidas cada vez fue más colmada de nuevos dones.

Santo Tomás enumera tres grados en la caridad. El primer grado es el del corazón. Es menester grabar en el corazón la memoria de las insignes misericordias de que el Señor ha usado para con nosotros, y este recuerdo debe presidir nuestros afectos, inspirarlos, guiarlos, decidirlos y expulsar todos los que pudieran exponernos a la ingratitud.

El segundo grado nos conduce a alabar, exaltar y a celebrar la merced recibida. Hallamos en abundancia en el profeta real cánticos y alabanzas de bendición y de alegría. *Benedic, anima mea, Domino*, dice, y luego invita a todas las criaturas a que se asocien a su cántico: a los cielos y a la tierra, a las criaturas animadas, a las montañas, a los valles y a los elementos mismos; en una palabra, a todo lo que está dentro y fuera de nosotros mismos, a todo invita a ensalzar y a bendecir al Señor, *et omnia quæ intra me sunt*.

En su liturgia, la Iglesia pone en nuestros labios las más sublimes plegarias de acción de gracias: el *Te Deum*, cuyas ardientes estrofas parecen descender del mismo trono de Dios, al soplo de su Espíritu, para después subir otra vez al mismo por las aclamaciones del alma humana. El *Te Deum* es la suprema expansión religiosa del género humano.

¿Y acaso no nos da María un modelo de alabanza en su *Magnificat*?... ¿Y el cántico de los ángeles en el santo Sacrificio, y el prefacio de la Misa y tantos otros himnos? Ciertamente, el Espíritu Santo ha provisto ampliamente de textos sagrados la Escritura, textos que hacen saltar al corazón y cantar la lengua con plenitud de alegría, y así se desahoga la necesidad que sentimos de publicar las gracias del Señor. *Venite, audite et narrabo, omnes qui timeti Deum, quanta fecit animæ meæ!* [Sal 65,16]...

Debemos dar gracias a Dios, no tan sólo de todos los bienes, sino también de todas las aflicciones que nos ocurren, porque todas las cosas nos vienen del mismo principio, de su amor. *Benedicam Dominum in omni tempore*: clama el profeta, *semper laus ejus in ore meo* [Sal 33,2]. Alabaré al Señor en todo tiempo: no cesarán mis labios de pronunciar su alabanzas.

San Agustín añade estas hermosas palabras: ¿Estáis alegres? Reconoced a vuestro Padre que os acaricia. ¿Os halláis en la tribulación? Reconoced a vuestro Padre que os corrige. Ya sea, pues, que os acaricie o que os castigue, educa e instruye a aquel para quien prepara la herencia.

Dios es igualmente digno de alabanzas, dice san Crisóstomo, lo mismo cuando castiga que cuando perdona, ya que el castigo y el perdón son efectos de su

bondad y testimonios de su benevolencia. Hay que darle gracias, pues, no sólo por haber hecho el cielo, sino también por haber hecho el infierno, ya que no lo creó para enviarnos a él, sino a fin de hacérselo temer e inspirarnos horror al pecado, que es lo único que puede conducirnos allí.

El santo varón Job es un ejemplo admirable de esta igualdad de gratitud, pues lo mismo bendecía a Dios en la prosperidad como en la adversidad, y en el colmo de las aflicciones y de los dolores, exclamaba: Si bendecimos al Señor por sus beneficios, ¿por qué no recibiremos de su mano la aflicción?... Postróse luego en tierra y adoró diciendo: El Señor me lo dio todo, y el Señor me lo ha quitado: ¡bendito sea su santo nombre!...

San Lorenzo daba gracias a Dios, estando en las prisiones. San Cipriano, al oír su sentencia de muerte, exclamó: «¡Alabado sea Dios!» Y mandó que se dieran veinticinco piezas de oro al verdugo que debía cortar la cabeza. La invencible mártir Tecla, mientras le estaban desgarrando las entrañas, no cesaba de decir: «¡Alabado sea Dios!» Tobías no murmuró ni lo mínimo contra Dios cuando se volvió ciego, sino que permaneció inmovible en la obediencia y el temor de Dios, dándole gracias todos los días de su vida: *agens gratias Deo, omnibus diebus vitæ suæ* [Tob 2,14].

El tercero, el supremo grado de la acción de gracias, consiste en añadir al agradecimiento del corazón y de la lengua, el de la mano y el de los brazos, devolviendo con creces lo que se haya recibido, ya que, como os lo he dicho ya antes, santo Tomás exige que, para cumplir plenamente con los deberes de la gratitud, se dé algo *gratis*, es decir, algo por encima de lo que se haya recibido, porque no dar más que lo mismo, es como si no se diera nada.

He aquí que nos hallamos enfrente de una dificultad. Nada tenemos que no esté infinitamente por debajo de Dios, y todo lo que tenemos, lo tenemos por su misericordia. La misma acción de gracias que le rendimos por sus beneficios no es más que una emanación de su bondad. Así, pues, podemos decir a Dios, con mayor motivo, lo que un caballero romano decía a Augusto, quien había concedido la gracia del indulto a su padre, uno de los mayores enemigos del citado emperador: «He aquí, César, la única injuria que he recibido de ti: por la grandeza de la merced que me otorgas, me condenas a vivir y a morir como un ingrato, sin que me sea posible manifestarte dignamente mi agradecimiento».

Y sin embargo, amados hermanos míos, me parece que nuestra santa religión nos pone entre las manos la posibilidad de cumplir con el citado precepto de santo Tomás, el cual quiere que devolvamos a Dios con creces lo que le debemos.

Con esto, entro en el fondo de la importantísima cuestión de la acción de gracias.

Ante todo, la religión nos enseña que en rigor de justicia tan sólo estamos obligados para con Dios a observar los preceptos y los mandamientos de su santa Iglesia. Cada vez, pues, que ofrecemos a Dios una obra de supererogación, una obra que no es estrictamente necesaria para nuestra salvación, damos en cierto modo al Señor algo más de lo que ha querido obligarnos a que diésemos, puesto que, en su inmensa bondad, se contenta, para la mayoría de nosotros al menos, con que observemos sus mandamientos.

Cada vez, pues, que hacéis una buena obra, aparte de las absolutamente prescritas, podéis en cierto modo sa-

tisfacer a Dios las deudas que tenéis para con Él. Cada limosna que hicierais, además de la que vuestra posición social exige en justicia, será una limosna ofrecida en acción de gracias. Cada obra de misericordia, cada sacrificio, cada privación que os impusierais, además de las penitencias impuestas por la Iglesia, será una acción de gracias que Dios tendrá por infinitamente agradable. Cada ornamento que ofrecierais, cada flor que trajerais para realzar el esplendor del culto que le rendimos, cada comunión que hicierais, además del deber pascual, cada misa que oyéreis sobre la del precepto dominical, en fin, todas las obras de piedad y de amor, todo eso se vuelve en vuestras manos como una moneda con la que pagáis a Dios el exceso de lo que le debéis por el deber sagrado del agradecimiento.

Y puesto que hemos llegado al objeto que me proponía en este sermón, me apresuro a decíroslo cuanto antes con ocasión de las comuniones y misas de acción de gracias que acabo de indicaros. La deuda de gratitud para con Dios podréis *dignamente* satisfacerla por la sagrada Eucaristía y por ella sola. Sí, por ella sola y dignamente, ya que en la sagrada Eucaristía es donde hallaréis el *excedente*, el *gratis* de que habla el angélico santo Tomás.

Voy a demostraros esta afirmación con unas breves palabras. Digo que la Eucaristía es la única acción de gracias digna de Dios que podamos ofrecerle, y lo pruebo, en primer lugar, por las palabras del mismo Espíritu Santo, que en un santo arrebató exclama por boca del Rey profeta: *Quid retribuam Domino, pro omnibus, quæ retribuit mihi?* [Sal 115,3] ¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? E inmediatamente, con todo gozo: *Calicem salutaris accipiam*, canta con alegría. Ahora bien, el aludido cáliz de la salud, el citado cáliz del Señor, no es otra cosa sino la sagrada Eucaristía.

Lo pruebo, en segundo lugar, por las palabras de Jesucristo, cuando instituye el testamento de amor en el Cenáculo, cuando da su cuerpo y su sangre a sus discípulos, y a nosotros todos, dice: *Hoc facite in meam commemorationem*: haced esto en memoria mía [Lc 22,19; 1Cor 11,24-25]. Y lo que prueba que entiende por ello la memoria de sus beneficios, es el hecho que está escrito: *Memoriam fecit mirabilium suorum, escam dedit timentibus se* [ha hecho maravillas memorables... él da alimento a sus fieles: Sal 110,4-5]. El Señor, en su misericordia, ha instituido un memorial de sus beneficios, dando un alimento a los que le temen, y el sacramento del altar siempre ha sido llamado el *memorial*, es decir, el resumen de todos los beneficios de Dios.

Por tanto, así como la ingratitud tiene por origen el olvido de Dios, el agradecimiento se basa sobre el recuerdo y la memoria de su bondad. Dios había mandado a los israelitas que conservaran en el tabernáculo un vaso lleno de maná, para que fuera como un perpetuo recuerdo de los beneficios con que Dios los había colmado al alimentarlos en el desierto. Ahora bien, el maná siempre ha sido considerado como una figura de la Eucaristía.

Pero el nombre mismo del verdadero maná, de la Eucaristía, este nombre tan dulce, este nombre que en una sola palabra expresa todos los tesoros de la bondad de Dios, este nombre, digo, tomado de la lengua griega, significa literalmente: *acción de gracias*. Y porque la acción de gracias de los hombres es insuficiente, por esto a este tesoro se ha llamado divina Eucaristía, es decir, divina acción de gracias, y por lo tanto, acción de gracias infinita, inagotable, incesante, adecuada a la grandeza de la bondad de Dios.

¡Oh! sí, lo experimento, ¡oh Dios mío! ¡cuando te ofrezco la hostia de alabanzas y de amor, dejas oír de nuevo la misma voz paterna que desde lo alto de los cielos descendió sobre Jesús en las aguas del Jordán, y dices: *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui*: éste es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia [Mt 3,17; 2Pe 1,17]. Si le ofrecemos, pues, este Hijo querido, convertido en nuestra parte de herencia en la sagrada Eucaristía, presentamos al Padre eterno una acción de gracias infinitamente agradable, una acción de gracias digna de Él, que es igual a Él y, por lo tanto, sobreabundante...

Es lo que la Iglesia católica resume y profesa en el canto verdaderamente sublime del santo Sacrificio de la Misa llamado *prefacio*, y que también podría llamarse el cántico de acción de gracias de todas las criaturas. El sacerdote, a punto de ofrecer a Dios el mismo Jesucristo que se va a inmolar para pagar todas las deudas contraídas para con la Majestad divina, deudas de adoración, de agradecimiento, de reparación, de súplica, alza la voz para elevar nuestros espíritus hacia el cielo, *sursum corda*. Y en cuanto le hemos respondido que nuestros corazones están al unísono, *habemus ad Dominum*, y que, como él, estamos prontos a ensalzar y a bendecir a Dios por sus beneficios, *dignum et justum est*, repite y entona este canto de alabanza, diciendo: Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, que en todo tiempo y en todo lugar te demos gracias, oh Señor santo, Padre omnipotente y eterno Dios, *per Christum Dominum nostrum*, por Cristo nuestro Señor, por quien, *per quem*, alaban tu majestad los Angeles, la adoran las Dominaciones, tiemblan ante ella las Potestades, los Cielos y las Virtudes de los cielos y los bienaventurados Serafines la celebran con mutuos transportes de alegría. Por Jesucristo, te rogamos que te dignes admitir nuestras voces, que unimos a las tuyas para cantar con ellos, diciéndote con humilde confesión: *Sanctus, Sanctus, Sanctus!*...

Aquí tenéis, hermanos míos, de qué manera podemos plenamente rendir gracias a Dios, por medio de nuestro divino mediador, Jesucristo, en la Eucaristía, en el sacrificio del altar; por Jesucristo, sin el cual no podríamos rendir a Dios gloria, alabanza y bendición que correspondieran a la grandeza infinita de sus beneficios. He aquí lo que distingue a nuestra divina religión de todos los sistemas religiosos y filosóficos que han aparecido en el mundo, de los que ninguno tiene el poder, ni siquiera tan sólo la idea de una mediación entre lo finito y lo infinito, entre el mundo y su autor, que perfectamente los una sin confundirlos.

El beato Enrique Susón estaba cantando un día el prefacio, cuando de pronto fue arrebatado en éxtasis en presencia de los fieles. Habiéndole preguntado éstos luego lo que le había ocurrido, les respondió: «Estaba contemplando en espíritu a todo mi ser, al alma y al cuerpo, a mis fuerzas y a mis potencias, y alrededor de mí a todas las criaturas con las que el Todopoderoso ha poblado el cielo, la tierra y todos los elementos, los ángeles del cielo, los animales de los bosques, los habitantes de las aguas, las plantas de la tierra, las arenas del mar, los átomos que vuelan en el aire iluminados por los rayos del sol, los copos de la nieve, las gotas de la lluvia y las perlas del rocío. Estaba pensando que, hasta los confines más remotos del mundo, todas las criaturas obedecen a Dios y contribuyen, en todo lo que pueden, a la armonía misteriosa que sin cesar se eleva para ensalzar y bendecir al Creador. Me figuraba entonces hallarme en medio de este concierto, como un maestro de capilla. Y aplicaba todas mis facultades en marcar el compás; invi-

taba y excitaba, por medio de los más vivos movimientos de mi corazón y los más íntimos de mi alma, a todas esas criaturas a cantar alegremente conmigo: *Sursum corda! Gratias agamus Domino Deo nostro!*»

¡Aquel santo religioso tomaba los latidos de su corazón como compás del gran concierto de acción de gracias de la creación! Pero, no obstante, me parece que no era él el maestro de capilla del sublime concierto. Podía ser todo lo más el director de orquesta que dirige la parte instrumental. El verdadero maestro de capilla es el Corazón sagrado de Jesucristo en la divina Eucaristía. De Él hemos de recibir el diapason. Son los actos de amor de este Corazón divino los que marcan el compás de nuestro agradecimiento, cuyas adoraciones inflamadas dirigen y arrastran nuestras voces y nuestros corazones en los cantos de alabanza que debemos al Altísimo, *per Christum Dominum nostrum*. Sí, por Él solo, los mismos ángeles alaban la majestad de Dios y le glorifican...

He aquí ahora mi idea:

En una de las parroquias de París se halla establecida una devoción especial al Corazón inmaculado de María; en otra, la devoción en sufragio de las pobres almas del purgatorio; allí, está la cofradía del santo rosario; acá y acullá, una devoción especial por la santa cruz o por la corona de espinas del Salvador. Pues bien, de la misma manera quisiera yo que la parroquia de Santa Clotilde se distinguiera por una devoción ferviente e inflamada de amor por la sagrada Eucaristía.

Pero, se me dirá, la devoción para con el augustísimo Sacramento de nuestros altares está establecida, está extendida, está viva en todas las iglesias de nuestra diócesis... De acuerdo, lo celebro y bendigo a Dios por ello; pero he aquí mi réplica:

El santo sacrificio de la Misa, sublime conjunto de todos nuestros actos de religión, fue instituido por Jesucristo para cuatro fines principales: 1º, para rendir a Dios un culto supremo de adoración, reconociendo su soberano dominio sobre todo lo que existe; 2º, para dar gracias a Dios por todos sus beneficios; 3º, en reparación de todas las ofensas hechas a su divina Majestad; y 4º, en fin, para obtener de Dios nuevas gracias en el orden temporal y en el orden espiritual.

Ahora bien, hermanos míos, tenemos ya tres clases de adoración perpetua que responden a tres de estos cuatro fines; pero con relación al cuarto, queda un vacío que llenar.

En efecto, la adoración perpetua diurna y nocturna de las Cuarenta Horas responde perfectamente a la primera necesidad del culto supremo e incesante llamado culto de latría.

La adoración reparadora también existe, y admiramos a las generosas víctimas que pasan día y noche ofreciéndose en holocausto con Jesús al pie de su tabernáculo.

La adoración de súplica y de petición halla así mismo y en mayor número que todas las demás, crecido contingente de almas que constantemente acuden a impetrar de la sagrada Eucaristía, uno la conversión de un pecador, otro, la curación de un enfermo, y el de más allá, la preservación de un peligro.

Pero en ninguna parte todavía he visto una asociación eucarística que tenga por objeto principal y especial el ofrecer a Dios perpetuas acciones de gracias por las mercedes obtenidas mediante las otras devociones que ya os he citado.

La asociación que medito y que ahora recomiendo a vuestras piadosas meditaciones, tendría, al lado de las otras ya existentes, un carácter especial de desinterés y de generosidad; ya que, mientras que en muchas partes se pide perdón o se piden gracias, pero en fin siempre se pide algo, aquí, al contrario, se *devolvería* a Dios. No pretendo excluir de dicha asociación, ¡líbreme Dios!, las recomendaciones de súplicas, ni los actos de contrición, porque somos tan pobres y tan grandes pecadores, que por doquier y constantemente debemos golpear el pecho; sino que quiero decir que estos dos últimos actos de religión no serían más que lo accesorio, el acompañamiento necesario a causa de nuestros defectos. Pero la intención general de la adoración sería precisamente el agradecimiento y –si se me permite que me sirva de semejante expresión– el *reembolso* de los dones que nos hacen de tal modo deudores para con Dios, y tal pago se efectuaría por medio de los tesoros encerrados en la sagrada Eucaristía, ya que, como lo dijo el concilio de Trento, la Eucaristía encierra, abarca, contiene y absorbe todos los tesoros de la bondad de Dios.

Así, del mismo modo que vais a Nuestra Señora de las Victorias para obtener la conversión de un pecador, y de la misma manera que os dirigís a la iglesia de san Mederico, a la archicofradía de las almas del purgatorio, para encomendar a vuestros difuntos, os dirigiréis a esta nueva asociación eucarística para mandar celebrar una misa de acción de gracias o para cantar el *Te Deum* del agradecimiento...

Avisos espirituales

Tenga usted cuidado en mortificar el amor propio y a menudo la propia voluntad, la que se debe contrariar mucho cuando se quiere alcanzar la unión divina.

*

La paz es un fruto del Espíritu Santo, que se obtiene por la fidelidad a la oración y también por prolongadas acciones de gracias después de la comunión.

*

Siempre debéis en las conversaciones tener el propósito de conducir las almas a Dios, a su servicio y a su amor.

*

Dedique a la acción de gracias después de la comunión un cuarto de hora, y permanezca en paz, unida a nuestro dulce Jesús, sin producir gran número de actos. Una palabra basta: ¡Amor!

*

Sirvamos a Jesús por sí mismo; digamos que nos es grato estar privados de alegría en este mundo, ser humillados y probados, y que Jesús nos concede siempre mucho más de lo que merecemos. Hay que amar a Je-

sús crucificado, hay que amar la *cruz de Jesús*. El Tabor ya lo gozaremos en el cielo.

*

Con respecto a los deseos que le manifiesta su marido de concurrir a diversiones profanas, repito que usted no arriesga nada, mientras usted vaya tan sólo por sumisión y contra su propio agrado. Así mismo le aconsejo, cuando usted pueda hacerlo *prudentemente*, que haga surgir algún estorbo, cualquier pretexto legítimo que se convierta en obstáculo para ir. Creo que será cosa agradable a Nuestro Señor, si le ve combinar con sensatez algún plan para que fracase un recreo de semejante índole.

Cuando la ocasión se le presente, practique el grande amor del cumplimiento de la voluntad de Dios, sobre todo en las cosas que le crucifiquen la propia voluntad. Nada hay tan apto para conducirnos a la unión divina como el triunfo sobre la propia voluntad y sobre las inclinaciones naturales que nos son lisonjeras. Es más que resignación, es un *gozo* lo que experimentamos cuando la voluntad de Dios triunfa sobre nosotros mismos. Esto le hará adelantar mucho en la senda de la perfección, y cada día se presentará alguna víctima que inmolar; y esta víctima debe estar en nosotros mismos. En semejantes sacrificios somos a la vez, como Jesucristo, el sacerdote, el altar y la hostia.

¡Qué bello, grande, sublime y glorioso es esto!... Cosa que no se puede efectuar más que gracias a un combate continuo e infatigable. No es hacer poco para Nuestro Señor, y jamás somos nosotros mismos los que escogemos el arma y el terreno de la lucha. Son los incidentes imprevistos de cada día, que la Providencia hace surgir para inquirir y probar nuestro amor para con Dios.

*

No se inquiete usted por la vehemencia de su cariño para con los de su familia, con tal que luego lo eleve por medio de su intención a la dignidad de los afectos sobrenaturales y que usted lo tenga inviolablemente sometido a la santa voluntad de Dios. El amor de Jesús santifica todos los cariños que no son contrarios a la ley de Dios. La religión no sólo no debe *enfriar el corazón*, sino que debe dar *más corazón* para los que amamos en el orden de Dios.

*

No omita medio alguno para conservar la deliciosa paz de Jesús. Un buen medio consiste en pensar poco en usted misma y mucho en Jesús. Cuando el alma se abandona a Jesús y a la contemplación de sus encantos y perfecciones, entonces Nuestro Señor se encarga de manera especial de guiarla, y en ella produce la calma apacible que hizo reinar en el mar de Tiberíades cuando iba a reunirse con Pedro andando sobre las aguas.

*

Procure tener, sobre todo durante la cuaresma, horas de soledad, silencio y recogimiento con *Jesús solo* en el desierto. Sírvale con los ángeles, trabaje para Él, a imitación de san José en la casa de Nazaret, y use del mundo como si no usara de él [1Cor 7,31]. Cuando haya de alternar con éste, procure pasar *inadvertida, ignorada y como si no estuviera en él*.

*

Cuando la naturaleza la arrastre a sentir indignación en presencia del mal, corrija dicho movimiento por un acto *sobrenatural* de conmiseración hacia el pecador. El pecado merece nuestro odio, pero el pecador es digno de nuestra *piedad*. Que la piedad acuda, pues, para rechazar la indignación.

*

Uno de los movimientos más frecuentes de nuestra miserable naturaleza, que pone nuestra falta de humildad en evidencia, consiste en el deseo de ser compadecidos cuando padecemos. Los santos han tenido cuidado en ocultar sus dolores a los hombres, para que Jesús sólo fuera testigo de ellos y agradeciera la ofrenda de los mismos.

*

Le recomiendo especialmente, cada vez que en usted advierta alguna imperfección o cualquier debilidad natural, que de ello *se humille sinceramente*, expresamente, ante nuestro dulce Jesús.

*

Para aprender a volverse humilde no hay que compararse a los hombres, sino al divino modelo que Dios nos ha dado, a *Jesús*. Jesús es Dios y *hombre*: debemos volvernos en otros tantos Jesús a los ojos de su Padre, si queremos complacerle. Compare usted su humildad a la de Jesús, María y san José, y entonces concurrirá a la escuela en que se aprende la ciencia de la humildad.

*

La razón por la cual el buen Maestro no deja oír siempre su dulce voz, es porque gusta que se le busque, y nada le es tan agradable como los esfuerzos de un alma prendada de su amor que, como Magdalena, se dirige a las criaturas del cielo y de la tierra para preguntarles: «¿dónde está mi Dios?» Debemos suspirar por Jesús como el ciervo sediento suspira por el arroyo de los bosques. Otra razón hay también, y es para que nos mantengamos en la humildad. Si tuviéramos siempre el consuelo de los coloquios dulcísimos de Jesús, acabaríamos por creernos algo, no siendo otra cosa sino ceniza y polvo, y peor que esto... ¡pecadores! ¡Qué bueno y misericordioso es Jesús en no rechazarnos y en dignarse soportarnos a pesar de nuestras miserias, cobardías e inconstancia en su servicio!

Debe usted aspirar a establecer profunda paz en su alma, evitar lo que pueda turbarla. Ruegue a Jesús que mande a los vientos y a las tempestades, y que haga renacer la calma y la tranquilidad en su interior. El mundo no sabe proporcionar la paz. Jesús, el Cordero de Dios, vino para que la disfrutemos abundantemente. Sin embargo, sólo en el cielo será perfecta. En este valle, en el que sólo estamos de paso, debemos aspirar continuamente al reposo definitivo que nos aguarda en los brazos de Dios. Un día nos dormiremos y descansaremos, como dice el Salmista, en Aquél que por *sí mismo* es la paz eterna.

Los cuidados materiales nunca deben distraerle de las atenciones que se deben a Dios, porque precisamente es a Dios a quien tendrá usted que recurrir para allanarlos, y porque en todas estas cosas constantemente debe ver, con la mayor *pureza de intención*, tan sólo *la santa voluntad de Dios*.

Cuando usted crea que debe interrumpir su norma de vida, para adaptarse a las conveniencias de la caridad fraterna, a su discreción lo dejo. Sin embargo, mi opinión es que, en ciertas circunstancias, debe usted dar la *preferencia* al reglamento. A veces hay que saber dar a comprender al mundo que Dios tiene sus derechos, y hoy día, aun las gentes más piadosas, con demasiada frecuencia están inclinadas a considerar los deberes religiosos como cosa accesoria que, según ellos, debieran siempre ceder ante las disposiciones que se toman para recrearse. Así, pues, su reglamento cederá algunas ve-

ces frente al prójimo, y otras usted rogará al prójimo que la deje tranquila, y entonces Dios ocupará a lo menos el primer lugar, el que de derecho le corresponde.

No tema las murmuraciones ni las críticas... Si usted quiere continuar agradando a los hombres, cediendo siempre a sus conveniencias, no agradará, no será, dice san Pablo, sierva de Dios [Gál 1,10]. Muestre cierta firmeza para no ser arrastrada por la corriente del día, la cual consiste en cierto modo *en echar a Dios a un lado*... Esté segura de que mi celo por su alma es y será siempre el mismo.

*

Es muy importante que recuerde lo que ya le dije de los *primeros movimientos* del alma. Estos primeros movimientos vienen, ya de las inclinaciones naturales, ya a consecuencia de una sugestión diabólica, o también por un impulso de la gracia divina. En ninguno de tales casos pueden constituir falta o acto meritorio *hasta que la voluntad*, con su reflexión, haya dado el consentimiento u opuesto resistencia.

*

Nuestro Señor dice en la Escritura: «Yo soy un gusano, y no un hombre» [Sal 21,7]. Quiso humillarse, dice san Pablo, quiso anonadarse hasta la nada, ser tratado como el último de los hombres, y nosotros no tendremos parte con Nuestro Señor sino participando de su humildad, más aun, de su humillación, porque es el *vínculo* gracias al cual hemos entrado en relación con Él y nos hemos convertido en hermanos suyos. Tan pronto como renunciamos a trabajar en nuestra propia humillación, renunciamos a participar de Jesucristo, ya que en seguida Nuestro Señor se halla a distancia infinita de nosotros. No puede pues, usted, avanzar más que por este camino: el desprecio de sí misma, el santo odio de sí misma, y un constante temor de que venga a deslizarse en su alma cualquiera secreta complacencia de sí misma. Nada podría serle más perjudicial que esto.

Sea Él bendito y amado *de todos*.

Cardenal Perraud*: sermón predicado a los cincuenta años de la Adoración Nocturna

*[Card. Perraud, obispo de Autun, miembro de la Academia Francesa; sermón en Nuestra Señora de las Victorias en París, el 7 de diciembre de 1898].

[Tanto este sermón, como la *Memoria* que le sigue, tienen un gran valor histórico, pues muestran *el verdadero espíritu de la Adoración Nocturna*, tal como se entiende a los cincuenta años de su fundación, es decir, hace un siglo].

*In noctibus extollite manus vestras in sancta,
et benedicite Dominum.*

Levantad por las noches vuestras manos
hacia el Santuario, y alabad al Señor (Sal 133,2)

Señores y queridos cofrades de la Adoración Nocturna:

Este versículo del salmo 133 me parece que expresa muy apropiadamente el espíritu de vuestra asociación, y que resume la edificante historia de la misma durante el primer medio siglo que ha pasado desde su fundación.

Fines de la Adoración Nocturna

Levantar las manos hacia el Señor, es decir, orar. Orar durante la noche, es decir, quitarlo del sueño y añadir a la eficacia de la oración la de la penitencia. Ofrecer homenajes de adoración y de reparación a Nuestro Señor Jesucristo en la presencia misma del misterio, por Él instituido en una noche particularmente solemne y dolorosa: *in qua nocte tradebatur* [en la noche en que iba a ser entregado: 1Cor 11,23]. Misterio en que el poder y la bondad infinita se pusieron de acuerdo para probar al hombre hasta qué extremo ha sido amado por su Dios: *propter nimiam caritatem qua dilexit nos* [por el amor inmenso con que nos amó: Ef 2,4]. En fin, aprovecharse, de esta conversación íntima, de este contacto de corazones con el de Nuestro Señor Jesucristo, real y sustancialmente presente en la Eucaristía, para unirse a sus intenciones, encomendarle los intereses de su Iglesia y los de las almas, y tomar parte en sus cuidados, dolor y gozos.

Tal es exactamente la inspiración excelsa de piedad, de religión y abnegación que decidió a vuestros fundadores a instituir la Adoración Nocturna. Tales son señores, los pensamientos e intenciones que os animan, especialmente cuando sois llamados al honor de hacer compañía al divino Solitario durante la noche; cuando, si vale la expresión, estáis de guardia ante el Santísimo Sacramento y os sucedéis unos a otros, como centinelas alertas, el santo y seña cuyas palabras yo he tomado de David: *In noctibus extollite manus vestras in sancta, et benedicite Dominum*.

Razón habéis tenido en querer celebrar solemnemente el quincuagésimo aniversario de la fundación de vuestra asociación.

Recuerdo de Angers

Me habéis pedido que sea el intérprete de los afectos que vuestros corazones albergan, y como el portavoz de vuestras acciones de gracias. Con mucho placer he accedido a vuestra invitación.

No las he olvidado, no las olvidaré jamás, las horas que pasé en otro tiempo en la capillita del palacio episcopal de Angers, cuando, siendo seglar y joven catedrático en el instituto de dicha ciudad [1850-1852] formaba parte de vuestra asociación, que acababa de establecerse allí. Quizás fuese durante estas sagradas viglias cuando oí la voz de Aquél que había llamado a Samuel en medio de las sombras de la noche. Como éste, respondí: Señor, heme aquí: *Ecce ego, quia vocasti me* [1Re 3,9]. Y abandonando la honrosa carrera en que apenas acababa de dar los primeros pasos, empecé mi preparación para este sacerdocio cuya suprema función e inestimable prerrogativa son perpetuar en el mundo el misterio de la sagrada Eucaristía.

Vigilia de la Inmaculada

¡Oh María, a quien en esta noche, unidos a toda la Iglesia, felicitamos por el privilegio de haber sido preservada del pecado original! Aquí es donde empezó esta asociación durante la noche del 6 al 7 de diciembre de 1848. Aquí, en este templo, en el que tantas victorias habéis alcanzado sobre la indiferencia y el pecado, sobre

la incredulidad y la herejía. Me imagino afectuosamente cómo tú misma, muchísimas veces, en Belén, en Egipto, en Nazaret, arrodillada junto a la cuna del Niño Jesús, que era tu Hijo y tu Dios, juntabas las manos virginales y maternas: *extollite manus vestras in sancta*, y te dejabas llevar por todos los afectos que llenaban tu alma, la extrañeza, la confusión, el agradecimiento, la adoración. El divino infante dormía; pero tú sabías que su corazón velaba constantemente: *ego dormio, sed cor meum vigilat* [yo duermo, pero mi corazón permanece despierto: Cant 5,2].

¡Oh María! En esta noche ruega por nosotros, implora muy especialmente para mí la asistencia del Espíritu Santo, para que me sea dado el aprovechar a estos animosos cristianos, a estos fieles siervos y adoradores de tu divino Hijo.

Orar con Cristo y como Él

Orar, señores, entre tantos otros aspectos en que puede considerarse la oración, consiste en asociarse a uno de los ministerios principales que Nuestro Señor quiso cumplir al venir a este mundo. Los Padres y los Doctores de la Iglesia han demostrado excelentemente cómo el Mesías, prometido por Dios y esperado por los hombres, no habría podido ofrecerse en sacrificio a su Padre por los pecados del mundo, sino después de haberse hecho semejante a ellos y haberse revestido una carne capaz de padecer. El mismo Salvador reveló esta ley al apropiarse las palabras proféticas del salmo 39, citadas por san Pablo en el capítulo X de la epístola a los Hebreos: «Las víctimas de la antigua ley no tenían fuerza para la obra de la redención. Por eso, Señor, me has dado un cuerpo, y yo dije: He aquí que vengo para cumplir tu voluntad» [Heb 10,5].

En efecto, Jesucristo no hubiera podido padecer, si no se hubiese encarnado. Con respecto a la oración, se puede hacer un razonamiento semejante. En el seno de la adorable Trinidad, ni la segunda ni la tercera persona rezan a la primera, porque las tres son iguales en todo, consustanciales, y tienen la misma naturaleza y el mismo poder, *omnipotens Pater, omnipotens Filius, omnipotens Spiritus Sanctus* [Símbolo Atanasiano]. Ahora bien, como en los designios de su sabiduría y de su providencia Dios quería que la oración fuese una de las mayores necesidades y a la vez uno de los mayores deberes de los hombres, su Verbo se encarnó y Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios juntamente, vino a darnos a un tiempo el precepto y el ejemplo de la oración.

En los días de su vida mortal, oraba cuando las madres le llevaban sus hijos para que les impusiera las manos [Mt 19,13]. Oraba cuando, en el desierto, levantaba los ojos al cielo, antes de bendecir los panes y los peces y multiplicarlos milagrosamente para alimentar a las multitudes [14,19]. Oraba cuando ejercía su misericordia con los enfermos para curarlos y su poder sobre los muertos para resucitarlos [Jn 11,41]. Oraba de día, oraba de noche. Mientras sus apóstoles iban a descansar después de haber escuchado sus exhortaciones y consejos, subía a la montaña; y allí, nos dice el texto sagrado, pasaba la noche en oración. Muy especialmente la noche que precedió a la elección de los apóstoles —san Lucas nos lo dice—, pasó toda la noche orando [Lc 6,12], como para solicitar de su Padre, antes de comunicárselas a ellos, las gracias necesarias para los que enviaba a llevar su palabra por el mundo.

Después de celebrar la Cena y de instituir la sagrada Eucaristía, se dirige al huerto de Getsemaní. La noche ha caído ya, y entonces es cuando se entrega, bajo los vie-

jos olivos, a una oración que se prolonga entre indecibles dolores del alma y del cuerpo, y que para él se convierten en punzante agonía: *Factus in agonia, prolixus orabat* [sumido en la angustia, insistía más en su oración: Lc 22,43]. En fin, en la cruz, cuando las tinieblas invaden el cielo y provocan, en medio del día, una noche que dura tres horas, ruega por sus verdugos: *Pater, dimitte illis; nesciunt enim quid faciunt* [perdónalos, Padre, pues no saben lo que hacen: 23,34]. Ora hasta el fin, hasta el momento de entregar el alma a su Padre.

Y lo que hizo cuando estaba revestido de la forma natural de la humanidad, ha continuado haciéndolo en esta nueva vida, más misteriosa aún, de la santa Eucaristía, la cual multiplica y prolonga a través del tiempo y del espacio el prodigio de la encarnación.

En los tiempos de su vida mortal, y puesto que era hombre como nosotros, al mismo tiempo que Dios, había forzosamente para Jesucristo diversidad de estados y de ocupaciones: conversaba con sus apóstoles o instruía a las multitudes, viajaba, tomaba alimentos y descansaba en el sueño. En su vida sacramental, ya no existe todo esto: víctima que se ofrece y se inmola en silencio, pan vivo que, al darse a comer, da la vida eterna, el Jesús de la Eucaristía no cesa de orar: se halla constantemente en súplica, pidiendo a su Padre que bendiga a su Iglesia, que extienda su reino, que secunde los designios para el cumplimiento de los cuales se encarnó y padeció su dolorosísima pasión, *semper vivens ad interpellandum pro nobis* [vive siempre para interceder por nosotros: Heb 7,25].

Ahora bien, señores y amados cofrades, es especialmente a esta oración continua y silenciosa de la sagrada Eucaristía a la que os unís durante las horas que pasáis ante Él, haciendo vuestros todos sus deseos, intenciones y elocuentes plegarias en favor de la humanidad culpable o desgraciada.

Orar de noche

San Juan Crisóstomo hace con respecto a la noche una delicada reflexión. Este santo Doctor dice que la noche es una invención de la bondad paterna de la providencia de Dios sobre los hombres. Después de los trabajos y del cansancio del día, les proporciona el descanso de la noche para que, conforme rezamos en nuestra oración vespertina, podamos reparar nuestras fuerzas y volver de nuevo a servirle mejor, si cabe, al día siguiente.

Pero, ¿es exactamente éste el uso que los hombres hacen de la noche? Por el contrario, ¿no hay muchos entre ellos que pervierten el tiempo destinado por la sabiduría de Dios para recoger y renovar nuestras energías vitales?

Ah, sí. Con demasiada frecuencia la noche es la hora de los mayores crímenes. Es entonces cuando, como dice el profeta Oseas, abundan tanto el robo, el adulterio, con todos los libertinajes y desórdenes de la impureza, que es imposible nombrar, y el homicidio que derrama la sangre humana a raudales [Os 4,2].

¡Cuántas ofensas se infligen a la Santidad infinita! ¡Cuántas heridas tan profundas se infligen al corazón de Dios! Y, por lo tanto, ¡cuánta necesidad de reparación! Así pues, señores y amados cofrades, cumplís con este noble ministerio cuando permanecéis durante toda la noche ante el Santísimo Sacramento. Os unís a las congojas de Jesús paciente. En otro tiempo, Dios se había quejado a su profeta Ezequiel de que no había hallado a nadie que se interpusiera entre el pecador y Él. Pero vosotros, presentes ante la Hostia en las horas en que se

cometen las horribles maldades aludidas, sois con ella suplicantes e intercesores. Abogáis por la causa de los desgraciados que tratan de persuadirse de que Dios no los ve porque están rodeados de las tinieblas.

Tal es, en efecto, el razonamiento absurdo del criminal, cuando aprovecha la noche para entregarse a sus malas pasiones: «las tinieblas me rodean, se dice, nadie me ve: *nemo me videt*. Por lo tanto, puedo dar libre curso a mis instintos depravados» [Eccl 23,26].

El insensato olvida que «las miradas de Dios son más penetrantes que los rayos del sol, y que van hasta el fondo de los abismos» [Eccl 23,28]. Un refrán popular de los pueblos de Oriente expresa en forma original esta perpetua omnipresencia de la vista de Dios, a la cual ningún ardid de los hombres puede sustraerse: «Sobre el mármol negro, en la noche lóbrega, la hormiga negra, Dios la ve».

¡Bella y santa misión, señores, la que consiste en formar contrapeso al mal y emplea en esta obra de reparación la oración y la penitencia! Los metafísicos nos dicen con razón que el mal no tiene existencia por sí mismo, y que es una carencia, mientras que el bien es algo positivo y sustancial. De ello resulta que la calidad intensiva del bien puede compensar sobreabundantemente la cantidad del mal. Era el razonamiento conmovedor de santa Teresa cuando escribía a sus hijas: «...Toda mi ansia era, y aún es, que, pues [el Señor] tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos» [Camino Perf. 1,2].

Adoradores del Santísimo Sacramento, vosotros sois de esos amigos, poco numerosos sin duda, si se os compara a la totalidad de los hombres, pero sois de esos amigos fieles, generosos y abnegados que, gracias a vuestros piadosos ejercicios, compensáis la acción del mal y contribuís a desarmar la acción de la justicia divina.

Acabo de hablar de los crímenes, pero ¿podemos olvidar tantos desastres y accidentes que, por acaecer durante la noche resultan más espantosos, vienen a trastornar tantas existencias, causar tantas desgracias, hacer derramar tantas lágrimas? Incendios durante la noche. Naufragios o choques de trenes durante la noche. ¡Qué de víctimas! ¡Cuántos lutos! ¡Qué de ruinas! Entonces es cuando vuestras oraciones, vuestras adoraciones, cumplen con uno de los ministerios más conmovedores que la caridad pueda desempeñar.

En su primera epístola a los Corintios, enumerando las que se pueden llamar funciones orgánicas de la santa Iglesia, el apostolado, la profecía, el don de los milagros, la interpretación de las santas Escrituras, san Pablo coloca entre estas funciones, en cierto modo oficiales de la sociedad cristiana, la que consiste en socorrer a sus hermanos, y que él llama *opitulaciones* [asistencias, 1Cor 12,28].

Señor, no puedo estar en todas partes donde hay desastres que prevenir o remediar, lágrimas que secar, viudas y pobres huérfanos que consolar, pero por mi oración hecha ante el Santísimo Sacramento, me multiplico en espíritu y puedo acudir a todas esas desgracias y a sus víctimas, y cumplir con éstas el hermoso ministerio de la consolación. Es inútil decir hasta qué punto con ello estáis al unísono del Corazón de Aquél que dijo: «venid a mí todos los que andáis agobiados y yo os aliviaré» [Mt 11,28].

Horas de gracia

Hablaré ahora del bien que os hacéis a vosotros mismos con estos ejercicios, con estas vigiliassantas, con

estas plegarias prolongadas durante la noche. ¿No habéis experimentado que vuestra fe aumenta en intensidad, que vuestra certidumbre experimental de la presencia de Jesucristo tras los velos eucarísticos se acrecienta en vosotros, y que de las densas tinieblas del Sacramento brota para vosotros dulcísima y penetrante luz? Quizá entonces se os haya ocurrido repetir en acción de gracias las palabras de David en el salmo 138: «Esta noche inunda mi alma de claridad, al mismo tiempo que la llena de felicidad: *et nox illuminatio mea in deliciis meis*».

Escribiendo un día a su querido amigo Nebridio, san Agustín le hablaba del miedo instintivo y del natural horror que todos sentimos a la muerte. Sin embargo, añadía, en ciertos momentos, cuando el alma se repliega en sí misma, y desciende por el recogimiento a lo recóndito de su interior más íntimo, dicho sentimiento de aprensión se amortigua; el alma se vuelve capaz de considerar la muerte bajo otro aspecto y de no temerla ya tanto [Carta 10].

¿No es precisamente, señores, lo que habéis experimentado vosotros cuando pensáis en la muerte en la presencia de la santa Hostia? Os habéis dicho: «Será la luz que me alumbrará en el sombrío tránsito. Será mi fuerza y con ella no temeré nada» (cf. Sal 22,4). Y estas consoladoras perspectivas os han ayudado a dominar el temor natural de la muerte. Ya no la habéis visto sola. Al mismo tiempo que ella, habéis considerado el viático de vuestra suprema comunión. Y una dulce confianza os ha llenado los corazones.

Os hablo de la muerte: quisiera así mismo hablaros de vuestros muertos y saludar a los que pertenecieron a vuestra asociación, y cuyo recuerdo guardáis ante Dios. Debo limitarme a algunos nombres, y ante vosotros pronunciaré el del ilustrísimo señor de la Bouillierie; del ilustrísimo señor Sibour, obispo de Trípoli y auxiliar del arzobispo de París, primo suyo; del padre Hermann; del excelente Ricou, que os traía los colchones en los principios de vuestra asociación; del buen Bonvalet, que reparaba vuestras sillas; y el del digno Presidente que habéis perdido en el transcurso de este año, y al cual he tenido el honor de conocer, el señor De Benque.

Encendiendo hogueras de amor

A todos vuestros cofrades difuntos, así como a vosotros señores, que les sobrevivís y continuáis la obra, aplicaré una palabra que decía hace unos treinta años a uno de los vuestros, con quien me ligaba afectuosísima amistad.

El barón de S. G. disfrutaba en el mundo de un excelente bienestar económico; pero, sobreviniendo ciertos reveses de fortuna, le fue necesario subvenir a la existencia de la familia y se vio obligado a solicitar un empleo. El barón de X*** fue admitido como inspector en una compañía de seguros contra incendios. Para cumplir con su cargo, se veía obligado a viajar mucho. Yo lo veía a menudo, y me ponía al corriente de sus frecuentes peregrinaciones. Debía pasar uno, dos, tres días en tal o cual localidad. Las horas de asueto que le quedaban después de cumplir con los deberes de su cargo, las empleaba en visitar al párroco de la parroquia o al presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Les preguntaba si no les sería posible reunir a su alrededor a algunos celosos cristianos que se dieran cita una noche por mes en la iglesia para adorar al Santísimo Sacramento y ofrecer a Nuestro Señor homenajes y oraciones de reparación. A veces recibía una negativa; pero, a menudo también, sus esperanzas se realizaban, y cuan-

do volvía algo más tarde a la misma población, tenía la alegría de encontrarse con la Asociación establecida.

Un día le dije —me permito repetiros, señores, unas palabras que, bajo la apariencia de un chiste, encierran el más hermoso elogio que yo pueda hacer de vuestro celo y piedad, el mayor estímulo para que perseveréis en vuestros santos ejercicios y en vuestras adoraciones nocturnas—, le dije, pues : «Amigo mío, usted parece viajar para apagar los incendios; pero sucede todo lo contrario, puesto que viaja para encender por doquiera el incendio sagrado del amor de Jesucristo en la santa Eucaristía, y realizar de esta manera uno de los anhelos más ardientes manifestados por nuestro divino Salvador: “yo he venido a poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda? *Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur*”» [Lc 12,49].

Ojalá, señores, vuestras legiones de adoradores puedan llegar a ser cada día más numerosas y ayudarnos, con sus fervorosas plegarias, a atravesar la crisis dolorosa que estamos padeciendo, sobre todo desde hace veinte años. Y como es muy legítimo en esta iglesia hablar de victoria, ojalá esas plegarias puedan secundar nuestros esfuerzos para contrarrestar victoriosamente las influencias nefastas de las sectas que quieren echar mano a la conciencia cristiana de Francia y ahogarla. *In noctibus extollite manus vestras in sancta, et benedicite Dominum.*

Oración litúrgica

Sí, bendecid al Señor. Y para ello servíos de las mismas fórmulas que emplea la santa Iglesia en el «Gloria in excelsis Deo»: *laudamus te*, te alabamos; *benedicimus te*, te bendecimos; *adoramus te*, te adoramos; *gratias agimus tibi*, te damos gracias.

Rogad por los pobres pecadores. Repetid frecuentemente al Corazón misericordiosísimo, que tan dispuesto se halla para escucharos y satisfaceros, la súplica que Él mismo en la cruz elevó hacia Dios: «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen; *Pater, dimitte illis, nesciunt enim quid faciunt*».

Oración en silencio

Otras veces —es una práctica indicada por un autor del siglo XVII, discípulo del padre Olier [Jean-Jacques Olier, fundador de los sulpicianos, +1657]—, limitaos a uniros en silencio a las oraciones que Jesucristo hace por la Iglesia, por su Vicario y por las almas.

Cuando los fieles oyen recitar o cantar por el sacerdote una oración litúrgica en una lengua que no comprenden, basta que digan cuando ha terminado: *Amen*, y con ello, hacen suya la intención de la misma. Frente al silencio profundo y misterioso del Corazón de Jesucristo, guardad silencio por vuestra parte de vez en cuando. En unión con la oración incesante que sale de las profundidades del misterio eucarístico, decid: *Amen* ¡Señor, así sea! Ignoro lo que pedís a vuestro Padre, pero sé que lo que pedís es su gloria, es la extensión de su reino, es la difusión de vuestro Evangelio. Rogáis para que los hombres se vuelvan mejores y, por lo tanto, para que sean más felices. Yo me uno a todas vuestras intenciones, y digo: *Amen* [Catecismo, de M. de Lantages, sulpiciano].

Preludio de la alabanza eterna

Benedicite Dominum! Bendigamos al Señor en todo y siempre! Señor, te damos gracias por todos los bienes de que nos has colmado. Te damos gracias por la gracia que nos has concedido de ser iniciados en tus más santos misterios. Mas, Señor Jesús, luego que te hayamos servido, adorado y amado detrás de esos velos del Sacra-

mento que nos ocultan tu esplendor, cuando la muerte venga a buscarnos, te suplicamos te sirvas ser el compañero de nuestra última etapa y hacernos franquear sin daño y contigo la frágil barrera que separa el tiempo de la eternidad.

Entonces, según la promesa que nos hiciste y que se realizará, te veremos cara a cara. Con tu santa Madre, con los querubines y los serafines y todos los coros de bienaventurados, no nos cansaremos de repetir: «Al Cordeiro inmolado, gloria, honor, poder y bendición por los siglos de los siglos. Así sea» [Apoc 5,12-14].

Mr. Cazeaux*: memoria leída en el cincuentenario de la Adoración Nocturna

*[Mr. Cazeaux, segundo presidente, en la Junta General del 5 de febrero de 1899, celebrada en San Germán de Auxerre: «La primera vigilia de la Adoración Nocturna en París y las fiestas del cincuentenario»].

Eminentísimo señor [cardenal Richard, arzobispo de París]:

Mis queridos cofrades:

Movido de profundo agradecimiento, os presentamos esta *Memoria*, concluidas las fiestas que nos reunieron en tan gran número, los días 6 y 7 de diciembre últimos, con ocasión de las bodas de oro de nuestra asociación de la Adoración Nocturna.

Agradecimientos

Agradecimiento para con Dios ante todo, quien tan visible y paternalmente la ha bendecido, sostenido y propagado durante esta segunda mitad de siglo, no tan sólo en París, sino en Francia y en el mundo entero. Agradecimiento para con todos los que han simpatizado con nosotros en estas dos noches inolvidables pasadas en Nuestra Señora de las Victorias. Agradecimiento para con los lejanos amigos, que la distancia no ha impedido que estén estrechamente unidos a nosotros y que, en tantas iglesias de Francia y del extranjero, tanto en Europa como en América, han querido tomar parte en nuestras alegrías y han celebrado una noche especial de adoración para rendir a Dios comunes acciones de gracias. Agradecimiento, en fin, mis queridos cofrades, a nuestros mayores, a esos grandes cristianos que el 6 de diciembre de 1848 hallaron en su fe, en su amor a la sagrada Eucaristía, la energía necesaria para allanar todos los obstáculos, vencer todas las resistencias, las prevenciones, incluso las hostilidades, y con sólo la fuerza de su humildad, de su paciencia perseverante y de su ejemplo, consiguieron introducir en las costumbres cristianas del siglo XIX esta forma tan nueva, como contraria a la molición actual, de abnegación y sacrificio a Nuestro Señor Jesucristo, hasta tal punto que hoy día se sentiría un

verdadero vacío en las prácticas religiosas del mundo católico si se suprimiera la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento.

Por eso, mis queridos cofrades, hemos pensado que corresponderíamos a vuestro deseo si juntáramos en un mismo estudio los adoradores de los primeros tiempos, los valientes batidores de vanguardia de 1848, que nos trazaron el camino, y todos los adoradores de los días 6 y 7 de diciembre de 1898, hijos de los primeros, que han querido reconocer esta fecunda paternidad alabando a Dios y dándole gracias con nosotros por la piadosa herencia que nos ha sido transmitida.

Primeros adoradores

La colección de las actas de las reuniones de nuestra asociación nos ha conservado los nombres de los diecinueve primeros adoradores, que verdaderamente podemos considerar como nuestros antepasados, y eran: los señores Hermann, De Cuers, Mallet, Fage, Monneron, Letaille, Roussel, Bonnefoi, Deleuze, Youf, De Benque, Beaujean, Duris, Defoly, Capmas, Bocquet, De Plas, Guillier y Dublanchy.

El 22 de noviembre de 1848, a las ocho de la noche, se hallaban reunidos por primera vez bajo la presidencia del sacerdote de la Bouillerie en la pequeña habitación del padre Hermann, aún simple seglar recién convertido, en el número 102 de la calle de la Universidad, a fin de echar las bases de una asociación que tendría por objeto «la exposición y adoración nocturna del Santísimo Sacramento, la reparación de las injurias de que es objeto, y para atraer sobre Francia las bendiciones de Dios y apartar de ella las calamidades que la amenazan».

Ya en esta primera sesión se elaboró un reglamento. Ocho días después, el 29, se reunían de nuevo para fijar la fecha de la primera noche de adoración, siendo escogida la del 6 de diciembre, en Nuestra Señora de las Victorias. Pero antes de presentarse ante el Dios de la Eucaristía, estos humildes cristianos resolvieron ensayar primeramente en la intimidad la recitación del Oficio, y se convino que se reunirían el viernes 1.º de diciembre, a las ocho y media, en casa del señor Hermann, para efectuar la lectura del Oficio, y el lunes 4 de diciembre, a las nueve de la noche, en Nuestra Señora de las Victorias, para el ensayo del ceremonial.

Condiciones austeras

Hoy, mis queridos cofrades, a pesar de lo que estiman algunos, tenemos material relativamente cómodo para descansar fuera de las horas de adoración, cuando en las primeras reuniones se carecía de todo; eran a mitad del invierno, las iglesias no tenían calefacción, como en el día de hoy, y era necesario preocuparse de la manera de facilitarla. Un detalle conmovedor en su sencillez nos indica cómo se esforzaron en remediarlo todo: el acta de la reunión menciona que «la adquisición de abrigos pertenecientes a la asociación es... aplazada. Los señores Bocquet, Letaille y De Benque proponen prestar los suyos».

Lo que fue esta primera noche, del 6 al 7 de diciembre de 1848, ya lo habéis oído diferentes veces, mis queridos cofrades, y no quiero yo repetíroslo. La emoción y el júbilo de cada uno eran grandes. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo, cuando en estos diecinueve generosos cristianos, postrados a sus pies en la iglesia y bajo la mirada de su Madre Inmaculada, Nuestro Señor veía las primicias de este largo séquito de adoradores, que desde entonces, a millares, en todos los países del mundo, debían tributarle tantos homenajes, reparaciones y

actos de amor? ¿Cómo no se hubiera complacido en colmarlos de sus gracias?

Apuntes biográficos de los adoradores

El primer director seglar de esta noche fue el señor De Cuers. El señor Fage llenó las funciones de sacristán, que le confería de manera particular el cuidado de las luces, el de preparar las vinajeras y ayudar la primera misa de la mañana. El señor Hermann hacía de hostelerero, encargado del cuidado del cuarto de descanso y verosímilmente también de las mantas y abrigos prestados por la caridad de los cofrades.

Entre esos nombres, que nos han sido conservados piadosamente, hay desgraciadamente varios respecto a los cuales tan sólo podemos dar muy escasos informes.

El señor Mallet, simple empleado, fue el primer secretario de la asociación. Salió de ella en época y por motivos que nos son por completo desconocidos.

El señor Letaille, editor de estampas religiosas, se vio alejado de la asociación al poco tiempo por enfermedad.

El señor Bonnefoi se retiró a Issy en una casa religiosa, en la que acabó sus días en 1856.

El señor Deleuze fue a residir a Corps, al pie de la montaña de La Salette, hacia la cual se sentía atraído por su amor al retiro y a la penitencia.

El señor Youf, tapicero, fue vicetesorero de la asociación, en una época en que debía tener más cuidados por llenar la caja que para conservar el tesoro ausente de la misma.

El señor Beaujean, tenedor de libros, fue predecesor del señor Youf en el cargo de vicetesorero, y lo desempeñó poco tiempo, pues, como estaba muy atareado por sus ocupaciones profesionales, no le era posible, a pesar de su gran celo, dedicarse a la asociación como hubiese querido.

El señor Bocquet dejó París en 1852.

En fin, el señor Dublanchy, director de un colegio de internos, tuvo que renunciar en 1856 a formar parte de la asociación a causa de las fatigas de su profesión que no le dejaba un momento de reposo.

El señor Defoly, primer vicesecretario de la asociación, fue uno de los cinco privilegiados de esta noche bendita, que Dios recompensó llamándolos a la vocación religiosa. Dejó la asociación, poco tiempo después de su fundación, para entrar en la Trapa de Mortagne, en donde murió santamente el 15 de agosto de 1852.

El señor Fage era un angélico joven al cual, como recordaréis, fue confiado durante la primera noche el cargo de sacristán. Era empleado del ministerio de la Guerra y se dedicó con ardor juvenil y enteramente militar a lograr los primeros éxitos favorables de la asociación. Murió el mismo año que el señor Defoly, en 1852, en el hospital Necker, al que le había conducido una cruel enfermedad del pecho. Hizo el sacrificio de su vida en la paz y gozo de Dios.

El mismo hospital albergó igualmente en los últimos instantes de su vida al más humilde entre todos, el señor Duris, que tenía por oficio fregar y limpiar los suelos de las casas y cuya piedad fue hasta su último día la edificación de la asociación.

El señor Monneron no era así mismo sino un obrero, pero que con su inteligencia, su trabajo y la regularidad de su vida, había logrado conseguir cierta holgura. Libre de los cuidados materiales para la existencia, no por eso dejó sin embargo de trabajar por espíritu del deber; el

tiempo que no pasaba en el trabajo, lo empleaba en la oración, dividiendo así su vida en dos partes, que, en su pensamiento, tenían ambas el mismo objeto: honrar y cumplir la ley de Dios. Bastaba verle en adoración para tener una idea del fervor de su oración. Su actitud revelaba la belleza y la elevación de su alma. El señor Monneron murió repentinamente en 1868. Pero la muerte no le halló desprevenido, ya que la misma no fue sino el remate de una vida consagrada enteramente al bien.

Gente pobre

Los demás cofrades nos son mejor conocidos. Pero, después de haber recorrido esta primera parte de la lista, ¿no quedáis admirados, mis queridos cofrades, de los caminos admirables y siempre los mismos de Nuestro Señor? ¿A quién se dirige para la ejecución de sus designios, particularmente para la realización de las obras que más caras le son al corazón, que en cierto modo le interesan de preferencia? A los pequeños, a los humildes, a los desdeñados del mundo. Claro está que veremos al frente de éstos a algunas personas más notables y distinguidas, pero el grueso de la tropa se compone de simples empleados y de obreros ignorados de todo el mundo. Éstos son los que Nuestro Señor llama los primeros para formar la vanguardia de esta falange privilegiada, que Él quiere constituir para que le guarde en el aislamiento y soledad de las noches.

Y todavía continúa siendo lo mismo, digámoslo para confusión nuestra. Entre todas las parroquias de París, las más fervientes y las que proporcionan el mayor número de adoradores son las parroquias de los arrabales. En ellas los obreros, que todo el día se han afanado en el trabajo, no regatean la noche a Nuestro Señor, y se ve a algunos que dejan la adoración de madrugada, antes de la primera misa, que ni siquiera pueden oír, porque deben hallarse temprano en la reanudación de su trabajo.

Pueblo pobre de París, qué admirable es cuando el veneno de la mala prensa y de las sociedades secretas no lo ha pervertido. Y en las aldeas se hallarán los mismos ejemplos. De las diócesis de Bayona, Tarbes, Tolosa –para no citar más que aquéllas en que el movimiento se halla con más empuje– recibimos cada día cartas de numerosos curas de aldea, que nos relatan con grandes muestras de gozo, que ellos también se han arriesgado a organizar la Adoración Nocturna, y que en la pequeña parroquia pobre, que apenas cuenta ochocientos, mil o mil doscientos habitantes, han llegado a unir hasta ciento, doscientos y aun trescientos adoradores nocturnos, que han contestado a su llamamiento.

Éstos sí que son herederos directos de nuestros diecinueve adoradores del 6 de diciembre de 1848. Y a nosotros corresponde verdaderamente que les rindamos este público homenaje.

Hermann Cohen

Me queda por hablar de los demás adoradores, a cuya cabeza, mis queridos cofrades, hemos de colocar al que fue *el verdadero fundador de la asociación* y su inspirador, quien, durante toda su vida, la rodeó con sus predilecciones y le dedicó para propagarla todo el celo de que estaba animado. Me refiero al Rdo. padre Hermann. Éste era entonces el señor Hermann a secas y nada más, convertido del judaísmo apenas hacía dieciocho meses, bajo la doble influencia de María y del Santísimo Sacramento.

Efectivamente, fue en el curso de los ejercicios del mes de María, un viernes del mes de mayo de 1847, cuando uno de sus amigos rogó al señor Hermann, célebre por su talento de pianista, que fuera a reemplazarle

en la dirección de un coro de aficionados en la iglesia de Santa Valeria, calle de Borgoña.

«En el acto de la bendición del Santísimo Sacramento experimentó extraña emoción, como un remordimiento de tomar parte en esta bendición en la cual ningún derecho tenía de estar comprendido. Esta emoción, no obstante, era dulce y fuerte, contó él mismo, sintiendo al mismo tiempo desconocido alivio».

Era el primer toque de la gracia. Nuestro Señor remató su obra algunos meses después en la iglesia de Ems, en Alemania, a donde Hermann se había trasladado para dar un concierto. El 8 de agosto asistía a la misa:

«En el acto de la elevación sintió de pronto brotar a través de sus párpados un diluvio de lágrimas, que no cesaban de correr abundantemente» a lo largo de sus mejillas ardorosas. Mientras las lágrimas le estaban así anegando, de lo más profundo del pecho, lacerado por su conciencia, le surgían los más dolorosos remordimientos por toda su vida pasada. —Al salir de esta iglesia de Ems, escribí después, era ya cristiano... Sí, tan cristiano como es posible serlo cuando aún no se ha recibido el bautismo».

Este convertido de la Eucaristía no cesó desde entonces de ser el más ardiente apóstol de la misma. Él fue nuestro fundador. Ya sabéis cómo, y a consecuencia de qué celoso fervor, estando deseoso de prolongar su adoración, una noche, en la capilla de las Carmelitas, de la calle del Infierno, donde el Santísimo Sacramento estaba expuesto, le obligaron a retirarse, porque sólo las señoras eran admitidas a pasar la noche en la capilla. Las señoras podían permanecer toda la noche a los pies de su Dios, y en cambio los hombres no tenían ánimo para ello ni, por consiguiente, la misma felicidad de que podían disfrutar las mujeres.

Humillado e indignado, habló de ello, manifestándole sus propósitos, al sacerdote de la Bouillerie, a la sazón vicario general de la diócesis y confesor suyo. De la colaboración de estos dos grandes siervos de la Eucaristía nació nuestra asociación. Ellos fueron los que organizaron la noche del 6 de diciembre de 1848, cuyos miembros reclutaron. Durante toda su vida, por dondequiera que transitó, en Francia, en el extranjero, en Burdeos, Carcasona, Marsella, Lión, así como en Londres, se ocupó en fundar la Adoración Nocturna.

No trataba más que de un tema en todos los sermones que pronunciaba: la santa Eucaristía, el amor de Jesús-Hostia. A lo cual, por otra parte, se había comprometido, y su celo por el Santísimo Sacramento le había hecho añadir un voto especial a los que forman la base ordinaria de la vida religiosa: el de trabajar su vida entera por la propagación de la devoción eucarística.

Si corto de documentos me hallaba para daros a conocer nuestros precedentes cofrades, excedería los límites de esta memoria si hubiera de trazarlos, aunque fuera someramente, la vida del Rdo. padre Hermann. Permaneció en relaciones constantes con nuestra asociación, se interesaba por todos sus adelantos, le predicaba los retiros, dichoso cada vez que podía hacer coincidir su paso por París con la celebración de algunas de nuestras juntas generales. Su correspondencia con nuestro querido presidente, señor De Benque, es voluminosa, y hemos hallado una carta suya fechada en el Carmen de Carcasona el 9 de noviembre de 1852, en la que traza un programa del porvenir de nuestra asociación muy a propósito para llamar nuestra atención:

«Mi querido hermano en Jesús-Hostia, que el amor del Crucificado nos abraze, consuma y nos transforme en él. Le agradezco las noticias que se sirve usted darme acerca de la Adoración de París. No omite ningún esfuerzo por sostener la vida de la misma y para aumentar su círculo y acción. Tengo motivos para creer que dentro de algunos años ha de adquirir gran incremento por toda Francia y trabajamos ya, desde hace un año, en reunir todos los elementos

diseminados por las diferentes ciudades en una sola red, que forme una asociación *una e indivisible*, dirigida por una junta central en París para ofrecer al amado Jesús, en nombre de toda Francia, una adoración nocturna continua».

Esta idea de una junta central, que fue la última que nos transmitió nuestro llorado presidente en vísperas de su muerte, se remonta, pues, al origen mismo de la asociación, y al trabajar en su realización, no hacemos más que poner por obra uno de los primeros proyectos de nuestro venerado fundador.

Ya sabéis cómo murió en Spandau el 20 de enero de 1871, víctima de su abnegación por nuestros soldados prisioneros. En la citada fortaleza, situada a 14 kilómetros de Berlín, teníamos aproximadamente 6.000 de nuestros soldados. El frío era terrible, y los franceses carecían de casi todas las cosas necesarias a la vida. El padre Hermann se multiplicó cerca de estos infortunados y no tardó en ganar el corazón de los mismos.

«Los prisioneros, escribía el 22 de diciembre, me asedian desde las ocho de la mañana hasta la noche. Me entregué a ellos y están usando de mí todo lo que pueden, y me usarán hasta consumirme. Pero debo decir que me devuelven con creces el amor que les demuestro. Tenemos aquí, como media, unos cincuenta soldados por día que solicitan la confesión y la comunión».

Que se nos venga, pues, repitiendo aún: ¡el clericalismo, he ahí el enemigo!... Este enemigo, mis queridos cofrades, era la única ayuda de nuestros pobres soldados en Prusia, él los alimentaba, los vestía, los consolaba, y por ellos moría.

El padre Hermann efectuó sus últimas diligencias en Berlín el 8 de enero de 1871, y de allí trajo por valor de dos mil francos en compras, camisetas, medias y vestidos para sus queridos prisioneros. La distribución debía hacérsela el 17 por la mañana. Pero a su vuelta a Spandau, el 9, fue atacado de la enfermedad que había contraído la antevíspera al administrar la extremaunción a dos soldados enfermos de viruelas.

El 17, no se hallaba en estado de proceder a la distribución de las provisiones que para ellos había reunido; se encargó de ello un oficial francés. Desde su cuarto el Padre oía las voces y peticiones de sus queridos prisioneros, y en su delirio empezó a predicar creyendo que se dirigía a ellos, de modo que fue preciso apresurar la distribución para calmar la sobreexcitación del Padre.

El 19, a las nueve de la noche, recibió por última vez al Salvador, quedando luego absorto en profunda acción de gracias. A las once, bendijo a los que le rodeaban, e inmediatamente, extenuado por el esfuerzo, se dejó caer sobre la cama, murmurando estas palabras:

«Y ahora, Dios mío, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Fueron sus últimas palabras. Al día siguiente por la mañana, 20 de enero, expiraba dulcemente.

María Santísima

En esta admirable vida, mis queridos cofrades, un rasgo lo domina todo: la acción constante de María que hace que todas las cosas se vuelvan en gloria y servicio de su divino Hijo y su Santísimo Sacramento. Esta acción la Santísima Virgen no ha dejado de ejercerla de patente manera en todo el curso del siglo actual. Todas sus más tiernas manifestaciones tienen por objeto preparar un triunfo eucarístico. María pide al santo sacerdote Desgenettes que consagre su iglesia a su Corazón Inmaculado, y conduce a su convertido de la víspera, el joven Hermann a esta misma iglesia, para fundar en ella la asociación de la Adoración Nocturna. Éste será en lo sucesivo el más ardiente apóstol del Santísimo Sacra-

mento. Pero predica la devoción eucarística bajo el hábito del Carmelo, la Orden que en todos tiempos ha estado consagrada a María.

Nuestro querido presidente, señor De Benque, a causa precisamente del cargo que ocupaba en el Banco de Francia, se ve obligado a residir durante su vida entera dentro del territorio parroquial de Nuestra Señora de las Victorias, en cuya iglesia traba relaciones con dos Padres Maristas, que lo alistan en la Orden Tercera de María, cuyo primer director en París pasa a ser más tarde, al propio tiempo que es también el primer presidente de nuestra asociación.

Así mismo de entre los Padres maristas será escogido el fundador de la nueva congregación, que tiene por única misión la de promover el culto eucarístico, y que practica la adoración perpetua, de día y de noche. En efecto, el padre Eymard deja la Orden de los Maristas para fundar los religiosos del Santísimo Sacramento, de acuerdo con señor De Cuers, primer director seglar de la vigilia del 6 de diciembre de 1848.

¿Y Lourdes?... ¿Quién ignora que en Lourdes hoy día los principales milagros se hacen al paso del Santísimo Sacramento? María se aparta, después de habernos atraído con sus favores, para dejar toda la gloria a su Hijo en la Eucaristía. Ella quiere darnos a entender que Él solo es el autor de todas las gracias, que todo para en Él, y que hasta ahora no ha sido Ella más que la dispensadora de la omnipotencia de Jesús.

Por esta razón, mis queridos cofrades, como para señalar la cima de esta marcha ascendente que nos lleva a Jesús bajo la guía de María, este año se celebrará en Lourdes, en el mes de agosto, el próximo congreso eucarístico, al que están invitados todos los obispos de Francia. Magnífico coronamiento del siglo de María, pronto a ceder el sitio al nuevo siglo que se anuncia como el siglo de Jesús, glorificado en su Santísimo Sacramento.

De Cuers

Mis queridos cofrades, debo hablaros también de los señores De Cuers, Roussel, De Plas, Capmas, Guillier, y del que todos nosotros hemos amado tanto: el señor De Benque.

Como comprenderéis, no puedo extenderme mucho en su elogio, que podéis completarlo consultando las noticias biográficas que se les dedican en nuestro *Manual*.

El señor De Cuers era capitán de fragata. Hombre de deber y disciplina, aplicaba un espíritu de exactitud y precisión completamente militares en la organización de las noches que estaba encargado de dirigir. A él se debe la inspiración verdaderamente providencial de enlazar la asociación de la Adoración Nocturna con la Adoración Perpetua Diurna, establecida desde hacía un año en la diócesis. Esto fue el punto de partida de todos los adelantos de nuestra asociación, y puede decirse que la aplicación de la fecunda idea citada le dio nueva vida.

Cediendo a su ardiente amor por la Eucaristía, el señor De Cuers no tardó en dejar el mundo para entrar en la carrera eclesiástica, y de su encuentro con el padre Eymard nació la sociedad de Sacerdotes del Santísimo Sacramento. Él fue su segundo superior, y murió en el ejercicio del cargo cinco meses después de la muerte del padre Hermann, el 21 de junio de 1871.

De Plas

El señor De Plas, como el padre De Cuers, era oficial de marina. Al igual que éste, quiso terminar sus días con

el hábito religioso. Su biógrafo cuenta que durante su carrera el señor De Plas, que había permanecido fiel a su primera vigilia de adoración nocturna, se levantaba frecuentemente a bordo para hacer en su camarote, o bajo la bóveda estrellada que recubre la inmensidad de los mares, su hora de adoración. Murió el 19 de abril de 1888.

Roussel

¿Quién de nosotros no ha conocido al sacerdote Roussel, fundador de la obra de Auteuil, a la cual deben los beneficios de la primera comunión tantas pobres almas más o menos paganas? ¡Qué admirable consecuencia de la noche del 6 de diciembre! ¡Y cómo se echa de ver en ello también la intervención del Corazón maternal de María, al escoger entre los primeros adoradores nocturnos de su Hijo al sacerdote que quiere dar [la comunión] a tantos pobrecitos abandonados!

Capmas

El señor Capmas murió a los ochenta y seis años de edad, el 23 de enero de 1895. Hasta los últimos tiempos de su larga existencia acudía aún a tomar parte en la reunión mensual de Nuestra Señora de las Victorias, que tan gratos recuerdos le evocaba. Era como el patriarca de la asociación y un motivo de nuestra veneración.

Guillier

El señor Guillier, al principio secretario de la asociación, fue nombrado vicepresidente el 16 de noviembre de 1855, cargo que conservó hasta su muerte, acaecida en 1890. Fue uno de los miembros de la primera noche que contribuyeron, con sus gestiones y celo, a que se aceptara en todas las parroquias de París la práctica de la Adoración Nocturna.

Aún nos acordamos haber oído al señor De Benque recordarle con jovialidad los sinsabores del principio y las acogidas poco favorables que a veces habían recibido. «¿Se acuerda usted, mi buen Guillier, decía riendo, cómo éramos recibidos? Se informaban acerca de qué querían esas gentes, se nos tomaba por intrusos, y más de un excelente parroco rehusó categóricamente dejarnos la guarda de su iglesia durante la noche. No inspirábamos mucha confianza y nos lo decían sin ambages ni rodeos»...

¡Cómo ha cambiado Dios todo eso! Es cierto, pero lo que ambos se olvidaban de añadir es que fue gracias a su perseverancia y humildad, si Dios había cambiado tanto todo eso.

De Benque

Y ahora, para terminar, ¿os hablaré del hombre que para nosotros resume todos los adelantos de nuestra asociación, su vida entera y su desarrollo? Aludo al señor De Benque. Si no escuchara más que a mi corazón, sí, os hablaría de él, largo y tendido. Pero ¿qué podría decirlos que no sepáis mejor que yo?

Recuerdo, semblante, lenguaje piadoso, relaciones tan sencillas como atrayentes, en las que dejaba desbordar todo el amor que sentía por la sagrada Eucaristía, y que procuraba comunicarnos: todo este conjunto de dones, que le hacían ser el modelo de los presidentes, lo tenéis presentes en la memoria. Ya le dedicamos una memoria en ocasión precedente. Por hoy limitémonos a nombrarle. El eco solo de su nombre basta para despertar todo nuestro agradecimiento y cariño.

Cincuenta años

Mis queridos cofrades, os decía al principio de esta Memoria que os sería sin duda grato juntar en un mismo estudio la noche del 6 de diciembre de 1848 y la del 6 de diciembre de 1898. Poco tiempo me queda para hablaros de esta última.

Lo que se hizo en París, todos lo habéis visto. Habéis compartido las emociones de la primera noche, cuando en número de más de doscientos nos encontramos reunidos al pie del mismo altar, junto al cual, cincuenta años antes, el sacerdote de la Bouillerie agrupaba a su alrededor estas almas escogidas cuya historia acabamos de bosquejar. María, de nuevo, nos presentaba a su Hijo, y cuando nuestro venerado sacerdote director sacaba la Hostia santa del sagrario, para exponerla a nuestras adoraciones durante la noche, ¿no sentisteis que nuestros queridos ausentes le acompañaban, para suplicar al Huésped divino del sagrario que nos bendijera como les había bendecido a ellos, y que nos aceptara, a pesar de nuestras miserias, como herederos suyos y continuadores de su obra?

¡Oh Hermann, De Cuers, De Benque y tú, santo sacerdote de la Bouillerie, que más tarde habéis merecido que se os llamara el obispo de la Eucaristía! Sí, allí estabais aún en vela, rogando todavía, todavía orando, para suplir todas nuestras insuficiencias.

Y al día siguiente, para la clausura de estas veinticuatro horas de adoración, durante las cuales la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias se vio constantemente llena, ¡qué magnífica reunión! Todos los asociados de París se dieron cita para traernos una prueba de la confraternidad más conmovedora. El gran obispo de Autun, el obispo del Sagrado Corazón, el Eminentísimo cardenal Perraud, recordando su antiguo título de miembro de nuestra asociación, se dignó venir a presidir nuestra reunión. No contento con honrarnos con su presencia, quiso por sí mismo celebrar nuestro glorioso aniversario desde el púlpito, y nos presentó –recordaréis con qué magnífico lenguaje– todas las gracias inherentes a nuestra vocación de adoradores, gracias para nosotros, gracias para nuestros hermanos, para nuestro país, para la Iglesia. *In noctibus extollite manus vestras in sancta, et benedicite Dominum*, exclamaba, y apoyando con el ejemplo las enseñanzas de su palabra, nos recordaba que en el silencio de las noches fue cuando más apremiante oyó la voz de Dios que lo llamaba a su servicio.

Vosotros habéis sido testigos presenciales de dichas fiestas, mis queridos cofrades. Pero de lo que no os enteraréis sin emoción es de la fraterna simpatía que se han servido testimoniarnos las asociaciones de la Adoración Nocturna de Francia y del extranjero.

Adhesiones del extranjero

Gran número de ellas han celebrado una vigilia especial de adoración nocturna en unión con nosotros para agradecer a Dios los progresos conseguidos durante estos cincuenta años. Podemos citar en Francia: Nantes, Grenoble, Compiègne, Reims, Valence, Orléans, Mâcon, Marsella, Poitiers, El Havre, Arras, Riom, Nîmes, de cuyas ciudades se nos han enviado las más calurosas y cordiales adhesiones.

En el extranjero, debemos una mención de particular agradecimiento a la noble y católica España, nuestra hermana latina, que desde su principal portavoz de las obras eucarísticas, *La Lámpara del Santuario*, hizo un llamamiento apremiante a todas las secciones de la Adoración Nocturna del reino, para invitarlas a que se unieran de

intención a nuestras fiestas cincuentenarias y a celebrarlas con una vigilia de adoración extraordinaria y general en toda España, como miembros de la misma familia, se decía, para quienes las alegrías de los unos deben ser las alegrías de todos. La sección de Madrid celebró la adoración durante la noche del 7 al 8 de diciembre en la iglesia de los jesuitas, y la terminó con una solemne ceremonia en honor del Santísimo Sacramento, en la que se desplegó la mayor solemnidad.

En Italia, Milán y Ferrara celebraron una vigilia especial de adoración en la misma noche del 6 al 7 de diciembre. De Turín se nos escribe que como la asociación se compone de obreros y trabajadores en su mayoría, se hubo de escoger la noche del 7 al 8 de diciembre por ofrecer más facilidades a los adoradores. Y nuestro amable corresponsal se disculpaba de esta ligera modificación con tanta cortesía y humildad, que nos causaban verdadera confusión, y aumentan aún más nuestro agradecimiento por nuestros buenos cofrades de Turín.

En Canadá

Cómo quisiera, mis queridos cofrades, no haber abusado ya tanto de vuestra atención para que pudiera extenderme más sobre lo que se ha hecho en el Canadá, tierra que ha permanecido tan francesa de corazón y tan fervientemente católica. El celoso director de la asociación, Rdo. Sr. Luche, nos escribe de Montreal:

«Hemos aceptado con júbilo su invitación, y como podrá usted juzgar por los dos extractos de periódicos que le incluyo, hemos hecho cuanto hemos podido para unirnos con ustedes de corazón y en espíritu por encima del Océano. Sin alambres telegráficos, Nuestra Señora de las Victorias y Nuestra Señora de Montreal, S. E. el cardenal Richard y S. I. Sr. Bruchesi, y los adoradores nocturnos de ambos continentes pudieron simpatizar y hacerse eco tomando a Nuestro Señor Jesucristo como intermediario y centro de su amor».

Y, en efecto, la reseña de los periódicos nos deja suponer lo que sería dicha ceremonia, que se celebró en la capilla del Sagrado Corazón en la iglesia de Nuestra Señora de Montreal. Alrededor de su arzobispo, que con ellos quiso pasar la primera hora de adoración, se apiñaban trescientos adoradores y gran número de sacerdotes del seminario. A las ocho y cuarto Su Ilustrísima había ido ante todo a visitar la sala de descanso, para ver y bendecir el gran dormitorio de la asociación con sus veinte catres. Luego todos los asistentes se formaron en magnífica procesión que se dirigió cantando el *Miserere* a la capilla del Sagrado Corazón. En ella S. I. Sr. Bruchesi, muy emocionado por el espectáculo que tenía ante sí, pronunció una conmovedora plática, después de la cual el director de la asociación expuso el Santísimo Sacramento, entonándose luego el *Te Deum*, seguido del acto de contrición. Eran ya las diez cuando Su Ilustrísima se retiró, dejando en adoración la sección de vela, la cual continuó la adoración de noche hasta las cinco de la madrugada, a cuya hora se dio por terminada la hermosa fiesta con una misa de acción de gracias.

Eminentísimo señor:

Esta gran manifestación canadiense es quizá la que más semejanza ha tenido, por su esplendor y disposición general, con nuestras fiestas de París. Ciertamente que no tuvimos la dicha de tener con nosotros a nuestro amado Pastor la noche del 7 de diciembre; pero sabíamos que era por una delicada atención hacia vuestro Eminentísimo colega obispo de Autun, a quien quisisteis ceder el paso para dejar el honor, habíais dicho, de presidir las bodas de oro de nuestra asociación al miembro más ilustre de la misma. De tal manera que hasta vuestra ausencia era una prueba de la simpatía de Vuestra Eminencia.

Pero os habíais dignado prometer, Eminentísimo Señor, que nos la manifestaríais públicamente en ocasión próxima, y la paterna bondad de V. E. no nos ha hecho esperar. Vuestra primera visita, de vuelta de la Ciudad eterna, es para nosotros. Nos traéis las recientes bendiciones del Soberano Pontífice. Os estamos profundamente agradecidos por ello. Admiramos esta lozana ancianidad, que os permite daros por entero a todos, de lo que damos gracias a Dios en cada una de nuestras noches de vela. El nombre de V. E. es el primero que pronunciamos en nuestras intenciones después del nombre del Soberano Pontífice, y uniéndolos el uno al otro en un mismo amor y en una misma veneración, pedimos cada noche al Dios de la Eucaristía, expuesto en el altar, que guarde muchos años en la Iglesia universal al gran Pontífice León XIII, y a nuestro Padre venerado, el cardenal Richard, en su iglesia de París.

Cronología de Hermann Cohen

Los años de su edad se indican en negrita y entre paréntesis.

–1820, *nace el 10 de noviembre* en Ham-burgo, Alemania. Dom Beaurin, en la biografía citada en nuestra Introducción, da el año 1821 como fecha del nacimiento de Hermann.

(4) comienza su aprendizaje musical.

(6) toca ya el piano con soltura.

–1831 (11) primer concierto en Altona, junto a Hamburgo.

(12) alumno predilecto de Franz Liszt. Numerosos conciertos en diversos lugares de Europa hasta los 28 años.

(14) amistad con Lamennais.

–1835 (15): profesor de piano en Ginebra, auxiliar de Liszt.

–1846, octubre (25): reside en casa de A. de Beaumont.

–1847, mayo (26): Mes de María, conversión al ver la custodia eucarística.

28 agosto: *bautismo*.

3 septiembre: pre-gusta la comunión.

8 septiembre: *primera comunión*.

23 octubre: ingresa en Conferencias de san Vicente de Paúl.

–1847, noviembre (27): renueva voto de hacerse sacerdote.

3 diciembre: *confirmación*.

–1848, 22 noviembre (28): primera reunión en su casa para proyectar Adoración Nocturna.

6 diciembre 1848: *primera vigilia de la Adoración Nocturna* en Ntra. Sra. de las Victorias, en París.

–1849, 2 febrero: Adoración Nocturna en Tours, fundada por el Sr. Dupont, la segunda después de la de París.

19 febrero: reside en los Maristas con De Cuers y Fage.

Primera composición musical religiosa. Último concierto al piano.

15 julio: postulante en Carmelo de Agen (en 1839 inicia el P. Domingo de S. José la restauración del Carmelo en Francia).

Septiembre: viaje a Roma, a fin de conseguir autorización del Papa para ser carmelita, siendo judío. Sin intervención del Papa, obtiene licencia de la Orden. Conoce Adoración romana.

6 octubre: novicio en Brousey.

–1850, julio (29): le visita su madre, y él no consigue la conversión de ella.

7 octubre: *profesión religiosa*. Estudios teológicos en Agen.

–1851, 6 enero (30): *diácono*.

20 abril: *presbítero*.

–1852, 19 junio (31): bautiza a su hermana.

Fines de junio: destinado a Carcasona.

–1853 (32): convalece en Bagnères de Bigorre, y le encargan fundar allí un Carmelo.

–1855, 7 julio (34): funda Adoración Nocturna en Carcasona.

13 diciembre (35): muere su madre.

–1856, 2 septiembre: inaugura la iglesia carmelita en Bagnères.

–1856, a finales (36): es enviado a fundar el Desierto de Tarasteix; el 29 junio 1859 se iniciará Carmelo en casita provisional, y en 1867 se instalará el convento y se iniciará la observancia conventual.

–1857, julio: es enviado a fundar en Lión.

–1858, a finales (38): peregrina a Lourdes.

–1859, se inaugura el convento de Lión, funda en Lión la asociación de fieles para la Acción de Gracias, y el «Comité de san Pedro para la defensa de la Santa Sede», que se extiende a otras ciudades.

–1860, mayo (39): prior del convento de Lión, que se constituye en noviciado.

–1861, 10 agosto (40): muere su padre, reconciliado con él.

8 diciembre (41): le entregan carta, como se lo había anunciado el santo Cura de Ars, comunicándole la conversión de su madre a la hora de su muerte.

–1862, 5 agosto: viaja a Londres para fundar allí el Carmelo; el 15 de octubre inicia fundación en una casita que unas religiosas les prestan.

–1863, 6 agosto (42): al año de llegar, funda Adoración Nocturna en Londres.

–1864, agosto (43): se establece el convento de Londres en la casa adquirida a Mr. Bird.

–1865, 27 mayo (44): deja priorato de Londres.

–1866 y 1867 (45-46): viaja con frecuencia, ocupado en diversos empeños apostólicos, y sigue perteneciendo jurídicamente al convento de Londres.

–1868, abril (47): es destinado al Desierto de Tarasteix.

Enferma de los ojos, y hace un viaje a Lourdes buscando la salud. El 24 de octubre empieza una novena, va

mejorando y sana del todo el 1 de noviembre, día de Todos los Santos. Escribe a varias direcciones una carta refiriendo el suceso.

—1870, mayo (49): deja el Desierto, y va a Broussey, nombrado primer Definidor y Maestro de novicios. Dimite de estos cargos, a causa de su nacionalidad alemana, cuando estalla la guerra franco-prusiana (1870-1871).

Sale de Francia, y en octubre ayuda en Montreux (Suiza) a católicos exilados de guerra.

24 de noviembre (50): parte a Spandau, junto a Berlín, para ayudar a soldados franceses prisioneros.

—1871, muere el 20 de enero en Spandau, agotado por el trabajo y contagiado de viruela, y es sepultado en la iglesia de Santa Eduvigis, en Berlín.

Marco histórico de Hermann Cohen

—1810, noviembre: nace en Roma una obra de *adoración nocturna* con ocasión del cautiverio del papa Pío VII por Napoleón Bonaparte.

—1814-1815: fin del Imperio napoleónico y restauración de la monarquía borbónica en Francia.

—1820, 10 de noviembre: nace Hermann Cohen en Hamburgo.

Comienza una década caracterizada por la *agitación revolucionaria* de carácter liberal y nacionalista en diversos países europeos, principalmente España, Portugal, Estados italianos, Balcanes. En América triunfan los procesos de independencia comenzados en la década anterior. Período de actividad de los llamados «socialistas utópicos» (Saint-Simon, Fourier, etc.).

—1830: *segunda oleada revolucionaria* en Francia, Bélgica, Polonia, Estados italianos y Confederación germánica. Augusto Comte, padre del positivismo, comienza a publicar sus obras, que influirán notablemente en la política de los países occidentales.

—noche del 18-19 de julio: en París, primera de las apariciones de la Santísima Virgen a santa Catalina Labouré, Hija de la Caridad. La Virgen le encarga la confección de la *Medalla milagrosa*, de la que se distribuirán en los cuatro primeros años treinta y seis millones. Y advierte a santa Catalina: «Hija mía, los tiempos son malos, la desgracia va a caer sobre Francia... La Cruz será despreciada, arrojada por tierra, se abrirá de nuevo el costado de Nuestro Señor. Las calles se llenarán de sangre, el mundo entero se entristecerá» (Dom Beaurin, 92).

—27-29 julio: Carlos X se ve obligado a abdicar. Luis Felipe de Orléans, el «rey burgués», le sucede en el trono de Francia.

—1832, 15 agosto, y 1834, 25 junio: Gregorio XVI publica las encíclicas *Mirari vos* y *Singulari nos*, en que condena el liberalismo y, especialmente, el catolicismo liberal de Lamennais y sus seguidores.

—1839, 4 marzo: tras el Tratado de Vergara (fin de la guerra carlista en el Norte de España) llega a Burdeos el

P. Domingo de San José, futuro restaurador de la Orden del Carmen en Francia y España.

—1846, 21 junio: Pío IX inaugura el pontificado más largo de la historia, que dura hasta 1878: treinta y dos años.

—19 septiembre: la Santísima Virgen, llorando, se aparece en *La Salette* a los niños Maximino y Melania. Cuando le refieren a Pío IX las palabras que pronunció la Virgen, exclama: «¡pobre Francia, pobre Francia!».

—1848: *tercera oleada revolucionaria*, que afecta a Francia, Estados italianos, Imperio austríaco y Confederación germánica.

—24-25 febrero: una nueva revolución precipita la abdicación de Luis Felipe I; se proclama en Francia la II República. Unos días antes Marx y Engels publicaban en Bruselas el *Manifiesto comunista*.

—24 noviembre: Pío IX se ve obligado a huir a Gaeta, desde donde no regresará a Roma hasta julio de 1849. En el intervalo un gobierno republicano se hace cargo de los Estados Pontificios.

—6 diciembre: *primera vigilia de la Adoración Nocturna* fundada por Hermann Cohen en París. En el acta de la primera sesión se especificaban los objetivos: 1º, exposición y adoración nocturna del Santísimo Sacramento; 2º, reparación de los ultrajes de que es objeto; y 3º, apartar de Francia los males que la amenazan y atraer sobre ella las bendiciones de Dios.

—10 diciembre: Luis Napoleón Bonaparte es elegido primer presidente de la República Francesa.

—1852, 2 diciembre: Luis Napoleón Bonaparte es proclamado emperador con el nombre de Napoleón III; comienza el II Imperio francés.

—1854, 8 diciembre: proclamación del dogma de la *Inmaculada Concepción de la Virgen María* (bula *Ineffabilis Deus*).

—1858, 11 febrero-16 julio: la Santísima Virgen se aparece en *Lourdes* a santa Bernadette: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

—1864, 28 septiembre: nace en Londres la *Asociación Internacional de Trabajadores* (I Internacional), que reivindica la conquista del poder político por el proletariado.

—8 diciembre: Pío IX firma la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* o catálogo de errores modernos.

—1867, 14 septiembre: Karl Marx publica el primer volumen de *El capital*, redactado en Hamburgo.

—1869, 8 diciembre: apertura del *Concilio Vaticano I*.

—1870, 18 julio: el Concilio proclama el dogma de la *infalibilidad pontificia*.

—4 septiembre: fin de la guerra franco-prusiana: caída de Napoleón III y proclamación de la III República francesa.

—20 septiembre: las tropas de la unificación italiana concluyen la *invasión de los Estados Pontificios* con la ocupación de Roma, que más adelante pasará a ser la capital del nuevo Reino de Italia; se interrumpe el Concilio Vaticano I; Pío IX se declara prisionero en el Vaticano, que queda como único ámbito de soberanía papal.

—1871, 18 enero: en el París ocupado por los prusianos el canciller Bismarck proclama a Guillermo I de Prusia como Kaiser de Alemania: nace el II Reich.

—20 enero: muere Hermann Cohen en Spandau, cerca de Berlín, como capellán de los prisioneros franceses allí confinados.

—Marzo-abril: una violenta revolución socialista, *la Commune*, se hace con el control de París y da lugar a innumerables destrucciones y crímenes, entre los que se cuenta el fusilamiento del arzobispo Mons. Darboy.

—**1875**, 16 junio: por invitación de Pío IX, los obispos de todo el mundo consagran sus diócesis al Sagrado Corazón de Jesús, coincidiendo con el día de su fiesta. Ese día se coloca en Montmartre, París, la primera piedra de la basílica del Sagrado Corazón, templo votivo nacional, levantado por suscripción popular, para reparar los pecados de Francia.

—**1878**, 20 febrero: León XIII sucede a Pío IX.

—6 septiembre: primera noche de adoración del Santísimo Sacramento en Montmartre, en una capilla provisional, por iniciativa de Cyrille de Benque, presidente de la Adoración Nocturna. En 1885 comenzará en la basílica la adoración perpetua.

—**1898**, 6-7 diciembre: bodas de oro de la Adoración Nocturna, celebradas en Nuestra Señora de las Victorias, en París.

—**1899**, 11 junio: León XIII consagra el género humano al Sagrado Corazón de Jesús, cumpliendo lo dispuesto el 25 de mayo en la encíclica *Annum sacrum*.

Índice

Introducción

de José María Iraburu, 2.

1.— Nacimiento e infancia de Hermann

Los Cohen, 3. —El neojudaísmo, 3. —Primeras vivencias religiosas, 3. —En el colegio, 3. —La música, 3. —Estudiante, 4. —Deja el colegio, 4. —Precoc pianista, 4. —Niño prodigio, 4. —Los teatros, 4. —Primer viaje, 4. —Primeros triunfos, 5. —Pequeño accidente, 5. —Primera composición musical, 5. —París, 5.

2.— El artista

Franz Liszt, 6. —Éxitos mundanos, 6. —El tirano de la familia, 6. —En la vanguardia progresista, 6. —*Puzzi*, 6. —George Sand, 7. —Entre republicanos, 7. —Lamennais, 7. —*Cartas de un viajero*, 7. —Éxito musical y melancolía, 8. —Liszt en Ginebra, 8. —Profesor en Ginebra con Liszt, 8. —Rousseau y Voltaire, 8. —Agnosticismo ilustrado, 9. —Atraído por el cristianismo, 9. —Primera tentación del juego, 9. —Excursión a Chamonix, 9. —El órgano de Friburgo, 10. —Regreso a París, 10. —Camino de perdición, 10. —Vuelve con su madre, 10. —La princesa de Belgiojoso, 10. —Enamorado idealista, 11. —En París con Mario, 11. —Diversos viajes, 11. —Sus óperas, 11. —Viajes incesantes, 12.

3.— El golpe de la gracia

El arte de la vida mundana, 12. —Hastío, 12. —El mes de María en santa Valeria, 12. —Deseos de instrucción católica, 12. —El sacerdote Legrand, 13. —En la parroquia alemana de Ems, 13. —Devoción a la Virgen María, 13. —Fervor en París, 13. —Catequesis con el padre Le-

grand, 13. —Bautismo de cuatro judíos, 13. —Capilla de Nuestra Señora de Sión, 14. —El nuevo nombre: Agustín, 14. —Última preparación y últimos combates, 14. —El bautismo: 28 de agosto de 1847, 14.

4.— El neófito

Puesto a prueba por el mundo, 15. —Una gracia extraordinaria, 15. —Celo de converso, 15. —Primera conversión que consigue, 15. —Socio de las Conferencias de san Vicente de Paúl, 16. —Empeño por la conversión de los judíos, 16. —Monseñor de la Bouillierie, 16. —Cambios del joven artista, 16. —La oración, 17. —La Eucaristía, 17. —La Confirmación, 17. —Su familia, 17. —La Adoración Nocturna, 17. —Precedentes de la Adoración Nocturna, 18. —Comienzos de la Adoración Nocturna, 18. —Obra providencial para tiempos duros de la Iglesia, 18. —Comienza la Adoración Nocturna en Nuestra Señora de las Victorias, 18. —Hermann con los Maristas, 19. —Prepara un concierto, 19. —Primeras composiciones religiosas, 19. —Último concierto, 19.

5.— La vocación

El P. Domingo de San José en Burdeos, 20. —La M. Batilde del Niño Jesús, 20. —Renace el Carmelo en Francia, 20. —Persecuciones y victorias, 20. —Hermann queda libre, 20. —Santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, 20. —Despedida de su madre, 21. —El Carmelo de Agen, 21. —Carta a su familia, 21. —Viaje a Roma, 22. —Es admitido en la Orden del Carmen, 22. —Breve estancia en Roma, 22. —Interés por la Adoración romana, 22.

6.— El noviciado

El noviciado de Brousey, 23. —El Hermano Agustín-María del Santísimo Sacramento, 23. —Un hombre feliz, 23. —Mortificaciones, 23. —Humildad, 24. —Navidad en el Noviciado, 24. —Sacrifica la creación musical, 24. —Amor a la Eucaristía, 24. —Visita de su madre, 24. —Renuncia total, 24. —Profesión religiosa, 24. —Escolasticado en Agen, 25. —Estudios breves y excelentes, 25. —Cánticos en honor de la Eucaristía, 25. —El diaconado, 26. —El presbiterado, 26. —Gozo espiritual, 26. —Primer sermón, 27.

7.— Primeras conversiones

En Burdeos, 27. —En Agen, 27. —Fundación en Carcasona, 27. —La hermana del padre Hermann, 28. —Visita de su familia en Agen, 28. —Peregrinación a Nuestra Señora de Peyragude, 28. —Oración a Nuestra Señora de Peyragude, 28. —Bautismo de su hermana, 29. —Muerte de la señora de Cohen, 29. —A Carcasona, 30.

8.— Primeros viajes apostólicos

Celo por la Adoración Nocturna, 30. —Giras como predicador, 30. —Conversión de un judío y de una protestante, 30. —Conversión de dos gemelos judíos, 30. —Enfermo, convalece en Castelbelle, 31. —Sufrimiento y gozo, 31. —Bagnères de Bigorre, 31. —La Adoración en Tours, segunda en antigüedad, 31. —Parte de Burdeos, 32. —Pamiers, Lión, 32. —Gran sermón en París, 32. —La Adoración en París, 33.

9.— El padre Hermann y el Carmelo de Bagnères

M. María de los Ángeles, 33. —Proyecto de fundación en Bagnères, 34. —El padre Hermann, constructor, 34. —Se extiende en Francia el Carmelo, 34. —Confianza en la Providencia y devoción a san José, 34. —Un terremoto, 34. —La reina Cristina, 35. —Viajes apostólicos, 35. —En Bélgica, 35. —Monseñor de la Bouillierie, obispo de Carcasona, 35. —La Adoración en París, 35. —En Saintes, recuerdo de María-Eustelle, 35. —Profesión carmelita de un judío converso, 35. —Peregrinación a la Virgen de

Verdelais, 36. –Adoración en Carcasona, 36. –Misión en Burdeos, 36. –El padre Eymard, 37. –Inauguración de la iglesia de Bagnères, 37.

10.– El Santo Desierto de Tarasteix

Diversas clases de carmelitas, 37. –Los Desiertos carmelitas, 37. –El padre Hermann y el Desierto, 38. –El párroco Roziès, 38. –Austeridad del padre Hermann, 38. –Fundación de Tarasteix, 38.

11.– El padre Hermann y su familia

Conversión de un sobrino, 39. –Historia de la conversión, 39. –Cartas al sobrino, 40. –Cartas a otros familiares, 41. –Muerte de su padre, 41.

12.– Fundación del convento de Lión

Sor Marchand, Hija de la Caridad, 41. –Compra del antiguo convento de los carmelitas, 42. –Bendíganos, padre, 42. –Toma de posesión del convento, 42. –Pobreza y Providencia, 42. –Fiestas de inauguración, 43. –Grandes penalidades, 43. –La Acción de Gracias, 43. –El santo Cura de Ars y el Carmelo de Lión, 43. –Prior en Lión, 44. –Conversión de dos artistas, 44. –Popularidad en Lión, 44.

13.– Fundación del convento de Londres

Canonización de los mártires del Japón, 45. –Encuentro con Franz Liszt, 45. –El cardenal Wiseman, 45. –Misión en Londres, 45. –Fundación del convento, 45. –Alemanes en Brighton, 46. –Otros trabajos apostólicos, 46. –Primeras comuniones, 46. –En la Adoración Nocturna de París, 46. –Adoración Nocturna en Londres, 46. –Nuevo convento, 47. –Asiste a condenados a muerte, 47. –*L'Indépendance Belge* y la compra del convento, 48. –Siguen sus obras y trabajos, 49. –La reina María Amelia, 49. –Deja el priorato de Londres, 49. –Berlín, 49. –Lión, 50. –Más viajes apostólicos, 50. –Se retira al Desierto de Tarasteix, 50.

14.– El padre Hermann en el Desierto

Por fin en el Desierto, 50. –Ritual de recepción, 51. –Enferma de los ojos, 51. –Sanado en Lourdes, 51. –Viaje de acción de gracias a Lourdes, 52. –Sacristán, 52. –Músico, 52. –Impulso a la Adoración Nocturna, 52. –Enfermero, 53. –Cuaresma en Poitiers, 53. –Vuelta al combate, 53.

15.– La predicación del padre Hermann

No era orador, 53. –Elocuencia espiritual, 53. –Cuenta su pasado, 54. –Amor a Cristo, y a Cristo crucificado, 55. –Motivos para hacerse fraile, 55.

16.– Composiciones musicales del padre Hermann

Música profana, 55. –Música religiosa, 55. –Un juicio crítico, 56. –Otro juicio crítico, 56.

17.– Celo del padre Hermann por la salvación de los hombres

Viajes, predicaciones, trabajos, 56. –Cartas, 56. –Amigos y familiares, 56. –Franz Liszt y George Sand, 57. –Oración por la conversión de sus amigos, 57. –Religiosos secularizados, 57. –Director espiritual, 57. –Suscita vocaciones religiosas, 59.

18.– El apóstol de la Eucaristía

Apóstol de la Eucaristía, 59. –Voto de predicar la Eucaristía, 59. –Llanto por la Eucaristía menospreciada, 60. –Una predicación en Ginebra, 60. –Enamorado de la Eucaristía, 60. –Jesucristo es hoy la Eucaristía, 60. –La Eucaristía y la muerte, 61. –María-Eustelle, 61. –En Paray-le-Monial, 61. –El Niño Jesús, 62. –Sor María-Paulina, 62.

19.– Devoción del padre Hermann a la Santísima Virgen, a los santos y al Papa

Religioso de María y sacerdote de Jesús, 62. –Nuestra Señora de Lourdes, 62. –Devoción a María en Inglaterra, 63. –El padre Faber, 64. –Devoción del padre Hermann a María, 64. –Devoción a san José, 64. –Amor a los santos, 64. –Defensa de los Estados Pontificios, 65. –Afecto a Pío IX, 65. –Amor a la Iglesia, 65. –Concilio Vaticano I, 65.

20.– Virtudes del padre Hermann

El testimonio de un religioso, 66. –Oración, 66. –Virtudes, 66. –Obediencia, 66. –Humildad, 66. –Sencillez y prudencia, 66. –Abnegación, 67. –Observancia, 67. –Progresos espirituales, 67. –Huye de las dignidades, 67. –Como san Pablo, judío errante, 67. –La voluntad de Dios, 67. –Mortificaciones, 67. –Vida crucificada, amor a la Cruz, 68. –Fidelidad a la amistad, 68.

21.– Últimos trabajos y muerte del padre Hermann

Definidor y Maestro de novicios, 68. –Guerra franco-prusiana, 69. –Persecución religiosa, 69. –Sale de Francia, 69. –En Montreux, 69. –Párroco de exilados, 69. –Al servicio en Prusia de prisioneros franceses, 69. –Autorización de la Orden, 69. –Presentimiento de la muerte, 69. –Cura castrense en Spandau, 70. –Agotado y enfermo, 70. –Sacramento de la unción, 70. –Despedida, 71. –Confesión y comunión, 71. –Muerte, 71. –Sepultado en la iglesia de Santa Eduvigis, 71. –Repercusión en Francia, 71.

Apéndices

–La razón humana, dejada a sus propias luces, 71.

–El hijo de María, 72.

–La Acción de Gracias, 74.

–Avisos espirituales, 77.

–Cardenal Perraud. Sermón predicado a los cincuenta años de la Adoración Nocturna en Nuestra Señora de las Victorias, 1898

Fines de la Adoración Nocturna, 79. –Recuerdo de Angers, 79. –Vigilia de la Inmaculada, 79. –Orar con Cristo y como Él, 79. –Orar de noche, 80. –Horas de gracia, 80. –Encendiendo hogueras de amor, 81. –Oración litúrgica, 81. –Oración en silencio, 81. –Preludio de la alabanza eterna, 81.

–Mr. Cazeaux. La primera vigilia de la Adoración Nocturna en París y la fiestas del cincuentenario

Agradecimientos, 82. –Primeros adoradores, 82. –Condiciones austeras, 82. –Apuntes biográficos de los adoradores, 83. –Gente pobre, 83. –Hermann Cohen, 83. –María Santísima, 84. –De Cuers, 85. –De Plas, 85. –Roussel, 85. –Capmas, 85. –Guillier, 85. –De Benque, 85. –Cincuenta años, 86. –Adhesiones del extranjero, 86. –En Canadá, 86.

Cronología de Hermann Cohen, 87.

Marco histórico de Hermann Cohen, 88.

Índice, 89.